OLIVIA DARCY

FUEGO SALVAJE

SERIE SUNSET VALLEY



FUEGO SALVAJE

SUNSET VALLEY
LIBRO 5

OLIVIA DARCY

Copyright © 2026 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR

O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

AIDEN

El whisky me quema la garganta, pero pido otro de todas formas.

Porque si hay algo que he aprendido en las últimas seis horas es que no importa cuánto beba, no consigo borrar su cara de mi cabeza.

Scarlett Walton.

Mi mejor amiga.

La mujer de la que llevo años enamorado.

Y ahora está prometida con otro.

El camarero (Mike, que me conoce desde antes de que tuviera edad para beber legalmente) me pone el vaso delante con una expresión que dice claramente que piensa que debería irme a casa.

—Es el último —advierte—. Después te llamo un taxi.

—No necesito un taxi —murmuro, cogiendo el vaso—. Tengo mi camioneta.

—No vas a conducir en este estado.

—Que te jodan, Mike.

Y en un alarde de rapidez que mi cerebro intoxicado por el alcohol no puede seguir, Mike me quita las llaves de la camioneta que tenía sobre la barra.

—Mañana cuando te despiertes con resaca me darás las gracias.

No voy a darle las gracias.

Voy a despertarme con dolor de cabeza y con el mismo vacío en el pecho que llevo sintiendo desde que vi la noticia esta mañana.

«SCARLETT WALTON SE COMPROMETE CON JULIAN VANE. LA BODA DEL AÑO SE CELEBRARÁ EN PRIMAVERA.»

La foto que acompañaba el artículo me atravesó como una bala.

Scarlett sonriendo para la cámara. Radiante. Con un vestido blanco que dejaba entrever su precioso cuerpo. Y a su lado, Julian Vane. Alto. Guapo de esa forma perfecta que tienen los ricos. Con la mano en su cintura como si tuviese todo el derecho del mundo a tocarla.

Como si ella fuese suya.

Le doy otro trago al whisky.

—¿Tienes un mal día?

—El peor.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Vale.

Pero Mike no se marcha. Solo se queda ahí, limpiando vasos que ya están limpios, lanzándome miradas preocupadas cada treinta segundos.

El problema es que no hay nada de qué hablar.

¿Qué voy a decirle? ¿Que me he pasado los últimos tres años enamorado de una mujer que está completamente fuera de mi alcance? ¿Que cada vez que cierro los ojos la veo a ella?

Scarlett Walton es la heredera de un imperio. Una mujer que creció en mansiones con personal de servicio y coches que cuestan más que mi casa.

Y yo…

Yo soy un bombero de un pueblo de dos mil habitantes. Un tipo que vive en un apartamento sobre el parque de bomberos porque es conveniente.

No estamos ni siquiera en la misma galaxia.

Lo supe desde el principio. Desde que la conocí en la universidad y me sonrió haciendo que se me olvidase mi propio nombre.

Pero eso no impidió que me enamorase de ella como un idiota.

Que pasase tres años siendo su amigo. Su confidente. El tipo con el que se reía cuando necesitaba escapar de su vida perfecta por unas horas.

El tipo que nunca tuvo el valor de decirle lo que sentía porque sabía —siempre lo supo— que ella nunca le vería de esa forma.

Porque Scarlett Walton no se casa con bomberos de pueblo.

Se casa con tipos como Julian Vane: ricos, educados, capaces de darle la vida que merece.

Así que ¿por qué coño me duele tanto?

—Creo que ya has tenido suficiente —dice Mike, y cuando levanto la vista lo veo quitándome el vaso de delante.

—Dame otro.

—No.

—Mike.

—He dicho que no, Wellington. Estás borracho. Y no voy a ser responsable de que te desmayes por el alcohol.

—Entonces dame mis llaves y me voy.

—Tampoco.

Me levanto del taburete (demasiado rápido, el mundo se inclina peligrosamente) y tengo que agarrarme a la barra para no caerme.

—Dame. Mis. Llaves.

—No —repite Mike con esa calma irritante—. Ya he llamado a alguien para que venga a recogerte.

—¿A quién coño has llamado?

—A tu hermano Cole.

Por supuesto.

Por supuesto que ha llamado a Cole.

—Eres un puto traidor —murmuro, dejándome caer de nuevo en el taburete porque las piernas no me sostienen.

—Soy tu amigo. Hay una diferencia.

No me lo parece. Pero no tengo energía para discutir.

Así que me quedo ahí sentado, con la cabeza apoyada en la barra, esperando a que aparezca mi hermano a rescatarme como si fuese un adolescente que ha bebido demasiado en su primera fiesta.

He tocado fondo, joder.

La puerta del bar se abre diez minutos después, y ni siquiera tengo que levantar la vista para saber quién es.

—Aiden —dice Cole con esa voz de sheriff que usa cuando está cabreado.

—Hermano —respondo sin mover la cabeza.

—Vamos. Nos vamos a casa.

—No quiero ir a casa.

—Pues mala suerte. Porque no voy a dejarte aquí para que sigas bebiendo hasta caer en coma etílico.

Me obligo a levantar la cabeza, y ahí está mi hermano. Con el uniforme todavía puesto porque probablemente estaba trabajando cuando Mike lo llamó. Con el ceño fruncido y los brazos cruzados en esa pose de «no me toques los cojones» que todos los Wellington dominamos.

Cole me coge del brazo y me levanta del taburete con más fuerza de la necesaria.

—Vamos.

—No necesito tu ayuda.

—Pues la vas a tener de todas formas.

Me arrastra fuera del bar (me arrastra de verdad, porque mis piernas no cooperan tanto como me gustaría) y me mete en su coche patrulla con movimientos eficientes que me irritan.

—Podrías ser más delicado —murmuro cuando cierra la puerta.

—Podría —confirma, subiéndose al asiento del conductor—. Pero no voy a serlo.

Arranca el motor y conduce hacia mi apartamento en un silencio que dura exactamente dos minutos antes de que explote.

—¿Qué coño te pasa? —pregunta sin apartar la vista de la carretera.

—Nada.

—Mentira. No te he visto borracho así desde… joder, desde nunca. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Aiden.

—He dicho que nada —exploto, y mi voz sale más alta de lo que pretendía—. ¿Vale? No ha pasado nada. Solo quería emborracharme. ¿Tan raro es eso?

Cole me mira de reojo, y puedo ver cómo aprieta la mandíbula.

—Vale. No quieres hablar. Entendido.

—Genial.

—Pero cuando quieras hacerlo, estoy aquí.

—Vete a ser feliz con tu familia perfecta y déjame en paz.

Las palabras salen cargadas de un veneno que no sabía que tenía, y veo cómo Cole se tensa.

—¿Mi familia perfecta?

—Sí —confirmo—. Lauren. Luna. El bebé que viene en camino. Tu vida jodidamente perfecta donde todo ha salido bien. Enhorabuena, hermano. Lo has conseguido todo.

Cole aparca frente a mi apartamento con un frenazo que hace que me golpee contra el salpicadero.

—Escúchame bien, idiota —dice, girándose hacia mí con una expresión que nunca le había visto—. Sabes perfectamente la mierda de vida que he tenido durante años. Así que no pagues lo que te pase conmigo porque ahora sea feliz.

Me mira con una intensidad que me despeja un poco.

—No te pega esta pose de amargado —dice finalmente, con voz más suave—. No eres así. Eres el hermano que siempre ve el lado bueno de la vida. El que hace reír a todo el mundo.

No respondo.

Porque tiene razón y lo odio por ello.

Cole suspira.

—Cuando quieras hablar, estoy aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora sube a tu casa y duerme la mona. Mañana todo se verá diferente.

No se va a ver diferente.

Mañana Scarlett seguirá prometida con otro. Y yo seguiré siendo el idiota que la ama en silencio.

Pero no digo nada. Solo salgo del coche y subo las escaleras hacia mi apartamento con pasos que parecen pesar toneladas.

Entro, cierro la puerta detrás de mí, y me quedo de pie en medio del salón oscuro.

Debería ir a dormir.

Debería meterme en la cama y dejar que el alcohol me noquee hasta mañana.

Pero mis pies me llevan hasta el sofá, me tumbo, y antes de que pueda detenerme, he sacado el móvil del bolsillo.

No debería hacer esto.

Sé que no debería.

Pero abro Instagram de todas formas.

Su perfil aparece inmediatamente. Porque lo miro todos los días.

@ScarlettWalton

La foto de perfil es de hace unos meses. Está sentada en un jardín impresionante. Sonriendo a la cámara con esa sonrisa que hace que se me cierre la garganta.

Es la mujer más hermosa que he visto en la vida.

Antes de que pueda controlarme abro los mensajes directos.

Nuestra conversación aparece. La última vez que hablamos fue hace dos semanas.

Scarlett: ¿Cómo va todo por el pueblo?

Yo: Tranquilo. Como siempre. ¿Y tú? ¿Qué tal la ciudad?

Scarlett: Aburrida. Echo de menos Montana.

Yo: Montana te echa de menos también.

Quería decir «yo te echo de menos también», pero no tuve el valor.

Como siempre.

Subo en la conversación, releyendo mensajes de hace semanas, buscando algo. ¿Alguna pista? ¿Alguna señal de que ella ya sabía que se iba a prometer? ¿De que esto estaba planeado?

Pero no hay nada.

Solo conversaciones normales. Ella me preguntaba por el pueblo. Yo le contaba anécdotas del parque de bomberos. Ella se reía de mis historias. Yo le preguntaba por su escritura.

Como dos amigos.

Nada más.

¿Sabría ya entonces que iba a casarse? ¿Piensa alguna vez en mí de la forma en que yo pienso en ella?

El whisky ha bajado todas mis defensas, ha aniquilado ese filtro que normalmente me mantiene cuerdo, y antes de que pueda detenerme, estoy escribiendo.

Yo: Te echo de menos.

Mi dedo se queda suspendido sobre el botón de enviar.

Esto es una mala idea.

La peor idea que he tenido en mi vida.

Pero pulso de todas formas porque quiero que lo sepa.

Me dejo caer hacia atrás, cerrando los ojos.

Lo he hecho.

El teléfono vibra en mi mano.

Abro los ojos de golpe.

Lo ha leído.

Y está escribiendo.

Puedo ver los tres puntos parpadeando en la pantalla, y soy incapaz de apartar la mirada.

Los puntos siguen ahí. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

Como si estuviese escribiendo algo, borrándolo, volviéndolo a escribir.

Y entonces desaparecen del todo.

Y no llega ningún mensaje.

Me quedo mirando la pantalla más de la cuenta, esperando algo que claramente no va a llegar.

Por supuesto que no va a responder.

Por supuesto que va a ignorar el mensaje de borracho del amigo patético que está enamorado de ella.

Dejo el móvil sobre la mesa de centro y me cubro la cara con las manos.

Idiota.

Soy un puto idiota.

Y entonces el teléfono suena.

No es un mensaje.

Es una llamada.

De Scarlett.

Me incorporo tan rápido que el mundo da vueltas a mi alrededor, y tengo que parpadear tres veces para asegurarme de que no estoy alucinando.

Pero no.

Ahí está su nombre brillando en la pantalla, con esa foto que le hice hace dos años cuando vino a visitarme al pueblo. Se está riendo, con el pelo despeinado por el viento y las mejillas sonrojadas por el sol.

Scarlett Walton.

Casi se me pasa la borrachera del susto.

Respondo con manos que tiemblan tanto que casi se me cae el móvil.

—¿Hola?

—Aiden —su voz atraviesa el teléfono como seda líquida, y joder, he echado tanto de menos ese sonido que me duele el pecho solo con oírlo—. Hola.

—Hola —consigo decir, aunque mi voz sale ronca.

—Justo quería llamarte —dice, y noto tensión en el tono de su voz —. Cuando he visto tu mensaje. Llevaba toda la noche pensando en ti.

El corazón se me para.

Se detiene un instante antes de volver a latir como un loco.

—¿Sí?

—Sí.

Se me seca la boca de golpe.

—He visto la noticia —suelto finalmente, porque alguien tiene que decirlo—. Del compromiso. Enhorabuena.

El silencio que sigue dura demasiado.

—Gracias —responde finalmente, pero su voz suena extraña. Hueca.

Otra vez se hace el silencio.

—Supongo que vas a invitarme a la boda —digo, y las palabras me salen más amargas de lo que pretendía.

—No te he llamado para invitarte a mi boda.

Me quedo inmóvil.

—¿No?

—No —confirma, y ahora su voz suena diferente. Más firme—. Te he llamado porque… necesito pedirte un favor.

¿Un favor?

Por Dios, que no me pida que sea el padrino.

—Claro —digo, y tengo que obligarme a mantener la voz neutral —. Lo que necesites.

—Quiero escribir una novela. Sobre bomberos —dice, y las palabras salen atropelladas, como si las hubiese estado ensayando

—. Y tú eres bombero. Y eres muy bueno en lo que haces. Y he pensado que quizás podrías ayudarme con la investigación.

—¿Investigación?

—Sí. Necesito pasar tiempo viendo cómo trabajas. Entrevistándote. Aprendiendo sobre tu día a día. Todo lo que hace un bombero. Las llamadas. Los rescates. La vida en el parque. Todo.

Frunzo el ceño, intentando procesar sus palabras a través de la niebla del alcohol.

—Por eso necesito quedarme unas semanas en Sunset Valley —dice en voz baja—. Contigo. En tu casa. Si no te importa. Para poder hacer la investigación correctamente.

Me quedo sin palabras.

¿Estoy soñando?

—¿Quieres quedarte conmigo? —repito, porque claramente estoy alucinando por el alcohol—. ¿En mi casa?

—Si no es una molestia —se apresura a añadir, y puedo oír nerviosismo en su voz—. Solo serían unas semanas. Un mes como mucho. Puedo pagar el alquiler. Y compraré comida. Y no seré un estorbo. Te lo prometo. Solo… necesito hacer esto antes de…

Se detiene.

—¿Antes de qué? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

—Antes de la boda —termina con voz tan baja que casi no la oigo —. Antes de que mi vida cambie por completo.

Y su forma de decirlo hace que se me revuelva el estómago.

No suena como una mujer emocionada por su boda. Suena como una mujer condenada a muerte hablando de su ejecución.

—Scarlett —empiezo, pero no sé cómo terminar esa frase.

—Por favor —dice, y hay súplica en su voz—. Sé que es mucho pedir. Sé que probablemente estás ocupado y que tener a alguien en tu casa durante semanas es un coñazo. Pero te prometo que no te molestaré. Solo necesito hacer esto. Necesito escribir este libro. Y tú eres el único que puede ayudarme.

—Estar contigo jamás será un coñazo.

Debería decir que no.

Debería inventarme una excusa. Decirle que no tengo espacio. Que estoy demasiado ocupado. Que tener a la mujer de la que estoy enamorado viviendo conmigo mientras se prepara para casarse con otro es la peor idea del universo.

Que voy a morir de la tortura.

Que no voy a sobrevivir a verla todas las mañanas, a compartir espacio con ella, a tenerla tan cerca y tan inalcanzable al mismo tiempo.

Pero mi boca tiene otros planes.

—Sí.

La palabra sale antes de que mi cerebro pueda detenerla.

—¿Sí? —repite Scarlett, y puedo oír la sorpresa en su voz.

—Sí —confirmo, porque aparentemente soy masoquista—. Puedes quedarte. El tiempo que necesites.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Oh, Aiden —dice, y hay tanta emoción en su voz que se me empaña la vista—. Gracias. Muchas gracias. No sabes lo que esto significa para mí.

No sé qué responder sin revelarle lo mucho que me gusta, así que no digo nada.

—¿Cuándo quieres venir? —pregunto finalmente.

—¿El fin de semana? ¿Te va bien?

El fin de semana.

Joder. Esto está pasando de verdad.

—Me viene perfecto —miento.

—Genial —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Entonces nos vemos el viernes. Te mando los detalles del vuelo cuando los tenga.

—Scarlett.

—¿Sí?

No sé qué iba a decir. Quizás algo estúpido como «no te cases con él» o «quédate conmigo para siempre» o alguna otra declaración de borracho que habría arruinado nuestra amistad para siempre.

—Nada —digo finalmente—. Nos vemos el viernes.

—Nos vemos el viernes —repite.

Y entonces, justo antes de colgar, dice algo que me deja sin aire.

—Aiden.

—¿Sí?

—Yo también te echo de menos.

Y cuelga.

Me quedo ahí sentado, con el teléfono en la mano y sus palabras resonando en mi cabeza como un eco que no se apaga.

Yo también te echo de menos.

—Joder —susurro al vacío de mi apartamento—. ¿Qué coño acabo de hacer?

Le he dicho que puede quedarse aquí. Conmigo. Durante semanas.

La mujer de la que estoy enamorado. La mujer que va a casarse con otro. La mujer que es todo lo que siempre he querido y nunca voy a poder tener.

Va a vivir en mi casa.

Y yo voy a tener que fingir que soy solo su amigo. Que no me muero por tocarla. Que no fantaseo con besarla hasta que se le olvide el nombre de ese gilipollas con el que va a casarse.

Es una locura.

Pero ya he dicho que sí.

Y no puedo echarme atrás ahora.

Me tumbo en el sofá de nuevo, con el móvil apretado contra mi pecho como si fuese un salvavidas.

Y cierro los ojos, dejando que el alcohol finalmente me venza.

Pero justo antes de quedarme dormido, sus palabras vuelven a resonar en mi cabeza.

Yo también te echo de menos.

Y me permito soñar.

Soñar con un mundo donde esas palabras significan algo más que amistad.

Donde cancela la boda y se queda.

Conmigo.

Es un sueño imposible.

Pero es mío.

Y voy a aferrarme a él durante las próximas semanas.

Aunque me destruya cuando despierte.

CAPÍTULO 1

SCARLETT

Un día antes…

Si Aiden estuviese aquí se estaría riendo.

Se reiría de la señora Rothschild y su décimo viaje a Mónaco este año, y de cómo el señor Ashford le está explicando a mi padre las virtudes de su nuevo Tesla como si acabase de inventar la electricidad. Se reiría de todas estas personas con sus trajes impecables y sus sonrisas perfectas, hablando de cosas que no importan mientras el champán corre y el sol convierte el jardín en un horno.

Y luego me cogería de la mano y me sacaría de aquí.

Pero Aiden no está en la fiesta.

Está al otro lado del país, en un pueblo de Montana donde la gente lleva vaqueros a los eventos sociales y nadie finge que le importa quién compró qué mansión en los Hamptons.

Y yo estoy atrapada en este maldito brunch.

—Scarlett, cariño, ¿me estás escuchando?

Parpadeo y me encuentro con la señora Rothschild mirándome con una mezcla de diversión y ligera irritación. Tiene una copa de champán en una mano y un canapé de algo que no reconozco en la otra.

—Perdona —digo, y la sonrisa me sale automática después de veintitrés años de práctica—. ¿Qué me decías?

—Te preguntaba si has probado el salmón ahumado. Es de Noruega. Salvaje, por supuesto.

Por supuesto.

Porque servir un salmón de piscifactoría sería una ofensa imperdonable.

Cojo uno de la bandeja que lleva un camarero y lo muerdo. Sabe a… salmón. No estoy segura de qué se supone que debería notar que lo hace especial, pero asiento como si acabase de probar algo que ha cambiado mi vida.

—Delicioso.

La señora Rothschild sonríe satisfecha y se lanza a una explicación detallada sobre por qué el salmón noruego es superior al escocés, y yo dejo que sus palabras se conviertan en ruido de fondo mientras miro el jardín.

Hay al menos cincuenta personas aquí. Puede que más. Todas con ropa que cuesta lo mismo que un coche, hablando con esa cadencia educada que hace que todo suene importante aunque no lo sea, sosteniendo copas de champán Veuve Clicquot como si fuesen extensiones de sus manos.

Mi madre está junto a las hortensias, radiante con su vestido rosa Chanel y su sonrisa de relaciones públicas perfectamente calibrada. Mi padre está cerca, rodeado de hombres con trajes grises que gesticulan mientras hablan de cifras y proyectos y cosas que hacen que sus cuentas bancarias engorden.

Todo es perfecto.

Elegante.

Exactamente como se supone que debe ser.

Y lo odio.

No el jardín en sí. Las hortensias son preciosas, las rosas huelen de maravilla, y el sol hace que todo brille de una forma que sería perfecta si estuviese aquí por elección y no por obligación.

Lo que odio es la falsedad.

Cómo todos hablan sin decir nada. Cómo todos sonríen sin sentir nada. Cómo puedo estar rodeada de cincuenta personas y sentirme completamente sola.

Me quito el zapato derecho con disimulo y flexiono los dedos del pie. Los Louboutin son preciosos pero son instrumentos de tortura disfrazados de moda. Llevo una hora con ellos y ya tengo una ampolla formándose en el talón.

Mi madre me lo dejó todo sobre la cama esta mañana: el vestido blanco y los zapatos. Sin preguntarme si quería ponerme nada de

eso. Ahí estaba, con esa expectativa silenciosa que es peor que una orden directa. Como si todavía fuese una niña y no una mujer.

Y yo me lo puse.

Como siempre.

Porque eso es lo que hago. Lo que llevo haciendo toda mi vida.

Obedecer.

Miro hacia las puertas francesas de la casa. Están abiertas. Podría escabullirme. Subir a mi habitación. Coger el portátil. Perderme durante una hora en el mundo que estoy construyendo palabra a palabra. Un mundo donde los personajes dicen lo que sienten y hacen lo que quieren y nadie tiene que fingir que le importa el salmón noruego.

¿Alguien lo notaría si me fuese?

Echo un vistazo rápido. Mi madre está ocupada con las esposas de los socios de mi padre. Mi padre está en mitad de lo que parece ser una negociación disfrazada de conversación casual. La señora Rothschild ha encontrado otra víctima a la que explicarle las diferencias entre el champán francés y el cava español.

Nadie me está mirando.

Podría irme ahora mismo y probablemente no se darían cuenta hasta dentro de media hora.

Doy un paso hacia casa.

—Scarlett.

Me quedo quieta.

Reconozco la voz antes de girarme.

Julian Vane aparece a mi lado con dos copas de champán. Me ofrece una con esa sonrisa que ha perfeccionado en los mismos círculos sociales donde yo aprendí la mía.

—Parecías sedienta —dice.

No lo estaba, pero cojo la copa de todas formas porque rechazarla sería de mala educación y llevamos seis meses saliendo y ya sé que Julian valora la educación por encima de casi todo.

—Gracias.

Bebo un sorbo. El champán está frío y burbujeante y sabe exactamente como todas las otras copas de champán que he bebido en todos los otros eventos a los que me han arrastrado.

Julian está impecable. Como siempre. Lleva un traje gris que le sienta tan bien que parece hecho a medida. Porque probablemente lo es. Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás, sin un solo cabello fuera de lugar, y la corbata azul marino anudada con precisión.

Es guapo de esa forma que hace que las mujeres se giren a mirarlo cuando pasa: mandíbula cuadrada, ojos oscuros que siempre parecen estar calculando algo, el porte de alguien que nunca ha tenido que preocuparse por nada porque todo le ha sido dado.

Deberíamos ser la pareja perfecta.

Sobre el papel lo somos.

Él es el heredero de una fortuna. Yo soy la heredera de otra. Nuestras familias llevan años trabajando juntas. Tiene sentido que acabásemos saliendo.

Tiene sentido en todos los sentidos excepto en el único que importa.

Que cuando me toca no siento nada.

—Hace buen día —dice ahora, mirando el jardín como si estuviese evaluando una inversión inmobiliaria.

—Sí —confirmo.

—Tu madre ha hecho un trabajo excelente organizando esto.

—Siempre lo hace.

Bebe de su copa. Yo bebo de la mía. El silencio se alarga entre nosotros de esa forma incómoda que me hace querer llenar el espacio con palabras solo para que no sea tan obvio que no tenemos nada que decirnos.

Pero no lo hago.

Porque ya he aprendido que llenar el silencio solo retrasa lo inevitable: que vamos a terminar en otro silencio cinco minutos después.

Pienso en Aiden y en cómo con él los silencios nunca son incómodos. Podemos estar horas sin hablar y se siente bien. Natural. Como si no necesitásemos palabras para entendernos.

Cuando hablamos, las horas pasan volando y nunca hay suficiente tiempo para decir todo lo que quiero decirle.

Me hace reír hasta que me duele el estómago, y llorar cuando lo necesito, y sentir que está bien ser exactamente quien soy sin tener

que adaptar mi personalidad para encajar.

—Deberíamos saludar a los Ashford —dice Julian, señalando con la cabeza hacia una pareja mayor al otro lado del jardín—. Mi padre mencionó que están considerando invertir en el nuevo desarrollo.

Por supuesto.

Porque en nuestro mundo todo gira siempre en torno a los negocios.

A las conexiones.

A qué podemos ganar con cada conversación.

—Claro —respondo, porque qué otra cosa puedo decir.

Julian me pone la mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia los Ashford. Su toque es firme. Seguro. Desprovisto de cualquier calidez.

Y mientras caminamos entre la gente con sus sonrisas perfectas y sus conversaciones vacías, solo puedo pensar una cosa.

Ojalá estuviese en Montana.

Pasa otra media hora.

Otra media hora de conversaciones vacías y sonrisas falsas y champán que bebo sin pensar hasta que me doy cuenta de que llevo tres copas y probablemente debería parar.

Estoy considerando seriamente usar la excusa del dolor de cabeza cuando noto algo raro.

Hay más gente de la que pensaba.

Mucha más.

Y algunos rostros que no esperaba ver. Los Vane al completo. Los Ashford. Los Sterling. Familias importantes. Socios clave.

¿Por qué están todos aquí?

Se suponía que era un brunch familiar. Algo informal. Mi madre lo mencionó de pasada hace unos días como si no tuviese importancia.

Pero esto no parece informal.

Esto parece…

Y entonces lo veo.

Fotógrafos.

Hay fotógrafos mezclados entre los invitados. No muchos. Tres. Tal vez cuatro. Pero están ahí, con cámaras colgando del cuello, tomando fotos discretas del jardín, de la gente, de…

De Julian y de mí.

Se me eriza la piel.

—¿Estás bien? —pregunta Julian, mirándome con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí —miento—. Solo me ha dado un poco de aire.

Asiente, pero no dice nada más.

Y entonces mi padre se mueve.

Camina hacia el centro del jardín con ese porte que hace que la gente automáticamente le preste atención. Coge una copa de champán de una mesa cercana y la golpea suavemente con un cuchillo.

El tintineo del cristal corta todas las conversaciones.

El jardín se queda en silencio.

Y todos se giran hacia él.

Hacia nosotros.

Porque Julian y yo estamos justo al lado de mi padre.

El estómago se me cierra.

—Amigos, familia —dice mi padre, y su voz llena el jardín con esa autoridad natural que ha cultivado durante décadas—. Eleanor y yo estamos encantados de que hayáis podido acompañarnos hoy.

Sonríe. Es su sonrisa de negocios. La que usa cuando está a punto de cerrar un trato importante.

—Hoy es un día muy especial para la familia Walton —continúa—. Como muchos sabéis, Julian Vane y nuestra hija Scarlett llevan saliendo desde hace meses. Y hemos visto cómo su relación ha florecido de una manera maravillosa.

¿Qué?

¿Qué está haciendo?

Un escalofrío me trepa por la nuca.

—Es por eso que estamos especialmente emocionados de compartir este momento con todos vosotros —dice mi padre, y me mira directamente.

Y entonces Julian se mueve.

Se gira hacia mí.

Y antes de que pueda procesar lo que está pasando, se arrodilla.

No.

No, no, no.

Esto no puede estar pasando.

—Scarlett Walton —dice Julian, y su voz suena amplificada en el silencio del jardín—. Desde el momento en que te conocí supe que eras especial.

Saca una caja de terciopelo negro de su bolsillo.

La abre.

El anillo brilla bajo el sol. Un diamante enorme rodeado de diamantes más pequeños que lanzan destellos de luz como fuegos artificiales.

—¿Me harías el honor de casarte conmigo?

No puedo respirar.

No puedo pensar.

Todos me están mirando. Hay cincuenta pares de ojos clavados en mí. Esperando. Los fotógrafos tienen las cámaras levantadas. Mi madre me sonríe desde su sitio junto a mi padre con una expresión que dice claramente que este era el plan desde el principio.

Esto es una trampa.

Una trampa perfectamente orquestada.

Y no hay salida.

Si digo que no, monto un escándalo. Humillo a Julian delante de todos. Arruino lo que sea que mi padre haya negociado con los Vane. Decepciono a mi familia delante de las personas más importantes de nuestro círculo.

Si digo que no, destruyo todo.

Y mi padre sabe que no voy a poder hacerlo.

El anillo sigue ahí, brillando, esperando.

Julian sigue arrodillado, con la sonrisa confiada de alguien que sabe que ya ha ganado.

Y yo me quedo de pie con el vestido blanco pegándose a mi piel y el sol quemándome y las rodillas a punto de fallarme.

Pienso en Aiden.

En su risa.

En cómo me hace sentir cuando hablamos por teléfono y puedo oír la sonrisa en su voz.

En cómo me hace sentir como si importase. Como si fuese más que un apellido y una cuenta bancaria.

Pero Aiden está en Montana.

Y yo estoy aquí.

Atrapada.

Así que hago lo único que puedo hacer.

Asiento.

—Sí —susurro, y la palabra me raspa la garganta como si tuviese cristales.

El jardín explota.

Aplausos. Gritos de felicitación. Silbidos.

Julian se levanta y me pone el anillo en el dedo. Pesa. Pesa tanto que tengo que hacer un esfuerzo para no dejar caer la mano.

Y entonces me besa.

Delante de todos.

Sus labios están fríos contra los míos. La presión es firme. Casi agresiva. Como si estuviese marcando territorio.

Y yo siento náuseas.

Cuando se aparta, me pone la mano en la cintura y me mantiene pegada a su costado.

Los fotógrafos nos rodean.

—Mirad aquí. Perfectos. Sonreíd. Una vez más. Preciosos.

Los flashes explotan.

Y yo sonrío.

Sonrío aunque siento que me estoy rompiendo por dentro.

Sonrío aunque lo único que quiero es salir corriendo.

Sonrío porque es lo que se supone que debo hacer.

Y durante todo ese tiempo la mano de Julian no se mueve de mi cintura.

Las siguientes dos horas son una tortura.

La gente me felicita. Me besa en las mejillas. Me dice lo feliz que debo estar. Lo perfecta que es esta unión. Lo mucho que Julian y yo estamos hechos el uno para el otro.

Y yo asiento.

Y doy las gracias.

Y finjo que cada palabra no me está matando un poco más.

Julian no se separa de mí en ningún momento. Su mano está siempre ahí. En mi cintura. En mi espalda. En mi hombro. Reclamándome delante de todos como si fuese una posesión que acaba de adquirir.

Cuando el último invitado finalmente se marcha y el jardín se queda en silencio, siento que voy a vomitar.

—Ha sido perfecto —dice mi madre, apareciendo a mi lado con una sonrisa radiante—. No podría haber salido mejor. Las fotos van a quedar preciosas.

No respondo.

No puedo.

—Voy arriba —murmuro, y me alejo antes de que pueda detenerme.

Subo las escaleras. Cruzo el pasillo. Y en lugar de ir a mi habitación, giro hacia el despacho de mi padre.

No llamo.

Abro la puerta y entro.

Mi padre está sentado detrás de su escritorio, revisando algo en su ordenador como si acabase de tener una reunión de negocios normal.

Levanta la vista cuando entro.

—Scarlett —dice, y hay sorpresa en su voz—. Pensaba que estarías celebrando con Julian…

—¿Cómo has podido? —lo interrumpo.

Mi voz sale más alta de lo que pretendía. Más rota.

Mi padre parpadea.

—¿Perdona?

—Te dije que no estaba preparada —digo, y tengo que apretar las manos en puños para que no me tiemblen—. Te dije que necesitaba

tiempo. Que Julian y yo apenas nos conocemos. Que no quería precipitarme.

—Scarlett…

—Y tú has organizado esto de todas formas. Delante de todos. Con fotógrafos. Sin preguntarme. Sin darme elección. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Mi padre suspira. Cierra el ordenador y se recuesta en su silla con esa expresión de paciencia forzada que usa cuando cree que estoy siendo dramática.

—Siempre has sido una rebelde —dice finalmente—. Desde que eras niña. Siempre lo has cuestionado todo. Siempre has querido hacer las cosas a tu manera.

Una rebelde.

Las palabras me golpean como una bofetada.

¿Rebelde yo?

Yo, que he ido a todos los eventos que me han obligado a ir. Que he sonreído en todas las fotos. Que he estudiado Literatura porque era «aceptable» aunque lo que realmente quería era Escritura Creativa. Que he salido con Julian durante seis meses aunque cada cita se siente como estar cumpliendo una condena.

Yo, que he sido la hija perfecta durante veintitrés años.

¿Eso es ser rebelde?

¿O es simplemente intentar mantener un mínimo de control sobre mi propia vida?

—No soy rebelde —digo, y mi voz tiembla—. Solo quiero… quiero poder elegir. Quiero tener voz en las decisiones que afectan a mi vida.

—Y la tienes —responde mi padre—. Pero también tienes responsabilidades, Scarlett. Responsabilidades hacia esta familia. Hacia el legado que hemos construido. Hacia las generaciones que vendrán después de ti.

—No quiero casarme con Julian.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Mi padre se queda inmóvil.

El silencio se alarga.

—¿Perdona? —dice, y su voz es peligrosamente baja.

—No lo amo —aclaro, y ahora que he empezado no puedo parar —. No lo conozco realmente. Cada vez que estamos juntos me siento vacía. Como si estuviese interpretando un papel. Y no quiero pasar el resto de mi vida así.

Mi padre se levanta. Rodea el escritorio con pasos lentos y se planta delante de mí.

—El amor es algo que se construye —dice, y suena como si estuviese citando un manual de instrucciones—. Con el tiempo. Con el compromiso. Con el esfuerzo. Lo que sientes ahora es irrelevante. Lo que importa es lo que esta unión significa para las dos familias.

—¿Y qué significa? —pregunto, aunque parte de mí no quiere saber la respuesta.

Mi padre me mira durante un largo momento.

Y entonces dice las palabras que hacen que el mundo se desmorone bajo mis pies.

—Necesitamos este acuerdo, Scarlett. La fusión con los Vane no es solo beneficiosa. Es necesaria. Sin ella, lo perdemos todo.

El aire desaparece de mis pulmones.

—¿Qué?

—Hemos tenido… complicaciones —continúa mi padre, y por primera vez desde que tengo memoria, lo veo incómodo—. Inversiones que no salieron como esperábamos. Proyectos que fracasaron. Deudas que se acumularon. Necesitamos el capital de los Vane. Necesitamos esta fusión.

No.

No puede ser verdad.

—O nos hundimos —termina, y me pone las manos en los hombros—. Así que cuando te pido que te cases con Julian, no te estoy pidiendo que sacrifiques tu felicidad por capricho. Te estoy pidiendo que salves a tu familia.

Las palabras se clavan en mi pecho como cuchillos.

Salvar a mi familia.

O vivir mi vida.

Elegir.

Tengo que elegir.

Y en ese momento, la última esperanza que guardaba en algún rincón estúpido de mi corazón (esa fantasía absurda de que algún día podría librarme de todo esto, de que podría irme a Montana y escribir y estar con Aiden y ser simplemente yo) se rompe en mil pedazos.

Porque no puedo elegirme a mí.

No cuando elegirme significa destruir a mi familia.

No cuando significa arruinar a las personas que me criaron, que me educaron, que me dieron todo lo que tengo.

Aunque ese «todo» nunca haya incluido libertad.

—¿Lo entiendes ahora? —pregunta mi padre.

No puedo hablar.

No puedo moverme.

Solo puedo quedarme ahí de pie con sus manos en mis hombros y el peso del mundo aplastándome.

Asiento.

Porque ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Bien —dice mi padre, y me suelta—. La boda será en primavera. Tu madre ya está trabajando en los detalles. Faltan nueve meses. Es tiempo más que suficiente para prepararlo todo.

Nueve meses.

Tengo nueve meses antes de que mi vida deje de ser mía.

Nueve meses antes de convertirme en la señora Vane.

Nueve meses antes de que todo lo que soy desaparezca para siempre.

Me doy la vuelta sin decir nada más.

Camino hacia la puerta con pasos que no siento.

La abro.

Y salgo.

El pasillo está vacío. Silencioso. La luz del sol entra por las ventanas y dibuja sombras en el suelo de mármol.

Miro el anillo en mi dedo.

Brilla.

Es precioso.

Y lo odio con cada fibra de mi ser.

Empiezo a caminar.

No sé hacia dónde.

Solo sé que tengo que moverme o voy a gritar.

Bajo las escaleras. Cruzo el vestíbulo. Salgo por las puertas principales hacia el camino de grava que lleva a los jardines traseros.

El aire fresco me golpea la cara.

Y por primera vez en horas, puedo respirar.

Pero no es suficiente.

Nada es suficiente.

Porque en nueve meses voy a casarme con un hombre que no amo.

Y el hombre al que amo nunca va a saber cuánto lo quiero.

CAPÍTULO 2

SCARLETT

No he dormido.

Cada vez que cerraba los ojos veía a Julian arrodillándose delante de mí. Veía las cámaras. Veía a mi padre sonriendo como si acabase de cerrar el mejor negocio de su vida.

Veía mi propia boca respondiendo que sí cuando cada parte de mí quería gritar que no.

Así que he dejado de intentar dormir.

Llevo todo el día en mi habitación, sentada en el sillón junto a la ventana abierta, mirando el anillo que no me he quitado porque, si no, mi madre vendría a preguntarme por qué. La brisa cálida de la noche de julio entra trayendo el olor a rosas del jardín, y afuera todo está en silencio. Como si ayer no hubiese pasado nada, como si mi vida no hubiese cambiado para siempre.

Tengo nueve meses antes de convertirme en la señora Vane.

Nueve meses antes de que esta habitación, esta casa, esta vida que odio pero que al menos conozco, desaparezca y sea reemplazada por otra peor.

Me froto los ojos. Me duele la cabeza. No he comido nada desde ayer (mi madre mandó la comida a mi habitación, pero no la he tocado) y tengo el estómago cerrado como si alguien me lo hubiese anudado.

No puedo seguir así.

No puedo pasarme nueve meses esperando a que mi vida termine.

Necesito hacer algo. Necesito… necesito respirar. Necesito sentir que sigo siendo yo aunque sea por poco tiempo.

Necesito a Aiden.

El pensamiento llega como siempre que estoy rota. Automático. Inevitable.

Aiden Wellington.

Mi mejor amigo de la universidad. El único hombre que me ha hecho reír de verdad. El único con el que puedo ser yo misma sin tener que medir cada palabra, cada gesto, cada respiración.

El hombre del que estoy enamorada desde hace años, aunque nunca haya tenido el valor de decírselo.

Cierro los ojos y puedo verlo. Esa sonrisa torcida. Esos ojos color avellana que me miran como si de verdad le importase, como si no fuese solo el apellido Walton caminando por ahí con un vestido caro.

Con Aiden no tengo que fingir.

Con Aiden puedo hablar durante horas sobre las historias que quiero escribir y él escucha como si cada palabra fuese oro. Puedo reírme tan alto que me duele el estómago. Puedo llorar si necesito llorar. Puedo ser humana.

Y Dios, echo tanto de menos ser humana.

No lo he visto desde hace meses. Hemos hablado por teléfono. Mensajes. Pero no es lo mismo.

Nunca es lo mismo que estar cerca de él.

Y ahora voy a casarme con Julian Vane y no voy a poder volver a verlo nunca más.

El pensamiento me atraviesa el pecho como una cuchilla.

No.

No puedo hacerlo.

No puedo casarme sin verlo una última vez.

Pero ¿cómo?

No puedo simplemente llamarlo y decirle «oye, me caso en nueve meses con un hombre al que no amo pero antes necesito verte porque estoy enamorada de ti y esta es mi última oportunidad de estar a tu lado antes de que mi vida se acabe.»

Sería egoísta. Patético. Y además él no siente lo mismo.

Para Aiden solo soy su amiga. La chica de la universidad que lo ayudaba con sus trabajos de redacción. Nada más. Nunca me ha mirado de otra forma. Nunca ha dado señales de querer algo más.

Y yo nunca he sido lo suficientemente valiente como para preguntarle.

Así que no puedo decirle la verdad.

Pero necesito verlo.

Miro mi escritorio al otro lado de la habitación. Mi portátil está cerrado, lleno de polvo. Llevo meses sin escribir. Desde que volví a esta casa y cada minuto de mi día empezó a estar controlado. Reuniones. Eventos. Cenas interminables con Julian donde sonreímos y no decimos nada que importe.

No he escrito una sola palabra en meses.

Y lo echo de menos.

Casi tanto como echo de menos a Aiden.

Me levanto del sillón. Las piernas me pesan como si llevase días sin moverme. Cruzo la habitación y abro el portátil. Tarda unos segundos en encenderse y cuando la pantalla se ilumina, abro el documento que dejé a medias. Una historia sobre una chica que elige su propia vida.

Qué ironía.

Miro las palabras sin leerlas realmente.

Y entonces la idea llega.

Como un fogonazo.

¿Y si uso la escritura como excusa?

Aiden es bombero. Lleva dos años en el departamento de Sunset Valley. Y yo podría decirle que quiero escribir una novela sobre bomberos. Que necesito investigar. Que necesito pasar tiempo observándolo trabajar para que la historia sea real.

Sería ideal.

Podría estar cerca de él sin tener que confesar nada. Sin tener que arriesgarme a que me mire con lástima o incomodidad o peor, que me rechace.

Podría tener unas semanas con él. Tal vez un mes. Lo suficiente para grabar cada detalle en mi memoria antes de volver y hacer lo que tengo que hacer.

Casarme con Julian.

Salvar a mi familia.

Vivir una vida que no es mía.

Pero al menos tendría eso. Ese tiempo. Esos recuerdos.

Algo que sea solo mío antes de que nada vuelva a serlo.

Me incorporo en la oscuridad, de pronto bien despierta.

¿Funcionaría?

¿Me diría que sí?

No lo sé.

Y la incertidumbre me aterra tanto que tengo que sentarme en la silla antes de que las piernas me fallen.

Cojo el móvil de la mesa. Mis manos tiemblan.

Abro nuestra conversación. El último mensaje es de hace dos semanas. Él me preguntaba qué tal la ciudad. Yo respondía con un «aburrida» que no contaba ni la mitad de lo que sentía.

Empiezo a escribir.

Necesito pedirte un favor…

Borro el mensaje.

Suena demasiado urgente.

¿Tienes tiempo para hablar?

Borro el mensaje.

Demasiado soso. Demasiado formal.

Nada de lo que escribo suena bien. Todo suena falso o desesperado o como si estuviese inventándome una excusa.

Porque estoy inventándome una excusa.

Pero también es verdad que quiero escribir. Y es verdad que necesito estar cerca de él. Y si puedo tener ambas cosas aunque sea por poco tiempo…

Tengo que intentarlo.

Porque si no lo hago voy a arrepentirme cada día del resto de mi vida.

Vuelvo a empezar a escribir pero las palabras no salen. Nada suena como debería.

Y entonces el móvil vibra en mi mano.

Me quedo paralizada.

Miro la pantalla.

Y el mundo se detiene. Es un mensaje suyo.

Aiden: *Te echo de menos.*

Dos palabras.

Solo dos palabras.

Y de repente puedo volver a respirar.

Él me echa de menos.

Ha pensado en mí.

Me quedo mirando la pantalla.

Esperando.

Pero no dice nada más.

Y entonces lo entiendo.

Esta es mi oportunidad.

Él me ha dado la apertura perfecta. Me ha dicho que me echa de menos. Y si no hago algo ahora, si dejo que el miedo me paralice, voy a perder mi única oportunidad.

Voy a perderlo.

Marco su número antes de que pueda arrepentirme. Antes de que el miedo me convenza de que es una mala idea. Antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo.

El teléfono suena.

Una vez.

Dos veces.

Aprieto el teléfono con tanta fuerza que me duelen los dedos.

Y entonces oigo su voz.

—¿Hola?

Cálida. Ronca.

Y todo lo demás desaparece.

—Aiden —consigo decir, y mi voz sale más rota de lo que pretendía—. Hola.

CAPÍTULO 3

AIDEN

Pasado

El centro de escritura de la universidad, ese sitio al que te mandan para que aprendas a redactar, huele a café viejo y a desesperación.

Hay al menos diez estudiantes repartidos por las mesas, todos con esa expresión de «preferiría estar en cualquier otro sitio» que probablemente yo también llevo en la cara. El lugar está en la segunda planta de la biblioteca. Tiene unas ventanas enormes que dan al campus y estanterías llenas de manuales de redacción que nadie va a leer nunca.

Odio estar aquí.

No porque el sitio sea malo. Sino porque estar en este lugar significa que he admitido que necesito ayuda con algo tan básico como escribir un puto trabajo.

Mi profesor de Anatomía y Fisiología me mandó aquí después de leer mi último ensayo. Me habló sobre «estructura deficiente» y «falta de coherencia argumentativa» que básicamente se traduce en: escribes como un niño de diez años, Wellington, espabila.

Lo cual es injusto.

Sé un montón sobre el cuerpo humano. Sobre músculos y huesos y cómo funcionan los sistemas. Puedo explicártelo perfectamente si estamos tomando una cerveza o si me preguntas mientras entreno.

Pero ponerlo en papel de forma que suene académico y estructurado y con todas esas referencias bibliográficas en formato APA…

Eso es una pesadilla.

Así que aquí estoy. Un martes por la tarde cuando debería estar en el gimnasio, esperando a que algún tutor tenga tiempo para

decirme todo lo que estoy haciendo mal.

Miro el reloj de la pared. Llevo cinco minutos sentado esperando y ya estoy considerando largarme. Total, el profesor no va a saber si he venido o no. Puedo inventarme alguna excusa. Decir que el centro estaba cerrado o que no había tutores disponibles o…

—¿Eres Aiden Wellington?

La voz viene de mi izquierda.

Giro la cabeza.

Y me quedo congelado.

Hay una chica de pie al lado de mi mesa.

No es muy alta (le saco una cabeza fácilmente), pero hay algo en ella que me impide dejar de mirarla. Lleva vaqueros desgastados y un suéter color crema que le queda grande, de esos que parecen robados del armario de alguien, con las mangas cubriéndole la mitad de las manos. El pelo castaño claro le cae suelto por los hombros con reflejos que brillan cuando el sol entra por las ventanas. Tiene una carpeta apretada contra el pecho y se muerde el labio inferior mientras espera.

No lleva apenas maquillaje. Tiene pecas sutiles en el puente de la nariz que solo se ven de cerca. Y cuando baja la vista para mirarme, sus ojos me golpean con la fuerza de un puñetazo.

Son azules como el océano en verano cuando el sol lo atraviesa. Claros, transparentes.

Preciosos.

Me está mirando, esperando a que diga algo, y yo llevo demasiado rato sin abrir la boca, mirándola como un idiota.

—Sí, soy yo —consigo responder finalmente, y mi voz sale más ronca de lo normal.

Su sonrisa se hace más amplia.

—Genial. Yo soy Scarlett. Tu tutora de hoy.

Scarlett.

El nombre le pega perfectamente. Es suave pero con fuerza. Como ella.

Espera.

¿Desde cuándo pienso así sobre nombres?

—Siéntate —digo, señalando la silla vacía a mi lado, porque necesito que haga algo para dejar de quedarme embobado.

Se sienta, dejando la carpeta sobre la mesa, y cuando la abre, noto que sus manos son delicadas pero firmes. Las manos de alguien que escribe mucho.

Huele a algo suave. Vainilla, creo. O tal vez lavanda. No es perfume caro como el que llevan las chicas que normalmente intentan hablarme después de los partidos. Es sutil. Natural.

Y me está volviendo loco.

—Bueno —dice, sacando un bolígrafo—. ¿En qué necesitas ayuda?

Su voz es tranquila. Amable. Como si de verdad le importase y no estuviese aquí solo porque le dan créditos en la asignatura.

—Tengo que escribir un trabajo sobre el sistema muscular —explico, sacando mi portátil de la mochila—. Diez páginas. Con referencias. Y mi profesor dice que escribo como si estuviese mandando mensajes de texto en lugar de hacer un trabajo académico.

Scarlett se ríe.

Es un sonido bajo, genuino, y hace que algo en mi pecho se apriete de una forma que no entiendo.

—Bueno, eso tiene solución —dice, inclinándose hacia delante para mirar la pantalla de mi portátil—. ¿Me dejas ver lo que llevas hasta ahora?

Giro el portátil hacia ella, y durante los siguientes minutos la observo leer lo que he escrito. Sus ojos se mueven rápido por las líneas. De vez en cuando arruga el ceño. O asiente. O se muerde el labio de una forma que me está costando no mirar.

—Vale —dice, alzando la mirada—. No está mal. Sabes de lo que hablas. Se nota que entiendes del tema. El problema es que estás escribiendo como si lo estuvieses explicando en una conversación en lugar de estructurarlo académicamente.

—¿Y eso es malo?

—No es malo —aclara rápidamente—. De hecho, es bueno. Significa que sabes comunicar. Solo necesitas aprender a darle formato. A organizarlo de forma que suene más… formal.

—Formal suena aburrido.

Se ríe otra vez, y joder, ese sonido me gusta mucho.

—A veces lo es —admite—. Pero es lo que los profesores quieren. Así que vamos a trabajar en eso. ¿De acuerdo?

Asiento, aunque sinceramente ahora mismo podría estar diciéndome que tengo que reescribir el trabajo entero en chino mandarín y diría que sí.

Porque no quiero que esta hora termine.

No quiero que se levante y se vaya y vuelva a ser una desconocida.

Quiero seguir sentado aquí, escuchando su voz, viendo cómo sus manos se mueven cuando señala algo en la pantalla, oliendo ese aroma suave que me está haciendo perder la concentración de una forma alarmante.

—Lo primero es la estructura —dice, cogiendo un papel y empezando a dibujar un esquema—. Introducción, desarrollo, conclusión. Básico, pero fundamental. En la introducción presentas el tema y tu tesis….

Intento concentrarme en lo que dice.

De verdad que lo intento.

Pero es difícil cuando noto cómo la luz del sol hace que su pelo brille. O cuando se inclina un poco más cerca y puedo ver esas pecas con más claridad. O cuando me mira directamente a los ojos para asegurarse de que estoy entendiendo y siento que me está viendo de verdad.

No al deportista.

No al tipo que toda la universidad conoce porque juega en el equipo.

A mí.

A Aiden.

—¿Lo entiendes hasta aquí? —pregunta, y me doy cuenta de que he estado tan perdido en mis pensamientos que no he escuchado la mitad de lo que ha dicho.

—Sí —miento.

Ella ladea la cabeza, y su expresión me dice que sabe de sobra que estoy mintiendo.

Pero no me llama mentiroso. Solo sonríe.

—Te voy a enviar unos recursos por email —dice—. Ejemplos de estructuras. Guías de formato APA. Cosas que te van a ayudar.

—Genial. Gracias.

Anota mi dirección de email cuando se la doy, y entonces se recuesta en la silla, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué estudias? —pregunta.

—Kinesiología —respondo—. Tercer año.

—¿Quieres ser fisioterapeuta?

—No. Bombero. ¿Y tú?

—Literatura —dice, y algo en su expresión cambia cuando lo dice. Se ilumina. Como si acabase de mencionar algo que realmente le importa—. Segundo año.

—¿Así que te gusta leer?

—Me encanta leer —corrige, y hay tanta pasión en esas tres palabras que me hace sonreír—. Pero más que leer, me gusta escribir. Historias. Novelas. Es lo que quiero hacer cuando me gradúe.

—¿Quieres ser escritora?

Asiente, pero hay algo cauteloso en su expresión ahora. Como si esperase que me ría o que le diga que eso no es una carrera real.

—Es increíble —aseguro, y lo digo en serio—. ¿De qué tipo de historias hablamos?

Su expresión se abre del todo.

Y durante los siguientes veinte minutos me habla de las novelas que quiere escribir. De los personajes que viven en su cabeza. De cómo a veces se despierta en mitad de la noche con una idea y tiene que anotarla antes de que se le olvide.

Y yo la escucho.

No porque tenga que hacerlo.

Sino porque quiero. Podría pasarme horas escuchándola hablar.

Me encanta cómo se le ilumina la cara cuando menciona una trama que le gusta, cómo gesticula con las manos al explicarme una escena, cómo se ríe de sí misma cuando dice algo que considera demasiado cursi.

Es real.

Genuina.

Y tan diferente a cualquier chica que haya conocido que me aterra un poco lo mucho que quiero seguir conociéndola.

—Perdona —dice de repente, mirando su reloj—. Me he enrollado demasiado. Tengo clase en diez minutos.

—No pasa nada —digo rápidamente, aunque cada parte de mí quiere decirle que se quede.

Se levanta, recogiendo su carpeta, y yo me levanto también porque mi madre me educó bien y no voy a quedarme sentado mientras ella se va.

—¿Quieres que quedemos otra vez? —pregunta—. Para revisar el trabajo cuando hayas avanzado más.

—Sí —respondo demasiado rápido, y ella sonríe.

—¿El martes que viene? ¿A la misma hora?

—Perfecto.

—Genial. Nos vemos entonces, Aiden.

La forma en que dice mi nombre me desarma.

Y entonces se va.

Camina entre las mesas hacia la salida, y yo me quedo ahí de pie, viéndola irse, completamente incapaz de moverme.

Alguien me golpea el hombro.

—Tío, tu tutora está buenísima.

Es Ryan, un compañero de equipo que aparentemente también está aquí por ayuda académica.

Normalmente respondería con alguna broma. O estaría de acuerdo. O haría algún comentario estúpido.

Pero ahora mismo lo único que quiero hacer es decirle que cierre la boca.

Porque Scarlett no está solo «buenísima».

Es… no sé lo que es.

Solo sé que acabo de pasar la mejor hora de mi semana hablando sobre estructura de ensayos y novelas que no he leído.

Solo sé que ya estoy contando los días hasta el martes que viene.

Solo sé que estoy jodido.

Completamente jodido.

Porque acabo de conocer a Scarlett Walton.

Y algo me dice que mi vida acaba de cambiar para siempre.

CAPÍTULO 4

SCARLETT

Me pongo un vestido azul marino que me llega justo por encima de las rodillas.

No es el tipo de vestido que mi madre elegiría para mí. No tiene volantes ni encaje ni nada que grite «dulce y obediente». Es simple. Limpio. Con líneas rectas que hacen que parezca mayor de lo que soy.

Necesito parecer mayor.

Necesito que mi padre me tome en serio.

Me miro en el espejo mientras me recojo el pelo en un moño bajo y firme, sin mechones sueltos ni ese aspecto romántico que tanto le gusta a mi madre.

Hoy no voy a ser la hija perfecta.

Hoy voy a ser la mujer que negocia.

El corazón me late tan rápido que lo siento en la garganta, pero respiro hondo y dejo que el aire me llene los pulmones. Una vez. Dos veces. Hasta que las manos dejan de temblarme.

Aiden me ha dicho que sí. Va a permitir que esté en su casa.

Ahora me toca a mí conseguir esto.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras con pasos que intento que suenen seguros aunque las piernas me tiemblen. La casa está en silencio (mi madre ha salido a una de sus reuniones benéficas y el personal está ocupado en otras partes de la mansión) y el único sonido es el de mis zapatos contra el suelo de mármol.

Cada paso me acerca más al despacho de mi padre.

Cada paso me cierra un poco más el estómago.

Pero no me detengo.

No puedo detenerme.

Llego al pasillo que lleva a su despacho y me obligo a seguir caminando. La puerta de roble macizo está cerrada como siempre, imponente, y por un segundo quiero dar media vuelta y olvidarme de todo esto.

Pero entonces pienso en Aiden, en su voz cuando me dijo que podía quedarme el tiempo que necesitara, en los próximos nueve meses de mi vida que desaparecerán si no hago algo ahora.

En que esta es mi única oportunidad.

Levanto la mano y llamo a la puerta. Dos golpes firmes que suenan más seguros de lo que me siento.

—Adelante.

La voz de mi padre llega desde dentro, autoritaria y ocupada.

Abro la puerta y entro.

Mi padre está sentado detrás de su escritorio con el ordenador abierto y varios documentos esparcidos a su alrededor. Lleva puestas las gafas de leer que solo usa cuando está trabajando en algo importante, y cuando levanta la vista para mirarme, hay sorpresa en su expresión.

—Scarlett —dice, quitándose las gafas—. No esperaba verte de nuevo.

—Necesito hablar contigo —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Sobre la boda.

Eso capta su atención. Deja las gafas sobre el escritorio y se recuesta en su silla, mirándome con esa expresión que usa cuando está evaluando una inversión.

—¿Sobre la boda? —repite—. ¿No hablamos ya de eso el otro día? Siéntate.

—Prefiero estar de pie.

Arquea apenas las cejas, pero no dice nada. Solo me mira, esperando.

Trago saliva. Las manos me sudan pero las mantengo quietas a los costados.

—Ya he aceptado que voy a casarme con Julian —digo—. En nueve meses voy a hacer exactamente lo que me pides. Pero tengo condiciones.

El silencio que sigue es tan denso que lo siento contra la piel.

—¿Condiciones? —repite, y hay algo peligroso en su tono.

—Quiero pasar el verano escribiendo —continúo antes de que pueda arrepentirme—. En Montana. Con mi amigo Aiden. Es bombero. Necesito investigar para una novela.

Mi padre se queda inmóvil un instante.

Y entonces se levanta.

Rodea el escritorio con pasos lentos y se planta delante de mí con los brazos cruzados y una expresión que haría salir corriendo a cualquier empleado de su empresa.

—¿Quieres irte a Montana? —dice, y su voz es peligrosamente baja—. ¿Ahora?

—Sí.

—Acabas de prometerte.

—Lo sé.

—¿Y quieres irte? ¿A Montana? ¿Con un amigo que es bombero? —dice cada palabra como si le costase creerla—. ¿Qué va a pensar Julian?

—Julian puede esperar un mes más —respondo, y me sorprendo de lo firme que suena mi voz—. Voy a hacer lo que queréis: casarme con él, fusionar las familias, ser la esposa perfecta que necesitáis que sea. Pero esto es lo único que pido.

—Esto es inaceptable.

—Es mi último verano antes de que mi vida deje de ser mía.

Mi padre me mira como si no me reconociese.

—Tienes responsabilidades —dice—. Compromisos. ¿Qué va a decir la gente cuando se entere de que la prometida de Julian Vane se ha marchado a Montana?

—La gente puede pensar lo que quiera.

—Los Vane esperan que…

—Los Vane pueden esperar —lo interrumpo, y las palabras salen con más fuerza de la que pretendía—. He hecho todo lo que me has pedido durante veintitrés años. He sonreído en todas las fotos. He ido a todos los eventos. He estudiado lo que querías que estudiara. He salido con Julian aunque no lo amo. He dicho que sí delante de cincuenta personas cuando lo que quería era salir corriendo.

La voz se me quiebra un poco en la última frase, pero me obligo a continuar.

—Te estoy dando el resto de mi vida —digo—. Lo único que pido es un mes para mí.

—La respuesta es no.

—Papá…

—He dicho que no, Scarlett —su voz corta el aire como un cuchillo —. Esta conversación ha terminado.

Pero no me muevo.

No salgo del despacho como habría hecho hace una semana, porque si me voy ahora, si dejo que me diga que no sin luchar, voy a arrepentirme el resto de mi vida.

—Puedo hacer que esta boda sea perfecta —digo, y cada palabra sale clara y firme—. Puedo sonreír en cada evento, posar para cada foto, ser la novia que necesitas que sea.

Hago una pausa.

—O puedo convertir los próximos nueve meses en un infierno —continúo—. Para ti. Para Julian. Para todos.

Mi padre no se mueve.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy dando opciones —corrijo—. Un mes. Eso es todo lo que pido. Y cuando vuelva, haré lo que tengo que hacer. Te doy mi palabra.

El silencio se alarga.

Mi padre me mira con una expresión que no puedo descifrar: calcula, evalúa, decide si hablo en serio o si es un farol.

No es un farol.

Y creo que él lo sabe.

—Un mes —dice al fin, y su voz suena forzada, como si le costase sacar cada palabra—. Ni uno más.

El alivio me golpea con tanta fuerza que tengo que esforzarme para no derrumbarme.

—Vuelves en agosto —continúa—. Y cuando vuelvas, cooperas. Sin dramas. Sin rebeldías. Haces exactamente lo que se supone que debes hacer. ¿Entendido?

Asiento porque no me fío de mi voz.

—¿Entendido? —repite.

—Entendido —consigo decir.

Mi padre me mira durante un largo momento. Y entonces su expresión se suaviza en algo parecido a la tristeza.

—Esto no va a cambiar nada —dice en voz baja—. Lo sabes, ¿verdad? Vas a volver. Y vas a casarte con Julian. Este mes no va a cambiar tu destino.

Las palabras me golpean el pecho como piedras.

—Lo sé —digo.

Hace tiempo que acepté mi destino.

Mi padre asiente.

—Puedes irte.

No necesito que me lo repita.

Salgo del despacho con pasos que intento mantener firmes hasta que cierro la puerta detrás de mí.

Y entonces me apoyo contra la pared del pasillo con las piernas tan temblorosas que casi no me sostienen.

Lo he conseguido.

Un mes con Aiden. Un mes de libertad antes de que la jaula se cierre para siempre.

No sé si será suficiente. No sé si algún tiempo con él llegaría a serlo.

Pero es todo lo que tengo.

Y voy a aprovecharlo.

CAPÍTULO 5

AIDEN

Me despierto con la sensación de que alguien me ha metido la cabeza en un tornillo de banco y ha apretado hasta que el cerebro se me ha convertido en papilla.

Joder.

Abro los ojos, error, y la luz que entra por las ventanas me atraviesa las pupilas como cuchillos. Cierro los párpados de golpe y gimo, porque hasta ese pequeño movimiento basta para que el mundo dé vueltas a mi alrededor.

¿Dónde estoy?

Muevo la mano y toco algo suave. Tela. Un cojín.

El sofá.

Estoy en el sofá de mi apartamento.

¿Por qué coño estoy en el sofá?

Intento moverme y cada músculo de mi cuerpo protesta. Llevo puesta la misma ropa de ayer y tengo la boca tan seca que parece que he estado masticando arena.

Resaca.

Tengo una resaca del tamaño de Montana.

Me obligo a sentarme, muy despacio, porque si me muevo rápido creo que voy a vomitar, y hundo la cara entre las manos. Tengo la piel pegajosa, el pelo de punta y un sabor en la boca que me convence de que algo murió ahí dentro.

¿Qué coño hice anoche?

Fragmentos de recuerdos empiezan a llegar. El bar. Mike me quita las llaves. Cole me lleva a casa. Y después…

Después hay un vacío.

Un vacío enorme y aterrador que me dice que hice algo estúpido.

Muy estúpido.

Miro a mi alrededor buscando pistas. La mesa de centro tiene una botella de cerveza vacía. Mi móvil está tirado en el suelo junto al sofá. Las llaves de la camioneta no están. Porque Mike se las quedó.

Cojo el móvil con las manos algo temblorosas.

La pantalla se ilumina y tengo que entrecerrar los ojos porque incluso esa luz tenue es demasiado.

Notificaciones.

Muchas notificaciones.

Mensajes de Cole preguntándome si sigo vivo.

Uno de mi madre diciendo que pasará esta tarde para ver cómo estoy.

Y entonces lo veo.

Scarlett - 23:47 - Llamada entrante - Duración: 18 min

Se me para el corazón un instante antes de volver a latir como un loco.

La llamé.

No.

Ella me llamó.

¿Por qué me llamó?

Abro el historial de mensajes con manos que ahora tiemblan por una razón muy distinta.

Y ahí está.

Mi mensaje de anoche.

Yo: *Te echo de menos.*

Oh, joder.

Oh, joder, joder, joder.

Le escribí que la echaba de menos.

Borracho. Como un adolescente patético.

Y ella… me llamó.

¿Por qué me llamó?

Y justo en ese momento la conversación me viene de golpe.

No.

No puede ser.

Eso ha sido un sueño. Tiene que haber sido un sueño. Porque no hay forma de que yo hablase con Scarlett anoche…

Pero el historial de llamadas no miente.

Dieciocho minutos.

Hablamos durante todo ese rato.

¿De qué coño hablamos?

Intento recordar, pero sigo con el cerebro embotado y lo único que consigo son fragmentos. Su voz. Ese sonido suave que despierta lo que no debería. Ella, hablándome de escribir. De investigar. De bomberos.

Y yo diciendo que sí.

Diciendo que podía quedarse.

Oh, Dios.

Oh, Dios mío.

Le dije que podía quedarse.

Y ella va a venir.

Me levanto de golpe, error masivo, y tengo que agarrarme al brazo del sofá porque las piernas no me sostienen y el mundo da varias vueltas antes de estabilizarse.

Scarlett viene.

Scarlett va a venir a Sunset Valley.

Va a quedarse en mi casa.

Conmigo.

¿Durante cuánto tiempo?

No lo recuerdo.

Joder, no recuerdo nada.

Necesito una ducha. Necesito café. Necesito que el cerebro me vuelva a funcionar, no que siga siendo gelatina.

Pero antes necesito confirmar que esto es real.

Que no estoy alucinando.

Marco su número antes de que pueda arrepentirme.

Suena una vez.

Dos veces.

—¿Aiden?

Su voz atraviesa el teléfono y se me cierra la garganta.

—Scarlett —consigo decir, y mi voz sale ronca y rota—. Hola.

—Hola —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. ¿Estás bien? Pareces…

—Tengo una resaca del infierno —admito.

Se ríe, ese sonido bajo y genuino que me aprieta el pecho.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos anoche?

—Fragmentos —confieso—. ¿Me dijiste que ibas a venir?

—Sí. Si la oferta sigue en pie.

¿Si la oferta sigue en pie?

Como si hubiese alguna posibilidad de que le dijese que no.

—Por supuesto que sigue en pie —respondo rápidamente—. ¿Cuándo… cuándo llegas?

—En tres días. El viernes. Te he enviado los detalles del vuelo por mail.

Tres días.

Scarlett va a estar aquí en tres días.

—Perfecto —digo, y no sé cómo consigo que mi voz suene normal cuando el corazón me late tan rápido que estoy seguro de que va a estallar—. Te recojo en el aeropuerto.

—No hace falta, puedo alquilar un coche…

—Voy a recogerte —interrumpo—. Sin discusión.

Silencio.

Y entonces:

—Vale. Gracias, Aiden.

—No hay nada que agradecer, Walton.

Nos despedimos y cuelgo antes de que pueda decirle algo estúpido.

Me quedo de pie en mitad del apartamento, con el móvil en la mano, y la realidad me golpea como un puñetazo.

Scarlett viene.

En tres días.

Y mi apartamento parece una zona de guerra.

Mierda.

La ducha dura veinte minutos.

Agua tan fría que me duele la piel, pero la necesito para despertar y espabilar.

Scarlett va a vivir aquí.

En mi apartamento.

Durante semanas.

Y mi apartamento es… funcional. Eso es lo mejor que puedo decir. Funcional para un tío que vive solo y que pasa la mayor parte del tiempo trabajando o en el gimnasio. Pero para Scarlett…

Scarlett merece algo mejor que funcional.

Merece algo acogedor y bonito, un lugar donde pueda escribir y sentirse cómoda.

Me visto rápido y bajo las escaleras hacia el parque de bomberos.

Mi siguiente turno no empieza hasta mañana, pero necesito hablar con Morrison y pedirle permiso para que Scarlett pueda venir conmigo a las guardias.

La sala común está medio llena. Jake está sentado en el sofá viendo la tele. Marcus está en la cocina haciendo café. Y todos me miran cuando entro.

—Vaya pinta tienes, Wellington —dice Jake con una sonrisa—. ¿Dónde estuviste anoche?

—En el bar —murmuro.

—Se nota.

Marcus me ofrece una taza de café y la acepto como si fuese oro líquido.

—¿Está Morrison? —pregunto.

—En su despacho.

Cruzo la sala y llamo a la puerta del capitán. Dos golpes.

—Adelante.

Morrison está inclinado sobre la mesa, entre pilas de informes y con una taza de café que huele tan fuerte que el aroma llega hasta la puerta.

Alza la vista cuando entro y arquea apenas las cejas.

—Wellington. No esperaba verte hoy.

—Necesito hablar contigo —digo—. Sobre mi horario.

—¿Qué pasa?

Me aclaro la garganta. Esto va a sonar raro. Va a sonar como una excusa. Pero es la verdad.

—Tengo una amiga que viene desde Connecticut —empiezo—. Es escritora. Quiere escribir una novela sobre bomberos y necesita investigar. Ver cómo es el día a día. Las guardias. Los rescates. Todo.

Morrison me mira durante un largo momento.

—¿Una amiga?

—Sí —confirmo, y se me calienta la cara—. Una amiga.

—¿Y esa amiga es la razón de la resaca que llevas?

Joder.

Este tío lo ve todo.

—Puede.

Morrison se ríe, una risa profunda que le sacude los hombros.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Unas semanas. Tal vez un mes.

—¿Y quiere seguirte por aquí como una sombra?

—Básicamente.

Morrison se recuesta en la silla y me mira como si me estuviera sopesando.

—Tráela cuando quieras —dice al fin—. Puede venir a las guardias, a los entrenamientos, a todo. Pero Wellington…

—¿Sí?

—Si te distraes durante una emergencia, te mato. Ella no puede acercarse a un incendio de verdad.

—Por supuesto que no, capitán.

Tiene toda la razón.

Jamás la pondría en riesgo.

Siguiente parada: los grandes almacenes.

Nunca he estado en la sección de ropa de cama de unos grandes almacenes.

Nunca he tenido que pensar en sábanas o almohadas o mantas porque las mías me sirven de sobra. Están limpias. Son cómodas. ¿Qué más necesito?

Pero ahora estoy aquí, de pie en mitad de un pasillo lleno de telas y colores y opciones que no entiendo, y no tengo ni idea de qué estoy haciendo.

Una dependienta me mira desde el otro lado del pasillo, con una expresión que dice a las claras que piensa que estoy perdido.

Tiene razón.

—¿Necesita ayuda? —pregunta al fin.

—Sí —admito—. Necesito sábanas. Y almohadas. Y una manta.

—¿Para qué tamaño de cama?

—Individual.

—¿Alguna preferencia de material?

—Que sean… —busco la palabra correcta— suaves. Muy suaves.

La dependienta sonríe como si supiera exactamente lo que está pasando.

—¿Son para alguien especial?

—Una amiga —digo rápidamente.

—Ajá.

Me muestra varias opciones. Algodón. Satén. Algo que se llama «percal egipcio» que suena elegante. Cojo unas blancas que parecen suaves como una nube y cuestan más que mi factura de electricidad del mes.

Perfecto.

Añado almohadas extra. Una manta gruesa color crema que parece acogedora. Y después voy a la sección de baño porque mis toallas tienen años y están ásperas y Scarlett merece algo mejor.

Cojo toallas mullidas, blancas y grandes, del tipo en el que puedes envolverte entero.

Y entonces me la imagino saliendo de la ducha envuelta en una de esas toallas. El pelo mojado le cae por los hombros, la piel le brilla húmeda y unas gotas de agua le bajan por el cuello…

Tengo que apartar la mirada antes de que se me ponga dura en mitad de los grandes almacenes.

Cojo jabón que huele bien. Champú. Acondicionador. Por si no trae.

Y después voy al supermercado porque mi nevera solo tiene cerveza y sobras de pizza de hace tres días.

Compro café bueno. No el instantáneo de siempre. Fruta fresca. Cosas para desayuno. Pan. Huevos. Leche. Zumo. Algo de carne para hacer la cena porque… ¿sé cocinar algo que no sea pasta?

Voy a tener que aprender.

Llego al apartamento dos horas después cargado de bolsas y con una misión clara.

Dejar este lugar perfecto.

Paso las siguientes tres horas limpiando.

Y cuando digo limpiando, quiero decir limpiando de verdad.

Friego el suelo. Limpio las ventanas. Paso el trapo por cada superficie. Aspiro hasta el último rincón. Limpio el baño hasta que los azulejos brillan. Organizo la cocina. Tiro toda la comida estropeada de la nevera (más de la que me gustaría admitir) y la lleno con lo que he comprado.

Y cuando termino, el apartamento huele a limpio en lugar de a sudor de gimnasio.

Bien.

Ahora la habitación.

La habitación de invitados está al final del pasillo. Es pequeña pero decente. Tiene una cama individual junto a la pared, un escritorio simple bajo la ventana, y un armario que debe de estar lleno de telarañas porque nunca lo uso.

Limpio el armario primero. Después cambio las sábanas de la cama por las nuevas que he comprado. Las extiendo con cuidado y cuando termino, la cama parece acogedora. Suave. El tipo de cama en la que te gustaría dormir.

Imagino a Scarlett durmiendo ahí, con el pelo extendido sobre la almohada, los ojos cerrados, la respiración suave.

Peligroso.

No pienses en eso.

Doblo las toallas nuevas y las pongo en el baño. Me cuesta tres intentos conseguir que queden perfectas pero al final lo consigo.

Después coloco el jabón y el champú en la ducha.

Y mientras tanto, no puedo evitar imaginarla usándolas. Duchándose aquí. Secándose con estas toallas. Durmiendo en esa cama.

Me estoy volviendo loco y ni siquiera ha llegado todavía.

Salgo de la habitación y me quedo en el pasillo, mirando las dos puertas.

La de la izquierda: mi habitación.

La de la derecha: la habitación de Scarlett.

Una al lado de la otra.

Separadas por una pared.

Y entonces me doy cuenta de algo que me para el corazón.

Entro en la habitación de invitados otra vez y miro la cama. Está pegada a la pared.

Salgo. Entro en mi habitación. Miro mi cama.

También está pegada a la pared.

Compartimos la misma.

Nuestras camas están separadas por diez centímetros de pared.

Diez.

Centímetros.

La sangre se me va de golpe a la polla.

Tan rápido que me marea.

Tan rápido que tengo que apoyarme contra el marco de la puerta porque casi me fallan las piernas.

Voy a poder oírla.

Todas las noches.

Al otro lado de esa pared.

Moviéndose en la cama. Suspirando mientras se duerme. Respirando en la oscuridad.

Y ella va a poder oírme a mí.

Joder.

Voy a tener que ser muy silencioso cuando me toque pensando en ella. Porque no hay forma de que sobreviva a este verano sin hacerlo.

Me imagino cómo será.

Noche tras noche.

Tumbado en mi cama sabiendo que ella está ahí. A centímetros. Tan cerca que si la pared no existiese podría tocarla.

Tan jodidamente cerca.

Pero inalcanzable.

La erección me presiona contra los vaqueros y es casi dolorosa. Pulso contra la tela y tengo que morderme el labio para no gemir.

Un mes.

Voy a pasar un mes así.

Con ella bajo mi techo. Durmiendo en la habitación de al lado. Moviéndose por mi apartamento con ese pelo precioso y esos ojos

azules y esa sonrisa que me desarma.

Y no voy a poder tocarla.

Porque está prometida.

Porque no soy suficiente para ella.

Porque si le digo lo que siento y me rechaza, voy a perderla para siempre.

Así que voy a fingir.

Voy a ser su amigo. Su compañero. El tipo que la ayuda con su investigación y le hace reír y no la mira como si quisiera devorarla entera.

Voy a morir.

De la tortura.

Pero no me importa.

Porque al final de este verano, cuando se vaya y se case con ese gilipollas que no la merece, voy a tener esto. Estas semanas. Estos recuerdos.

La voy a tener cerca aunque sea por poco tiempo.

Y eso va a tener que ser suficiente.

Aunque me mate.

Aunque me rompa.

Aunque me destroce.

Porque Scarlett Walton va a vivir conmigo durante un mes.

Y es el mejor regalo y la peor pesadilla que me han dado en la vida.

CAPÍTULO 6

SCARLETT

Pasado

Son las dos de la mañana y mi cerebro ha dejado de funcionar hace unas tres horas.

Tengo el portátil abierto sobre el escritorio, rodeado de apuntes, libros subrayados hasta la muerte, y cuatro tazas de café vacías que debería llevar a la cocina pero que requiere una energía que no tengo. El cursor parpadea en la pantalla de mi trabajo de Literatura Comparada como si me retase a escribir una sola palabra coherente más.

No voy a ganar ese reto.

Llevo toda la semana así. Despierta hasta las tantas, durmiendo cuatro horas si tengo suerte, sobreviviendo a base de cafeína y barritas energéticas porque ir a la cafetería requiere un tiempo que no tengo. Los exámenes finales son la semana que viene y si no apruebo Teoría Literaria con nota decente, mi padre va a tener opiniones. Muchas opiniones. Del tipo que terminan con «quizás deberías replantearte si Literatura es de verdad tu camino».

Así que aquí estoy. A las dos de la madrugada. Leyendo el mismo párrafo por decimoquinta vez sin que las palabras penetren en mi cerebro.

El móvil vibra sobre la mesa y lo cojo sin pensar, agradecida por la distracción.

Aiden: *Dime que no estás estudiando.*

Una sonrisa automática se me escapa antes de que pueda controlarla.

Yo: *…*

Aiden: *Sabía que estarías despierta.*

Aiden: *Sales en 5 minutos.*

Yo: *Tengo examen el martes.*

Aiden: *Razón de más. Tu cerebro va a explotar si sigues así.*

Yo: *Mi cerebro ya ha explotado. Estoy funcionando con los restos.*

Aiden: *Perfecto. Entonces no tienes nada que perder. Vístete. Con algo cómodo. Voy para allá.*

Miro el móvil durante cinco segundos completos.

Debería decirle que no. Debería quedarme aquí y seguir estudiando aunque ya no me entre nada en la cabeza y las palabras hayan perdido todo significado. Debería ser responsable.

Pero es Aiden.

Y con Aiden nunca soy racional.

Yo: *Esto es una mala idea.*

Aiden: *Las mejores cosas de la vida son malas ideas.*

Aiden: *4 minutos.*

Me levanto de la silla antes de que pueda arrepentirme. Me quito el pijama y busco algo que ponerme. Acabo con unos pantalones de chándal, una camiseta limpia y una sudadera porque las noches de mayo todavía son frías. Me recojo el pelo en una coleta, me miro en el espejo y tuerzo el gesto ante las ojeras oscuras que me llegan hasta la mitad de las mejillas.

Tengo un aspecto terrible.

Bajo las escaleras de la residencia sin hacer ruido. A estas horas solo hay una luz encendida en el pasillo y el edificio está en ese silencio extraño que solo existe de madrugada cuando todo el mundo duerme menos tú.

Salgo por la puerta lateral y ahí está.

La camioneta de Aiden está aparcada bajo una farola, él apoyado contra el capó, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa torcida con la que se me olvida que debería estar estudiando.

Me mira de arriba abajo y suelta una carcajada.

—Joder, Walton. Pareces un mapache.

—Gracias. Justo lo que necesitaba oír.

—No, en serio —dice, todavía riéndose—. Tienes unas ojeras que te llegan a los pies. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Anoche.

—¿Cuántas horas?

—Tres. Puede que cuatro.

—¿Y antes de eso?

—No lo sé. ¿El martes?

—Hoy es viernes.

Me encojo de hombros.

—Los días se mezclan cuando vives en la biblioteca.

—Ya veo —dice, y entonces se fija en mi sudadera—. Espera. ¿Llevas eso del revés?

Bajo la vista.

Mierda.

La etiqueta me está rozando la barbilla.

—Cállate.

—No he dicho nada.

—Estás pensándolo muy alto.

—Solo estoy pensando que mi plan de rescate ha llegado justo a tiempo —dice, abriendo la puerta del copiloto como si fuese el chófer más servicial del mundo—. Venga, sube antes de que salgas en pijama la próxima vez.

—Esto no es un pijama.

—Scarlett. Llevas la sudadera del revés y… ¿son esos unos pantalones de chándal del instituto?

Miro mis pantalones. Son efectivamente del equipo de atletismo del instituto. Del año 2018.

—Puede.

—Dios mío —dice, pero está sonriendo—. Definitivamente necesitas esto más de lo que pensaba.

Subo a la camioneta solo para que deje de burlarse de mí, aunque por dentro estoy sonriendo también. El interior huele a él (jabón, detergente, ese olor indefinible que es puro Aiden).

—¿Dónde estabas? —pregunto cuando él se sube al lado del conductor.

—Conduciendo.

—¿A las dos de la mañana?

—No podía dormir —arranca el motor y sale del aparcamiento—. Y sabía que tú tampoco.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque hace tres días que no respondes a mis mensajes con frases completas. Solo con emojis de caras muertas y calaveras. Eso es lenguaje universal de «estoy en la biblioteca y mi cerebro se está derritiendo».

—No es tan dramático.

—Scarlett. Ayer me mandaste un emoji de un fantasma seguido de tres signos de interrogación. Ni siquiera sé qué significa eso.

—Significa que estoy cansada.

—Eso es un emoji de calavera, no un fantasma.

—Me da igual. Ya te he dicho que mi cerebro se está derritiendo.

Se ríe, y el sonido llena la cabina de un modo que me afloja el pecho.

—Por eso estamos haciendo esto. Para que tu cerebro deje de derretirse y vuelva a funcionar como un cerebro normal.

—Mi cerebro nunca ha sido normal.

—Cierto. Pero al menos era funcional. Ahora mismo eres como un ordenador sobrecalentado que necesita reiniciarse.

—¿Acabas de compararme con un ordenador?

—Con uno sobrecalentado, sí.

—Eres insoportable.

—Y tú me quieres por ello —dice con una sonrisa torcida que me mata—. Admítelo.

No respondo porque tiene razón y ambos lo sabemos.

Conduce en silencio durante unos minutos mientras yo me acurruco en el asiento y dejo que la calefacción me caliente los pies. La radio está encendida bajito, suena una canción de rock que no reconozco, y Aiden tamborillea los dedos contra el volante siguiendo el ritmo.

—¿Adónde vamos? —pregunto al fin.

—Ya lo verás.

—Aiden.

—Es una sorpresa.

—Odio las sorpresas.

—No, no las odias. Odias las sorpresas malas. Mis sorpresas siempre son buenas.

—Tus sorpresas siempre acaban conmigo corriendo o haciendo algo ilegal.

—Exacto —dice, mirándome de reojo—. Por eso son buenas.

No puedo evitar sonreír.

—Estás loco.

—Y tú necesitas un poco de locura en tu vida, Walton. Sobre todo ahora que pareces salida de The Walking Dead.

—¿Me vas a seguir insultando toda la noche?

—No son insultos. Son observaciones objetivas dichas con cariño.

—Llamar a alguien «mapache» no es cariñoso.

—Vale, tienes razón —admite—. Eres más bien un… panda. Porque eres adorable pero claramente no has dormido en días.

—Eso no es mejor.

—¿Koala?

—Aiden.

—¿Oso perezoso?

—Si sigues comparándome con animales te tiro de la camioneta.

Se ríe tanto que tiene que agarrarse al volante.

—Vale, vale. No más animales. Prometo comportarme.

—No te creo.

—Haces bien —dice, y su sonrisa es pura diversión—. Ya hemos llegado.

Miro por la ventana.

Hemos aparcado frente al complejo deportivo de la universidad. Las instalaciones están a oscuras salvo por las luces de seguridad que iluminan el perímetro, y todo está en silencio.

—Aiden —digo despacio—. El complejo cierra a las diez.

—Lo sé.

—Y estamos en propiedad universitaria.

—También lo sé.

—Si nos pillan…

—No nos van a pillar —me interrumpe, apagando el motor—. ¿Confías en mí?

—Cuando me haces esa pregunta nunca acaba bien.

—¿Confías en mí? —repite.

Y la verdad es que sí.

Confío en él más que en nadie.

—Sí.

—Bien. Entonces vamos.

Sale de la camioneta y lo sigo; el aire frío de la noche me golpea la cara y me despierta más que las cuatro tazas de café que me he bebido.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —pregunto mientras caminamos hacia la valla que rodea la zona de la piscina.

—Nadar.

—La piscina está cerrada.

—Por eso vamos a colarnos.

—Aiden.

—Scarlett —me interrumpe, girándose hacia mí con esa sonrisa que hace que me olvide de todas las razones por las que esto es una mala idea—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo porque querías? ¿Sin pensar en si es responsable o correcto o lo que tu familia diría?

No respondo.

Porque no recuerdo la última vez.

—Exacto —dice—. Así que hoy vas a saltar esta valla conmigo. Vas a meterte en esa piscina. Y durante media hora vas a olvidarte de todo lo que no sea este momento. ¿Trato?

Debería decir que no.

Debería ser la chica responsable que mis padres criaron.

Pero con Aiden nunca soy esa chica.

Con Aiden soy la chica que quiero ser.

—Trato.

Su sonrisa se hace más grande.

—Sabía que ibas a decir que sí. Venga, te ayudo a saltar.

La valla no es muy alta pero tampoco la he saltado nunca. Aiden se coloca junto a ella y entrelaza las manos formando un escalón.

—Pon el pie aquí. Yo te impulso. Te agarras arriba y pasas la pierna. Fácil.

—Si es tan fácil, ¿por qué tengo que ir yo primero?

—Porque así puedo asegurarme de que no te rompas nada. Y porque las damas primero.

—Qué caballero.

—Soy un hombre de modales —responde con falsa seriedad—. Mi madre me educó bien.

Pongo el pie en sus manos y cuando me impulsa hacia arriba casi grito. Me agarro a la parte superior de la valla (el metal frío me muerde las palmas) y consigo pasar una pierna. Después la otra. Y entonces estoy colgando del otro lado sin saber muy bien cómo bajar.

—Suéltate —dice Aiden desde abajo.

—¿Qué?

—Que te sueltes.

—Me voy a romper algo.

—No te vas a romper nada. Confía en mí.

Y antes de que pueda pensar demasiado en ello, me suelto.

Y la emoción burbujea en mi pecho cuando caigo sin romperme nada.

—¿Ves? —dice con voz más baja—. Estás entera.

Él salta la valla con una facilidad irritante, aterriza como si lo hubiese hecho mil veces (seguramente lo ha hecho) y antes de que pueda procesar lo que estamos haciendo me está cogiendo de la mano y tirando de mí hacia la piscina.

El agua brilla bajo la luz de la luna, quieta, y por un momento me pregunto si esto es real o si me he quedado dormida sobre mis apuntes y estoy soñando.

—No he traído bañador —digo.

—Yo tampoco.

—Entonces ¿cómo…?

—Nos metemos en ropa interior —responde como si fuese obvio —. O desnudos si prefieres. No me importa.

—¡Aiden!

Se ríe.

—Era broma. Ropa interior. Es prácticamente un bañador.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo solo que menos específico —dice con esa lógica aplastante que usa—. Venga, Walton. No me digas que después de saltar una valla te vas a acobardar ahora.

—No me estoy acobardando.

—Suena como si te estuvieses acobardando.

—No me estoy…

Pero no termino la frase porque él ya se está quitando la sudadera. Después la camiseta. Y de repente está ahí de pie en vaqueros y nada más, con el pecho desnudo bajo la luz de la luna y luciendo unos abdominales con los que se me olvida cómo funcionan las palabras.

—Te toca —dice, y hay diversión en su voz porque sabe perfectamente el efecto que tiene.

—Date la vuelta.

—¿En serio?

—Date la vuelta o me vuelvo a la camioneta.

Suspira con todo el teatro del mundo pero obedece y se gira de espaldas.

Me quito la sudadera con las manos algo temblorosas. Después los vaqueros. Y me quedo ahí de pie en camiseta y bragas sintiendo el aire frío contra mi piel y preguntándome en qué momento mi vida se convirtió en esto.

—¿Lista? —pregunta sin girarse.

—Lista.

Se gira y sus ojos me recorren de arriba abajo tan rápido que casi me lo pierdo. Pero lo veo. Y se me retuerce el estómago.

Él se quita los vaqueros (lleva unos calzoncillos negros, no mires) y camina hacia el borde de la piscina.

—¿Vienes o me vas a dejar nadar solo?

—¿Está fría?

—Ni idea. Solo hay una forma de averiguarlo.

Y salta.

El chapuzón es enorme. El agua explota hacia todos lados y cuando emerge sacudiéndose el pelo mojado está riéndose como un niño.

—¡Joder! —grita—. ¡Está helada!

—Genial. Entonces no me meto.

—Tienes que meterte. Es mejor si lo hacemos juntos.

—Esa lógica no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. Venga, gallina. Demuéstrame que eres valiente.

—No soy gallina.

—Demuéstralo.

Y porque soy idiota y porque no puedo resistirme a un desafío cuando viene de él, corro hacia el borde y salto.

Tiene razón.

Está helada.

El agua me corta la respiración como mil agujas de hielo clavadas a la vez. Bajo hasta tocar el fondo con los pies, los pulmones ardiendo, y después subo rompiendo la superficie con un jadeo que es mitad shock mitad risa histérica.

—¡Está muy fría!

—Te lo dije —responde Aiden nadando hacia mí, y está sonriendo tanto que parece que le duele—. Pero también es increíble, ¿no?

Y tiene razón otra vez.

Es increíble.

El agua helada contra la piel me despierta más que cualquier café. La luna se refleja en la superficie como plata líquida. El campus duerme en silencio a nuestro alrededor. Y Aiden está aquí conmigo, con unas gotas de agua resbalándole por la cara y esa sonrisa que borra todo lo demás.

—Gracias —digo.

—¿Por qué?

—Por sacarme de mi habitación. Por obligarme a hacer esto.

—Siempre, Walton. Cuando necesites que alguien te obligue a hacer locuras, ya sabes a quién llamar.

Nadamos durante no sé cuánto tiempo. Él me salpica y yo le devuelvo el favor. Nos perseguimos de un lado a otro de la piscina como niños. Flotamos boca arriba mirando las estrellas en un silencio que no necesita llenarse con palabras.

Y por primera vez en días, se me apaga la cabeza.

No pienso en exámenes. Ni en notas. Ni en decepcionar a mis padres. Ni en el futuro que tengo planificado desde que nací.

Solo pienso en esto.

En este momento.

Con él.

—¿Sabes qué? —dice Aiden de repente, rompiendo el silencio.

—¿Qué?

—Creo que esta es mi nueva tradición favorita. Secuestrarte de tus estudios y obligarte a hacer cosas ilegales.

—No es ilegal. Solo es un… allanamiento menor.

—Que sigue siendo ilegal.

—Técnicamente.

—Me encanta cuando justificas tus crímenes, Walton. Es adorable.

—No estoy justificando nada. Solo estoy diciendo que…

Y entonces una luz barre el área de la piscina.

Los dos nos quedamos petrificados.

—Mierda —susurra Aiden.

—¿Qué es eso?

—Seguridad.

El corazón se me dispara tan rápido que lo oigo en los oídos.

—¿Qué hacemos?

—Nadar hacia el otro lado, hacia nuestra ropa. Vamos. Ya.

Nadamos hacia el extremo opuesto sin hacer ruido. La linterna sigue barriendo el área y puedo oír pasos. Pasos que se acercan.

—¿Hay alguien ahí? —grita una voz masculina.

Llegamos al borde y Aiden sale primero, después me ayuda a salir tirando de mi mano. Cogemos nuestra ropa del suelo, todavía empapados y temblando, y echamos a correr descalzos por el césped hacia la valla.

—¡Eh! ¡Alto!

Pero no nos detenemos.

Saltamos la valla (mucho más fácil con adrenalina) y corremos hacia la camioneta riéndonos como locos mientras el guardia nos grita desde atrás.

Nos metemos en la cabina, Aiden arranca el motor con manos que le tiemblan de risa, y salimos de ahí con un chirrido de neumáticos antes de que el guardia pueda alcanzarnos.

Y entonces estamos en la carretera, los dos empapados y temblando y riéndonos tan fuerte que me duele todo el cuerpo.

—¡Casi nos pillan! —digo entre carcajadas.

—¡Pero no lo hicieron! —responde Aiden, y su risa es tan contagiosa que no puedo parar—. Eso es lo que importa.

—Somos los peores criminales del mundo.

—Habla por ti. Yo soy excelente en esto.

—Te han visto la cara.

—No ha visto nada. Estaba demasiado oscuro.

—Te ha visto perfectamente.

—Estás celosa de mis habilidades criminales.

—Estoy preocupada por tu salud mental.

Me lanza una mirada de reojo y sonríe.

—¿Mejor?

Y me doy cuenta de que sí.

Que estoy mejor.

Que los últimos días de estrés y ansiedad y presión se han evaporado en la última hora. Que me siento más viva ahora, empapada y temblando en una camioneta robando calor de la calefacción, que en toda la semana.

—Sí —admito—. Mucho mejor.

—Bien. Ese era el plan.

Conduce de vuelta a la residencia mientras yo me acurruco en el asiento intentando entrar en calor ya vestida con mi ropa. Pone la calefacción a tope pero sigo temblando, más por la adrenalina que por el frío.

Cuando aparca frente al edificio, ninguno de los dos se mueve durante un momento.

—Aiden —digo finalmente.

—¿Sí?

—Gracias. De verdad.

Me mira con una expresión que no consigo leer.

—Siempre, Walton.

Y lo dice de un modo que me da un vuelco el corazón.

Bajo de la camioneta antes de hacer alguna estupidez como preguntarle qué significa ese «siempre». Me despido con la mano mientras arranca, veo las luces traseras desaparecer por la calle, y entonces subo las escaleras hacia mi habitación con el pelo goteando y una sonrisa que no puedo borrar.

Cuando entro y me miro en el espejo del baño, veo a una chica con el pelo hecho un desastre, la ropa pegada al cuerpo, y una expresión en la cara que no reconozco.

Feliz.

Se me ve feliz.

Me encanta estar con Aiden.

CAPÍTULO 7

AIDEN

Llevo treinta minutos de pie en la zona de llegadas del aeropuerto de Bozeman y las manos me sudan tanto que tengo que limpiarlas en los vaqueros cada dos minutos.

Ridículo.

Tengo veinticinco años. Soy bombero. Entro en edificios en llamas sin pensarlo dos veces. He sacado gente de coches destrozados. He hecho RCP mientras todo a mi alrededor se desmoronaba.

Pero, al parecer, esperar a Scarlett me convierte en un adolescente nervioso en su primer baile del instituto.

Reviso el móvil por decimoquinta vez. Su vuelo aterrizó hace diez minutos. Lo cual significa que debería salir por esas puertas en cualquier momento.

A menos que haya cambiado de opinión.

A menos que se haya dado cuenta de que esto es una locura y se haya quedado en Connecticut.

A menos que…

Las puertas se abren y empieza a salir gente.

Una pareja mayor con sombreros de turista. Un tipo de negocios con un maletín. Una familia con tres niños gritando. Una chica rubia con…

No es ella.

Más gente. Un grupo de universitarios. Dos mujeres con maletas enormes.

El estómago se me cierra y empiezo a plantearme si llamarla cuando las puertas se vuelven a abrir.

Y ahí está.

Scarlett arrastra una maleta azul marino que parece pesar más que ella, con el pelo recogido en una coleta que se deshace, unos vaqueros que le quedan perfectos y una camiseta blanca que no debería secarme la boca, pero lo hace.

No se me para el mundo.

No se me corta la respiración.

Lo que pasa es mucho más simple y mucho más jodido.

Cada músculo se me tensa de golpe, como una descarga eléctrica. El sonido del aeropuerto se vuelve distante y amortiguado, como si alguien hubiese bajado el volumen del universo. Y mi cerebro, ese órgano que se supone que debería controlar mi cuerpo, decide que este es el momento perfecto para olvidar cómo funcionan cosas básicas como respirar o parpadear o no quedarme mirándola como un idiota.

Y entonces ella me ve.

Su cara entera se ilumina con una sonrisa tan grande que me aprieta el pecho hasta doler.

Y echa a correr.

La maleta queda abandonada en mitad del pasillo mientras corre hacia mí con los brazos abiertos y yo tengo un par de segundos para prepararme antes de que se estrelle contra mi pecho con fuerza suficiente para hacerme retroceder un paso.

Sus brazos se cierran alrededor de mi cuello.

Su cara se entierra en mi hombro.

Y yo dejo de pensar.

Mis brazos la rodean solos, apretándola contra mí con más fuerza de la que debería, y entierro la cara en su pelo porque no puedo evitarlo. Huele exactamente como la recordaba (champú de lavanda y algo dulce que es solo suyo) y joder, he echado tanto de menos este olor que duele.

Pesa menos de lo que recordaba. O tal vez solo he olvidado lo que es tenerla en los brazos porque hace mucho. Su cuerpo encaja contra el mío de un modo que me dispara pensamientos peligrosos como *«así es como debería ser siempre»* y *«nunca la sueltes»*.

No quiero soltarla.

Podría quedarme aquí de pie, en mitad del aeropuerto de Bozeman, con ella en mis brazos durante el resto de mi vida y sería feliz sin más.

Pero entonces caigo en algo que me cruza de pánico como un rayo.

Me estoy poniendo duro.

Muy duro.

Tan duro que en unos segundos lo va a notar si no hago algo YA.

Me separo de golpe y casi la tiro.

Doy un paso atrás con las manos levantadas como si me hubiese quemado (lo cual no está tan lejos de la verdad) y me giro un poco para que el ángulo oculte el problema cada vez más evidente en mis vaqueros.

—Bienvenida —consigo decir, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Vamos a por tu maleta antes de que alguien la robe.

Scarlett parpadea, confundida por mi reacción, pero sonríe de todas formas.

—Sí. Claro.

Camino hacia su maleta con pasos que espero que parezcan normales y no como los de un tío que intenta a la desesperada ocultar una erección en mitad de un aeropuerto público. La cojo del suelo (pesa una tonelada, ¿qué coño ha traído?) y echo a andar hacia la salida sin mirar atrás para comprobar si me está siguiendo.

Porque si la miro ahora, con esa sonrisa todavía en su cara y ese brillo en sus ojos, voy a hacer algo estúpido.

Como besarla.

O decirle que la he echado de menos cada segundo de cada día que me he pasado sin verla.

O admitir que este mes va a matarme pero que no me importa porque la tengo aquí y eso vale cualquier tortura.

Así que sigo caminando.

Y rezo para que mi cuerpo se calme antes de que lleguemos a la camioneta.

Para cuando llegamos al aparcamiento he conseguido que la situación en mis pantalones sea menos obvia. No ha desaparecido (porque, al parecer, mi polla tiene opiniones propias sobre tener a Scarlett cerca) pero al menos ya no parece que esté a punto de romper la cremallera.

Pequeñas victorias.

Cargo su maleta en la parte trasera de la camioneta mientras ella se sube al asiento del copiloto, y cuando me meto al lado del conductor, el olor a lavanda llena todo el espacio de forma tan intensa que tengo que agarrar el volante con más fuerza de la necesaria.

—¿Has tenido un buen vuelo? —pregunto, arrancando el motor porque necesito hacer algo con las manos que no sea tocarla.

—Sí, solo un poco largo —responde, acomodándose en el asiento como si llevara sentándose ahí toda la vida—. Escala en Denver. Retraso de una hora. Un bebé llorando las tres horas que duró el último tramo. Lo típico.

—Suena divertido.

—Una maravilla —dice con sarcasmo, pero está sonriendo—. Pero ya estoy aquí. Eso es lo que importa.

Ya estás aquí.

Las palabras se repiten en mi cabeza mientras salgo del aparcamiento y me dirijo hacia la autopista que nos llevará de vuelta a Sunset Valley.

Ya está aquí.

En Montana.

Conmigo.

Durante un mes.

Joder.

—¿Cómo está tu familia? —pregunto porque necesito tener una conversación normal que me mantenga con los pies en la tierra.

—Bien —responde, y por el tono me parece que no está siendo del todo sincera—. Ocupados con… ya sabes. Cosas de trabajo.

—¿Y Julian?

El nombre me sale como veneno de la boca pero consigo que suene casual.

—También ocupado.

No dice nada más y yo no pregunto porque no quiero saber. No quiero imaginar a ese gilipollas tocándola o besándola o haciendo cualquiera de las cosas que un prometido hace con su prometida.

Así que cambio de tema.

—¿Nerviosa por mañana?

—¿Por la guardia? —pregunta, y cuando la miro de reojo veo que sus ojos brillan con emoción—. Para nada. Estoy deseándolo.

—Puede que sea aburrido. A veces no pasa nada en toda la guardia.

—No me importa. Quiero verlo todo. Cómo es un día normal. Qué hacéis cuando no hay llamadas. Cómo os preparáis. Todo.

Y ahí está.

Ese entusiasmo que siempre me ha encantado de ella.

Cuando Scarlett se emociona por algo, se emociona de verdad. Sin medias tintas. Sin reservas. Se lanza de cabeza y arrastra a todo el mundo con ella.

Es una de las cosas que más amo de ella.

Mierda.

No debería pensar en la palabra «amor» mientras conduzco por una autopista con ella sentada a treinta centímetros de distancia.

—Bueno, pues mañana lo verás todo —digo—. Te advierto que mis compañeros son idiotas. Van a hacerte mil preguntas. Y probablemente intenten impresionarte con historias exageradas de rescates heroicos.

—¿Exageradas?

—Jake dice que una vez salvó a cinco personas de un edificio en llamas. En realidad era un gato en un árbol.

Scarlett se ríe, y el sonido llena la cabina y lo vuelve todo más ligero.

—Me caerá bien.

—Todos te van a adorar —digo, y es la verdad.

Ella me mira de una forma extraña.

—¿Qué?

—Nada. Solo que… te he echado de menos.

Las palabras me golpean el pecho con la fuerza de un puñetazo.

—Yo también te he echado de menos, Walton.

Y es la verdad más incompleta que he dicho en mi vida.

Porque «echar de menos» no cubre ni de lejos lo que he sentido estos meses. No cubre las noches que me he quedado despierto pensando en ella. No cubre las veces que he cogido el móvil para llamarla y me he detenido porque no sabía qué decir. No cubre el vacío que ha dejado en mi vida desde que acabé la universidad.

Pero es lo único que puedo decir.

Así que es lo único que digo.

Y sigo conduciendo.

Cuando llegamos a Main Street y aparco frente al parque de bomberos, Scarlett se inclina hacia delante en su asiento para mirar el edificio con curiosidad.

—Así que vives encima de tu trabajo.

—Es práctico —respondo, apagando el motor—. Si hay una llamada en mitad de la noche solo tengo que bajar las escaleras. Y el alquiler es barato.

—¿Barato como gratis?

—Barato como casi gratis —corrijo—. Pago algo simbólico, pero básicamente el pueblo me deja vivir aquí a cambio de estar disponible.

—Suena como un buen trato.

—Lo es. Hasta que suena la alarma a las tres de la mañana y tienes que salir de la cama directamente a un incendio.

—¿Pasa a menudo?

—Más de lo que me gustaría.

Salgo de la camioneta y rodeo hacia la parte trasera para coger su maleta. Ella me sigue, mirando el edificio de ladrillo rojo con esa expresión que pone cuando está memorizando detalles para escribir después.

—Es precioso —dice—. El pueblo. No ha cambiado nada desde la última vez que estuve aquí.

—Por eso me gusta. Cuando todo el mundo cambia Sunset Valley sigue siendo Sunset Valley.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno —respondo sin dudar—. Definitivamente bueno.

La escalera que lleva a mi apartamento está en el lateral del edificio. Empiezo a subir con su maleta en una mano (joder, ¿qué ha traído, ladrillos?) y ella me sigue un paso por detrás.

—¿Te gusta el apartamento?

—Me encanta.

Y es verdad.

Este apartamento puede ser pequeño y espartano y no tener nada que ver con las mansiones en las que ella se crio, pero es mío. Es el primer lugar que es solo mío. Y me gusta.

Aunque ahora, subiendo estas escaleras con ella detrás de mí, me doy cuenta de lo consciente que soy de cada detalle que va a ver. De lo pequeño que es comparado con lo que ella está acostumbrada. De lo simple y funcional y nada impresionante.

Abro la puerta y me hago a un lado para dejarla pasar.

Scarlett entra despacio, mirando a su alrededor con esos ojos que lo capturan todo. El salón abierto con el sofá gastado y la tele montada en la pared. La cocina pequeña pero limpia. La mesa que solo tiene dos sillas porque nunca recibo visitas.

—Es acogedor —dice al fin.

—¿Acogedor? —repito, sin saber si eso es bueno o malo.

—Acogedor —confirma, girándose hacia mí con una sonrisa—. Me gusta. Se siente… como tú.

No sé qué pensar de ese comentario.

Así que señalo hacia el pasillo.

—Tu habitación está al fondo. Te la enseño.

Arrastro su maleta por el pasillo (menos de diez pasos, ese es el tamaño de mi apartamento) y abro la puerta de la habitación de invitados que he preparado con obsesión durante los últimos tres días.

Scarlett entra y se queda ahí de pie, mirando la cama con las sábanas nuevas que compré, las almohadas extra, la manta doblada al pie. La ventana que da a Main Street. El escritorio simple donde puede escribir.

—¿Has comprado sábanas nuevas? —pregunta, girándose para mirarme.

Y joder.

Me pongo rojo.

Como un adolescente pillado haciendo algo vergonzoso.

—Puede.

Su sonrisa se hace más grande.

—Gracias.

—No es nada. Las mías tenían… años.

—Aiden Wellington comprando sábanas nuevas —dice con ese tono juguetón que me mata—. Nunca pensé que vería el día.

—Cállate.

—Me parece adorable.

—No es adorable. Es práctico. Necesitabas un lugar donde dormir. Fin de la historia.

—Ajá.

—Scarlett.

—¿Qué? No he dicho nada.

—Voy a pedir pizza —murmuro, saliendo de la habitación antes de que pueda burlarse más de mí—. ¿Sigues comiendo de todo menos anchoas?

—Sí.

—Bien. Porque no iba a pedirlas de todas formas. Las anchoas son del demonio.

Su risa me sigue por el pasillo y tengo que apretar los puños para no sucumbir a la tentación de girarme y besarla.

O de decirle que la habitación huele a ella ahora y que nunca voy a poder volver a entrar ahí sin pensar en este momento.

O de admitir que compré esas sábanas porque quería que tuviese algo suave donde dormir y que me pasé veinte minutos en la tienda eligiendo las más suaves porque me importa más de lo que debería.

Pero no hago nada de eso.

Solo saco el móvil y pido pizza.

Porque eso es lo que hacen los amigos.

Y eso es todo lo que puedo ser para ella.

Media hora después estamos sentados en el sofá con una caja de pizza de pepperoni entre los dos y dos cervezas frías en la mesa de centro.

Scarlett se ha cambiado. Ahora lleva unos pantalones de chándal grises y una camiseta holgada y tiene el pelo suelto y despeinado, como si se acabara de despertar.

Se ve hermosa.

Tanto que me duele mirarla.

Y está sentada en mi sofá comiendo pizza como si llevase haciéndolo toda su vida.

—Esto —dice, señalando la porción de pizza en su mano— es exactamente lo que necesitaba.

—¿Pizza?

—Esto. Estar aquí. Contigo. Sin tener que pretender ser alguien que no soy.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba.

—¿Tan malo es? —pregunto—. Allí. En Connecticut.

Se encoge de hombros, pero hay algo en su expresión que me dice que es peor de lo que admite.

—A veces siento que estoy interpretando un papel. La hija perfecta. La prometida perfecta. La heredera perfecta. Y olvido quién soy de verdad debajo de todo eso.

—¿Y quién eres?

Me mira, y el aire entre nosotros se vuelve más denso.

—Alguien que come pizza en un sofá con su mejor amigo. Esa soy yo.

Mejor amigo.

Las palabras deberían hacerme feliz.

Pero lo único que hacen es recordarme que eso es todo lo que seré para ella.

—Bueno, pues aquí puedes ser esa persona todo lo que quieras —digo, cogiendo otra porción de pizza porque necesito tener las manos ocupadas—. Sin juicios. Sin pretensiones. Solo tú.

—Gracias —murmura—. No sabes cuánto significa para mí.

Lo sé.

Sé exactamente cuánto significa.

Porque yo siento lo mismo cuando estoy con ella.

Como si pudiese ser yo mismo. No el hermano de alguien. No el bombero. No el chico de oro que siempre tiene que estar bien.

Solo Aiden.

Comemos en silencio durante unos minutos, ese tipo de silencio cómodo que solo existe con gente que te conoce de verdad. La tele está encendida en un canal de deportes que ninguno de los dos está viendo, y afuera el sol está empezando a ponerse, llenando el apartamento de esa luz dorada de final del verano.

—Deberíamos hablar del libro —dice Scarlett de repente, dejando su pizza en la caja.

—¿Ahora?

—Ahora. Necesito saber qué voy a hacer exactamente. Qué puedo esperar. Cómo funciona todo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —responde, y le brillan los ojos con ese entusiasmo que me mata—. El equipo, las guardias, un rescate de verdad. Todo.

Me río porque no puedo evitarlo.

—¿Todo?

—TODO.

—Eso es mucho, Walton.

—Por eso voy a estar aquí un mes entero —responde con lógica aplastante—. Tiempo de sobra para aprender.

Un mes.

El recordatorio me golpea el pecho.

Solo un mes.

Y después se va.

Se casa con otro.

Y yo me quedo aquí con estos recuerdos y nada más.

Pero no digo nada de eso.

Solo asiento.

—Vale. Pues mañana empezamos. Tengo guardia a las ocho de la mañana. Puedes venir conmigo. Ver cómo es un día completo.

—¿Puedo quedarme toda la guardia?

—Si quieres. Hay literas para invitados. No son muy cómodas, pero funcionan.

—Me da igual si son cómodas. Quiero estar ahí.

Y joder.

La forma en que lo dice.

Como si no hubiese nada en el mundo que quisiera más que pasar el tiempo en un parque de bomberos conmigo.

—Entonces estarás ahí —digo, y la voz me sale ronca.

Scarlett sonríe, y ese es el momento en que me doy cuenta de algo.

Está sentada con las piernas cruzadas en mi sofá, descalza, con una sonrisa enorme en la cara y manchas de salsa de tomate en los dedos que se está limpiando con una servilleta.

Y se ve en casa, como si perteneciese aquí, como si este fuese su hogar.

Y tengo que apartar la mirada porque si sigo mirándola voy a cometer una locura.

Como decirle que quiero que se quede para siempre.

Que olvide Connecticut y a Julian y toda esa vida que la está ahogando.

Que se quede aquí. Conmigo. En este apartamento pequeño y simple donde puede ser ella misma.

Pero no puedo decir nada de eso.

Así que me levanto del sofá.

—Deberías irte a dormir —digo—. Mañana va a ser un día largo.

Scarlett bosteza como si mi sugerencia hubiese activado su cansancio.

—Tienes razón. El vuelo me ha dejado molida.

Se levanta también y se estira; la camiseta se le sube un poco y me deja ver un centímetro de piel que me obliga a apartar la mirada a toda prisa.

—Buenas noches, Aiden —dice, caminando hacia el pasillo.

—Buenas noches, Walton.

Se detiene en el umbral del pasillo y me mira por encima del hombro.

—Gracias. Por todo. Por dejarme venir. Por las sábanas nuevas. Por… por ser tú.

Y antes de que pueda responder, desaparece por el pasillo.

Oigo la puerta de su habitación cerrarse.

Y me quedo ahí de pie en mitad de mi salón con los restos de la pizza y el olor a lavanda todavía flotando en el aire.

Por ser tú.

Como si ser yo fuese suficiente.

Como si no quisiera ser alguien del todo distinto para poder merecerla.

Recojo la caja de pizza y las botellas vacías y las llevo a la cocina con movimientos automáticos. Limpio todo. Apago las luces. Y camino por el pasillo hacia mi habitación.

Me detengo frente a la puerta de Scarlett.

Está cerrada.

Pero oigo movimiento al otro lado. El sonido de una maleta abriéndose. Pasos suaves sobre el suelo de madera. El crujido del colchón cuando se sienta en la cama.

Está ahí.

Al otro lado de la pared, esta vez de verdad y no en mi cabeza.

Entro en mi habitación y cierro la puerta detrás de mí. Me quito la camiseta y los vaqueros y me tumbo en la cama en boxers porque hace demasiado calor para dormir con ropa.

Y me quedo ahí, mirando el techo, oyendo los sonidos amortiguados de Scarlett moviéndose en la habitación de al lado.

Preparándose para dormir.

En mi casa.

En la cama que preparé para ella.

A centímetros de mí, pero inalcanzable.

Cierro los ojos y lo único que veo es su sonrisa cuando me ha abrazado en el aeropuerto.

Lo único que siento es su cuerpo contra el mío.

Lo único que sé es que durante meses me conformé con imaginarla, y ahora que la tengo a un paso ya no voy a saber conformarme.

Porque la tengo aquí.

Pero no puedo tenerla de verdad.

Y cada día de este mes me lo va a recordar.

CAPÍTULO 8

SCARLETT

El parque de bomberos huele a humo atrapado en las paredes, café recién hecho y algo metálico que no sé identificar pero que imagino que tiene que ver con el equipo.

Son las ocho de la mañana y llevo despierta desde las seis porque los nervios no me han dejado dormir. Me he cambiado de ropa tres veces (lo cual es ridículo tratándose de ir a un parque de bomberos, no a una gala) antes de decidirme por unos vaqueros y una camiseta simple. Nada que llame la atención. Nada que grite «heredera multimillonaria jugando a ser escritora».

Aiden baja las escaleras delante de mí con su uniforme (pantalones cargo azul marino y camiseta del departamento que se le pega al cuerpo y casi me hace salivar) y cuando abre la puerta del parque, el ruido me golpea como una ola.

Voces masculinas. Risas. El sonido de metal contra metal. Una radio encendida en alguna parte.

—Respira, Walton —dice Aiden mirándome por encima del hombro con esa sonrisa torcida—. No muerden.

—¿Seguro?

—Bueno, Jake muerde. Pero solo si le provocas.

No sé si está bromeando.

Entramos en lo que parece ser la sala común. Hay un sofá enorme y gastado frente a una tele, una mesa larga con sillas desparejadas, y una cocina al fondo donde tres hombres están preparando lo que huele a tortilla y beicon. Mis tripas me traicionan con un gruñido.

—Chicos —dice Aiden, y todos los rostros se giran hacia nosotros —. Esta es Scarlett. La amiga de la que os hablé.

Amiga.

La palabra me atraviesa el pecho como siempre lo hace cuando sale de su boca.

Un hombre mayor (cincuenta y tantos, pelo canoso, gesto serio) se acerca primero. Lleva el uniforme con más insignias que los demás y tiene esa postura militar que grita «autoridad».

—Morrison —se presenta, ofreciéndome la mano—. Soy el Capitán.

—Scarlett —respondo, estrechándosela. Tiene un apretón firme pero no agresivo—. Gracias por dejarme venir.

—Aiden dice que estás escribiendo un libro sobre bomberos.

—Sí. Una novela. Quiero que sea lo más realista posible.

Morrison me mira durante un momento largo, como si estuviese evaluando si soy una molestia o una curiosidad aceptable.

—Pues has venido al lugar correcto —dice al fin—. Pero si suena la alarma y hay una emergencia peligrosa, te quedas aquí. ¿Entendido?

—Entendido.

Asiente y se aparta para dejar paso a un tipo rubio con una sonrisa enorme que parece no caber en su cara.

—Jake —dice, sin ofrecerme la mano sino abriendo los brazos como si fuésemos viejos amigos—. El más guapo, el más divertido y el único de este equipo que sería un novio maravilloso.

—Aléjate de ella —dice Aiden, poniéndose entre nosotros con un movimiento que parece automático—. Te quiero a tres metros de distancia en todo momento.

Jake se ríe pero da un paso atrás con las manos levantadas en rendición.

—Relájate, Wellington. Solo estoy siendo amable.

—Eres muchas cosas. Amable no es una de ellas.

Me presentan al resto del equipo (Marcus, callado pero con ojos que lo capturan todo; Tyler, el más joven, que parece tener unos veinte años; y Rob, tan concentrado en su tortilla que apenas me mira) y después Aiden me guía hacia una silla en la mesa.

—¿Café? —pregunta.

—Por favor.

Vuelve con dos tazas (una para él, otra para mí) y se sienta a mi lado en lugar de enfrente, lo suficientemente cerca como para que nuestros brazos se rocen cada vez que uno de los dos se mueve.

Y me doy cuenta de algo mientras los observo interactuar, mientras escucho sus bromas y veo cómo Aiden se ríe de algo que Jake dice.

Aquí es feliz.

Feliz de verdad, hasta los huesos.

No es el Aiden que conocí en la universidad, el que usaba el humor como escudo contra las expectativas y la presión. Este es Aiden en su elemento. Relajado. Cómodo. Siendo exactamente quien es sin tener que fingir nada.

Y me enamoro un poco más de él.

Lo cual es un problema porque ya estaba enamorada hasta las cejas antes de venir.

A las diez de la mañana el equipo se traslada al gimnasio del parque para el entrenamiento físico diario.

—¿Puedo ir? —pregunto a Aiden mientras los demás empiezan a moverse.

—Claro. Trae tu libreta. Esto es parte importante del trabajo.

Cojo mi libreta (que hasta ahora solo tiene tres líneas porque he estado más pendiente de Aiden que de ella) y los sigo por un pasillo hasta una sala grande llena de equipamiento. Pesas. Máquinas. Barras de dominadas. Una cinta de correr en la esquina.

Me siento en un banco junto a la pared, lejos del centro de acción, y abro la libreta en una página en blanco.

Los hombres empiezan a calentar. Estiramientos. Saltos. Movimientos que les flexionan los músculos bajo las camisetas.

Y entonces Aiden se quita la suya.

Se la saca por la cabeza con ese movimiento fluido que hacen los hombres, dejándola caer al suelo como si no fuese nada, y se gira hacia la barra de dominadas.

Y yo me olvido de cómo funcionan los pulmones.

No es la primera vez que veo a Aiden sin camiseta. Le he visto en innumerables ocasiones. Sé que está en buena forma porque es su trabajo.

Pero es que ahora es todavía más impresionante.

Madre mía. Parece un dios griego.

Aiden salta y agarra la barra. Sus manos se cierran alrededor del metal y entonces empieza a subir.

Los músculos de su espalda se contraen con cada movimiento. Veo cada línea, cada definición, el sudor que empieza a brillarle en la piel bajo las luces fluorescentes. Sus brazos (Dios, esos brazos que siempre me han vuelto loca) se flexionan y se relajan en un ritmo constante mientras sube y baja, sube y baja.

Y yo no puedo apartar la vista.

La libreta está abierta en mi regazo pero el bolígrafo no se mueve. No estoy tomando notas. No estoy observando «para el libro».

Estoy mirándolo como una adolescente en el primer concierto de su grupo favorito.

Sus abdominales se contraen cada vez que sube. Puedo contarlos desde aquí. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Todos bien definidos. Y la línea que desaparece bajo la cintura de sus pantalones…

Me muerdo el labio tan fuerte que casi me duele.

—Impresionante, ¿eh?

La voz me hace saltar.

Jake está a mi lado, también sin camiseta, con una sonrisa que deja claro que sabe muy bien qué estaba mirando.

—¿Qué? —consigo decir, y mi voz sale más aguda de lo normal.

—El entrenamiento —dice, y hay diversión en sus ojos—. Es duro. Todos tenemos que mantener un nivel de fitness muy alto para el trabajo.

—Sí. El entrenamiento. Es muy… exigente.

—Wellington es el que está en mejor forma de todos nosotros —continúa Jake, y juro que lo está haciendo a propósito—. Pasa más tiempo aquí que en cualquier otro sitio. Dice que le ayuda a pensar.

Miro a Aiden otra vez. Ha terminado con las dominadas y ahora está en el suelo haciendo flexiones. Los brazos suben y bajan, los

músculos de la espalda se mueven como agua bajo la piel.

—Toma muchas notas —dice Jake.

Bajo la vista a mi libreta.

Está en blanco.

—Estoy observando primero —improviso—. Luego escribo.

—Ajá.

Se aleja con una sonrisa todavía en su cara y yo quiero que me trague la tierra.

Me obligo a escribir algo. Cualquier cosa. «Entrenamiento físico diario. Importante para mantener la forma necesaria para el trabajo. Requiere disciplina y dedicación.»

Palabras vacías que no significan nada comparadas con lo que de verdad estoy pensando.

Que Aiden es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Que verlo así me está matando.

Que un mes no va a ser suficiente.

Que nada va a ser suficiente.

A la hora de comer estoy agotada, y eso que no he hecho nada físico.

El equipo se reúne en la cocina donde Rob ha preparado pasta con salsa boloñesa que huele increíble. Me siento en la mesa larga entre Aiden y Marcus, con el plato humeante delante y mi libreta cerrada a un lado.

—¿Qué te ha parecido hasta ahora? —pregunta Morrison desde la cabecera de la mesa.

—Fascinante —respondo, y es verdad—. No me esperaba que fuese tan… físicamente exigente.

—El trabajo no es solo apagar fuegos —explica Marcus, tranquilo —. Es cargar equipamiento pesado, subir escaleras con cuarenta kilos encima, romper puertas, sacar gente de sitios imposibles. Si no estás en forma, mueres. O haces que otra persona muera.

—Por eso entrenamos tanto —añade Tyler—. Nuestras vidas dependen de ello.

Asiento, tomando nota mental de todo. Esto es real. Esto es lo que quiero capturar en el libro. No solo la acción y el fuego y el heroísmo. Sino el trabajo duro que va detrás. La disciplina. El sacrificio.

—¿Cuánto tiempo llevas escribiendo? —pregunta Jake.

—Desde siempre —respondo—. Pero solo empecé a tomármelo en serio en la universidad.

—¿Qué estudiaste?

—Literatura. Con especialización en escritura creativa.

—Y de todas las cosas sobre las que podrías escribir, elegiste bomberos —dice Rob—. ¿Por qué?

La pregunta me pilla desprevenida.

Porque la verdad es «porque necesitaba una excusa para ver a Aiden y esto era lo único que se me ocurrió».

Pero no puedo decir eso.

—Porque creo que no hay suficientes historias que muestren lo que hacéis de verdad —digo al fin—. No el dramatismo de Hollywood. Sino la realidad. Las guardias largas. El entrenamiento. La espera. Todo lo que pasa entre las emergencias.

Morrison asiente con aprobación.

—Pues vas a tener mucho material.

Miro a Aiden y lo encuentro ya mirándome. No sé bien qué leo en su expresión. Algo suave. Orgulloso, tal vez.

Y el corazón me da un vuelco.

—Gracias por dejarme estar aquí —digo, aunque estoy mirándolo solo a él—. Significa mucho.

—Para eso están los amigos —responde, y esa palabra, otra vez, se me clava como un cuchillo.

Amigos.

Solo amigos.

Nunca nada más.

Me como el resto del plato en silencio mientras la conversación fluye a mi alrededor. Y cuando miro a Aiden riéndose de algo que Jake acaba de decir, con esa sonrisa que ilumina toda la sala, me doy cuenta de algo que me aterra.

No sé cómo voy a sobrevivir cuando me vaya.

Porque cada minuto que paso aquí me confirma lo que ya sabía.
Que Aiden es el amor de mi vida.
Y que él nunca lo sabrá.

CAPÍTULO 9

AIDEN

Para cuando termina el turno es muy tarde y estoy exhausto.

No hemos tenido ninguna emergencia real, pero las horas se me han hecho más largas de lo normal.

Probablemente porque he pasado cada minuto hiperconsciente de dónde estaba Scarlett.

Cuando estaba en el gimnasio, sentí su mirada como fuego en mi piel.

Cuando comimos, olí su champú cada vez que se movía.

Cuando hicimos una demostración de equipo, vi cómo sus ojos brillaban con curiosidad.

Estoy jodido.

Jodido sin remedio.

—¿En qué piensas? —pregunta Scarlett, interrumpiendo mis pensamientos autodestructivos.

—En nada.

—Mentiroso. Tienes esa expresión que pones cuando estás perdido en tu cabeza.

—¿Qué expresión?

—Esa —señala mi cara—. Ceño fruncido. Mandíbula tensa. Como si estuvieses resolviendo un problema matemático complicado.

—No sabía que me estudiabas tanto, Walton.

—Llevo años estudiándote, Wellington —responde, y su tono carga el aire a nuestro alrededor—. Eres mi sujeto de investigación favorito.

Casi me quedo paralizado en las escaleras.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada.

Subimos en silencio. Cuando abrimos la puerta del apartamento, Scarlett se estira con un gemido que destroza mi autocontrol.

—Necesito una ducha —dice—. ¿Tú vas a hacer la cena?

—Iba a intentarlo.

—¿Intentarlo?

—Soy un desastre cocinando. Pero puedo hacer sándwiches de queso sin matarnos a ninguno.

Se ríe.

—Suena perfecto. Dame diez minutos. Mañana cocino yo.

Desaparece por el pasillo hacia el baño y yo me quedo en la cocina mirando la nevera como si fuese a darme respuestas sobre cómo sobrevivir a este verano.

No me las da.

Saco el pan, el queso, la mantequilla. Pongo una sartén al fuego. Una rutina automática mientras escucho el agua correr en el baño y lucho por no pensar en Scarlett desnuda a unos pasos de distancia.

Fallo de pleno.

Pongo los sándwiches en la sartén y me obligo a concentrarme en no quemarlos. Lo cual es más difícil de lo que parece cuando mi cerebro está ocupado imaginando lo que no debería.

El agua se detiene.

La casa se llena de silencio.

Puedo imaginarla secándose, poniéndose el pijama, cepillándose el pelo.

Y entonces oigo sus pasos en el pasillo.

Me giro.

Y el corazón se me desboca.

Scarlett está en el umbral de la cocina descalza, con unos pantalones de pijama de algodón gris que le quedan perfectos y una camiseta blanca holgada que se le cae por un hombro y deja ver la curva de su clavícula. Tiene el pelo mojado, que le cae en ondas por los hombros, la cara limpia de cualquier maquillaje, y una sonrisa enorme en los labios.

Y yo dejo de respirar.

Porque parece sentirse en casa, encaja en este sitio, la siento mía. Aunque no lo es. Aunque nunca lo será.

Y mi cerebro traidor decide que este es el momento ideal para mostrarme una fantasía en toda regla.

Me la imagino así todas las noches: saliendo de nuestra ducha, en nuestra casa, sonriéndome porque soy suyo y ella es mía. La veo cocinando conmigo, riendo conmigo, acostándose conmigo, despertando a mi lado con el pelo despeinado y una expresión somnolienta que me da ganas de besarla hasta que se olvide su propio nombre.

La veo embarazada, con el vientre creciendo con nuestro hijo, mis manos en su piel, mis labios en su cuello, susurrándole cuánto la amo.

La veo envejeciendo conmigo. Años y años y años. Una vida entera. Todo lo que siempre he querido y nunca voy a tener.

Y me pongo duro, tan rápido que casi duele.

Tengo que girarme hacia la sartén antes de que se dé cuenta.

—Huele… bien —dice ella, acercándose.

Huele a quemado pero no la corrijo.

—Casi están —murmuro, y mi voz sale ronca.

Ella se coloca a mi lado, mirando la sartén, y está tan cerca que su brazo roza el mío y tengo que apretar los dientes para no cometer una estupidez.

Como empujarla contra la encimera y besarla hasta que los dos olvidemos cómo respirar.

—Aiden —dice con voz extraña.

—¿Sí?

—Los sándwiches… se están quemando.

Miro hacia abajo. Tiene razón: los sándwiches están negros y hay humo saliendo de la sartén.

—Mierda —quito la sartén del fuego, la dejo sobre una base fría y abro la ventana para ventilar el humo.

Y Scarlett empieza a reírse.

Esa risa que me vuelve loco, la que aligera el aire y que escucharía cada día durante el resto de mi vida.

—¿Cómo puedes quemar sándwiches de queso? —pregunta entre risas—. Es literalmente la comida más sencilla del mundo.

—Tengo un talento especial —respondo, y no puedo evitar sonreír aunque acabo de estropear la cena.

Ella se acerca más, mirando los sándwiches carbonizados con cara de diversión.

—Estos están… ¿crujientes?

—Están muertos. Esa es la palabra que buscas.

Se ríe otra vez y el sonido me sacude el pecho como no debería.

—Te estás burlando de mi trauma culinario —digo sin pensar—. Eso tiene consecuencias.

Ella levanta una ceja.

—¿Ah sí? ¿Qué consecuencias?

—Cosquillas.

Sus ojos se abren como platos.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba, Walton.

Y echa a correr.

La oigo gritar delante de mí, muerta de risa, con los pies descalzos golpeando el suelo mientras corre hacia el salón. La persigo, más rápido porque tengo las piernas más largas, y la atrapo junto al sofá.

Mis brazos rodean su cintura y la levanto del suelo. Ella grita otra vez, mitad risa mitad protesta, y se retuerce intentando escapar.

—¡Para! ¡No!

—Admite que mis sándwiches no son TAN malos —digo, llevando las manos a sus costados.

—¡Están carbonizados!

—Esa no es la respuesta correcta.

Empiezo a hacerle cosquillas y ella se retuerce en mis brazos, riendo tan fuerte que apenas puede respirar. Su cuerpo se mueve contra el mío, suave y cálido, y cada punto donde nos tocamos es pura electricidad.

—¡Vale! ¡Vale! —grita entre risas—. ¡No son tan malos!

—¿Ves? Sabía que entrarías en razón.

Pero no la suelto. No quiero.

Y entonces ella hace un movimiento inesperado, se gira en mis brazos, y yo avanzo para mantener el equilibrio, y de repente

estamos contra la pared.

La arrincono, con las manos apoyadas en la pared a ambos lados de su cabeza y nuestros cuerpos casi pegados.

Y todo cambia.

El aire se vuelve espeso, pesado, cargado de una corriente que siento en cada terminación nerviosa.

Nuestras respiraciones se sincronizan, rápidas y entrecortadas.

Ella mira hacia arriba con esos ojos azules enormes, los labios entreabiertos, las mejillas sonrojadas por la risa y el esfuerzo.

Y es tan hermosa que duele mirarla.

Bajo la vista a sus labios sin poder evitarlo.

Están a centímetros de los míos. Sería tan fácil inclinarme un poco, cerrar la distancia. Besarla hasta que olvide todo lo que no sea esto. Nosotros.

Mi mirada vuelve a sus ojos y los encuentro fijos en mis labios también. ¿Está imaginándolo? ¿Quiere…? No. No puede ser. Pero entonces ella contiene la respiración cuando me inclino apenas hacia delante, y juro que puedo sentir la anticipación vibrando en el aire entre nosotros. Un centímetro más. Eso es todo lo que necesito. Solo un centímetro y…

Está comprometida. Con otro hombre. Ella es tu mejor amiga. Solo está aquí por el libro. No porque te quiera. No como tú la quieres a ella.

La voz en mi cabeza me golpea como agua fría y me separo con tal brusquedad que casi la tiro. Doy dos pasos hacia atrás con las manos en el pelo, tirando de él con frustración que no tiene salida.

—Lo siento —consigo decir, y mi voz sale rota—. Yo… tengo que… la cena.

Y me marcho hacia la cocina como si me persiguiese un incendio. Porque en cierto modo lo hace. Me estoy quemando por dentro y no hay agua suficiente en el mundo para apagarlo.

Llego a la cocina y apoyo las manos en el borde de la encimera, sin aliento. El corazón me late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos. La erección empuja contra los vaqueros hasta doler. Y todo mi cuerpo grita que vuelva ahí y termine lo que casi empiezo. Pero no

puedo. No puedo porque ella no es mía. Porque está prometida. Porque arruinaría todo.

Oigo sus pasos suaves en el pasillo y cómo se cierra la puerta de su habitación. Y me quedo ahí, mirando los sándwiches quemados en la sartén, y me río sin humor. Perfecto. Estropeo la cena. Casi beso a mi mejor amiga. Y todavía me queda un mes entero.

Me dejo caer en una silla y entierro la cara en las manos. Sabía que sería difícil. Lo sabía desde el principio. Pero no así. No este dolor físico cada vez que la miro, ni estas ganas de besarla que me vuelven loco, ni esta tortura de tenerla tan cerca y no poder tocarla.

Y me doy cuenta de algo que me encoge el estómago. No sé si voy a sobrevivir a este verano. No sé si voy a poder dejarla ir cuando termine. Porque cada día que pasa me enamoro más de ella. Y cada día que pasa me recuerda que ella nunca será mía.

Y eso me va a matar.

CAPÍTULO 10

SCARLETT

La alarma suena a las diez y media de la mañana del día siguiente, y esta vez no es un simulacro.

Morrison grita que ha habido un accidente con víctima atrapada en la I-90, y en segundos el parque entero se pone en marcha. Aiden ya está en pie, moviéndose hacia el camión con el resto del equipo, y yo me quedo paralizada en mi silla con la libreta en la mano sin saber qué hacer.

—¿Puedo ir? —pregunto, y mi voz sale más aguda de lo que pretendía.

Aiden se gira hacia mí mientras se pone la chaqueta.

—Sí. Pero te quedas en el camión. ¿Entendido?

Asiento y corro detrás de él.

El viaje dura diez minutos eternos. Aiden está sentado frente a mí en el camión, poniéndose el equipo con movimientos eficientes que ha hecho mil veces. Guantes. Casco. Chaqueta reflectante. Su expresión ha cambiado por completo. Ya no es el Aiden que bromea en la cocina. Este es el profesional. El que va a salvar una vida.

Cuando llegamos a la escena, el estómago se me cierra.

El coche está volcado en la cuneta de la autopista. Sale humo del capó. Hay cristales rotos por todas partes. Y puedo oír a alguien gritando dentro.

El equipo se mueve como una máquina bien aceitada. Morrison da órdenes. Marcus y Tyler estabilizan el vehículo. Jake prepara el equipo de corte. Y Aiden se acerca al coche, se agacha junto a la ventana rota y habla con el conductor con voz firme y tranquilizadora que puedo oír incluso desde el camión.

—Hola, amigo. Me llamo Aiden. Soy bombero. Vamos a sacarte de aquí, ¿vale? Pero necesito que te quedes quieto. ¿Puedes hacer eso por mí?

La voz del conductor sale temblorosa.

—Me duele. Me duele mucho…

—Lo sé. Lo sé. Vamos a sacarte. Te lo prometo.

Y entonces empiezan a cortar el metal.

El sonido es horrible. Chirriante. Como si el coche estuviese gritando. Tardan veinte minutos que se me hacen años. Aiden no se aparta ni un segundo del conductor. Sigue hablándole, manteniéndolo consciente, calmándolo cuando el pánico lo invade.

Cuando por fin logran sacar al hombre y lo colocan en la camilla con cuidado extremo, puedo ver la sangre en el uniforme de Aiden. En sus manos. En su cara.

Y me doy cuenta de algo que me arranca el aire de los pulmones.

Esto es real.

El peligro es real.

Cada vez que suena esa alarma, cada vez que se pone ese uniforme, podría no volver. Y la idea de perderlo, no porque tenga que volver a Connecticut en unas semanas, sino porque este trabajo podría quitármelo en cualquier momento, me cierra la garganta de una forma que no esperaba.

Dos días después hay un incendio en el restaurante de Main Street.

No es grande (un fuego en la cocina que se descontroló), pero cuando llegamos ya hay humo saliendo por las ventanas y gente en la calle tosiendo y llorando.

Esta vez no me quedo en el camión. Morrison me deja estar en el perímetro de seguridad con mi libreta en la mano tomando notas que probablemente no tienen sentido porque lo único que puedo hacer es mirar la puerta del restaurante por donde Aiden acaba de entrar.

Con Jake.

Con Marcus.

Hacia el humo.

Hacia el fuego.

Los minutos se arrastran. El humo se vuelve más espeso. Puedo oír el agua de las mangueras. Gritos dentro del edificio. Y cada segundo que pasa sin verlo salir, el pánico me aprieta más fuerte el pecho.

Y entonces aparece.

Sale por la puerta con el casco bajo el brazo y la cara cubierta de hollín. Pero está sonriendo. Esa sonrisa torcida que conozco tan bien.

—Estoy bien, Walton —dice cuando me ve, como si pudiese leer en mi cara el miedo que acabo de pasar—. Solo he tragado un poco de humo. Nada grave.

Quiero correr hacia él. Quiero abrazarlo tan fuerte que no pueda respirar. Quiero gritarle que no vuelva a entrar nunca más en un edificio en llamas.

Pero no puedo.

Porque somos amigos.

Solo amigos.

Y los amigos no hacen eso.

Así que me quedo ahí de pie con mi libreta inútil en la mano y asiento como si estuviese bien. Como si no acabase de darme cuenta de que lo amo tanto que la idea de perderlo me está destrozando por dentro.

—Bien —consigo decir—. Me alegro.

Y él me mira de una forma extraña, como si pudiese ver a través de mí y supiese que estoy mintiendo.

Pero no dice nada.

Solo se gira y vuelve con su equipo para terminar el trabajo.

Y yo me quedo ahí, viendo cómo se aleja, sabiendo que cada día que paso aquí me cuesta más aceptar que voy a tener que dejarlo.

AIDEN

El viernes recibimos una llamada ridícula.

—Hay un gato atrapado en un árbol —anuncia Morrison con expresión seria, aunque todos sabemos que está intentando no

reírse—. En Maple Street, número cuarenta y dos.

Jake estalla en carcajadas.

—¿En serio? ¿Vamos a hacer eso?

—Es una emergencia —responde Morrison con esa voz de capitán que no admite réplica—. Wellington, tú te encargas.

Por supuesto.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo? —protesto.

—Porque eres el que mejor trepa —dice Jake con una sonrisa enorme.

Scarlett está sentada en la sala común con su libreta, intentando no sonreír. No lo consigue.

—¿Vas a burlarte de mí tú también? —le pregunto.

—Nunca —responde, pero sus ojos brillan con diversión—. Los rescates de gatos son muy importantes. Cruciales, diría yo.

—Os odio a todos.

Pero estoy sonriendo cuando subimos al camión.

La casa es una de esas construcciones antiguas de Sunset Valley con jardín enorme y un roble que tiene al menos cincuenta años. Y ahí, en una rama a unos cuatro metros del suelo, hay un gato blanco y negro bufando como si estuviese poseído.

La señora Henderson está al pie del árbol con las manos juntas como si estuviese rezando.

—¡Whiskers! —grita—. ¡Baja de ahí, gatito malo!

El gato la ignora del todo.

—Señora Henderson —digo, acercándome—. Voy a bajarlo. No se preocupe.

—Oh, gracias, hijo. Muchas gracias. Lleva ahí desde esta mañana y no sé qué hacer.

Jake está montando la escalera extensible contra el árbol mientras Marcus y Tyler se aseguran de que esté estable. Scarlett está un poco apartada observando toda la escena, y cuando nuestras miradas se cruzan tiene esa expresión que me mata. Como si estuviese viendo algo adorable y no pudiese evitar sonreír.

—Nuestro héroe —dice Jake cuando empiezo a subir—. Salvando gatitos de árboles peligrosos.

—Cállate, idiota.

Su risa me sigue mientras subo.

El gato me mira con ojos enormes cuando llego a su nivel. Está asustado, con las orejas hacia atrás, el pelo erizado.

—Hola, pequeño —digo con voz suave, extendiendo la mano despacio—. Vamos a bajarte de aquí, ¿vale? No voy a hacerte daño.

El gato bufa pero no me araña cuando lo cojo con cuidado. Lo sostengo contra mi pecho, sintiendo cómo tiembla, y bajo la escalera con movimientos lentos para no asustarlo más.

Cuando llego al suelo, la señora Henderson prácticamente me arranca el gato de las manos.

—¡Oh, Whiskers! ¡Mi bebé! —lo aprieta contra su pecho con lágrimas en los ojos—. Muchas gracias, hijo. Muchas gracias.

—No hay de qué, señora.

—Espera aquí —dice, y desaparece dentro de la casa con el gato todavía en brazos.

Jake está riéndose tan fuerte que tiene que apoyarse contra el camión.

—Eso ha sido épico. Épico de verdad.

—Me alegro de que te diviertas.

—¿Le has hablado al gato con voz de bebé?

—Vete a la mierda.

Scarlett se acerca con esa sonrisa todavía en la cara.

—Has sido muy dulce con él —dice.

—Era un gato asustado. ¿Qué querías que hiciese?

—Nada. Solo que… no sabía que tenías ese lado.

—Tengo muchos lados que no conoces, Walton.

Y en cuanto las palabras salen de mi boca me arrepiento. Porque lo he dicho en un tono demasiado íntimo. Demasiado cargado de significado sexual.

Ella me mira con una expresión extraña pero antes de que pueda decir nada, la señora Henderson vuelve con una caja de galletas caseras.

—Toma —dice, metiéndomela en las manos—. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, señora. No hacía falta.

—Por supuesto que sí —insiste, y entonces mira a Scarlett de una forma que me hace ponerme tenso—. ¿Es tu novia? Hacéis una pareja preciosa.

El silencio que sigue es tan absoluto que puedo oír a Jake conteniendo la respiración detrás de mí.

—No —consigo decir, y mi voz sale más alta de lo normal—. Ella es… es mi amiga.

—Oh —la señora Henderson nos mira a los dos con esa expresión que ponen las personas mayores cuando saben algo que tú no sabes —. Pues deberías pedírselo, hijo. A mi edad sé reconocer el amor cuando lo veo.

Scarlett se pone completamente roja.

—Nosotros no… solo somos amigos.

—Si tú lo dices, querida —responde la señora con una sonrisa que deja claro que no nos cree—. Pues os estáis perdiendo algo muy bonito.

Y entonces vuelve a entrar en la casa dejándonos a todos congelados en el jardín.

—Bueno —dice Jake rompiendo el silencio—. Eso ha sido incómodo.

—Cállate.

—La señora Henderson tiene razón, ¿sabes? —continúa como si no hubiese hablado—. Hacéis buena pareja.

—Jake. Te juro que si no te callas…

—¿Qué? ¿Vas a pegarme? Adelante. Pero no cambia el hecho de que hacéis buena pareja.

No respondo.

Porque ¿qué coño voy a decir?

Subimos al camión en silencio. Scarlett está sentada frente a mí otra vez, mirando por la ventana, y puedo ver cómo se muerde el labio inferior como si estuviese nerviosa.

El viaje de vuelta dura diez minutos interminables.

Cuando llegamos al parque, Scarlett murmura algo sobre ir al baño y desaparece, dejándome solo con el equipo.

Y Jake, siendo Jake, no puede mantener la boca cerrada.

—Así que… —comienza con esa sonrisa que significa problemas—. ¿Cuándo vas a dejar de fingir que solo es tu amiga y le vas a decir la verdad?

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Estás enamorado de ella. Todo el mundo lo sabe. Excepto tal vez ella.

—Está prometida.

—¿Y?

—¿Cómo que y? No puedo…

Morrison entra en ese momento, salvándome de tener que terminar esa frase.

—Ya era hora de que tuvieses novia, Wellington —dice como si tal cosa, sirviéndose café.

Me quedo paralizado.

—¿Qué?

—Llevas dos años aquí —continúa Morrison como si estuviese hablando del tiempo—. Nunca te hemos visto con nadie. La gente estaba empezando a comentar.

—¿Comentar qué? —pregunto, aunque una parte de mí no quiere saber la respuesta.

Tyler, que hasta ahora había estado callado, decide que es el momento ideal para hablar.

—Mi hermana pensaba que eras gay.

El silencio que sigue es ensordecedor.

—¿QUÉ?

Jake estalla en carcajadas.

—No es algo malo, tío —dice entre risas—. Pero es que nunca sales con nadie. Nunca hablas de chicas. Nunca…

—No soy gay —interrumpo, y mi voz sale más alta de lo que pretendía.

—Lo sabemos —dice Marcus desde su rincón—. Ahora. Porque no puedes dejar de mirar a Scarlett como si quisieses comértela.

La sangre me sube a la cara tan rápido que me marea.

—Yo no la miro así.

—Wellington —Morrison me mira con esa expresión de padre decepcionado—. Te he visto. Todo el equipo te ha visto. Estás enamorado de esa chica hasta los huesos.

—Está prometida —repito, porque parece que nadie está entendiendo ese pequeño detalle.

—¿Y? —pregunta Jake otra vez.

—¿Cómo que y? ¿Qué queréis que haga? ¿Que le diga que la amo cuando va a casarse con otro en unos meses?

—Sí —responden los cuatro al unísono.

—Estáis todos locos.

—¿Por qué está aquí entonces? —pregunta Morrison.

—Por su libro.

Todo el equipo se ríe.

—Tío —dice Jake—. Nadie se viene un mes para investigar un libro.

—Especialmente cuando tiene una vida esperándola en Connecticut —añade Marcus.

—Y un prometido —termina Morrison.

Me quedo ahí de pie mirándolos como si se hubiesen vuelto todos locos.

—¿Qué estáis diciendo?

—Que tal vez está aquí por ti, idiota —dice Jake.

La idea me golpea con tanta fuerza que tengo que sentarme.

No.

No puede ser.

Scarlett está aquí por su libro. Porque somos amigos. Porque necesitaba investigar.

No porque…

No.

No puedo hacerme ilusiones.

—Tengo que irme —murmuro, levantándome.

—Wellington.

Pero ya estoy caminando hacia el vestuario, alejándome de sus miradas, de esas palabras que me están dando una esperanza que no puedo permitirme tener.

CAPÍTULO 11

SCARLETT

Me despierto con la boca seca y el cerebro envuelto en algodón.

No sé qué hora es. Solo sé que necesito café con una urgencia que roza lo desesperado.

Me levanto de la cama con movimientos lentos, todavía medio dormida, y salgo de mi habitación sin pensar. El pasillo está bañado en esa luz suave de mañana de domingo, tranquila y dorada, y hay un silencio absoluto que me hace suponer que Aiden sigue durmiendo.

Camino descalza hacia la cocina con los ojos todavía entrecerrados, el pelo revuelto por los hombros y el pijama (unos pantalones de algodón y una camiseta vieja) arrugado de dormir.

Y entonces la puerta del baño se abre de golpe.

Y me choco directamente contra Aiden.

El impacto me despierta de golpe. Extiendo las manos por instinto para no caerme y mis palmas aterrizan sobre algo duro y liso.

Piel.

Piel mojada.

Tardo un segundo en procesar lo que estoy tocando.

Es su pecho.

El pecho de Aiden.

Desnudo.

Mis manos están extendidas sobre él, con los dedos separados, y bajo mis palmas puedo sentirlo todo. El calor que irradia de su piel como si acabase de salir de una ducha hirviendo. Las gotas de agua que resbalan bajo mis dedos, tibias y escurridizas. La dureza de sus músculos, sólidos como piedra pero suaves al tacto. Y su corazón. Puedo sentir su corazón latiendo bajo mi mano derecha, rápido y

fuerte, bombeando contra mi palma como si estuviese intentando salirse de su pecho.

Levanto la vista despacio, todavía sin apartar las manos, y me encuentro con él.

Aiden me mira desde arriba con ojos oscuros que no reconozco. Tiene el pelo mojado y algunas gotas de agua caen por su frente, por sus sienes, y bajan por su cuello hasta perderse en ese pecho que estoy tocando. Solo lleva una toalla enrollada alrededor de las caderas. Blanca. Baja. Tan baja que puedo ver la línea de músculos de su abdomen desapareciendo bajo la tela. Tan baja que si bajase un centímetro más…

Me obligo a mirarlo a la cara.

Error.

Porque me está mirando la boca. Sus ojos están fijos en mis labios con una intensidad que hace que se me seque la garganta. Su mandíbula está tensa. Los músculos de su cuello marcados. Y hay algo en su expresión que nunca he visto antes. Algo oscuro. Algo hambriento. Algo que carga el aire entre nosotros, denso y pesado.

Y entonces me doy cuenta de que mis manos siguen en su pecho.

Que no las he apartado.

Que llevo no sé cuánto tiempo tocándolo así, sintiendo cómo su piel arde bajo mis dedos, cómo su respiración se ha vuelto más pesada, cómo cada músculo de su cuerpo se ha tensado como si estuviese conteniendo algo.

Debería apartarme.

Sé que debería apartarme.

Pero no puedo moverme. No puedo hacer nada excepto sentir. La textura de su piel. Suave pero al mismo tiempo áspera donde empieza a crecer vello en su pecho. El calor. Dios, tanto calor que me quema las palmas. El agua que sigue deslizándose bajo mis manos como si me estuviese invitando a explorar más, a bajar por esos abdominales, a seguir esa línea de vello que desaparece bajo la toalla.

Mi pulgar se mueve sin que le diga que lo haga. Un roce minúsculo contra su piel. Apenas un centímetro.

Pero él lo siente.

Lo sé porque inhala de golpe, un sonido ronco que viene de algún lugar profundo en su garganta, y sus manos se cierran en puños a los lados de su cuerpo como si estuviese luchando contra…

—Scarlett.

Mi nombre sale de sus labios como un gemido ahogado. Ronco. Roto.

Y el sonido me atraviesa como electricidad.

¿Qué estoy haciendo? No puedo permitir que descubra lo que siento por él.

Aparto las manos de un tirón y casi pierdo el equilibrio.

—Lo siento —las palabras salen atropelladas, demasiado agudas —. Yo no… no te había visto. Estaba… lo siento.

Doy un paso atrás. Después otro. Mi espalda choca contra la pared del pasillo y uso eso como impulso para girarme y volver a mi habitación.

No corro.

Pero casi.

Cierro la puerta detrás de mí y me apoyo contra ella con las piernas temblando. El corazón me late tan rápido y tan fuerte que puedo sentirlo en la garganta, en las sienes, en cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Bajo la vista a mis manos.

Están temblando.

Y todavía puedo sentirlo. El calor de su piel grabado en mis palmas como una marca. La dureza de sus músculos. El latido de su corazón. Todo.

Cierro los ojos y lo veo de nuevo. De pie en el pasillo con solo esa toalla, el pelo mojado, las gotas de agua bajando por su pecho, por esos abdominales que he visto cientos de veces pero que nunca había podido tocar.

¿Saldría corriendo si supiese lo que siento por él?

No puedo arriesgarme. No puedo perderlo como amigo.

Es la persona más importante de mi vida y no voy a hacer ningún movimiento que me separe de él. El deseo que he creído ver en sus ojos, estoy segura, solo ha sido mi propia imaginación, que proyecta lo que yo deseo con todo mi ser.

Es imposible que Aiden me quiera como algo más que su mejor amiga.

¿Verdad?

AIDEN

Me quedo paralizado en mitad del pasillo con el agua todavía goteando de mi pelo y la piel ardiendo donde ella acaba de tocarme.

Sus manos.

Sus manos estaban en mi pecho.

Y yo solo podía desear que durase más. Que bajase las manos. Solo podía desear lo que no me corresponde.

Entro en mi habitación y cierro la puerta detrás de mí. Me apoyo contra ella con los ojos cerrados y los puños apretados.

Puedo sentirlas todavía.

Sus manos en mi piel. Pequeñas. Suaves. Cálidas. Presionaban contra mi pecho como si pudiesen sentir mi corazón latiendo bajo sus palmas. Y lo estaba. Latiendo tan rápido y tan fuerte que estoy seguro de que lo sintió. Que supo exactamente el efecto que tiene en mí.

La forma en que su pulgar se movió contra mi piel. Un roce mínimo. Quizá inconsciente.

Pero lo sentí como si me hubiese quemado.

Bajo la vista.

La erección presiona contra la toalla, tan obvia y tan jodidamente dolorosa que tengo que apretar los dientes para no gemir.

Esto es una locura.

No llevo ni una semana viviendo con ella y ya estoy a punto de explotar. La veo cada mañana con el pelo revuelto y los ojos todavía somnolientos. La escucho reír. Huelo su champú en mi sofá, en mi baño, en cada rincón de este apartamento. Llevo una semana durmiéndome con el sonido de su respiración al otro lado de la pared.

Pero he sobrevivido.

Apenas. Pero he sobrevivido.

Pero esto…

Esto es diferente.

Porque ahora sé cómo se siente tenerla tocándome. Y no va a ser suficiente. Nada va a ser suficiente.

Me quito la toalla y la dejo caer al suelo. Me tumbo en la cama desnudo con la polla tan dura que me duele y cierro los ojos.

No es una buena idea.

Porque todo lo que veo son sus manos en mi pecho. La forma en que sus dedos se extendieron sobre mi piel. Cómo su pulgar se movió contra mí. Cómo me miraba con esos ojos llenos de algo que no me atrevo a nombrar porque si lo hago voy a volverme loco de atar.

No puedo más.

Bajo la mano y me agarro con fuerza. Un movimiento brusco que arranca un gemido de mi garganta porque tengo la polla tan sensible que cualquier roce es casi demasiado.

Empiezo a moverme y cada tirón de mi mano es una tortura y un alivio al mismo tiempo.

Me imagino que son sus manos las que me tocan. Que no se apartó. Que en lugar de huir bajó las manos por mi pecho, explorando cada músculo, cada línea, hasta llegar aquí. Me imagino cómo se sentiría tenerla envolviendo mi polla con esos dedos pequeños. Cómo me miraría mientras lo hace. Cómo sonaría mi nombre en sus labios cuando vea lo que le hace.

Me imagino girándola contra la pared del pasillo, quitándole ese pijama que se le pega al cuerpo de una forma que me vuelve loco, deslizando las manos por su piel hasta hacerla gemir, tocándola hasta que grite mi nombre, metiéndome en ella hasta que olvide que existe alguien más.

Hasta que olvide que tiene que irse.

Hasta que olvide todo excepto esto.

Nosotros.

Aprieto más fuerte y acelero el ritmo. Mi mano resbala porque ya estoy goteando. Cada músculo de mi cuerpo tenso. La presión se acumula en la base de mi columna y sube, y sube, hasta que…

—Scarlett.

Su nombre sale de mi boca como un gemido roto justo cuando eyaculo. Caliente. Intenso. Manchándome el abdomen, el pecho, la

mano.

Me quedo tumbado, jadeando. Con el corazón todavía disparado. La piel cubierta de sudor. Y la culpa me golpea como una ola.

Acabo de correrme pensando en ella.

En mi mejor amiga.

En la mujer que va a casarse con otro.

Y lo peor de todo es que no me arrepiento.

Lo peor es que si pudiese lo haría otra vez ahora mismo.

Lo peor es que sé que esto va a repetirse. Cada noche. Cada maldita noche hasta que se vaya.

Me obligo a levantarme. Cojo la toalla del suelo y me limpio con movimientos mecánicos. Me pongo unos vaqueros y una camiseta. Me paso las manos por el pelo todavía mojado.

Y todo el tiempo lo único en lo que puedo pensar es en ella.

En sus manos en mi pecho.

En cómo me miraba.

Me siento en el borde de la cama y me quedo mirando la pared que nos separa.

Diez centímetros de distancia.

Ella está ahí. Al otro lado. A lo mejor sigue procesando lo que acaba de pasar, avergonzada, convencida de que fue un accidente sin importancia.

Cuando para mí lo ha cambiado todo.

Porque ahora sé que no puedo seguir fingiendo que esto es sostenible. Que puedo pasar tres semanas más así. Que puedo dejarla ir cuando llegue el momento.

No puedo.

Y eso me va a destruir.

CAPÍTULO 12

AIDEN

El camino a casa de mis padres dura veinte minutos que paso pendiente de cada respiración que Scarlett toma en el asiento del copiloto.

Desde lo que ha pasado esta mañana no hemos hablado del tema. Hemos desayunado en un silencio incómodo que ninguno de los dos ha sabido cómo romper. Y ahora vamos de camino a la comida familiar donde voy a tener que fingir que todo es normal delante de mi familia entera.

Delante de gente que me conoce demasiado bien.

—¿Estás nerviosa? —pregunto, porque necesito llenar el silencio con algo que no sea el recuerdo de su piel contra la mía.

Scarlett se gira hacia mí con una sonrisa pequeña.

—Un poco. Hace mucho que no veo a tu familia.

—Te adoran. Siempre lo han hecho.

Y es verdad. Desde la primera vez que la traje a casa (hace años, cuando ella todavía estaba en la universidad y yo acababa de graduarme) mi familia la recibió como si fuese una más. Mi madre la abrazó como abraza a sus propios hijos. Mis hermanos bromearon con ella sin filtros. Incluso mi padre, que no es precisamente efusivo, sonrió más de lo normal.

—Además —añado, intentando aligerar el ambiente—, van a estar todos tan ocupados peleándose entre ellos que ni siquiera van a prestarnos atención.

Ella se ríe, y el sonido me deshace un nudo en el pecho.

—¿Siempre es así?

—Imagina poner a Liam, que necesita controlar todo, en la misma mesa que Henry, que odia que lo controlen. Añade a Cole con su

humor sarcástico. A mí intentando mediar. A Sage riéndose de todos nosotros. Y a sus parejas intentando mantener la paz. Es un caos.

—Suena perfecto —dice Scarlett, y hay un quiebro en su voz que me hace mirarla.

Está sonriendo, pero hay nostalgia en sus ojos. Esa expresión que se le escapa a veces cuando habla de lo que nunca ha tenido. Una familia ruidosa. Caos organizado. Amor sin condiciones.

Quiero decirle que podría ser suya. Que mi familia ya la ha adoptado aunque ella no se haya dado cuenta. Que hay un sitio para ella en esa mesa siempre que quiera ocuparlo.

Pero no digo nada.

Porque decirle eso haría que lo que siento por ella fuese demasiado evidente.

Aparco frente a la casa principal y ya puedo ver todos los coches. El todoterreno de Liam. La camioneta de Cole. El Jeep de Henry. El coche de Sage y Dominic con las sillitas de los niños en la parte trasera.

Todos están aquí.

—¿Lista? —pregunto, apagando el motor.

Scarlett respira hondo y asiente.

—Lista.

Bajamos de la camioneta y apenas hemos dado tres pasos cuando la puerta principal se abre y mi madre sale con los brazos abiertos.

—¡Scarlett! —Dorothy Wellington tiene esa habilidad de hacer que todo el mundo se sienta bienvenido con solo una sonrisa, y ahora mismo está usando toda su artillería pesada—. Qué alegría verte, cariño.

Mi madre envuelve a Scarlett en un abrazo que la hace desaparecer contra su pecho, y puedo ver cómo se derrite en él, cómo cierra los ojos un segundo más de lo necesario y cómo se le relajan los hombros de una forma que nunca le veo cuando habla de su propia familia.

—Gracias por invitarme, señora Wellington.

—Dorothy, por favor. Ya te he dicho mil veces que señora Wellington me hace sentir vieja —mi madre se aparta pero mantiene

las manos en los hombros de Scarlett, estudiándola con esa mirada de madre que lo ve todo—. Estás más delgada. ¿Aiden te está alimentando bien?

—Mamá.

—Es una pregunta legítima. Sé cómo cocinas.

Scarlett se ríe y es un sonido genuino que hace que el resto de la tensión desaparezca de sus hombros.

—Me alimenta de maravilla. Aunque sus sándwiches de queso dejan mucho que desear.

Mi madre me lanza una mirada que dice claramente «te lo dije».

—Sabía que no debería haberte dejado salir de casa sin enseñarte a cocinar como es debido.

—Mamá, soy bombero. Entro en edificios en llamas. Creo que puedo sobrevivir sin saber hacer un soufflé.

—Y aun así quemas los sándwiches —añade Scarlett con una sonrisa que me dice que me está devolviendo la broma.

Mi madre se ríe y le pasa un brazo por los hombros y la guía hacia la casa.

—Ven, cariño. Cuéntame cómo va ese libro que estás escribiendo. Aiden me ha contado que es sobre bomberos.

Las veo entrar juntas y me quedo ahí de pie un instante más de la cuenta, procesando la escena que acabo de presenciar.

Scarlett encaja aquí.

Encaja con mi madre, con mi familia, con esta vida.

Y eso lo vuelve todo mucho más difícil.

Cuando entro a casa el ruido me golpea como siempre lo hace. Voces superpuestas. Risas. El sonido de niños corriendo por todos lados. El olor a comida casera que sale de la cocina.

Hogar.

Esto siempre ha sido hogar.

Encuentro a Scarlett en el salón rodeada de mi familia como si fuese el centro de un tornado. Iris está a su lado hablando animadamente sobre algo, gesticulando con las manos de esa forma caótica que tiene. Sage se ha unido a la conversación y las tres parecen haber conectado al instante. Lauren está sentada en el sofá con una mano en su vientre abultado, sonriendo mientras las

escucha. Y Ellie, a pesar de ser actriz de Hollywood acostumbrada a cualquier situación social, parece encantada de verdad de estar ahí.

Luna aparece corriendo de algún lugar de la casa y se lanza directamente hacia Scarlett.

—¡Tú eres la escritora!

Scarlett se agacha para quedar a su altura, y puedo ver cómo su expresión entera se suaviza.

—Así es. ¿Y tú eres Luna?

—Sí. Mamá dice que estás escribiendo un libro sobre bomberos como mi tío Aiden.

—Exacto. ¿Tú qué quieres ser cuando seas mayor?

Luna se lo piensa durante un segundo, muy seria.

—Todavía no lo sé. Pero algo importante.

—Estoy segura de que lo serás.

Y lo dice con tanta sinceridad, sin condescendencia, que hace sonreír a Luna de oreja a oreja, mientras Lauren me mira con una expresión que dice «me gusta ella».

Los sobrinos de Dominic, Ethan y Emma, observan desde la distancia con esa timidez típica de su edad. Pero Emma, la más extrovertida de los dos, al final se acerca y le pregunta a Scarlett si puede leerle uno de sus libros algún día.

—Por supuesto —responde Scarlett—. Cuando lo termine, serás la primera en leerlo.

Y Emma se ilumina.

Cole aparece a mi lado con una cerveza en la mano y otra que me ofrece.

—Tu chica es un éxito.

—No es mi chica.

—Lo que tú digas, hermano.

Liam se une a nosotros, con Iris colgada de su brazo de una forma que todavía me sorprende ver. Mi hermano mayor, el hombre más serio y controlado que conozco, derretido por una mujer que lee tarot y cree en cristales.

—Scarlett parece estar en su elemento —comenta Liam.

—Le gusta la gente real —respondo sin pensar—. No está acostumbrada a eso.

Mis hermanos intercambian una mirada que no sé interpretar pero que me hace ponerme tenso.

—¿Qué?

—Nada —dice Cole, pero está sonriendo de una forma que significa que definitivamente sí que es algo.

Henry aparece con Ellie, que a pesar del embarazo sigue teniendo ese aire de estrella de cine que hace que destaque en cualquier habitación. Pero aquí con mi familia ruidosa y caótica, parece más relajada que en las fotos que he visto de ella en alfombras rojas.

—¿Esta es la famosa Scarlett? —pregunta Henry, y la calidez en su voz hace que me relaje un poco.

—La misma.

—Ellie estaba deseando conocerla. Dice que cualquier mujer que aguante vivir contigo durante semanas merece una medalla.

—Muy gracioso.

Pero Henry está sonriendo, y es bueno verlo así. Después de todo lo que le pasó (el accidente, la pérdida de Dylan, los años de aislamiento), verlo de nuevo integrado en la familia, enamorado, esperando un hijo… es un recordatorio de que las cosas pueden cambiar. De que no todo está perdido.

Aunque mi situación sea diferente.

Mi padre aparece desde su despacho, y aunque no es tan efusivo como mi madre, saluda a Scarlett con un apretón de manos firme y una sonrisa discreta que en él es equivalente a un abrazo.

—Me alegro de verte, Scarlett.

—Gracias por recibirme, señor Wellington.

—Daniel, por favor.

Sage se acerca y prácticamente arranca a Scarlett de la conversación para presentarle formalmente a Dominic, que hasta ahora había estado observando desde la distancia con esa expresión seria que tiene cuando está evaluando a alguien.

—Dominic Kane —se presenta, ofreciendo la mano—. He oído hablar mucho de ti.

—Scarlett Walton. Espero que cosas buenas.

—Mayormente —responde Dominic con el más mínimo atisbo de humor en su voz, y Sage le da un codazo en las costillas.

—No le hagas caso. Tiene sentido del humor pero lo esconde muy bien.

Todos nos movemos hacia el comedor donde mi madre ha preparado suficiente comida para alimentar a un ejército. Es lo que siempre hace cuando toda la familia está junta. Como si temiese que alguno de nosotros pudiese pasar hambre.

La mesa es enorme, tuvo que serlo siempre para acomodar a cinco hijos, pero ahora, con todas las parejas y los niños, está llena. Ruidosa, caótica, perfecta.

Me siento al lado de Scarlett, y ella está flanqueada por Iris en el otro lado. Cole está frente a mí con Lauren a su lado. Liam preside un extremo de la mesa con la autoridad inconsciente que tiene incluso en reuniones familiares. Mi padre está en el otro extremo. Mi madre va y viene de la cocina trayendo fuentes de comida que huelen increíble.

—Esto es demasiado, Dorothy —dice Scarlett cuando ve la cantidad de comida.

—Tonterías. Nunca es demasiado cuando se trata de familia.

Y ahí está otra vez. Esa expresión en la cara de Scarlett. Ese anhelo apenas disimulado de algo que nunca ha tenido.

La comida empieza y las conversaciones se superponen de esa forma caótica que solo pasa cuando los Wellington están juntos. Iris cuenta una historia sobre un cliente de la cafetería que terminó en desastre y tiene a toda la mesa riendo. Lauren habla sobre los antojos del embarazo que están volviendo loco a Cole. Ellie menciona lo surreal que es estar en Montana después de años en Los Ángeles.

Y Scarlett está fascinada.

Puedo verlo en su cara, en cómo observa cada interacción: cómo sonríe cuando Liam y Henry empiezan una discusión amistosa sobre política local, cómo se ríe cuando Cole suelta un comentario sarcástico y Lauren le pega en el brazo, cómo se le suaviza la cara cuando ve a mi madre servir más comida en el plato de mi padre con un cariño de cuarenta años de matrimonio.

Esto es lo que ella nunca ha tenido.

Una familia real. Amor sin condiciones. Un lugar donde puede ser ella misma sin tener que medir cada palabra.

Y puedo ver cómo se enamora un poco de todo esto: de mi familia, de esta vida, de la posibilidad de algo distinto.

Y me encanta.

Sage se inclina hacia delante, llamando la atención de Scarlett.

—Por cierto, el próximo fin de semana es el campamento de verano del pueblo. Los del parque de bomberos van a ir para enseñar a los niños sobre prevención de incendios y seguridad. Deberías ir. Sería perfecto para tu libro.

Los ojos de Scarlett se iluminan.

—¿En serio? Eso sería increíble.

—Es bastante informal —añado—. Pasamos el fin de semana en el lago. Hacemos demostraciones. Enseñamos a los niños cosas básicas. Hay fogatas por la noche.

—Me encantaría —dice Scarlett, y entonces me mira con una expresión que me deja sin palabras—. Aunque debería preguntarte si no te importa que me meta en cada rincón de tu vida.

Está bromeando.

Lo sé porque está sonriendo de esa forma juguetona.

Pero las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Por mí puedes meterte en mi vida entera.

El silencio que sigue a mis palabras es absoluto.

Todos en la mesa dejan de hablar. Todos los tenedores se quedan suspendidos en el aire. Todos los ojos se giran hacia mí.

Y me doy cuenta demasiado tarde de lo que acabo de decir.

De cómo ha sonado.

Como una confesión de todo lo que llevo años intentando no decir.

Cole levanta las cejas. Liam aprieta la mandíbula. Sage sonríe como si acabase de confirmar algo que ya sabía. Iris parece a punto de estallar de emoción. Lauren intercambia una mirada significativa con Cole. Mis padres se miran entre ellos con una expresión que no puedo descifrar.

Y Scarlett está roja hasta las orejas, con la mirada clavada en el plato como si fuese lo más interesante del mundo.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—Yo… —empiezo, pero no sé cómo terminar esa frase.

Y entonces Luna, bendita Luna con su inocencia, rompe el silencio.

—¿Scarlett va a ser mi nueva tía?

El silencio se vuelve más pesado.

Lauren se pone pálida.

—Luna, cariño…

Pero Luna no se da cuenta de que ha dicho algo tenso. Está mirando a Scarlett con genuina curiosidad.

—Porque tío Aiden dijo que puede meterse en toda su vida. Y eso es lo que hacen las tías, ¿no? Tía Sage está en toda la vida de tío Dominic.

Hay algunas risas incómodas alrededor de la mesa.

Mi madre se levanta con una eficiencia que solo ella puede lograr cuando está salvando una situación.

—Aiden, ¿me ayudas a traer el postre?

No es una pregunta.

Es una orden disfrazada de petición.

—Claro, mamá.

Me levanto tan rápido que casi tiro la silla, agradecido por la excusa de escapar, y sigo a mi madre hacia la cocina.

En cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, ella se gira hacia mí con los brazos cruzados.

—Esa chica te tiene enamorado hasta los huesos.

No es una pregunta. Es una afirmación.

Y no tiene sentido mentirle a Dorothy Wellington. Nunca lo ha tenido.

—Mamá.

—No me mientas, Aiden Christopher Wellington. Te he parido. Y nunca te había visto mirar a alguien así.

Me revuelvo el pelo en busca de palabras que no existen.

—¿Tan obvio es?

—Para mí sí. Para tu padre también. Probablemente para todos tus hermanos.

Genial.

—Está prometida, mamá.

—Lo sé.

—Con otro hombre.

—También lo sé.

Ella suspira, se acerca y me pone una mano en la mejilla de esa forma que solo saben las madres.

Mi madre me mira durante un largo momento, y hay tanta compasión en sus ojos que duele.

—Deberías mantenerte alejado de ella.

—Lo intento.

—No lo suficiente. La has traído a vivir contigo.

—Es por su libro.

Mi madre no dice nada, pero su expresión habla por ella. No me cree.

—Mamá, lo tengo controlado.

—¿Ah sí? ¿Igual que acabas de tenerlo controlado ahí fuera cuando le has dicho delante de toda la familia que puede meterse en tu vida entera?

Cierro los ojos.

—Ha sido sin querer.

—Nada es sin querer cuando estás enamorado, hijo. Las palabras salen porque necesitan salir.

—No puedo decírselo. Está prometida. No sería justo.

—No —confirma mi madre—. No sería justo. Para ninguno de los dos. Y por eso mismo deberías pedirle que se vaya antes de que esto se vuelva más complicado.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque —las palabras se me atoran en la garganta—. Porque cuando se vaya va a casarse con otro. Y estas semanas son todo lo que voy a tener. Y sé que es egoísta. Sé que probablemente estoy haciendo que todo sea peor. Pero no puedo pedirle que se vaya. No todavía.

Mi madre suspira y es un sonido lleno de preocupación maternal.

—Crees que puedes controlarlo. Que puedes tenerla cerca y estar bien. Pero nadie puede contenerse cuando está enamorado, Aiden. Nadie. Y un día de estos vas a hacer o decir algo que no puedas retirar. Y entonces ¿qué?

No tengo respuesta para eso.

—¿Y si ya es demasiado tarde? —pregunto finalmente.

—¿Para qué?

—Para no salir herido de esto.

Mi madre me abraza, y durante un momento vuelvo a tener diez años y ella es la única persona que puede hacer que todo esté bien.

Excepto que esta vez no puede arreglar nada.

—Entonces solo puedo estar aquí cuando esto termine —dice contra mi pelo—. Porque va a terminar, cariño. Ella va a volver con su prometido. Y tú vas a tener que encontrar la forma de seguir adelante.

Se aparta y me mira a los ojos.

—Pero quiero que sepas algo. Esa chica es maravillosa. Siempre que la traes me parece encantadora. Dulce. Real. Se nota que se preocupa por ti. Y si las circunstancias fuesen diferentes, si ella no estuviese comprometida, sería perfecta para ti.

Las palabras se clavan en mi pecho como cuchillos.

—Pero lo está.

—Lo está —confirma mi madre.

Nos quedamos ahí en silencio durante un momento, y entonces mi madre vuelve a la acción y coge la tarta que ha preparado.

—Venga. Volvamos antes de que piensen que te estoy regañando.

—Me estabas regañando.

—Bueno, sí. Pero no tienen por qué saberlo.

Volvemos al comedor donde la conversación ha continuado, menos tensa que cuando me fui. Scarlett está hablando con Iris y Sage, riendo por algo que han dicho, y cuando me ve su sonrisa se hace más pequeña.

Más cautelosa.

Como si también se hubiese dado cuenta de que algo ha cambiado con mi comentario.

El resto de la comida pasa en un borrón. Hay postre. Hay café. Hay más conversación. Los niños juegan en el jardín. Los adultos nos movemos al porche donde el aire es más fresco.

Y en todo momento soy dolorosamente consciente de dónde está Scarlett. De cómo encaja con mi familia como si siempre hubiese pertenecido aquí. De cómo mi madre tiene razón.

No puedo controlar esto.

Ya no.

Cuando finalmente nos despedimos, mi madre abraza a Scarlett un poco más fuerte de lo normal.

—Cuídate, cariño —dice, y hay un significado oculto en esas palabras que solo ella y yo entendemos.

En la camioneta de vuelta, ninguno de los dos habla.

El silencio se extiende entre nosotros como un abismo que no sé cómo cruzar.

Porque mi comentario todavía está ahí, flotando en el aire.

Por mí puedes meterte en mi vida entera.

Y ambos sabemos que no debería haberlo dicho.

Pero ya no puedo retirarlo.

Y no estoy seguro de que, aunque pudiese, quisiera hacerlo.

CAPÍTULO 13

SCARLETT

El camino de vuelta al apartamento de Aiden transcurre en silencio.

Miro por la ventanilla cómo los árboles pasan borrosos mientras Aiden conduce, y lo único que puedo hacer es intentar contener el nudo que se me ha formado en la garganta desde que salimos de la casa de los Wellington.

Porque acabo de pasar las últimas horas viviendo algo que pocas veces experimento.

Lo que es estar con una familia real.

Dorothy me ha abrazado como si fuese su hija. No con ese abrazo educado y medido que mi madre me da en eventos públicos, sino con fuerza, con calidez, con ese tipo de amor que no necesita palabras. Sage me ha tratado como si fuésemos amigas de toda la vida. Iris ha conectado conmigo al instante, hablando de creatividad, arte y sueños sin juzgar ninguno. Lauren me ha sonreído con esa dulzura genuina de alguien que sabe lo que es luchar por lo que quiere. Ellie me ha hecho reír con sus historias de Hollywood hasta que me dolió el estómago.

Y Luna.

Luna me ha preguntado si iba a ser su nueva tía con esa inocencia brutal que no sabe que cada palabra es un cuchillo que se me clava en el pecho.

Porque la respuesta es no.

Nunca voy a ser la tía de Luna. Nunca voy a formar parte de esa familia. Nunca voy a sentarme en esa mesa todos los domingos comiendo el asado de Dorothy mientras Cole y Liam discuten sobre política local y Henry intenta mediar y Aiden me mira desde el otro lado con esa sonrisa que hace que se me olvide respirar.

Nunca.

Y me duele tanto que tengo que morderme el labio para no llorar aquí mismo en el asiento del copiloto de su camioneta.

—¿Estás bien? —pregunta Aiden, y su voz rompe el silencio que se ha instalado entre nosotros.

—Sí —miento, sin apartar la vista de la ventanilla—. Solo estoy un poco cansada.

—Scarlett.

La forma en que dice mi nombre me obliga a mirarlo. Hay un punto en su tono, suave pero insistente, que me dice que sabe que estoy mintiendo.

—Estoy bien —repito, intentando que mi voz suene convincente —. De verdad.

—No me mientas —dice, y ahora hay firmeza en sus palabras—. Te conozco. Sé cuando algo va mal.

Por supuesto que lo sabe.

Lleva años conociéndome, años viendo a través de todas las máscaras que me pongo, años siendo la única persona con la que puedo ser yo misma.

Y ahora me está mirando con esos ojos color avellana, esperando que le diga la verdad.

Pero no puedo decirle la verdad.

No puedo decirle que me he pasado las últimas horas enamorándome de su familia casi tanto como estoy enamorada de él. No puedo decirle que cada minuto en esa mesa ha sido una tortura porque he visto todo lo que nunca voy a tener. No puedo decirle que cuando su madre me ha abrazado he tenido que contener las lágrimas porque nunca nadie me abraza así. No puedo decirle que he fantaseado durante toda la comida con un mundo donde soy parte de esa familia. Donde me siento en esa mesa no como invitada sino como alguien que pertenece ahí.

No puedo decirle ninguna de esas cosas.

Así que me quedo callada y rezo para que lo deje pasar.

Aparcamos frente al parque de bomberos y subimos las escaleras en silencio. Cuando entramos al apartamento voy directa hacia mi habitación porque necesito estar sola, necesito procesar todo esto sin tener que fingir delante de él, pero su mano en mi brazo me detiene antes de que pueda escapar.

—Scarlett —dice, y el contacto de su piel contra la mía me eriza cada terminación nerviosa—. Por favor. Dime qué te pasa.

Me giro hacia él y lo encuentro tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos, la preocupación en su expresión, lo mucho que le importa de verdad, y eso lo vuelve todo mucho peor.

—No es nada —intento otra vez, pero mi voz se quiebra en la última palabra y eso me delata.

—No es nada —repite, y suena casi dolido—. Scarlett, llevas todo el camino de vuelta a punto de llorar. Así que no me digas que no es nada.

Tiene razón.

Por supuesto que tiene razón.

—Vale —digo finalmente, y me suelto de su agarre para caminar hacia el sofá porque no puedo tener esta conversación de pie.

Me siento y él me sigue. Deja espacio entre nosotros, pero se gira hacia mí. Espera. Me da tiempo.

No puedo decirle lo que me pasa.

Así que decido contarle otra verdad. Una mucho más segura.

Una que también me está carcomiendo aunque no sea la principal.

Respiro hondo. Una vez. Dos veces. Busco las palabras correctas, las que puedo decir sin revelar lo que siento por él.

—¿Cómo voy a escribir una buena novela si nunca he vivido? —suelto finalmente, y las palabras salen más rotas de lo que pretendía.

Aiden parpadea.

—¿Qué?

—Nunca he vivido, Aiden —continúo, y ahora que he empezado no puedo parar—. Toda mi vida ha sido controlada. Planificada. Cada minuto de cada día decidido por otra persona. He ido a los colegios correctos. He estudiado lo correcto. He conocido a la gente correcta.

He sonreído cuando debía sonreír. He callado cuando debía callar. He sido la hija perfecta.

Me tiembla la voz pero sigo.

—Pero nunca he hecho nada loco. Nada espontáneo. Nada salvaje. Nunca he tomado una decisión solo porque yo quería tomarla. Y ahora se supone que debo escribir sobre personajes que viven, que sienten, que hacen cosas impulsivas y apasionadas. Pero ¿cómo voy a escribir sobre eso si yo nunca lo he vivido de verdad?

El silencio que sigue es tan denso que puedo sentirlo presionando contra mi piel.

Aiden me mira con tal intensidad que tengo que apartar la vista. Puedo sentir su mirada en mi perfil, cómo procesa cada palabra que acabo de decir, cómo ve cosas que tal vez nunca había visto antes.

—Eso tiene solución —dice finalmente, y su voz es tan segura que tengo que mirarlo.

—¿Ah sí?

—Claro —responde, y entonces sonríe. Esa sonrisa torcida que me desarma—. Hacemos una lista.

—¿Una lista?

—De todas las cosas locas que quieres hacer. Y las hacemos. Todas. Antes de que te vayas.

Las palabras me golpean el pecho como un puñetazo.

Antes de que te vayas.

Es un recordatorio brutal de que esto es temporal. De que en unas semanas voy a tener que volver. De que este paréntesis en mi vida tiene fecha de caducidad.

Pero también hay esperanza en sus palabras. La promesa de que estas semanas que me quedan no tienen que ser solo observar su vida. Pueden ser vivir la mía.

—¿De verdad? —pregunto, y mi voz sale baja.

—De verdad —confirma, y se levanta del sofá para buscar papel y bolígrafo en la cocina.

Vuelve con ambas cosas y se sienta más cerca esta vez. Lo suficiente cerca como para que nuestras rodillas se rocen cuando se gira hacia mí. Lo suficiente cerca como para que pueda oler su colonia mezclada con el olor a pino que siempre lo acompaña.

—Vale —dice, bolígrafo en mano—. Dime. ¿Qué quieres hacer?

Y de repente me quedo en blanco.

Porque hay tantas cosas que nunca he hecho, tantas experiencias que me han negado, tantos momentos que he perdido siendo la heredera perfecta.

Pero ahora que tengo que decirlas en voz alta, ahora que Aiden está aquí mirándome con esos ojos llenos de determinación esperando que le dé una lista de sueños, no sé por dónde empezar.

—No sé —admito finalmente—. Hay tantas cosas…

—Entonces empieza por una —dice con paciencia—. La primera que se te ocurra.

Lo pienso durante un momento. Y entonces la idea llega clara y perfecta.

—Quiero irme de viaje —digo—. Sin destino.

Aiden levanta las cejas.

—¿Sin destino?

—Sin destino —confirmo, y ahora las palabras empiezan a fluir más fácil—. Toda mi vida he viajado en vuelos privados a hoteles de cinco estrellas con itinerarios planificados hasta el último minuto. Quiero lo contrario. Quiero alquilar una autocaravana y solo… conducir. Parar donde queramos. Dormir donde nos pille la noche. Sin saber dónde vamos a estar al día siguiente.

Algo en la expresión de Aiden cambia cuando digo «queramos» y «nos». Como si acabase de darse cuenta de que estoy asumiendo que va a venir conmigo, de que no he considerado otra opción.

—Sin hoteles de lujo —dice, y una sonrisa le crece en los labios—. Sin personal de servicio. Sin reservas.

—Exacto —respondo, y puedo sentir cómo mi propia sonrisa empieza a formarse—. Solo nosotros y la carretera.

Aiden escribe en el papel con letra clara: *Viaje sin destino en autocaravana.*

—¿Qué más? —pregunta sin levantar la vista.

Respiro hondo y busco el valor para decir la siguiente.

—Quiero saltar en paracaídas.

Esta vez Aiden sí levanta la vista. Me mira con una mezcla de sorpresa y admiración que hace que me sienta orgullosa durante

medio segundo antes de que el miedo real de lo que acabo de decir me golpee.

—Eso es fuerte —dice finalmente—. ¿Estás segura?

Y ahí está. La pregunta que hace que mi valentía artificial se desmorone.

—Bueno… —empiezo, mordiéndome el labio—. La verdad es que me aterra. Probablemente me echaría atrás en el último segundo. Probablemente ni siquiera conseguiría subirme al avión.

Aiden se ríe. Es un sonido bajo y cálido que me suelta la tensión del pecho.

—¿Puenting entonces? —sugiere—. ¿Qué tal te suena?

Puenting.

Saltar de un puente atada con una cuerda elástica confiando en que no voy a estamparme contra el suelo.

Sigue dando miedo. Pero es más alcanzable que lanzarme de un avión.

—Mejor —admito—. Pero todavía aterrador.

—Por eso es perfecto —dice Aiden, y hay algo en su expresión que me cierra la garganta—. Lo haremos juntos.

Esas tres palabras se me quedan dentro.

Lo haremos juntos.

No «lo harás». Sino «lo haremos».

Como si mis sueños locos fuesen también los suyos.

—Gracias —susurro, porque no confío en que mi voz salga normal si hablo más alto.

Aiden escribe: *Puenting.*

Y entonces me mira con esa sonrisa traviesa que significa problemas.

—¿Qué más? Vamos. Dame algo realmente loco.

Y de repente la tensión que había en mi pecho desde la comida familiar empieza a disolverse. Porque esto es divertido. Porque Aiden está aquí conmigo y convierte algo que debería ser triste (una lista de cosas que nunca he hecho y que seguramente no volveré a hacer después de casarme) en una aventura.

—Nadar con tiburones —suelto, y no sé ni por qué lo digo.

Aiden se ríe tan fuerte que tiene que dejar el bolígrafo.

—¿Tiburones?

—¿Demasiado?

—Un poco —responde, pero está escribiendo de todas formas—. Pero lo pongo.

Escribe: *Nadar con tiburones (?)* con un signo de interrogación enorme al final.

Y ahora que hemos cruzado esa línea hacia lo ridículo no puedo parar.

—Escalar el Everest.

—Ahora te estás pasando —dice Aiden, pero está sonriendo.

—Saltar de un avión sin paracaídas.

—Definitivamente no.

—Luchar contra un oso —digo, y ahora estoy riéndome también porque esto es absurdo y maravilloso al mismo tiempo.

—Vale, vale —dice Aiden. Deja el bolígrafo y se gira hacia mí con esa sonrisa que hace que todo parezca posible—. No tienes que decidir todo esta noche. Podemos ir improvisando sobre la marcha. Lo que se te ocurra. Lo que quieras probar.

—¿Ni siquiera el oso? —pregunto con fingida decepción.

—Ni siquiera el oso.

Nos quedamos ahí sentados riéndonos como idiotas durante no sé cuánto tiempo. Y cuando finalmente la risa se apaga y volvemos a ese silencio cómodo que solo existe con gente que te conoce de verdad, me doy cuenta de algo.

Este es el primer momento de todo el día en que no me siento como si me estuviese ahogando.

Miro la lista en la mesa de centro. Solo tres cosas escritas. Dos reales y una llena de signos de interrogación. Pero parece una promesa, una tabla de salvación.

—Gracias —digo, y esta vez mi voz sale firme—. Por hacer esto. Por no pensar que soy patética.

Aiden me mira con una intensidad que vacía el aire de la habitación.

—No eres patética —dice, y su voz es tan firme que no hay espacio para dudas—. Eres la mujer más increíble que conozco. Y si

nadie te ha dejado vivir hasta ahora, entonces vamos a compensar todo ese tiempo perdido.

Sus palabras me alcanzan con tanta fuerza que tengo que parpadear varias veces para contener las lágrimas.

—¿De verdad? —consigo preguntar.

—De verdad —confirma, y entonces añade algo que me para el corazón—. Vamos a hacer cada cosa de esta lista. Y vamos a improvisar más sobre la marcha. Lo que quieras. Cuando quieras. Te lo prometo.

Te lo prometo.

Como si esto fuese un pacto, algo más grande que una simple lista de actividades.

—¿Por qué haces esto por mí? —pregunto, aunque parte de mí no quiere saber la respuesta.

Porque si dice «porque somos amigos» voy a morirme un poco.

Y si dice algo más… no sé si voy a poder seguir fingiendo.

Aiden me sostiene la mirada durante un momento que se siente eterno. Y hay algo en sus ojos que no sé interpretar, algo que espesa el aire entre nosotros.

—Porque eres mi mejor amiga —dice finalmente—. Y quiero que seas feliz.

Mejor amiga.

Ahí está. La confirmación de lo que siempre he sabido. De lo que nunca he sido lo suficientemente valiente para desafiar.

Para él soy su mejor amiga. Nada más. Y nunca voy a ser nada más.

Asiento porque no confío en que mi voz no me delate si intento hablar.

—Además —añade Aiden con esa sonrisa traviesa volviendo a su rostro—, esto va a ser divertido. ¿Cuándo fue la última vez que hice algo realmente loco?

—No lo sé —respondo, agradecida por el cambio de tono—. ¿Cuándo?

—Exacto. Hace demasiado. Así que esto es tanto por ti como por mí.

Me río porque es mentira y ambos lo sabemos. Aiden hace cosas locas todo el tiempo. Entra en edificios en llamas. Rescata gente de coches destrozados. Vive su vida exactamente como quiere vivirla.

Pero quiere fingir que nos estamos haciendo un favor mutuo en lugar de un acto de pura generosidad.

—Bueno —digo, señalando la lista—. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana —responde sin dudarlo—. No hay tiempo que perder, Walton. Solo te quedan unas semanas más aquí. Vamos a aprovecharlas.

Unas semanas más.

Es un recordatorio doloroso del tiempo limitado que tengo. De que esto es temporal.

Pero también me da sensación de urgencia. También me da determinación. Todavía tengo la promesa de que estas semanas que quedan van a ser memorables.

—Vale —digo, y mi voz sale más firme de lo que me siento—. Mañana.

Nos quedamos sentados unos minutos más en silencio. No incómodo. Solo… tenso. Como si ambos estuviésemos procesando lo que acaba de pasar. Lo que acabamos de prometer.

Finalmente me levanto del sofá porque si me quedo más tiempo voy a terminar perdiendo el control y voy a llorar o confesarle que cada día que paso aquí me enamoro más de él.

—Debería irme a dormir —digo—. Ha sido un día largo.

—Sí —confirma Aiden, levantándose también—. Descansa.

—Buenas noches, Aiden.

—Buenas noches, Walton.

Camino hacia mi habitación consciente de que él me está mirando. Puedo sentir su mirada en mi espalda como un peso físico.

Cierro la puerta detrás de mí y me apoyo contra ella con los ojos cerrados.

La lista está ahí afuera en la mesa de centro. Tres cosas. Dos reales. Una absurda. Y la promesa de más.

La promesa de que voy a vivir.

La promesa de que estas semanas van a ser mías.

La promesa de que cuando vuelva a Connecticut y me case con Julian y me convierta en la esposa perfecta que se supone que debo ser, voy a tener estos recuerdos.

Estos momentos.

Este tiempo con Aiden donde fui libre.

Abro los ojos y miro mis manos. Las mismas manos que esta mañana tocaron su pecho, que temblaban durante la comida cada vez que él me miraba, que ahora tiemblan por razones distintas.

Me meto en la cama sin cambiarme porque estoy demasiado cansada emocionalmente para hacer el esfuerzo. Me tapo hasta la barbilla y miro el techo en la oscuridad.

Y permito que las lágrimas que he estado conteniendo todo el día finalmente caigan.

Lloro por la familia que nunca voy a tener. Lloro por el hombre que nunca va a ser mío. Lloro por la vida que estoy a punto de vivir durante unas semanas sabiendo que después va a desaparecer para siempre.

Pero también hay algo más en estas lágrimas.

Esperanza.

Porque aunque estas semanas van a terminar, aunque voy a tener que volver, aunque mi corazón va a romperse cuando me vaya…

Al menos voy a tener esto.

Voy a tener recuerdos reales, experiencias reales, momentos en los que fui yo misma sin filtros ni máscaras.

Voy a tener a Aiden.

Aunque sea solo por un tiempo.

Y eso tiene que ser suficiente.

Tiene que serlo.

CAPÍTULO 14

SCARLETT

Estoy al borde de un puente a cincuenta metros del suelo y lo único que puedo pensar es en que he cometido un error terrible.

El arnés me aprieta los muslos y la cintura con una presión que debería ser reconfortante pero que solo me recuerda que lo único que me separa de estamparme contra las rocas de abajo es una cuerda elástica y la promesa de un instructor que acaba de decirnos «divertíos» como si saltar al vacío fuese algo normal.

El viento me golpea la cara, trae el olor a río y a pino y me mete el pelo en la boca. Cometo el error de mirar hacia abajo y el estómago me da un vuelco tan violento que tengo que agarrarme a la barandilla con las dos manos.

Muy abajo. Demasiado abajo. El río parece una cinta plateada que serpentea entre las rocas y los árboles parecen briznas de hierba y la distancia es tan imposible que mi cerebro se niega a procesarla.

—¿En qué demonios estaba pensando? —susurro, y mi voz sale aguda y temblorosa.

—En que querías sentirte viva —responde Aiden a mi lado, y cuando me giro hacia él lo encuentro completamente tranquilo con su propio arnés puesto y esa sonrisa que normalmente me desarma pero que ahora me irrita porque ¿cómo puede estar tan calmado cuando estamos a punto de lanzarnos al vacío?

—He cambiado de opinión —digo, intentando dar un paso atrás, pero la cuerda conectada a mi arnés me detiene—. Esto es una locura. No puedo hacer esto. No voy a…

—Scarlett —me interrumpe Aiden, y su mano se cierra alrededor de la mía apartándola de la barandilla—. Mírame.

No quiero mirarlo. Quiero mirar a cualquier sitio menos a esos ojos avellana que me van a convencer de hacer algo que cada célula de mi cuerpo está gritándome que no haga.

Pero lo miro de todas formas.

Porque nunca he podido negarle nada.

—Estás bien —dice, y su pulgar acaricia el dorso de mi mano con movimientos circulares que deberían calmarme pero que solo me vuelven más consciente de dónde estamos y de lo que estamos a punto de hacer—. Yo estoy aquí. No te va a pasar nada.

—Me voy a morir —consigo decir—. Literalmente me voy a morir.

—No te vas a morir. La cuerda te va a sostener. Has visto cómo comprueban el equipo tres veces. Es completamente seguro.

—Eso es lo que dicen todos antes de que algo salga mal.

Se ríe. El muy idiota se ríe como si acabase de decir algo gracioso en lugar de expresar un miedo perfectamente racional a estamparme contra el suelo a velocidad terminal.

—Confía en mí —dice, y su otra mano se levanta para apartar un mechón de pelo que el viento me ha metido en la boca—. ¿Confías en mí?

Y ahí está la pregunta que lo cambia todo.

Porque sí. Confío en él. Confío en Aiden más de lo que he confiado en nadie en mi vida. Confiaría en él con cualquier cosa. Con todo. Con mi vida. Con mi corazón. Con cada parte rota de mí que he escondido del mundo durante veintitrés años.

—Sí —susurro—. Confío en ti.

—Bien. Entonces lo hacemos juntos. Saltamos juntos. A la de tres. ¿Vale?

Asiento, aunque las piernas me tiemblan tanto que no estoy segura de que me sostengan. Aiden aprieta mi mano con más fuerza y se coloca a mi lado en el borde. Tan cerca que nuestros brazos se rozan. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo.

Y de repente no estoy tan aterrada.

Porque él está conmigo.

—Una —dice, y su voz es firme y segura y exactamente lo que necesito oír.

Respiro hondo. El aire entra ardiendo en mis pulmones y lo suelto temblando.

—Dos —continúa, y sus dedos se entrelazan con los míos con tanta firmeza que sé que no me va a soltar.

El corazón me late tan rápido que puedo oírlo en mis oídos. El mundo se reduce a su mano en la mía y el vacío delante de nosotros y el instante suspendido antes de que todo cambie.

—¡Tres!

Y saltamos.

El suelo desaparece bajo mis pies y durante un segundo eterno no hay nada. Solo aire. Solo vacío. Solo la sensación de caer que me sube cada órgano hacia la garganta.

Grito.

Grito tan fuerte que me duele la garganta pero el sonido se pierde en el viento que me golpea la cara y me roba el aliento y me llena los ojos de lágrimas. El mundo se vuelve un borrón de verde y azul y gris girando a mi alrededor a una velocidad imposible. El estómago se me revuelve una y otra vez. Las piernas patalean buscando algo sólido que no existe.

Pero la mano de Aiden sigue ahí.

Apretando la mía con tanta fuerza que casi duele.

No me ha soltado.

Y en ese momento, cayendo hacia el río que se acerca demasiado rápido, con el viento aullando en mis oídos y el terror puro bombeando por mis venas, algo cambia.

El miedo sigue ahí. Pero también hay otra cosa.

Libertad.

Alegría salvaje y cruda.

La sensación de estar del todo viva.

Con él me atrevo a cualquier cosa.

El pensamiento llega claro y perfecto mientras caemos. Con Aiden puedo hacer esto. Puedo saltar al vacío. Puedo dejar Connecticut. Puedo vivir estas semanas robadas. Puedo ser valiente aunque me esté muriendo de miedo.

Porque él está a mi lado.

Porque confío en él.

Porque cuando estoy con él siento que puedo ser la versión de mí misma que siempre quise ser.

El amor es esto.

La idea me golpea con más fuerza que la caída.

Un salto de fe al vacío.

No sabes si vas a sobrevivir. No sabes si la cuerda va a aguantar. No sabes qué hay al otro lado. Pero saltas de todas formas porque no hacerlo sería peor. Porque quedarte en el borde observando es peor que arriesgarlo todo.

Y yo lo he arriesgado todo viniendo aquí.

He saltado.

Aunque este amor no sea correspondido.

La verdad duele más que el aire que me corta la cara.

Aunque él solo me vea como amiga.

Más que el vértigo que me marea.

Aunque en unas semanas tenga que dejarlo.

Más que saber que el suelo se acerca y que esto va a terminar.

Sé que jamás voy a sentir algo más fuerte que esto.

Más puro que esto.

Más real que esto.

Amo a Aiden Wellington con cada parte de mí que importa. Lo amo de una forma que no tiene vuelta atrás. Lo amo sabiendo que me va a destrozar cuando me vaya. Lo amo aunque sé que él nunca va a amarme de la misma forma.

Pero no me arrepiento.

Porque esto (estos momentos, estas semanas, este salto al vacío con su mano en la mía) es todo lo que soy. Todo lo que tengo. Todo lo que voy a llevarme cuando me case con un hombre que no hace que mi corazón se dispare así.

La cuerda se tensa de golpe y el mundo cambia de dirección tan bruscamente que grito otra vez. Mi cuerpo se sacude hacia arriba rebotando como un yoyó y el estómago se me queda muy abajo mientras subo y después caigo de nuevo. Arriba. Abajo. Oscilo sobre el río que ya no parece tan lejano.

Y entonces me río.

Una risa histérica y salvaje que sale de algún lugar profundo en mi pecho mezclada con lágrimas que el viento me arranca de las mejillas. Estoy llorando y riendo al mismo tiempo colgando sobre un río con Aiden a mi lado que también se está riendo con esa risa contagiosa que haría cualquier cosa por escuchar todos los días del resto de mi vida.

—¡Lo hemos hecho! —grito, aunque no sé si me oye por encima del viento.

Pero me está mirando con una sonrisa enorme y la intensidad que veo en sus ojos me sacude el corazón de un modo que no tiene nada que ver con la caída.

Nos izan de vuelta al puente con un sistema de poleas que me castiga los músculos con cada tirón. Cuando mis pies tocan suelo sólido las piernas se me doblan y tengo que agarrarme a la barandilla para no caerme.

Aiden está a mi lado quitándose el arnés con movimientos eficientes mientras yo todavía intento recordar cómo funcionan mis extremidades. Cuando termina con el suyo se gira hacia mí y empieza a soltar las hebillas de mi arnés con dedos que no tiemblan en absoluto mientras que los míos siguen temblando como si tuviese hipotermia.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, y su voz suena más ronca de lo normal.

—Viva —consigo decir, y mi voz sale entrecortada entre risa y algo que se parece peligrosamente a un sollozo—. Me siento viva.

Sonríe. Esa sonrisa torcida con la que me olvido de respirar incluso ahora, cuando el corazón todavía me late como un loco, me sudan las manos y cada terminación nerviosa me grita que acabo de cometer una locura.

—Eso es lo que quería —dice.

Y yo lo miro (su pelo despeinado por el viento, sus ojos brillando con la adrenalina residual, esa expresión en su cara que hace que parezca más joven y más libre) y pienso lo que no puedo decir en voz alta.

Contigo me siento viva.

Más viva de lo que me he sentido nunca.

Más viva de lo que me volveré a sentir cuando tenga que dejarte.

Pero no digo nada de eso.

Solo sonrío y dejo que me quite el arnés y finjo que mi corazón no se está rompiendo un poco más con cada segundo que pasa.

Porque esto es lo que tengo.

Este momento. Esta sonrisa. Esta sensación de haber saltado al vacío con él.

Y cuando todo lo demás desaparezca, cuando vuelva a Connecticut y me case con Julian y mi vida deje de ser mía, voy a tener esto.

Voy a tener el recuerdo de un día en que fui lo suficientemente valiente como para saltar.

Y eso va a tener que ser suficiente.

CAPÍTULO 15

SCARLETT

El campamento es exactamente lo que esperaba y nada de lo que imaginaba al mismo tiempo.

Hay un montón de tiendas de campaña montadas en círculo alrededor de una fogata central que todavía no está encendida. Los niños corren por todas partes con una energía que parece imposible después del viaje. Los monitores del departamento de bomberos (Aiden, Jake, Marcus, Tyler) descargan equipo y el material educativo de las camionetas. El lago brilla a unos cien metros de distancia y el sol de la tarde vuelve el agua oro líquido.

Huele a pino y a tierra húmeda y a ese olor indefinible del verano que siempre me ha encantado.

Es perfecto.

Morrison se acerca, junto a Aiden, con dos camisetas azul marino dobladas bajo el brazo y una expresión que no augura nada bueno para mi salud mental.

—Wellington, tú y tu invitada compartís esa —dice, señalando una tienda al borde del campamento, ligeramente apartada de las demás, al igual que la del resto de monitores.

Aiden y yo nos miramos.

Y juro que intento no ponerme roja.

Si ya es difícil compartir una casa con él… compartir una tienda de campaña va a ser terrible para mi cordura.

—Perfecto —dice Aiden finalmente, y su voz sale más tensa de lo normal—. Gracias, Morrison.

El capitán nos entrega las camisetas, uniformes de monitor con el logo del campamento estampado, y se aleja para seguir organizando el caos que son treinta niños sueltos en un campamento de verano.

Aiden coge su mochila de la camioneta y yo hago lo mismo, y caminamos hacia nuestra tienda en un silencio que se siente demasiado cargado para ser cómodo.

Cuando llegamos, Aiden abre la cremallera y me hace un gesto para que entre primero.

El interior es… pequeño.

Muy pequeño.

Hay dos sacos de dormir extendidos uno al lado del otro con apenas veinte centímetros de separación entre ellos. El techo es lo suficientemente alto como para sentarse, pero no para estar de pie. Y el espacio completo no mide más de dos metros cuadrados.

Vamos a dormir aquí.

Juntos.

A centímetros.

Durante dos noches.

El estómago se me cierra de una forma que no tiene nada que ver con el hambre y todo que ver con lo consciente que soy de Aiden entrando detrás de mí. Del calor de su cuerpo tan cerca del mío en este espacio reducido. Del olor a jabón y pino que siempre lo acompaña y que ahora llena la tienda.

—Es acogedor —dice, y hay humor en su voz, aunque también tensión.

—Muy acogedor —confirmo, intentando que mi voz suene normal.

—Voy a preguntarle a Jake si necesita ayuda con la fogata —dice después de un momento—. ¿Necesitas algo?

Sí. Necesito que dejes de oler tan bien. Necesito que dejes de estar tan cerca. Necesito que mi cuerpo deje de reaccionar cada vez que te mueves.

—No. Estoy bien.

Asiente y sale de la tienda, dejándome sola con mis pensamientos caóticos y el conocimiento de que esta va a ser la noche más larga de mi vida.

Me obligo a moverme. A dejar de pensar. A concentrarme en algo práctico.

La camiseta de monitor todavía está en mi mano. Debería cambiarme. Ponerme el uniforme antes de que empiece la primera

actividad con los niños.

Me quito la camiseta que llevo, una de algodón suave que se me pega ligeramente a la piel por el calor del día, y la dejo caer sobre mi mochila. Después el sujetador. Porque quiero ponerme uno deportivo para estar más cómoda.

El aire fresco toca mi piel desnuda y suspiro aliviada. Hay algo liberador en estar así. Medio desnuda en una tienda de campaña en mitad del bosque sin nadie que me juzgue o me diga cómo debo comportarme.

Me agacho para buscar el sujetador en mi mochila. Tiene que estar aquí en algún sitio entre la ropa que he traído y…

El sonido de la cremallera al abrirse me hace girarme por instinto.

Y me encuentro con Aiden.

De pie en la entrada de la tienda.

Mirándome.

Me quedo congelada.

Estoy sin camiseta. Sin sujetador. Completamente expuesta de cintura para arriba con los pechos al aire y la piel todavía caliente del sol de la tarde.

Y Aiden me está mirando.

No aparta la vista. No dice nada. Solo se queda ahí con los ojos fijos en mi pecho y una expresión en la cara que nunca le había visto. Parece completamente perplejo. Me mira con una intensidad que se traga el aire de la tienda.

Debería hacer algo. Debería cubrirme. Debería gritarle que salga.

Pero no puedo moverme.

Porque la forma en que me observa… la intensidad en esos ojos avellana que normalmente son cálidos y ahora están completamente negros… la forma en que sus manos se cierran en puños a los lados de su cuerpo como si estuviese luchando contra la urgencia de tocarme… me deja muy sorprendida.

¿Podría ser que le resultase atractiva?

Me recorre un calor que no tiene nada que ver con la temperatura y todo que ver con cómo se siente ser vista así. Aunque sea solo por un momento robado.

—Aiden —consigo decir finalmente, y mi voz sale más aguda de lo normal.

Su nombre en mis labios parece romper el hechizo. Parpadea. Sus ojos suben hacia mi cara. Pero vuelven a bajar. Un segundo más. Como si no pudiese evitarlo.

—Perdona —dice, y su voz sale ronca, rota—. Yo… mierda. Lo siento.

Y se marcha.

Rápido. Casi tropezando con sus propios pies. La cremallera se cierra con un sonido que parece demasiado fuerte en el silencio que deja.

Me quedo ahí paralizada.

Dios mío.

Aiden acaba de verme.

Medio desnuda.

Y la forma en que me miraba…

Como si no pudiese apartar la vista aunque lo intentase.

Me cubro la cara con las manos y respiro profundo intentando calmar el latido salvaje de mi corazón.

¿Qué está pasando entre nosotros?

No lo sé.

Pero quiero descubrirlo.

AIDEN

Regreso a la tienda para coger el silbato que me he olvidado en la mochila.

No ha pasado ni un minuto desde que me he marchado, por lo que asumo que Scarlett estará exactamente igual a como la he dejado, así que no pienso. Solo abro la cremallera y entro.

Y me quedo completamente paralizado.

Scarlett se gira para mirarme y verla me golpea como un tren de mercancías.

Está sin camiseta.

Sin sujetador.

Completamente desnuda de cintura para arriba.

El tiempo se detiene.

No puedo apartar la vista.

No puedo moverme.

No puedo hacer nada excepto mirarla.

Y joder.

Tiene los pechos más bonitos que he visto en mi vida.

No demasiado grandes. No demasiado pequeños. Del tamaño perfecto para llenar mis manos y sé —joder, lo sé— que encajarían perfectamente en mis palmas. La piel es pálida como el resto de ella con esas pecas sutiles que tiene esparcidas por todo el cuerpo. Los pezones son rosados. Están duros por el aire fresco de la tarde. Y ver esa curva perfecta me seca la boca y me acelera el corazón tan rápido que estoy seguro de que puede oírlo.

Son preciosos. Suaves. Hermosos.

Y quiero tocarlos.

Quiero poner mis manos en ellos y sentir su peso. Quiero poner mi boca en esos pezones y hacerla gemir. Quiero trazar con la lengua cada centímetro de esa piel pálida hasta memorizarla. Quiero arquearla hacia mí y oír mi nombre salir de sus labios mientras la devoro…

—Aiden.

Su voz me golpea como un balde de agua fría.

Parpadeo. Me obligo a mirar hacia arriba. A su cara. A esos ojos azules enormes que me miran con una mezcla de sorpresa y algo más que no puedo identificar.

Pero mis ojos vuelven a bajar.

Solos.

Sin permiso.

Un segundo más.

No puedo evitarlo.

—Perdona —consigo decir, y mi voz sale como si hubiese tragado vidrio—. Yo… mierda. Lo siento.

Salgo de la tienda tan rápido que casi me caigo. La cremallera se cierra torpemente bajo mis dedos que tiemblan, y en cuanto estoy afuera el aire fresco me golpea la cara, pero no me ayuda a tranquilizarme.

Nada me ayuda.

Porque la imagen está grabada en mi cerebro.

Scarlett. Desnuda. Perfecta. He podido verla durante un segundo robado.

Y mi polla está tan dura que me duele.

Presiona contra los vaqueros exigente y obvia y si alguien me ve ahora va a saber exactamente lo que acaba de pasar. Así que me alejo del campamento. Camino hacia los árboles. Hacia cualquier sitio donde pueda tener un minuto para procesar lo que acabo de ver sin que treinta niños y cinco compañeros de trabajo sean testigos de mi colapso mental.

Cuando estoy lo suficientemente lejos me apoyo contra un árbol y cierro los ojos.

Pero es una mala idea.

Porque todo lo que veo son sus pechos. La curva perfecta. Los pezones duros. La forma en que la luz entraba por la lona de la tienda y hacía brillar su piel.

La forma en que me ha mirado. Como si… como si no estuviese completamente horrorizada de que la hubiera visto desnuda.

Abro los ojos de golpe porque ese pensamiento es peligroso.

Demasiado peligroso.

Porque si empiezo a pensar que tal vez ella también siente algo, que tal vez la forma en que me miraba significa que…

No.

Para.

Ella está prometida. Va a casarse con otro. Y yo acabo de verla medio desnuda sin permiso como un completo gilipollas que no sabe avisar antes de entrar a una tienda compartida.

Me paso las manos por el pelo tirando de él con frustración.

La erección sigue ahí. No se va. Porque mi cuerpo no entiende de moral o de promesas o de que esto está mal en todos los sentidos posibles.

Mi cuerpo solo sabe que acabo de ver a la mujer que amo desnuda.

Y quiere más.

Me ajusto los vaqueros intentando que la situación sea menos obvia. No funciona. Por supuesto que no funciona.

Respiro hondo. Una vez. Dos veces. Lo hago para que mi corazón vuelva a un ritmo normal y para que mi polla entienda que no va a conseguir lo que quiere.

Cuando finalmente me siento lo suficientemente dueño de mí mismo como para volver al campamento sin que todo el mundo se dé cuenta de mi estado, camino lentamente hacia las tiendas.

Y mientras me acerco me doy cuenta de que esta noche voy a tener que meterme en esa tienda con ella.

Voy a tener que dormir a centímetros de su cuerpo durante dos noches.

Sabiendo cómo se ve desnuda.

Sabiendo que si extiendo la mano puedo tocarla.

Sabiendo que nunca voy a poder borrar esa imagen de mi cabeza.

¿Cómo voy a hacer eso?

¿Cómo voy a estar tan cerca de ella sin volverme completamente loco?

No lo sé.

Pero voy a tener que intentarlo.

Porque la alternativa (decirle que no puedo dormir ahí, que necesito distancia, que acabo de verla y ahora no puedo pensar en otra cosa) revelaría demasiado.

Lo revelaría todo.

Y no puedo hacer eso.

Así que voy a fingir que no ha pasado nada. Voy a tumbarme en mi saco de dormir a centímetros de ella. Y voy a pasar la noche más larga de mi vida intentando no pensar en lo que he visto.

En lo que quiero.

En lo que nunca voy a tener.

Suspiro y miro hacia el campamento donde el resto del equipo está preparando la cena y los niños están jugando y todo parece normal.

Menos yo.

Yo estoy completamente jodido.

Las próximas dos noches van a ser una tortura.

CAPÍTULO 16

SCARLETT

He sobrevivido a la primera noche.

A duras penas.

Cada vez que Aiden se movía en su saco de dormir (cada suspiro, cada cambio de posición, cada respiración) lo sentía como si estuviese tocándome. Me he pasado las horas mirando la lona del techo de la tienda mientras el corazón me latía demasiado rápido y el cuerpo me pedía cosas que no podía darle.

Ahora es media mañana y estamos en el claro principal del campamento con treinta niños sentados en semicírculo sobre el césped. Morrison está organizando las actividades del día y Aiden está de pie al frente revisando el equipo que han traído de las camionetas.

Me he colocado al fondo del grupo. Lejos de él. Porque después de pasar una noche entera a centímetros de su cuerpo sin poder tocarlo no confío en mí misma estando cerca.

—Wellington, muéstrales la reanimación cardiopulmonar —dice Morrison, cruzando los brazos con esa autoridad que no admite réplica.

Aiden asiente y se gira hacia el equipo de práctica. Lleva la camiseta del campamento que se le pega al cuerpo de una forma que marca cada músculo de su torso y el sol hace que su pelo brille con reflejos dorados que me distraen más de lo que debería permitirme. Está en su elemento aquí. Rodeado de niños que lo miran como si fuese un superhéroe. Es el bombero que salva vidas.

Y yo no puedo dejar de mirarlo tampoco.

Jake se acerca desde uno de los laterales con una expresión que no augura nada bueno.

—Tío —dice lo suficientemente alto como para que todos lo oigamos—. El muñeco de práctica se ha quedado en la estación. Tyler lo dejó en el almacén después de la última inspección.

—Mierda —dice en bajo, pero yo consigo captar la palabrota.

—Lo siento, hermano. No me había dado cuenta hasta ahora.

—¿Hay algún problema, Wellington? —pregunta Morrison desde su posición junto a los niños.

Aiden se gira hacia él.

—El muñeco no está, capitán. Sin él no puedo demostrar la maniobra completa. Puedo explicarla verbalmente pero…

—La RCP es lo más importante de este campamento —interrumpe Morrison, y su voz no deja espacio para discusión—. Estos niños necesitan verlo, no solo oírlo. Una emergencia puede pasar en cualquier momento y necesitan saber exactamente cómo actuar.

—Tenemos que buscar otra forma de demostrarlo.

Todos nos quedamos en silencio pensando cómo lo podemos arreglar. Estos niños necesitan ver la reanimación cardiopulmonar.

Es Morrison el que rompe el silencio.

—Usa a Scarlett. Haz la demostración con ella.

Me quedo helada.

¿Qué?

Esto no puede estar pasando.

¿De verdad Morrison acaba de decirle a Aiden que muestre la reanimación cardiopulmonar conmigo?

El aire desaparece de mis pulmones como si alguien me hubiese golpeado el pecho. El corazón me da un vuelco tan violento que duele. Y cada par de ojos en el claro se gira hacia mí.

Treinta niños y tres adultos me miran con curiosidad.

Jake sonríe como si esto fuese lo más entretenido que ha visto en meses.

Morrison tiene cara de impaciencia.

Y Aiden está mirando a Morrison como si acabase de pedirle que salte de un precipicio sin cuerda.

—Capitán… —empieza, pero su voz sale estrangulada.

—Es una orden, Wellington —dice Morrison con una firmeza que no admite discusión—. Es tu ayudante. Para eso está aquí, ¿no? Para

ayudar con el campamento. ¿No esperarás que sea yo el que te deje posar esos morros sobre mí?

Ni siquiera la broma de Morrison consigue quitarme la tensión de encima.

Aiden no puede negarse. Es su capitán. Es una orden directa. Y hay treinta niños esperando a que les enseñe algo que podría salvar una vida algún día.

Él no puede negarse.

Y yo tampoco puedo.

Aiden cierra los ojos durante un segundo. Respira hondo. Y cuando los abre hay resignación mezclada con algo más oscuro que me eriza la piel.

Se gira hacia mí lentamente.

—Scarlett —dice con voz tensa que intenta sonar profesional pero que sale ronca—. ¿Te importa ayudarme?

Es una petición que no puedo rechazar. No debería importarme que mi mejor amigo ponga sus labios sobre los míos en una simple maniobra de reanimación. El problema es que estoy enamorada de él.

Y no puedo reconocerlo.

Así que hago lo único que puedo: me levanto con piernas que me tiemblan un poco. Todos me miran mientras camino hacia el frente. Cada paso se siente como caminar hacia algo peligroso. Como acercarme demasiado al fuego sabiendo que voy a quemarme pero incapaz de detenerme.

Cuando llego a su lado Aiden me mira con una intensidad que me deja sin aire. Hay una disculpa en sus ojos. Pero también hay algo más que no puedo nombrar pero que siento en cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Lo siento —susurra lo suficientemente bajo como para que solo yo lo oiga.

—No pasa nada —respondo igual de bajo, y es mentira pero es lo único que puedo decir.

Señala la fina colchoneta extendida en el suelo donde debería estar el muñeco de práctica.

—Túmbate ahí.

Su voz sale más segura ahora. Pero puedo ver cómo le tiemblan ligeramente las manos cuando las mete en los bolsillos.

¿Por qué está él nervioso?

Obedezco. Me tumbo boca arriba sobre la colchoneta mirando al cielo azul que se extiende sobre nosotros sin una sola nube. El sol me golpea la cara. Puedo oír a los niños riendo. A Jake diciendo algo bajo que no distingo. Mi propio corazón late tan fuerte que estoy segura de que todo el mundo puede oírlo.

Y entonces Aiden se arrodilla a mi lado.

Y el resto del mundo desaparece.

Los niños. Jake. Morrison. Solo queda Aiden arrodillado junto a mí tan cerca que puedo oler su jabón mezclado con el olor a pino del bosque y algo puramente masculino que es solo suyo.

—Primero —dice alzando la voz— hay que comprobar que la víctima no responde.

Pone una mano en mi hombro. El contacto me quema incluso a través de la tela de la camiseta.

—¿Estás bien? ¿Me oyes? —dice en voz alta para que los niños oigan el procedimiento.

No respondo. Se supone que soy una víctima inconsciente. Pero cada célula de mi cuerpo está hiperconsciente de dónde me está tocando.

—No responde —continúa, retirando la mano de mi hombro—. Siguiente paso: comprobar si respira y si tiene pulso.

Sus dedos se mueven a mi cuello. Dos dedos me presionan la garganta con suavidad y buscan la arteria carótida. Y juro por Dios que puede sentir cómo el pulso se me dispara bajo su toque. El corazón me late tan rápido que es imposible que no se dé cuenta.

Sus ojos encuentran los míos durante un segundo.

Hay algo en su mirada. Algo oscuro y caliente que evapora el aire entre nosotros. Como si él también estuviese sintiendo esto. Esta corriente eléctrica que corre entre sus dedos en mi cuello y toda mi piel.

Aparta la mirada rápidamente. Se aclara la garganta.

—No tiene pulso —anuncia a los niños—. Alguien tiene que llamar a emergencias mientras tú empiezas la reanimación cardiopulmonar.

Retira los dedos de mi cuello y durante un segundo absurdo quiero protestar por la pérdida de contacto.

—La RCP son treinta compresiones torácicas seguidas de dos respiraciones de rescate —explica mientras coloca sus manos en mi pecho.

Directamente sobre mi esternón. Las palmas me presionan el pecho de una forma que es profesional y devastadora al mismo tiempo.

Puedo sentir el calor de sus manos a través de la tela de mi camiseta. Puedo sentir cada dedo. Cada centímetro de su piel contra la mía separada solo por una capa fina de algodón que de repente parece demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

—Colocas las manos así —continúa, y su voz sale ligeramente más ronca—. Una sobre la otra. En el centro del pecho. Y presionas fuerte y rápido.

No presiona de verdad. Solo simula el movimiento. Pero incluso esa presión ligera me vuelve del todo consciente de su peso sobre mí. De su fuerza. De cómo sus músculos se flexionan bajo la tela de su camiseta con cada compresión simulada.

—Treinta compresiones —dice—. Y entonces…

Sus manos se quedan quietas sobre mi pecho. Puedo sentir mi propio corazón latiendo salvaje contra sus palmas. Puedo sentir cómo sus dedos se tensan ligeramente como si estuviese luchando contra algo.

Retira las manos y el frío que deja atrás es casi doloroso.

—Entonces inclinas la cabeza de la víctima hacia atrás para abrir las vías respiratorias —continúa con voz que suena cada vez menos firme.

Su mano se desliza bajo mi nuca. Sus dedos se hunden en mi pelo y me levantan la cabeza con un cuidado que me hace cerrar los ojos durante un segundo demasiado largo.

Es demasiado íntimo. Sus dedos en mi pelo. Su mano sosteniéndome. El calor de su palma contra la base de mi cráneo. Su pulgar acaricia, probablemente sin darse cuenta, la piel sensible detrás de mi oreja.

—Así —dice, y su voz ha bajado una octava completa—. Inclinas la cabeza hacia atrás. Una mano en la frente, otra levantando la barbilla.

Su otra mano se mueve a mi barbilla. Sus dedos, bajo mi mandíbula, la levantan con suavidad. Y ahora me está sosteniendo completamente. Una mano bajo mi nuca. Otra en mi barbilla. Controlando el ángulo de mi cabeza con una delicadeza que contrasta con la tensión que puedo ver en cada línea de su cuerpo.

—Y entonces —dice, y tiene que detenerse para aclararse la garganta—. Das dos respiraciones de rescate.

Se inclina sobre mí.

Bloqueando el sol.

Su cara sobre la mía.

Su cuerpo se inclina hasta que está tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos avellana. Tan cerca que puedo ver cómo su pecho sube y baja con respiraciones que no son para nada tranquilas. Tan cerca que puedo contar cada pestaña.

Puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo. Puedo oler su jabón mezclado con sudor y algo puramente Aiden que hace que quiera inhalar profundo y nunca exhalar. Puedo ver cómo sus ojos bajan a mi boca y se quedan ahí durante un segundo. Dos. Tres.

—Scarlett —susurra, y no estoy segura de si es una advertencia o una súplica o una rendición.

Y entonces se inclina más.

Sus labios rozan los míos.

Suave. Tan suave que casi no es nada. Solo aliento cálido que se mezcla. Solo el roce más ligero de piel contra piel. Solo la promesa de algo más.

Es técnica médica. Se supone que es técnica médica. Una demostración para treinta niños que necesitan aprender cómo salvar una vida.

Pero no se siente como técnica.

Se siente como Aiden besándome.

Presiona más y sella su boca contra la mía. Labios firmes y cálidos y reales que se mueven un poco para ajustar el ángulo. Y entonces exhala.

El aire entra en mis pulmones. Cálido. Suyo. Me llena de una forma que no tiene nada que ver con el oxígeno y todo que ver con el hecho de que es el aliento de Aiden dentro de mí.

Se aparta milímetros. Sus labios todavía rozan los míos. Puedo sentir cada respiración que toma como si fuese mía.

—Y otra vez —dice con voz completamente destrozada.

Vuelve a inclinarse. Segunda respiración. Pero esta vez algo cambia.

Esta vez sus labios se mueven de una forma que no es para nada médica. Un roce deliberado. Una caricia que no debería estar ahí. Una presión que dura un segundo más de lo necesario.

Y yo respondo.

Sin pensar. Sin poder evitarlo. Sin importarme que haya gente mirándonos.

Presiono hacia arriba. Buscando más contacto. Mis labios se mueven contra los suyos de una forma que cruza completamente la línea entre demostración y realidad.

Aiden se queda completamente inmóvil.

Un segundo suspendido en el tiempo donde ninguno de los dos respira. Donde el mundo entero se detiene. Donde acaba de darse cuenta de que acabo de besarlo de verdad. De que he cruzado esa línea que no debía cruzar.

Y entonces todo explota.

La mano bajo mi nuca aprieta. Sosteniéndome con fuerza que roza lo posesivo. Cambiando el ángulo de mi cabeza para conseguir mejor acceso. Y su boca presiona contra la mía con una intensidad que borra todo pensamiento racional de mi cerebro.

Ya no es suave.

Ya no es una demostración.

Es hambre pura. Cruda. Devastadora.

Sus labios se mueven contra los míos con una desesperación que noto por todo el cuerpo. Capturan mi labio inferior. Tiran ligeramente. Y cuando dejo escapar un gemido pequeño e involuntario que queda atrapado entre nuestras bocas algo en él se desata completamente.

Su lengua traza el sello de mis labios. No pidiendo permiso. Exigiéndolo. Demandándolo con una autoridad que envía un calor líquido por mi columna hasta asentarse bajo en mi vientre.

Y yo abro.

Sin dudarlo. Sin pensarlo. Solo necesitándolo con una urgencia que me está matando.

Su lengua encuentra la mía y el mundo explota en mil pedazos de luz y calor y sensación pura.

Es todo lo que he imaginado durante años. Todas las noches que me he quedado despierta fantaseando con este momento. Todos los sueños donde nos besábamos y yo despertaba con el corazón roto porque no era real.

Pero esto es real.

Esto es Aiden besándome como si él también lo quisiera.

Sabe a café y a menta y a algo puramente masculino que es solo suyo y que me deja con ganas de más. Más de este sabor. Más de este beso. Más de él hasta que ya no sepa dónde termino yo y dónde empieza él.

Su peso está medio sobre mí ahora. No completamente pero sí lo suficiente como para que pueda sentir el calor de su cuerpo presionando contra el mío. Lo suficiente como para que sea consciente de cada músculo. De cada centímetro de él. De cómo está controlándose para no aplastarme completamente contra el suelo.

La mano en mi nuca me sostiene en el ángulo exacto que quiere. Sus dedos en mi pelo tiran un poco, de una forma que me da ganas de arquearme hacia él. Su otra mano ha dejado mi barbilla y está en mi cintura ahora. Sus dedos me presionan la piel a través de la tela de mi camiseta con una posesividad que debería asustarme pero que solo me hace querer más.

Su lengua explora. Acaricia la mía en movimientos lentos y deliberados que son tan íntimos que debería ser ilegal hacerlos en público. Cuando captura mi labio inferior entre sus labios y chupa ligeramente tengo que tragarme un gemido que amenaza con escapar.

Y cuando chupo su lengua en respuesta, incapaz de resistirme, gruñe.

Es un sonido bajo. Animal. Que vibra en su pecho y que puedo sentir contra el mío. Un sonido que me dice que está tan perdido en esto como yo. Que ha olvidado dónde estamos. Qué se supone que estamos haciendo.

Profundiza el beso. Su cabeza se inclina más para conseguir mejor un ángulo. Su lengua se adentra más en mi boca con una confianza que me curva los dedos de los pies dentro de los zapatos. Saboreándome como si fuese lo más delicioso que ha probado en su vida y no pudiese tener suficiente.

Su mano en mi cintura se tensa. Sus dedos se flexionan como si luchara contra la urgencia de moverla más arriba. O más abajo.

Estoy derritiéndome. Literalmente derritiéndome contra el suelo bajo el peso de su cuerpo y la intensidad de su boca y el sabor de él llenando cada sentido que tengo. Las manos me pican con la necesidad de tocarlo. De hundir los dedos en su pelo. De agarrar su camiseta y tirar de él más cerca. Pero no puedo. Hay demasiados ojos mirándonos. Ya hemos cruzado demasiadas líneas.

Así que las mantengo cerradas en puños a mis lados mientras él me besa como si el mundo se estuviese acabando y este fuese nuestro último momento juntos.

Su lengua se mueve contra la mía en un baile tan erótico que me concentra el calor bajo en el vientre de una forma que nunca he sentido antes. Cuando roza el paladar de mi boca tengo que controlarme para no hacer un sonido que sería completamente inapropiado.

Esto es perfecto. Esto es…

—¿Les pasa algo?

La voz de un niño atraviesa la burbuja donde estábamos perdidos como una aguja reventando un globo.

Aiden se aparta como si se hubiese quemado.

Rápido. Casi violento en su velocidad. Tan torpe que casi pierde el equilibrio y tiene que plantar una mano en el suelo para no caerse hacia atrás.

Me quedo tumbada donde estoy mirando el cielo que vuelve a aparecer ahora que él no está bloqueándolo. Los labios me arden. Me palpitan. Los tengo hinchados y sensibles por su boca. Puedo saborearle todavía en mi lengua. Sentirle en cada nervio, que vibra con una necesidad que no sabe que no va a ser satisfecha.

El corazón me late tan fuerte que me duele. Tan rápido que no consigo que se calme. La respiración me sale entrecortada y rota como si acabase de correr un maratón en lugar de estar tumbada en el suelo.

—¿Por qué ha tardado tanto? —pregunta otro niño con genuina curiosidad—. Mi mamá dice que las respiraciones de rescate tienen que ser rápidas.

Jake salva la situación con una risa que suena demasiado divertida para ser inocente.

—Porque Wellington es muy meticuloso —dice con énfasis deliberado en la última palabra—. Quiere asegurarse de que lo hacéis bien. ¿Verdad, Aiden?

Levanto la cabeza ligeramente y veo a Aiden de pie. Completamente rígido como si alguien le hubiese metido una barra de acero por la columna. Las manos las tiene metidas en los bolsillos con tanta fuerza que puedo ver cómo la tela se tensa sobre sus nudillos. Está mirando a cualquier sitio menos a mí con tanta determinación que duele.

—Sí —dice con voz que suena como si hubiese tragado vidrio—. Exacto. Meticuloso. Así es… así es cómo se hace la respiración de rescate correctamente. Dos respiraciones. Con el ritmo adecuado. Para asegurar que el oxígeno llega a los pulmones.

Está divagando. Diciendo palabras que no tienen sentido solo para llenar el silencio incómodo que se ha instalado sobre todos nosotros.

Me incorporo despacio. El mundo gira ligeramente cuando me siento. Todavía mareada. Todavía sintiendo su boca en la mía como si no se hubiese apartado. Como si todavía estuviese besándome con esa intensidad que me ha dejado sin aliento.

Las manos me tiemblan cuando las apoyo en el suelo para equilibrarme. Tengo que respirar hondo varias veces antes de que mis pulmones decidan cooperar.

Y entonces nuestras miradas se cruzan.

Solo un segundo.

Pero en ese segundo lo veo todo.

El pánico en sus ojos. Un pánico puro y crudo que me dice que se acaba de dar cuenta de lo que acabamos de hacer. De la línea que acabamos de cruzar.

Y entonces mira hacia otro lado.

Rápido. Como si mirarme un segundo más fuese físicamente doloroso.

—Morrison —dice demasiado alto, demasiado brusco—. ¿Necesitas que supervise la siguiente actividad con las cuerdas de escalada?

Es una excusa. Tan obvia que hace que Jake suelte una risa ahogada que intenta convertir en tos.

Pero Morrison asiente como si no acabase de presenciar cómo nos besábamos en vez de hacer la maniobra de reanimación cardiopulmonar.

—Claro.

Aiden se marcha.

Sin mirarme. Sin decir nada. Sin siquiera ofrecerme una mano para ayudarme a levantarme. Solo se aleja con pasos largos que casi son una carrera. Como si no pudiese soportar estar cerca de mí ni un segundo más.

Y yo me quedo ahí sentada con los labios todavía hinchados y el corazón todavía acelerado y el sabor de él llenando mi boca y grabándose en mi memoria de una forma que sé que nunca voy a poder olvidar.

Acabamos de besarnos.

Y ha sido la perfección absoluta.

Ha sido todo lo que siempre he querido y más de lo que me he atrevido a imaginar.

Y ahora él está huyendo como si fuese lo peor que ha hecho en su vida.

Solo espero que este suceso no haya puesto nuestra amistad en peligro.

CAPÍTULO 17

AIDEN

Solo puedo pensar en el beso.

Joder.

Tengo que volver a la normalidad cuanto antes o voy a fastidiar mi amistad con Scarlett.

La fogata se ha apagado hace una hora y los niños están en sus tiendas durmiendo o fingiendo que duermen mientras susurran entre ellos. El campamento está sumido en ese silencio extraño de la noche donde cada sonido parece amplificado. El crujido de las ramas bajo los pies. El viento que mueve las lonas de las tiendas. Mi propia respiración que suena demasiado alta.

Scarlett camina a mi lado hacia nuestra tienda y el silencio entre nosotros es tan denso que casi me ahogo. Hemos pasado todo el día evitándonos. Todo el día fingiendo que no nos besamos esta mañana. Todo el día actuando como si ese beso no hubiese cambiado absolutamente todo.

Y no puedo más.

No puedo pasar otra noche tumbado a centímetros de ella con esta tensión que cuelga sobre nosotros como una guillotina a punto de caer. Necesito arreglarlo. Necesito que volvamos a ser lo que éramos antes. Amigos. Solo amigos. Aunque me mate fingirlo.

No estoy dispuesto a perderla.

Y sé que solo la puedo tener como amiga.

—Oye —digo antes de que lleguemos a la tienda, y mi voz sale demasiado alta en el silencio.

Ella se detiene y se gira hacia mí. La luz de la luna le ilumina el pelo y puedo ver cómo me mira con cautela. Como si no estuviese segura de si va a gustarle lo que voy a decir.

—¿Recuerdas la lista? —pregunto, y consigo que mi voz suene casual aunque el corazón me late demasiado rápido.

—¿Qué lista?

—La de cosas que quieres hacer. La que hicimos en el apartamento.

Algo en su expresión cambia. Sorpresa tal vez. O confusión porque estoy sacando esto ahora después de haberla evitado todo el día.

—Por supuesto que la recuerdo —dice despacio.

—¿Qué te parece si añadimos algo esta noche?

Me mira durante un momento largo sin decir nada y puedo ver cómo procesa la propuesta. Cómo intenta descifrar qué demonios estoy haciendo.

—¿Ahora? —pregunta finalmente.

—¿Por qué no? —me encojo de hombros como si esto fuese lo más normal del mundo—. Todos están durmiendo. Podríamos… no sé. ¿Bañarnos en el lago?

Las palabras salen y en cuanto lo hacen me doy cuenta de lo que acabo de sugerir. Bañarnos. En el lago. Los dos. Solos. De noche.

Mierda.

Es una idea terrible.

¿En qué estoy pensando?

Pero ya no puedo retirarlo sin que parezca raro.

—Es algo salvaje, ¿no? —continúo intentando venderle la idea—. Nadar de noche cuando somos los monitores y deberíamos ser ejemplares. Es perfecto para tu lista.

Ella me mira durante lo que se siente como una eternidad. Evaluando. Decidiendo. Y yo me obligo a mantener la expresión casual aunque cada segundo que pasa sin que responda me sube el pánico por la garganta.

¿Habré roto nuestra amistad para siempre?

—Vale —dice finalmente.

—¿Sí?

—Sí. Vamos.

Y joder. No pensaba que fuese a contestar que sí.

Pero ya es demasiado tarde para echarme atrás.

—Genial —consigo decir—. El lago está por aquí.

Empiezo a caminar antes de que pueda cambiar de opinión o de que ella pueda ver el pánico en mi cara. Scarlett me sigue en silencio y puedo sentir su presencia detrás de mí como un peso físico.

El camino al lago dura un par de minutos que se sienten como horas. Intento llenar el silencio con palabras que no significan nada.

—El lago está precioso de noche. Solía venir aquí de niño en los campamentos de verano.

Ella no responde. Solo hace un sonido bajo que podría ser acuerdo o podría ser que no está escuchando en absoluto.

Cuando llegamos al borde del agua me detengo y miro la superficie plateada que se extiende delante de nosotros. La luna se refleja perfectamente creando un camino de luz que parece ir hacia el infinito. Está tranquilo. Hermoso. Y estamos completamente solos.

Me quito la camiseta intentando que el movimiento parezca casual. Como si hacer esto con ella no fuese gran cosa.

—¿Vienes o…? —empiezo a decir mientras dejo caer la camiseta en el suelo.

—¿Con ropa?

Me giro hacia ella tan rápido que casi pierdo el equilibrio.

—¿Qué?

—¿Vamos a bañarnos con ropa? —repite, y hay algo en su tono que me cierra el estómago—. Porque eso no es muy salvaje que digamos.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. Sin saber si está bromeando o si habla en serio o si esto es algún tipo de test que voy a suspender de todas formas.

—¿Estás diciendo que…?

—Has dicho que hagamos algo salvaje —me interrumpe, y ahora hay desafío en su voz—. Bañarse con ropa interior no es salvaje. Es solo… mojarse.

La garganta se me cierra tanto que casi no puedo tragar.

—Tienes razón —consigo decir, aunque cada palabra me cuesta.

Y entonces ella empieza a desvestirse.

No aparta los ojos de los míos mientras se coge el borde de su camiseta y se la saca por la cabeza con un movimiento fluido. La deja caer al suelo junto a la mía y yo me quedo completamente paralizado con la imagen de ella ahí de pie en sujetador y pantalones, que se me graba en el cerebro de una forma que sé que nunca voy a poder borrar.

Debería apartar la vista. Sé que debería. Que esto no es lo mismo que cuando éramos más jóvenes. Que no nos acabábamos de besar. Pero mis ojos tienen voluntad propia y no puedo hacer otra cosa que mirar mientras se gira un poco (dándome la espalda, gracias a Dios) y se desabrocha el sujetador.

Puedo ver la curva de su columna. La piel plateada bajo la luz de la luna. Los hombros delicados. Y cuando el sujetador cae tengo que cerrar los ojos porque si no lo hago voy a hacer algo estúpido como cerrar la distancia entre nosotros y tocarla.

Oigo el sonido de su cremallera bajando. El susurro de la tela que se desliza por sus piernas. Y cuando abro los ojos otra vez, porque soy masoquista y no puedo evitarlo, ella está caminando hacia el agua completamente desnuda.

No mira atrás. Solo camina con una confianza que me vacía los pulmones de aire. Y yo me quedo ahí de pie con los vaqueros todavía puestos y una erección que ya está presionando dolorosamente contra la tela y la certeza absoluta de que esta es la peor idea que he tenido en mi vida.

Me obligo a moverme. A quitarme los vaqueros con manos que me tiemblan. A intentar no pensar en que voy a estar desnudo con ella en ese lago. A no procesar lo que eso significa o lo que podría pasar.

Para cuando consigo quitarme toda la ropa ella ya está metida en el agua hasta los hombros. Puedo ver su cabeza flotando. El pelo extendido alrededor como una aureola.

Y yo camino hacia el agua rezando para que el frío me ayude con el problema que tengo entre las piernas.

SCARLETT

El agua está helada.

Me roba el aliento en cuanto entro pero es exactamente lo que necesito. Un shock que despeja mi cabeza de todo excepto la sensación de frío contra mi piel caliente. Me sumerjo completamente dejando que el agua me cubra y cuando salgo a la superficie el pelo se me pega a la cara y tengo que apartarlo con las manos.

Me giro y veo a Aiden entrando al agua.

También desnudo.

Completamente desnudo.

La luz de la luna ilumina su piel y le marca cada músculo mientras se adentra más. El agua le llega hasta la cintura. Después hasta el pecho. Y yo no puedo apartar la vista aunque sé que debería.

Es hermoso. Dios, es tan hermoso que no quiero dejar de mirarlo. Y está aquí. Conmigo. Estamos los dos desnudos en un lago en mitad de la noche como si esto fuese algo que hacemos normalmente.

Como si no nos hubiésemos besado esta mañana de una forma que me ha destrozado.

Como si todavía pudiese fingir que somos solo amigos.

No digo nada. Solo lo miro mientras se sumerge también y cuando sale sacude la cabeza y el agua vuela en todas direcciones. Se pasa las manos por el pelo apartándolo de su cara y entonces nuestras miradas se encuentran.

Y se sostienen.

Durante demasiado tiempo.

Ninguno de los dos aparta los ojos.

Mantenemos la distancia. Unos metros entre nosotros. Pero soy consciente de cada movimiento que hace. De cada chapoteo. De cada respiración que toma y que puedo oír incluso desde aquí.

Echo la cabeza hacia atrás y miro las estrellas que se extienden sobre nosotros como diamantes esparcidos en terciopelo negro. El agua acaricia mi piel desnuda de una forma que se siente casi obscena. Íntima. Como si el lago mismo estuviese tocándome de formas que Aiden nunca va a tocarme.

Oigo que él también está flotando cerca. No tan cerca como para tocarnos pero lo suficiente como para que pueda sentir su presencia.

Puedo verlo con el rabillo del ojo. Su perfil recortado contra el cielo estrellado. Hermoso. Inalcanzable.

El silencio entre nosotros se alarga pero no es incómodo. Es otra cosa. Está cargado. Eléctrico. Como si el aire mismo estuviese esperando algo.

Me canso de flotar y bajo los pies hasta tocar el fondo. El agua me llega hasta los hombros. Me giro buscándolo y me doy cuenta de que está más cerca de lo que pensaba.

Mucho más cerca.

Solo unos metros nos separan y está de pie también mirándome con una intensidad que me sacude el corazón.

Nuestros ojos se encuentran otra vez y esta vez no aparto la vista. No puedo. Hay algo en cómo me está mirando que me tiene clavada en el sitio. Algo oscuro y hambriento y desesperado.

Doy un paso hacia él.

No pienso en hacerlo. Mi cuerpo simplemente se mueve. El agua se ondula a mi alrededor mientras avanzo y veo cómo sus ojos se ensanchan ligeramente.

Pero no se mueve. No retrocede. Solo me mira mientras acorto la distancia entre nosotros.

Otro paso.

Dos metros.

Puedo ver las gotas de agua en sus pestañas ahora. Puedo ver cómo su pecho sube y baja más rápido. Puedo ver la tensión en su mandíbula mientras aprieta los dientes.

Otro paso.

Metro y medio.

—Scarlett —dice, y su voz sale ronca. Rota. Como una advertencia y una súplica al mismo tiempo.

Pero no me detengo.

Doy otro paso.

Recorro un metro.

Ahora está tan cerca que si extiendo la mano puedo tocarlo. Pero no lo hago. Solo sigo avanzando con el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

Medio metro.

Puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo a pesar de que estamos rodeados de agua fría. Puedo ver cada detalle de su cara. La forma en que me mira como si fuese algo precioso y aterrador al mismo tiempo.

Doy un último paso.

Estamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan. Tan cerca que podría inclinarme ligeramente y nuestros labios se tocarían. Tan cerca que el mundo entero desaparece hasta que solo quedamos nosotros dos en este lago bajo las estrellas.

Levanto mi mano despacio. Tan despacio que cada segundo se siente como una eternidad. Hacia su cara. Hacia su mejilla, por la que veo resbalar gotas.

Mis dedos están a centímetros de tocar su piel cuando lo oigo.

—¿Hay alguien ahí?

La voz de Morrison atraviesa la noche como un disparo.

Ambos nos congelamos completamente. Nuestros ojos todavía conectados. Mi mano todavía suspendida en el aire entre nosotros. El momento se rompe en mil pedazos.

—Si sois del campamento os vais a meter en un lío —continúa Morrison, y puedo ver el haz de su linterna barriendo los árboles cerca de la orilla.

Mierda.

Aiden reacciona primero. Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, no la que está levantada sino la otra, y tira de mí hacia la orilla. Nadamos en silencio, con movimientos rápidos, cuidando de no hacer demasiado ruido que nos delate.

Cuando llegamos a la orilla nos arrastramos fuera del agua como podemos. Completamente desnudos. Goteando. Con Morrison todavía buscando con su linterna.

Aiden coge su ropa del suelo y yo hago lo mismo. No hay tiempo para vestirnos. Solo cogemos todo en nuestros brazos y echamos a correr entre los árboles. Desnudos. Mojados. Huyendo como criminales.

Corremos hasta que estamos lo suficientemente lejos como para que Morrison no pueda oírnos. Y entonces nos detenemos jadeando. Apoyándonos contra los árboles. Intentando recuperar el aliento.

Nos miramos.

Y nos empezamos a reír.

No puedo evitarlo. La situación es tan absurda que la risa sale de algún lugar profundo en mi pecho. Histérica. Incontrolable. Y Aiden se está riendo también con esa risa contagiosa que lo vuelve todo menos grave.

—Casi nos pilla —consigo decir entre carcajadas.

—Morrison nos habría matado —responde Aiden todavía riendo.

—Estamos desnudos en mitad del bosque.

—Completamente desnudos.

Y eso nos hace reír más fuerte hasta que me duele el estómago y las lágrimas me corren por las mejillas mezclándose con el agua del lago.

Finalmente la risa se apaga y nos quedamos ahí de pie. Todavía desnudos. Todavía goteando. Mirando cualquier sitio menos el uno al otro porque si nos miramos ahora el momento que casi tuvimos en el lago va a volver y no estoy segura de que pueda manejarlo.

—Deberíamos vestirnos —dice Aiden con voz que intenta sonar normal pero que sale demasiado tensa.

—Sí.

Nos vestimos con torpeza y nos ponemos la ropa sobre la piel mojada. Sin mirarnos. Sin hablar. El momento de antes completamente roto y reemplazado por una incomodidad que vuelve eterno cada segundo.

Cuando estamos vestidos empezamos a caminar de vuelta al campamento. En silencio otra vez. Pero esta vez es diferente. No es la tensión de antes. Es algo más suave. Más cómodo. Como si haber estado desnudos juntos y haber escapado de Morrison riendo hubiese roto algo de la rigidez que llevábamos cargando todo el día.

Pero cuando llegamos a nuestra tienda la comodidad desaparece.

Porque ahora tenemos que entrar ahí. Tumbarnos en nuestros sacos a centímetros el uno del otro. Después de haber estado desnudos juntos en ese lago. Después de haberme acercado tanto que casi lo toco. Después de habernos besado esta mañana.

Entramos en silencio. Cada uno se tumba sobre su saco sin decir una palabra. Sin mirarnos. Dándonos la espalda como si eso fuese a

hacer que sea menos obvio que ambos estamos completamente despiertos. Completamente conscientes. Completamente incapaces de olvidar lo que casi ha pasado.

Cierro los ojos e intento calmar mi respiración.

Intento no pensar en que mañana volvemos a casa y voy a tener que seguir fingiendo que esto no está pasando.

Que no lo amo.

Que no quiero tocarlo.

Que puedo seguir siendo solo su amiga cuando cada fibra de mi ser está gritando que quiero ser mucho más.

Pero no consigo no pensar en nada de eso.

Así que me quedo despierta. Escuchando su respiración al otro lado de la tienda. Sabiendo que él también está despierto.

Pienso en lo que casi ha pasado.

Y en lo que nunca podrá ser.

CAPÍTULO 18

AIDEN

Me despierto desubicado.

Hace calor. Mucho calor. El tipo de calor pegajoso que te hace sudar incluso sin moverte. Y hay algo suave presionando contra mí. Algo que huele a lavanda y a ese champú caro que Scarlett siempre usa y que me vuelve loco.

Abro los ojos con la confusión de alguien que no sabe dónde está ni cómo ha llegado ahí. La luz del amanecer se filtra por la lona de la tienda. Y entonces me doy cuenta de varias cosas a la vez.

Estoy sobre mi saco de dormir. No dentro. Con el calor de la noche, ninguno de los dos se metió dentro y nos quedamos tumbados encima. Y no estoy solo.

Scarlett está delante de mí.

Completamente pegada a mi pecho.

Y yo la estoy abrazando.

Mi brazo está alrededor de su cintura. Mi mano descansa sobre su vientre. Mi pecho presiona contra su espalda. Mis piernas están enredadas con las suyas. Y estamos tan pegados que no hay ni un centímetro de espacio entre nosotros.

El pánico llega primero. Suave pero creciendo. ¿Cuándo pasó esto? ¿Cómo terminamos así? Debí moverme dormido. O ella se acercó buscando calor.

Debería apartarme.

Lo sé. Debería quitar mi brazo de su cintura y poner distancia entre nosotros antes de que ella se despierte y esto se vuelva incómodo. Antes de que se dé cuenta de que la he estado abrazando como si tuviese algún derecho a hacerlo.

Pero no me muevo.

Porque se siente demasiado bien.

Porque encaja contra mí de una forma que me aprieta algo en el pecho. Porque puedo sentir cómo sube y baja su cuerpo con cada respiración. Porque su pelo me hace cosquillas en la nariz y huele tan bien que quiero enterrar mi cara en él y nunca salir.

Debería apartarme.

Pero no lo hago.

Y entonces ella se mueve.

Es un movimiento pequeño. Un estiramiento suave como el de alguien que se está despertando despacio. Arquea ligeramente la espalda. Estira las piernas. Y presiona hacia atrás.

Directamente contra mi entrepierna.

Y joder.

Estoy duro.

Muy duro.

Tengo una erección firme como el acero por tener a Scarlett pegada a mí. Es una situación letal y mi polla presiona con dolor contra la tela de mis pantalones. Y ella acaba de presionar su culo directamente contra esa erección.

Me quedo completamente inmóvil. Contengo la respiración. Intento no moverme ni un centímetro porque si me muevo voy a presionar contra ella y esto va a ser obvio y va a ser el momento más incómodo de mi vida.

Pero entonces ella vuelve a moverse.

Se estira otra vez. Arqueando más la espalda. Presionando más contra mí. Y esta vez no hay forma de que no sienta lo duro que estoy contra ella.

Un gemido sale de mi garganta antes de que pueda detenerlo. Bajo. Casi inaudible. Pero lo suficientemente alto como para que ella lo oiga.

Scarlett se pone completamente rígida.

Deja de respirar. Deja de moverse. Y sé que acaba de darse cuenta de que la estoy abrazando. De que estoy duro contra ella. De que hemos pasado quién sabe cuántas horas durmiendo así.

El silencio que sigue es tan absoluto que puedo oír mi propio corazón latiendo salvaje en mis oídos.

—Scarlett —susurro con voz que sale ronca por el sueño y por la excitación—. Lo siento. Yo no…

Pero no termino la frase.

Porque ella no se aparta.

En cambio, presiona hacia atrás.

Deliberadamente esta vez. Nada de movimientos inconscientes de medio dormida. Esto es consciente. Intencionado. Aprieta el culo contra mi polla con una firmeza que me deja sin aire.

Y entonces lo hace otra vez.

Un movimiento pequeño. Apenas nada. Pero suficiente para que la fricción me atraviese como electricidad.

Mi mano en su vientre se aprieta involuntariamente. Mis dedos se hunden un poco en la tela de su camiseta y la mantienen contra mí cuando debería estar soltándola y alejándome como si estuviese en llamas.

Pero no puedo.

No puedo hacer nada excepto quedarme ahí paralizado mientras mi cuerpo toma decisiones que mi cerebro sabe que son terribles.

Mis caderas se mueven solas. Presionando contra ella. Buscando más de esa fricción que me está volviendo loco. Y Scarlett gime. Es un sonido bajo y suave que sale de algún lugar profundo de su garganta. Un sonido que me borra todo pensamiento racional del cerebro.

Empezamos a moverse juntos.

Despacio al principio. Tentativo. Como si ambos estuviésemos probando hasta dónde puede llegar esto. Mis caderas presionan contra ella. Ella se arquea hacia atrás buscando más contacto. Los cuerpos se frotan a través de capas de ropa que de repente parecen demasiadas y no suficientes al mismo tiempo.

Entierro mi cara en su cuello y respiro su olor. Mis labios rozan la piel sensible detrás de su oreja sin llegar a besar porque si la beso no voy a poder parar. Pero tan jodidamente cerca que puedo sentir su pulso acelerado bajo mis labios.

Scarlett se arquea más. Aprieta el culo contra mi polla con más fuerza. Se mueve en un ritmo que me está matando. Pequeños

movimientos circulares que me obligan a morderme el labio para no gemir tan alto que todo el campamento nos oiga.

Mi mano empieza a bajar por su vientre. Despacio. Le doy tiempo para detenerme. Para decir que no. Para recordarme que esto es una locura y que no deberíamos estar haciendo esto.

Pero no dice nada.

Solo sigue moviéndose contra mí. Solo sigue haciendo esos sonidos pequeños que me están volviendo completamente loco.

Mis dedos llegan a la cinturilla de sus pantalones y me detengo. El último vestigio de cordura gritándome que esto es cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

—¿Puedo? —susurro contra su cuello con voz que no reconozco como mía.

—Sí —responde ella sin dudarlo. Sin pensarlo. Solo necesitándolo tanto como yo.

Y deslizo mi mano dentro.

Sobre la tela de sus bragas. No debajo. Manteniendo esa última barrera porque si la cruzo no va a haber forma de detener esto. Pero sintiendo el calor que irradia de ella. Sintiendo la humedad que ha empapado la tela.

Scarlett gime más alto cuando mis dedos presionan contra ella. Encuentro su clítoris a través de la tela. Y comienzo a hacer círculos firmes que la hacen arquearse violentamente contra mí. Sus caderas se mueven en busca de más presión mientras su culo sigue apretándose contra mi polla en un ritmo que me está llevando al borde.

—Aiden —gime mi nombre como una súplica y una orden al mismo tiempo.

Y yo le doy lo que necesita.

Presiono más fuerte. Hago círculos más rápidos. Mantengo el ritmo constante mientras ella se mueve contra mi mano. Mientras sus gemidos se vuelven más urgentes. Mientras su cuerpo se tensa preparándose para romperse.

Y entonces se corre.

Su cuerpo se arquea violentamente contra el mío. Deja escapar un gemido ahogado contra su propio brazo que muerde para no

gritar. Tiembla entre mis brazos mientras el orgasmo la atraviesa en oleadas que puedo sentir bajo mis dedos.

La sostengo a través de todo. Mientras hago movimientos más lentos. Más suaves. Hasta que deja de temblar y su cuerpo se relaja completamente contra el mío. Hasta que su respiración empieza a normalizarse. Hasta que el último temblor desaparece.

Y entonces mi cerebro vuelve a funcionar.

Y me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

La he hecho correrse.

En nuestra tienda. Con todo el campamento a metros de distancia. Con treinta niños durmiendo ahí fuera. Con mi equipo a escasos pasos de nosotros.

Y está prometida.

Va a casarse con otro hombre en unos meses.

Y yo acabo de meterle la mano en los pantalones y hacerla correrse como si tuviese algún derecho a tocarla así.

El pánico me golpea como un tren de mercancías.

Me aparto de ella bruscamente. Me siento con movimientos torpes. Me paso las manos por el pelo y tiro con fuerza, como si el dolor físico pudiese de alguna forma borrar lo que acabo de hacer.

—Mierda —la palabra sale rota—. Mierda. Lo siento.

Scarlett se gira hacia mí. Todavía jadeando suavemente. Con las mejillas sonrojadas. Los ojos enormes y confundidos mirándome como si no entendiese por qué me he apartado.

—No debería de haber… joder —me incorporo todo lo que puedo porque necesito moverme, necesito hacer algo que no sea quedarme ahí mirándola con el sabor de la culpa amargo en la boca—. He tomado lo que no me corresponde.

Las palabras salen con más fuerza de la que pretendía. Cargadas de toda la culpa y el autodesprecio que llevo sintiendo desde que la besé ayer.

—Aiden —empieza, pero no puedo dejarla terminar.

—Sé que estás prometida —la interrumpo sin mirarla porque no confío en mí mismo—. Lo sé. Pero siempre se me ha dado muy mal resistirme a ti.

La confesión sale antes de que pueda detenerla. Tres años de sentimientos enterrados escapando en una frase que dice demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

Hago una pausa. Respiro sin aliento.

—Y eso no es una excusa —continúo con voz que se rompe—. No tengo derecho a tocarte así. A hacerte…

No puedo terminar la frase. No puedo decir en voz alta lo que acabo de hacerle porque si lo hago se va a volver demasiado real.

—Aiden —me llama otra vez. Más suave en esta ocasión. Como si estuviese intentando calmarme.

Pero no puedo calmarme. No puedo quedarme aquí un segundo más con su olor todavía en mi piel y el sonido de sus gemidos todavía resonando en mis oídos.

—Tengo que salir —digo bruscamente.

Y salgo de la tienda antes de que pueda decirme nada más.

El aire fresco de la mañana me golpea la cara pero no me despeja. Porque puedo sentir todavía cómo temblaba contra mí. Puedo sentir todavía la humedad en mis dedos. Puedo oír todavía cómo gemía cuando se corrió.

Y sé que acabo de cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

SCARLETT

Me quedo tumbada sobre el saco mirando el lugar donde estaba Aiden hace treinta segundos.

El cuerpo todavía me vibra. Todavía puedo sentir sus dedos en mí. Todavía puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío. Todavía puedo oír su voz ronca susurrando mi nombre contra mi cuello.

Y todavía puedo oír sus palabras rebotando en mi cabeza como ecos que no se apagan.

«He tomado lo que no me corresponde.»

«Sé que estás prometida.»

«Siempre se me ha dado muy mal resistirme a ti.»

Repito esa última frase en mi mente una y otra vez.

Resistirme a ti.

No resistirse a la situación. No resistirse al momento. No resistirse porque estábamos medio dormidos y las cosas pasaron.

Resistirse a MÍ.

Como si fuese algo que lleva tiempo intentando hacer. Como si fuese una batalla que lleva tiempo peleando. Como si yo fuese algo de lo que se tuviese que proteger.

Me siento despacio. Siento el cuerpo todavía tembloroso por razones que ya no tienen nada que ver con el orgasmo y todo que ver con la idea que está empezando a formarse en mi cabeza.

Repaso cada momento desde que he llegado a Sunset Valley.

Todos los momentos de tensión que han crecido entre nosotros.

«Siempre se me ha dado muy mal resistirme a ti.»

Y lo entiendo todo de golpe.

No es que no me quiera.

No es que solo me vea como su amiga.

No es que piense que soy demasiado joven o que no le parezco atractiva o cualquiera de las mil razones que he inventado durante años para explicar por qué nunca ha hecho nada.

Es que se está frenando.

Por el compromiso. Por Julian. Por lo que cree que es correcto. Porque piensa que estaría robando algo que no le pertenece. Porque es Aiden y ser bueno está tan arraigado en él que prefiere sufrir antes que hacer algo que considere moralmente cuestionable.

Está protegiéndome. De sí mismo. De lo que sea que haya entre nosotros y que le impide resistirse aunque lo intente.

Y yo he estado ciega.

Tan centrada pensando que no me quería que no he visto lo obvio.

Que me desea.

Pero no quiere dar ese paso.

Porque no sabe la verdad.

No sabe que el compromiso con Julian no es mi elección. Que es un trato de negocios. Que mi padre me está usando para salvar su imperio. Que estoy siendo vendida como un activo más de Walton Legacy Group.

No sabe que no amo a Julian.

Que nunca lo he amado.

Que el único hombre al que he amado en mi vida es a él.

Una decisión se forma en mi mente. Clara. Firme. Inquebrantable.

Voy a contarle la verdad.

No ahora. No aquí en esta tienda con el campamento despertándose afuera y niños que van a necesitar desayuno y actividades. No en este momento donde todavía puedo sentirlo en mi piel y mis emociones están demasiado crudas.

Pero sí cuando volvamos a casa.

Le voy a contar todo. El trato de mi padre con los Vane. La fusión para salvar a mi familia de la ruina. Que el compromiso es por obligación no elección. Que me estoy sacrificando para que el apellido Walton no desaparezca. Que en unos meses voy a tener que volver y casarme con un hombre al que no amo porque es mi deber.

Y después de que sepa todo eso voy a preguntarle algo que me aterra más que cualquier otra cosa en mi vida.

¿Puedo tenerlo antes de que termine esto?

¿Puede ser mío aunque sea por poco tiempo? ¿Aunque sea solo este verano antes de que tenga que volver? ¿Aunque ambos sepamos que tiene fecha de caducidad y que en agosto voy a tener que dejarlo?

¿Me dará eso?

No sé cuál será su respuesta.

Pero necesito saberlo.

Le voy a contar la verdad.

Y después voy a pedirle que sea mío.

Aunque sea solo por un tiempo.

Aunque duela más cuando termine.

Aunque sea lo más egoísta que he hecho en mi vida.

Voy a tomar lo que pueda antes de que me lo arrebaten todo.

CAPÍTULO 19

SCARLETT

El campamento termina a las dos de la tarde.

Morrison despide a los niños que suben a los autobuses con mochilas y recuerdos y caras morenas por el sol. El equipo recoge el material con la eficiencia que dan los años de hacer esto. Las lonas se doblan, las cuerdas se enrollan y las tiendas desaparecen una a una hasta que el claro queda vacío, como si nunca hubiésemos estado aquí.

Aiden trabaja sin parar: carga equipo en la camioneta, ayuda a Jake con las cajas pesadas, revisa que no quede nada olvidado. Se mantiene ocupado. Se mantiene lejos de mí.

No me ha mirado desde esta mañana.

Ni una sola vez.

Y cada minuto que pasa sin que nuestros ojos se encuentren hace que se me apriete más el nudo de la garganta.

Jake nos mira raro. Lo veo lanzar miradas entre Aiden y yo con una expresión que deja claro que sabe que algo ha pasado. Que la tensión entre nosotros es tan obvia que cualquiera podría notarla.

Pero no dice nada.

Nadie dice nada.

Cuando todo está recogido, Morrison nos despide con un asentimiento y un «buen trabajo» que suena rutinario. El equipo se dispersa hacia sus coches. Jake le da un golpe en el hombro a Aiden y le dice algo que no consigo oír. Aiden asiente sin sonreír.

Y entonces solo quedamos nosotros dos, de pie junto a su camioneta, bajo el sol de la tarde y con el peso de todo lo que no hemos dicho colgando entre nosotros.

—Vamos —dice al fin, sin mirarme, y abre la puerta del copiloto.

Subo sin decir nada. Él rodea la camioneta hasta el lado del conductor. Se mete. Cierra la puerta. Arranca el motor.

Y empezamos el viaje de vuelta en un silencio tan absoluto que oigo los latidos de mi propio corazón.

Aiden conduce con la vista fija en la carretera y aprieta el volante con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos, la mandíbula tensa, los hombros rígidos, como si estuviese conteniendo algo con cada músculo del cuerpo.

Yo miro por la ventana cómo pasa borroso el paisaje: montañas, árboles, el camino que serpentea de vuelta hacia Sunset Valley. Cada kilómetro que recorremos es un kilómetro más cerca de casa. Un kilómetro más cerca del momento en que ya no voy a poder seguir callando.

Porque cuando lleguemos a casa se lo voy a contar.

Todo.

La verdad que he estado guardando. El compromiso que no elegí. La vida que no quiero. Y la pregunta que me aterra hacer pero para la que necesito una respuesta.

¿Puedo tenerlo aunque sea por poco tiempo?

El silencio se alarga, pesado, incómodo, lleno de todas las palabras que ninguno dice: de todo lo que ha pasado esta mañana, del beso de ayer, del lago, de cada momento cargado que hemos compartido desde que llegué aquí.

Miro de reojo a Aiden: el perfil tenso contra la ventana, la mandíbula apretada, los ojos fijos en la carretera, como si mirarme fuese un dolor físico.

Y se me aprieta el pecho.

Porque sé que está sufriendo. Sé que se está castigando por lo que ha pasado. Sé que cree que hizo algo terrible cuando lo único terrible es que tengamos que parar, que tengamos que fingir, que yo tenga que volver en unas semanas y casarme con un hombre al que no amo.

Pero eso va a cambiar.

Voy a contarle la verdad. Y después voy a luchar.

Por primera vez en mi vida voy a luchar por lo que quiero en lugar de aceptar lo que me dan.

El letrero de Sunset Valley aparece en la carretera. «Bienvenidos. Población 2147.» Las mismas palabras que vi cuando llegué hace semanas pero que ahora me parecen distintas. Porque ahora este pueblo es más que un lugar donde esconderme. Es el lugar donde Aiden vive. Donde está su familia. Donde podría tener algo real aunque sea temporal.

Aiden gira en Main Street. Aparca frente al parque de bomberos. Apaga el motor.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Ninguno de los dos se mueve. Ninguno dice nada. Solo nos quedamos ahí sentados mientras el motor chasquea al enfriarse y el mundo exterior sigue ajeno a lo que está pasando dentro de esta camioneta.

—Aiden —digo por fin, y mi voz rompe el silencio como si este fuese de cristal—. Tenemos que hablar.

Lo veo tensarse: aprieta el volante aunque el motor esté apagado, y la mandíbula se le mueve como si retuviese palabras que no quiere decir.

—Lo sé —responde, y la voz le sale áspera.

No dice nada más. Solo sale de la camioneta y me deja ahí sentada un segundo, hasta que me obligo a moverme.

Bajo también. Cojo la mochila de la parte trasera. Lo sigo hacia las escaleras que llevan a su apartamento.

Cada escalón es un paso hacia algo inevitable, algo que va a cambiarlo todo. Para bien o para mal, todavía no lo sé.

Pero no puedo seguir así.

No puedo pasar las próximas semanas fingiendo que no ha pasado nada, que no lo amo y que no quiero disfrutar de él el poco tiempo que me queda antes de casarme.

Aiden abre la puerta del apartamento y entramos.

Y ya no hay forma de huir.

CAPÍTULO 20

SCARLETT

Entramos en el apartamento y el silencio nos sigue como una sombra pesada que se instala sobre nosotros en cuanto la puerta se cierra. Aiden deja las llaves sobre la mesa de la entrada con un sonido metálico que parece demasiado fuerte en la quietud. Yo dejo caer la mochila al suelo y me quedo ahí de pie sin saber muy bien qué hacer con las manos, que de repente siento torpes.

Tengo que decírselo.

Ahora.

Antes de que pierda el valor, de que mi cerebro me convenza de que es mala idea, de que el miedo me paralice y vuelva a guardarme la verdad, como llevo haciendo desde que me comprometí.

—Aiden —digo, y mi voz sale más temblorosa de lo que me gustaría.

Se gira hacia mí. Está a tres metros de distancia pero podría ser un kilómetro por lo lejos que lo siento. Me encuentra con los ojos, y lo que hay en ellos me cierra la garganta: expectativa, miedo, como si supiese que lo que voy a decir va a cambiar algo fundamental entre nosotros.

—Tengo que contarte algo —continúo, y tengo que obligar a las palabras a salir porque cada una me corta por dentro como un cristal—. Sobre Julian. Sobre el compromiso.

Veo cómo se tensa: pone los hombros rígidos, cierra las manos en puños a los costados, como si se preparase para recibir un golpe.

—No lo amo —suelto de golpe antes de poder arrepentirme.

Las palabras se quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Tres palabras simples que lo cambian todo.

Aiden parpadea. Una vez. Dos veces. Procesa lo que acabo de decir como si le hubiese hablado en otro idioma.

—¿Qué? —pregunta al fin, y su voz sale ronca.

—A Julian —aclaro, y ahora que he empezado no puedo parar. Las palabras salen atropelladas unas sobre otras como si hubiesen estado esperando años para escapar—. No lo amo. Nunca lo he amado. Ni siquiera me gusta especialmente. Es… es educado y correcto y todo lo que se supone que debería ser pero no lo amo.

Aiden me mira fijamente sin decir nada. El pecho le sube y le baja con respiraciones demasiado rápidas, y la mandíbula se le tensa y se destensa como si intentase asimilar algo que no tiene sentido.

—Entonces, ¿por qué…? —empieza, pero no termina la pregunta.

No necesita hacerlo. Ambos sabemos qué está preguntando.

¿Por qué me caso con él?

Me obligo a caminar hacia el sofá porque las piernas me están temblando tanto que no estoy segura de que puedan seguir sosteniéndome. Me siento en el borde con las manos apretadas en el regazo. Aiden se queda de pie donde está, esperando, dándome tiempo.

—Mi padre —digo por fin, y tengo que tragar saliva antes de continuar porque la garganta se me ha cerrado tanto que duele—. Mi padre necesita este matrimonio. Necesita la fusión con los Vane.

Me detengo a respirar y busco las palabras correctas, aunque no sé si existen palabras correctas para esto.

—Walton Legacy Group está al borde de la ruina —continúo, y cada palabra suena a confesión, como si estuviese traicionando a mi familia solo con decirlo en voz alta—. Inversiones que fracasaron. Deudas que se acumularon. Proyectos que salieron mal. Necesitan el capital de los Vane. Necesitan esta fusión o lo pierden todo. La empresa. La casa. El apellido. Todo.

Levanto la vista hacia Aiden. Él sigue inmóvil, pero algo está cambiando en su expresión, como si empezase a comprender.

—Y yo soy el precio —digo, y la voz se me rompe en la última palabra—. Soy el activo que asegura el trato. Me caso con Julian y las dos familias se fusionan y mi padre salva su imperio. Es un

matrimonio arreglado disfrazado de historia de amor para las cámaras.

El silencio que sigue es tan absoluto que oigo el tictac del reloj en la pared, los latidos salvajes de mi propio corazón, cada respiración de Aiden como si fuese una bomba a punto de explotar.

—Tu padre —dice al fin, y su voz suena baja y peligrosa— te está usando.

No es una pregunta. Es una afirmación cargada de un fondo oscuro que me eriza la piel.

—Está salvando a su familia —corrijo sin pensar, aunque ya al decirlo sé que suena hueco.

—Te está vendiendo —continúa Aiden, y ahora su voz va subiendo. Todavía no grita, pero se acerca—. Como si fueses ganado. Como si no importases. Como si tu vida y tu felicidad y lo que tú quieres no significasen una mierda comparado con su puto imperio.

Me quedo mirándolo sin saber qué decir. Porque tiene razón. Cada palabra que acaba de decir es verdad y duele oírlo en voz alta de esa forma.

—Por eso no debes sentirte mal —digo deprisa, porque necesito cambiar de tema antes de que explote del todo—. Por lo que ha pasado entre nosotros. El beso. Esta mañana. Nada de eso está mal porque el compromiso con Julian no es real. No es amor. Es un contrato de negocios. Y yo quiero que el resto del tiempo que me queda aquí estemos juntos. Que nos demos placer el uno al otro. Por eso te lo estoy cotando.

Aiden me mira con tanta intensidad que tengo que apartar la vista.

—Este verano —continúo, aunque cada palabra me cuesta—. Estas semanas aquí contigo… son mías. Son las últimas semanas de libertad que voy a tener antes de que mi vida deje de pertenecerme. Y lo que ha pasado entre nosotros es lo único real que he tenido en años.

Hago una pausa. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—Te deseo —digo, y las palabras salen más firmes de lo que esperaba—. No sé si eso está bien o mal pero es la verdad. Te deseo. Y no quiero arrepentirme de no haber ido a por lo que quería cuando tuve la oportunidad.

No le digo que lo amo. No puedo. Porque si se lo digo va a cambiarlo todo. Va a sentirse obligado. Va a pensar que tiene que salvarme o protegerme o decir algo que no siente de verdad. Y no puedo soportar eso.

Además, estoy casi segura de que para él esto es solo atracción. Su mejor amiga que de repente es accesible. El morbo de lo prohibido. La emoción de cruzar líneas que no debería cruzar. No es amor. No puede serlo. ¿Por qué iba a serlo?

Aiden sigue sin decir nada. Sigue mirándome con una expresión que no puedo descifrar. Y entonces se mueve.

Empieza a caminar de un lado a otro del salón como un animal enjaulado, pasándose las manos por el pelo, con la mandíbula tan tensa que se le ve el músculo saltando bajo la piel.

—Tu padre —dice, y su voz suena como si aguantase un volcán dentro—. Tu puto padre está vendiéndote. Usando a su propia hija para salvar su negocio. Y tú… tú lo aceptas sin más.

—No tengo elección —respondo, aunque las palabras me suenan débiles incluso a mí.

—Siempre hay elección —explota, y se gira hacia mí con unos ojos que arden—. Siempre. Puedes decir que no. Puedes negarte. Puedes…

—¿Y entonces qué? —lo interrumpo, y me levanto también, porque no puedo seguir sentada mientras discutimos—. ¿Dejo que mi familia lo pierda todo? ¿Que mi padre pierda la empresa que ha construido durante décadas? ¿Que mi madre tenga que dejar la casa donde ha vivido toda su vida? ¿Que el apellido Walton desaparezca porque yo decidí ser egoísta?

—No es egoísmo querer ser feliz —responde con la voz quebrada —. No es egoísmo no querer ser vendida como una propiedad.

—Es mi familia —digo, y ahora mi voz también sube—. No puedo abandonarlos sin más.

Aiden se queda mirándome durante un buen rato. Y entonces dice algo que hace que el suelo desaparezca bajo mis pies.

—Voy a ir ahora mismo.

Parpadeo sin comprender.

—¿Qué?

—A Connecticut —aclara, y hay una determinación en su voz que me aterra—. Voy a ir a donde tu padre y le voy a decir exactamente lo que pienso de lo que está haciendo. Que deje de usar a su hija. Que encuentre otra forma de salvar su empresa.

—No —lo interrumpo, y la palabra sale como un grito—. No puedes hacer eso.

—Sí puedo —responde con firmeza—. Y voy a hacerlo. Ahora mismo.

—Aiden —digo, y fuerzo la voz para que salga firme, aunque por dentro estoy temblando—. Si haces eso no te lo voy a perdonar.

Se queda inmóvil, mirándome como si no pudiese creer lo que acaba de oír.

—¿Qué?

—Si vas ahí —continúo, y ahora las lágrimas me empiezan a escocer detrás de los ojos, pero me niego a dejarlas caer—. Si haces eso lo arruinas todo. El trato se cae. Mi familia lo pierde todo. Y yo seré la culpable. Yo seré la razón de que todo se haya ido a la mierda. Y no voy a poder vivir con eso.

Veo cómo procesa mis palabras. Cómo la determinación en su rostro se desmorona lentamente y es reemplazada por frustración y rabia y algo que se parece peligrosamente al dolor.

—No me hagas elegir entre tú y mi familia —susurro—. Por favor.

Aiden cierra los ojos. Respira hondo. Una vez. Dos veces. Como si intentase contenerse.

—Mierda —dice, y la palabra sale cargada de toda la impotencia que siente.

Se pasa las manos por el pelo otra vez y tira con tanta fuerza que tiene que dolerle.

—Necesito salir —dice sin mirarme—. Necesito… necesito aire. Necesito caminar. Necesito hacer algo porque si me quedo aquí voy a…

No termina la frase, pero no hace falta. La tensión se le nota en cada línea del cuerpo: en los puños tan apretados que los nudillos se le ponen blancos, en la mandíbula, que se le mueve como si mordiese palabras que no puede decir.

Camina hacia la puerta con pasos casi violentos. Coge las llaves. Pero antes de salir se detiene con la mano en el pomo y, sin girarse, dice algo que me para el corazón.

—El puto mundo es una mierda —dice con la voz rota—. Y tú no te mereces esto. Eres la persona más maravillosa del jodido mundo y te están tratando como si no importases. Como si fueses algo que se puede vender. Y me está matando no poder hacer nada para cambiarlo.

Y entonces sale.

La puerta se cierra detrás de él con un sonido que parece demasiado definitivo. Oigo sus pasos bajando las escaleras, la puerta de abajo abriéndose y cerrándose. Y después, silencio.

Me quedo plantada en mitad del salón sin saber qué hacer. Las piernas me tiemblan tanto que tengo que volver a sentarme antes de que me fallen. Las lágrimas que llevo aguantando escapan por fin y me ruedan por las mejillas sin que pueda detenerlas.

Pero no son lágrimas tristes.

No exactamente.

Porque mientras lloro me doy cuenta de algo que me encoge el pecho de una forma dolorosa y hermosa al mismo tiempo.

Si no estuviese ya enamorada de Aiden, habría caído ahora.

Del todo. Sin remedio. Sin vuelta atrás.

Habría caído por la forma en que ha reaccionado. No con lástima. No con incomodidad. Sino con furia por mí. Con rabia porque me están usando. Con la determinación de protegerme incluso cuando le dije que no podía.

Habría caído por esas palabras. *«Eres la persona más maravillosa del jodido mundo.»*

Dichas con tanta convicción que me las creo. Dichas como si fuesen la verdad más absoluta del universo. Dichas por un hombre que está dispuesto a enfrentarse a mi padre por mí aunque eso signifique que yo lo odie.

Pero la verdad es que no he enamorado ahora.

Porque ya me enamoré de él hace años.

Desde la primera vez que lo vi. Desde que me miró como si pudiese verme de verdad. No a la heredera Walton. No a la hija perfecta. A mí. A Scarlett.

Nunca tuve la más mínima posibilidad de no enamorarme de Aiden Wellington.

Era tan inevitable como el amanecer, como la gravedad, como respirar.

Y ahora estoy aquí, sentada en su sofá, llorando en su apartamento.

Y rezo para que, cuando se le pase el enfado, quiera compartir estos últimos momentos de libertad conmigo.

CAPÍTULO 21

AIDEN

Conduzco sin pensar adónde voy hasta que me descubro aparcando frente a la cabaña de Cole.

No ha sido una decisión consciente. Las manos han girado solas el volante en esa dirección como si supiesen que necesito hablar con alguien que entienda lo que es amar a una mujer que no puedes tener.

Y Cole lo entiende mejor que nadie.

Lo sufrió durante muchos años.

Bajo de la camioneta con un portazo que restalla en el silencio de la tarde. Camino hacia la puerta con pasos pesados que hacen crujir la grava bajo las botas. Tengo cada músculo tan tenso que siento que voy a explotar si no hago algo. Si no descargo toda esta furia que me ahoga. Si no grito hasta que se me desgarre la garganta.

Pero lo único que hago es levantar el puño y golpear la puerta de madera.

Tres veces.

Cole abre casi al instante. Lleva vaqueros y una camiseta vieja del departamento del sheriff. Cuando me ve, su expresión cambia de sorpresa a preocupación en medio segundo.

—Aiden —dice, y mi nombre sale como una pregunta.

—Necesito hablar contigo —consigo decir, y hasta a mí me suena rota la voz.

Cole no me pregunta nada. Solo se hace a un lado y abre más la puerta.

—Entra.

Paso junto a él y entro en la cabaña. Es pequeña pero acogedora, como solo lo son los hogares de verdad. Hay juguetes de Luna

esparcidos por el suelo del salón, una manta de ganchillo doblada sobre el respaldo del sofá, fotos en las paredes de Cole con Lauren y Luna sonriendo a la cámara. Desde la cocina flota el olor a café recién hecho.

Todo grita familia. Hogar. Amor.

Es todo lo que yo nunca voy a tener.

Luna está en el suelo jugando con sus muñecas. Tiene el pelo recogido en dos coletas que se están deshaciendo. Cuando levanta la vista y me ve, la cara entera se le ilumina.

—¡Tío Aiden!

Se levanta de un salto y corre hacia mí con los brazos abiertos. Choca contra mis piernas con tanta fuerza que me hace retroceder un paso. Los bracitos se le cierran alrededor de mi cintura y aprietan fuerte.

—Hola, pequeña —digo como puedo, y la voz me sale más afectada de lo que pretendía.

Me agacho para quedar a su altura y ella se me abraza al cuello. Huele a champú de fresas y a esa mezcla de dulzura y tierra que tienen todos los niños pequeños. Por un momento, el nudo que tengo en el pecho se afloja. Por un momento, todo el dolor y la rabia y la impotencia quedan en segundo plano, porque Luna me está sonriendo con esa sonrisa enorme que derrite a cualquiera.

—¿Has venido a jugar conmigo? —pregunta con esperanza en los ojos.

—Hoy no, cariño —respondo, apartándole un mechón de pelo que se le ha escapado de una de las coletas—. Tengo que hablar con tu papá.

Lauren sale de la cocina secándose las manos en un trapo. Me mira y veo cómo le cambia la expresión, cómo sus ojos me recorren la cara leyendo cada línea de tensión, cada señal de que estoy al borde del colapso. Es increíble. Está entrenada para ver lo que la gente intenta ocultar. Y yo no lo estoy ocultando nada bien.

Se acerca despacio y pone una mano en el hombro de Luna.

—Luna, cariño —dice con esa voz suave que usa cuando necesita que su hija obedezca sin preguntar—. ¿Por qué no vamos a jugar a tu habitación? Papá y el tío necesitan hablar de cosas de adultos.

Luna me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás triste, tío Aiden?

La pregunta me golpea en el pecho con más fuerza de la que debería. Porque a pesar de lo joven que es, ya puede ver lo que estoy intentando esconder. Porque su inocencia hace que me sea imposible mentirle.

—Un poco —admito—. Pero voy a estar bien.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Levanta el meñique. Engancho el mío con el suyo en ese ritual que hemos repetido mil veces.

—Vale —dice al fin, aunque no parece convencida—. Pero después juegas conmigo.

—Después juego contigo.

Lauren la guía con suavidad hacia el pasillo. Luna va recogiendo sus muñecas por el camino, con los pies a rastras. Cuando llegan a la puerta de su habitación, Lauren se gira y me mira. Y la calidez de su mirada hace que me sienta un poco mejor.

Mira a Cole. Entre ellos pasa una comunicación silenciosa. Él asiente apenas. Ella aprieta los labios, desaparece en la habitación de Luna y cierra la puerta tras ella.

El silencio que queda es pesado. Absoluto.

Cole señala el sofá.

—Siéntate —dice sin mirarme mientras saca una botella de whisky de uno de los armarios—. Te sirvo algo. Parece que lo vas a necesitar.

No discuto. Me dejo caer en el sofá y el cuero viejo cruje bajo mi peso. Cole vuelve con dos vasos. Me pasa uno y se sienta en la silla frente a mí con el suyo. Bebe un trago largo antes de hablar.

—¿Qué te ha pasado?

Y exploto.

Las palabras salen como un torrente que no puedo frenar. Se lo cuento todo: lo que siento por Scarlett, cómo ha sido vivir con ella estas semanas, el beso en el campamento. Lo que ha pasado esta mañana en la tienda, cuando me he despertado abrazándola y no he

podido controlarme. Cómo la he tocado y la he hecho correrse y después he huido como un cobarde.

Y después le cuento lo que ella me ha contado hoy: el compromiso con Julian, que no es real, que no lo ama, que nunca lo ha amado.

—Es un matrimonio arreglado —digo, y aprieto el vaso con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa—. Su padre necesita una fusión con la familia Vane para salvar su empresa. Y Scarlett es el precio. La está vendiendo como si fuese ganado para cerrar el trato.

Cole no dice nada. Solo me mira con esa expresión tranquila que tiene cuando le está dando vueltas a algo importante.

—Y ella lo acepta —continúo, y ahora la furia me sube por la garganta como bilis—. Dice que no tiene elección. Que si no se casa con ese gilipollas su familia lo pierde todo. La empresa. La casa. Todo. Y yo… joder, Cole. Quiero ir ahora mismo a Connecticut. Quiero plantarme delante de su padre y decirle exactamente lo que pienso de un hombre que usa a su propia hija para salvar su puto imperio.

Me interrumpo para beber. El whisky me quema la garganta, pero no apaga la rabia que me consume.

—Pero no puedo —admito, y mi voz se rompe—. Porque ella me lo ha pedido. Me ha suplicado con lágrimas en los ojos que no lo haga. Que si voy allí y arruino el trato ella será la culpable de que su familia lo pierda todo. Y no puede vivir con eso. Que lo que desea es estar conmigo antes de irse. Que quiere disfrutar conmigo antes de casarse.

Termino el whisky de un trago. Cole se levanta sin decir palabra y me sirve más. Vuelve a sentarse.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunta entonces.

—No lo sé —respondo, y es lo más sincero que he dicho en mi vida—. Quiero salvarla. Quiero sacarla de esa situación. Quiero… joder, quiero que se quede aquí. Conmigo. Para siempre. Pero no puedo pedirle eso. ¿Quién soy yo para pedirle que abandone a su familia? ¿Qué puedo ofrecerle que compense perder todo lo que conoce?

Cole me sostiene la mirada un momento largo. Después bebe de su vaso y, cuando vuelve a hablar, su voz es más suave pero también más firme.

—No puedes salvarla.

Las palabras me golpean como puñetazos.

—¿Qué?

—No puedes salvarla —repite—. Porque ella no necesita que la salves, Aiden. Es una mujer adulta que está tomando una decisión. Una decisión de mierda, sí. Pero es su decisión. No la tuya. Y tú no tienes ningún derecho a ir allí y arruinar lo que ella está intentando hacer por su familia.

—¿Me estás diciendo que me quede mirando mientras se casa con otro? —pregunto, y la furia me sube otra vez—. ¿Que no haga nada?

—No —responde Cole, y ahora su voz suena distinta—. Te estoy diciendo que aproveches lo que te está ofreciendo. Lo que quiere de ti.

Parpadeo sin entender.

—¿Qué?

—Ella está aquí, ¿no? —dice Cole—. Viviendo contigo. Te ha contado la verdad sobre su compromiso. Y por lo que me has dicho, os deseáis una barbaridad. Y sé que estás enamorado de esa chica. Todos lo sabemos.

No respondo porque mi cara probablemente ya le está dando la respuesta.

—Entonces aprovecha el tiempo que tienes con ella —continúa—. Porque vas a perderla de todas formas, hermano. Ella va a volver a Connecticut. Va a casarse con Julian Vane. Y tú te vas a quedar aquí con el corazón hecho pedazos. Eso va a pasar. No hay forma de evitarlo.

Las palabras caen entre nosotros como piedras. Pesadas. Definitivas. Verdaderas.

—Así que la pregunta no es si vas a sufrir —dice Cole, mirándome a los ojos—. La pregunta es si vas a sufrir después de haber tenido algo real con ella. O si vas a sufrir preguntándote para siempre qué

habría pasado si hubieses sido lo bastante valiente como para coger lo que te estaba ofreciendo.

Me quedo mirándolo sin poder hablar. Porque tiene razón y lo odio por ello.

Cole se recuesta en la silla. Bebe más whisky. Y cuando vuelve a hablar, su voz tiene un punto vulnerable que no suele tener.

—¿Sabes cuánto tiempo pasé sin Lauren?

—Siete años —respondo, porque todos lo sabemos.

—Siete años —confirma—. Siete putos años muriéndome un poco cada día. Levantarme. Hacer mi trabajo. Fingir que estaba bien. Pero por dentro estaba muerto del todo.

Se queda callado. Mira el vaso como si guardase todas las respuestas del universo.

—¿Y sabes qué fue lo único que me mantuvo vivo durante todo ese tiempo? —pregunta sin mirarme.

Niego con la cabeza.

—El recuerdo —dice, sin más—. Recordar lo que era tenerla. Recordar su risa. La forma en que me miraba. El tacto de su piel bajo mis manos. Si no hubiese tenido esos recuerdos… si no hubiese tenido ni siquiera eso… te juro por Dios que no habría sobrevivido, Aiden.

Levanta la vista y me mira de frente.

—Tú tienes algo que yo no tuve —dice—. Ella te está ofreciendo tiempo. Semanas con ella. La oportunidad de crear recuerdos reales. De tener algo más que fantasías y arrepentimientos. No lo rechaces porque te dé miedo el final. Porque el final va a llegar igual. Y cuando llegue vas a necesitar esos recuerdos para poder seguir respirando.

El silencio se hace tan pesado que casi lo noto contra el pecho.

—Coge lo que te está dando —dice Cole con la voz firme—. Ámala todo lo que puedas durante el tiempo que tengas. Crea recuerdos que merezca la pena recordar. Porque cuando ella se vaya eso es lo único que te va a quedar. Y créeme: vas a preferir tener algo que recordar antes que pasarte el resto de tu vida preguntándote qué habría pasado si hubieses sido lo bastante valiente.

Las palabras se me asientan encima. Aplastantes pero también, de un modo extraño, liberadoras.

Tiene razón.

Voy a perderla de todas formas.

Pero puedo tenerla ahora.

Puedo tener estas semanas, crear recuerdos, amarla aunque sepa que va a acabar destrozándome.

O puedo rechazarla por miedo al dolor y pasarme el resto de mi vida arrepintiéndome.

La elección es obvia.

Me levanto porque, si me quedo más, voy a echarme a llorar, y eso no puedo hacerlo aquí. Cole se levanta también.

—Tienes razón —digo, y mi voz sale ronca.

Cole sonríe. Es una sonrisa pequeña y triste.

—Siempre la tengo.

—Gilipollas.

—Idiota.

Entonces me abraza. Rápido. Fuerte. Como solo se abrazan los hermanos. Y cuando se aparta hay complicidad en sus ojos.

—Ve con ella —dice—. Y no desperdicies ni un segundo.

Asiento. Salgo de la cabaña. Subo a la camioneta con las manos todavía temblando.

Y mientras conduzco de vuelta a Sunset Valley solo tengo una idea en la cabeza.

Voy a tener unas semanas con Scarlett.

Voy a amarla con todo lo que tengo.

Voy a crear recuerdos que merezcan la pena.

Y cuando se vaya me voy a morir.

Pero al menos habré vivido.

CAPÍTULO 22

SCARLETT

El apartamento me parece demasiado grande cuando estoy sola.

Demasiado silencioso. Demasiado vacío. Como si los muebles y las paredes estuviesen esperando a que alguien llenase el espacio que Aiden ha dejado al marcharse.

Me siento en el sofá porque necesito algo sólido bajo el cuerpo. El cuero cruje cuando me dejo caer y suena más fuerte de la cuenta en el silencio. Apoyo la cabeza contra el respaldo y cierro los ojos, intentando que el corazón me vuelva a su ritmo.

He dejado de guardar secretos.

Ya no hay nada escondido entre Aiden y yo. Bueno, casi nada. Todavía no le he dicho que lo amo. Que llevo años enamorada de él. Que cada día que paso aquí me enamoro un poco más. Pero ese es un secreto que voy a llevarme conmigo cuando me vaya. Porque decírselo solo complicaría las cosas. Se sentiría obligado. Y no puedo pedirle eso.

El móvil me vibra en el bolsillo y el zumbido me arranca un respingo. Lo saco con unas manos que me tiemblan más de lo que me gustaría y miro la pantalla esperando ver el nombre de Aiden, pero no es él quien me llama.

Es Julian.

El estómago se me encoge de golpe, como si alguien me agarrase las tripas con el puño y no tuviese intención de soltarlas.

No quiero contestar. Todo en mí grita que deje que salte el buzón de voz. Que apague el móvil. Que finja que no lo he visto.

Pero sigue vibrando. Insistente. Exigente. Como el propio Julian.

Contesto antes de poder arrepentirme.

—¿Sí?

—¿Dónde estás? —La voz de Julian atraviesa el teléfono. Fría. Controlada. Pero se le nota el enfado bajo la superficie educada.

—En Montana —respondo, porque no tiene sentido mentir.

Si me está haciendo esa pregunta es por algo.

—Lo sé —dice con ese tono que usa cuando quiere que sepa que está molesto pero sin perder la compostura—. Me he enterado de que estás en un pueblo llamado Sunset Valley. Con un *amigo*.

La última palabra sale cargada de fastidio.

—¿Cómo te has enterado? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

—Eso no importa —responde con rapidez—. Lo que importa es que estás allí. Con un hombre. Sin decírmelo. ¿Tienes idea de cómo queda eso, Scarlett?

Cómo queda.

No cómo me siento yo. No si estoy bien. No si necesito algo.

Cómo queda delante de la gente.

—Es un amigo de la universidad —digo intentando mantener la voz firme—. Estoy escribiendo y necesitaba investigar. Él es bombero. Por eso estoy aquí.

—No me importa por qué estás allí —me interrumpe Julian, y ahora el enfado está más cerca de la superficie—. Me importa que la prometida de Julian Vane esté viviendo con otro hombre en mitad de la nada. Si la prensa se entera…

—No van a enterarse.

—Podrían. Y entonces ¿qué? ¿Qué se supone que voy a responder cuando me pregunten por qué mi futura esposa está en Montana en lugar de estar aquí preparando la boda?

Su futura esposa.

Como si ya le perteneciese, como si fuese su propiedad y no su prometida.

Se me rompe algo en el pecho. Es pequeño al principio, una grieta fina, pero se extiende deprisa hasta que siento que todo mi interior se agrieta. Todas las paredes que he construido durante años. Toda la compostura que he mantenido. Toda la perfección que me he obligado a proyectar.

Se rompe.

—Julian —digo, y mi voz sale más cansada de lo que pretendía—. Por favor.

—¿Por favor qué?

—Déjame en paz.

El silencio al otro lado es tan absoluto que por un momento pienso que se ha cortado la llamada.

—¿Perdona? —dice al fin, incrédulo, como si no pudiese creer lo que acabo de decir.

—Solo tengo unas semanas —continúo, y ahora las palabras salen más rápido, atropellándose unas con otras—. Unas semanas de libertad antes de que tenga que volver. Antes de que tenga que… entregarme a ti.

La voz se me quiebra en las últimas palabras y tengo que morderme el labio para que no se rompa del todo.

—¿No puedes darme eso? —pregunto, y odio cómo suena mi voz. Suplicante. Pequeña. Rota—. ¿No puedes dejarme tener esto antes de que tenga que ser tuya para siempre?

—Scarlett, te estás poniendo dramática.

Y algo en mí se enciende.

Furia. Pura y ardiente. Me sube por la garganta como lava.

—No —lo interrumpo—. No me estoy poniendo dramática. Estoy siendo sincera. Por primera vez en meses estoy diciendo lo que pienso de verdad. Y lo que pienso es que necesito este tiempo. Lo necesito. Ambos sabemos que no hay nada romántico entre nosotros. Así que por favor déjame en paz.

Y cuelgo.

Antes de que pueda responder, de que pueda decirme que estoy equivocada, de que mi cerebro pueda convencerme de que he cometido un error.

Pulso el botón rojo y el silencio vuelve a llenar el apartamento.

Las manos me tiemblan tanto que casi se me cae el móvil. El corazón me late tan deprisa que lo noto golpearme las costillas, como si quisiese escapar. Y en la garganta se me forma algo demasiado parecido a un sollozo, pero me niego a dejarlo salir.

Acabo de colgarle a Julian.

Mi prometido.

El hombre con el que se supone que me voy a casar en ocho meses.

Y no me arrepiento.

Debería arrepentirme. Debería estar aterrada de las consecuencias. Debería estar devolviéndole la llamada y disculpándome y explicándole que estoy estresada y cansada y que no pensaba nada de lo que he dicho.

Pero no lo hago.

En vez de eso, apago el móvil. Mantengo pulsado el botón hasta que la pantalla se oscurece y aparece el pequeño círculo de carga. Hasta que todo se vuelve negro y el móvil me pesa un poco menos en la mano.

Me tumbo en el sofá. De lado. Con las rodillas recogidas contra el pecho y la mejilla apoyada en el cuero frío. Y me quedo ahí. Quieta. Vacía. Agotada de una forma que no tiene nada que ver con el cansancio físico, sino con estar cansada de fingir.

Cansada de ser perfecta.

Cansada de hacer lo que se supone que debo hacer.

Cansada de ser el activo que salva el imperio de mi padre.

Solo quiero ser Scarlett. La chica que come pizza en un sofá gastado. La que se ríe hasta que le duele el estómago. La que salta de puentes atada a una cuerda porque quiere sentirse viva.

La que está enamorada de un bombero de pueblo que solo la ve como a su amiga.

Cierro los ojos y espero.

Espero a que Aiden vuelva. A que podamos arreglar lo que se ha roto entre nosotros cuando se ha marchado furioso. A que podamos volver a ser amigos, aunque eso sea lo único que pueda tener de él.

Porque eso es todo lo que puedo pedir.

Su amistad.

No puedo pedirle más.

Así que voy a conformarme con eso.

Y voy a fingir que es suficiente.

Aunque me esté matando por dentro.

CAPÍTULO 23

SCARLETT

Oigo abrirse la puerta del apartamento y me incorporo tan rápido que el mundo me da vueltas durante un segundo.

Aiden entra con pasos que suenan diferentes. Más firmes. Más decididos. Cierra la puerta detrás de él y se queda ahí de pie mirándome con una expresión que nunca le había visto antes. Hay una determinación en sus ojos, algo oscuro y caliente que me deja sin aire en los pulmones.

—He hablado con Cole —dice sin moverse de donde está.

Me pongo de pie porque necesito estar a su altura para esta conversación. Porque algo en su tono me indica que lo que va a decir es importante.

—¿De qué? —consigo preguntar.

—De ti. De nosotros. Y tiene razón en lo que me ha dicho —responde, y entonces empieza a caminar hacia mí con una seguridad que me tensa cada músculo del cuerpo—. Vas a irte de todas formas. Vas a volver a Connecticut y vas a casarte con ese gilipollas. Y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo.

Se detiene a centímetros de mí. Tan cerca que noto el calor que irradia su cuerpo. Tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—Así que voy a tomar lo que me dejes —dice, y la voz le sale ronca, cargada de algo que hace que se me aflojen las rodillas—. Cada segundo. Cada momento. Todo lo que estés dispuesta a darme.

El corazón me golpea tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. La garganta se me ha cerrado tanto que casi no puedo tragar.

Y hay una pregunta que necesito hacer aunque me aterre la respuesta.

—¿Estás… —empiezo, y tengo que humedecerme los labios porque los tengo resecos— estás hablando de sexo?

Aiden gime.

Es un sonido bajo y gutural que sale de algún lugar profundo en su pecho y que hace que algo líquido y caliente me baje por la columna y se asiente en el bajo vientre.

—Sí, joder —responde, y sus manos se cierran en puños a los lados de su cuerpo como si estuviese luchando contra la urgencia de tocarme—. De sexo. Y de todo lo demás. Dormir juntos. Despertarnos juntos. Cada puto segundo que me quede contigo antes de que te vayas.

Sus palabras me sacuden con tanta fuerza que casi me tambaleo. No esperaba esto. Esperaba que volviese calmado. Que me dijese que podíamos seguir siendo amigos. Que olvidásemos todo lo que ha pasado.

No esperaba esto.

Esta intensidad. Esta determinación. Este Aiden que me mira como si quisiese devorarme entera y apenas pudiese contenerse.

Y de repente todas las palabras que he estado guardando se me escapan de golpe.

—Soy virgen —digo antes de poder arrepentirme.

Aiden se queda inmóvil. Los ojos se le abren un poco. La respiración se le detiene. Y pasa un segundo larguísimo en el que no dice nada. En el que solo me mira como si las palabras no le hubiesen llegado.

—¿Qué? —pregunta al fin, y su voz sale ronca como si hubiese tragado vidrio.

—Que soy virgen —repito, y ahora que lo he dicho una vez las palabras salen solas—. Nunca he estado con nadie. Y no quiero llegar virgen al matrimonio.

Tomo aire y busco el valor para decir lo que necesito decir.

—No quiero compartir ese momento con Julian —continúo, y la voz se me quiebra—. No quiero que sea él quien me quite la virginidad. Quiero que seas tú. Quiero dártela a ti.

El silencio que cae es tan absoluto que oigo los latidos desbocados de mi propio corazón y cada respiración de Aiden como si fuese una bomba a punto de explotar.

Y entonces explota.

Se mueve tan rápido que no tengo tiempo de asimilar lo que está pasando. Sus brazos me rodean y me levanta del suelo como si no pesase nada. Un grito se me escapa de la garganta mientras las piernas se me cierran solas alrededor de su cintura para no caerme.

—Aiden.

—Virgen —dice con voz que suena como si estuviese al borde del colapso—. Me acabas de decir que eres virgen. Y que quieres que tu primera vez sea conmigo.

Empieza a caminar hacia su habitación con pasos largos y decididos. No hacia la habitación de invitados donde he estado durmiendo. Hacia la suya. Atraviesa el pasillo en segundos y empuja la puerta con el hombro.

Me deja caer sobre su cama y el colchón cede bajo mi peso. Su olor me rodea al instante. Jabón y pino y ese punto masculino que es solo suyo. Está por todas partes. En las sábanas. En las almohadas. Llena cada centímetro del espacio.

Aiden se queda de pie al borde de la cama mirándome con una intensidad que deja la habitación sin aire. Tiene los puños tan apretados que le tiemblan las manos. El pecho le sube y baja demasiado deprisa. Y sus ojos… dios, sus ojos me devoran como si fuese lo más hermoso que ha visto en su vida.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —pregunta con la voz ronca —. ¿Sabes lo que significa?

Asiento porque no confío en que mi voz salga si intento hablar.

—Eres virgen, Scarlett —continúa, y lo dice casi con reverencia—. Y quieres que sea yo. Quieres darme algo que solo puedes dar una vez.

Se pasa una mano por el pelo y tira con fuerza.

—Es el mayor regalo que me han dado en mi vida —dice—. Y voy a cuidarte. Te lo prometo. Voy a hacer que sea perfecto para ti.

Y entonces se mueve.

Se quita la camiseta con un movimiento fluido y la deja caer al suelo. La luz de la lámpara le hace brillar la piel. Se le ve cada músculo, cada línea, el vello oscuro que baja por el abdomen y desaparece bajo la cintura de los vaqueros.

Se arrodilla en el borde de la cama y sus manos se mueven a mis zapatillas. Me las quita despacio. Primero una. Después la otra. Las deja caer al suelo con cuidado como si fuesen algo precioso.

—Levanta las caderas —dice con la voz más controlada, aunque todavía le tiembla en los bordes.

Obedezco. Él me abre el botón y baja la cremallera y luego engancha los dedos en la cintura de mis vaqueros y los baja por mis piernas con movimientos lentos que me están volviendo loca. Cuando llegan a mis tobillos los deja caer al suelo también.

Me quedo ahí tumbada en su cama en bragas y camiseta con el corazón latiéndome tan fuerte que me duele. Sus ojos me recorren entera, de los pies a la cabeza, demorándose en cada centímetro, memorizando.

—Eres preciosa —murmura—. Tan jodidamente preciosa.

Sus manos se mueven a mi camiseta. La coge por el borde y tira hacia arriba despacio. Me incorporo ligeramente para ayudarlo y la prenda desaparece. Ahora solo me queda el sujetador.

Aiden se inclina sobre mí y sus labios encuentran mi cuello. Esparce besos suaves que hacen que se me erice toda la piel. Sube por la línea de mi mandíbula. Baja por mi clavícula. Sus manos se deslizan por mi espalda y el sujetador se afloja.

Lo aparta y el aire fresco toca mi piel desnuda.

Y entonces me mira.

Me mira de verdad.

Y lo que hay en su expresión hace desaparecer todas mis inseguridades. Porque me mira como si fuese una obra de arte, como si no se creyese su suerte.

—Llevo años soñando con esto —dice bajando la cabeza hacia mi pecho—. Con tocarte. Con saborearte. Con hacerte mía.

Su boca se cierra sobre mi pezón y el mundo se ladea. Es cálido y húmedo y abrumador. Su lengua dibuja círculos y tengo que

morderme el labio para no gemir demasiado alto. Cuando chupa suave, se me escapa de la garganta un sonido que no me conocía.

—Déjame oírte —murmura contra mi piel—. Quiero oír cada sonido que haces.

Pasa al otro pecho y le dedica la misma atención. Y yo no puedo hacer otra cosa que quedarme ahí tumbada mientras él me deshace con la boca. Mientras cada nervio de mi cuerpo se enciende como fuegos artificiales.

Sus labios empiezan a bajar. Por mi esternón. Por mi vientre. Besos suaves intercalados con lamidas que me derriten. Cuando llega al borde de mis bragas se detiene.

—Voy a prepararte —dice mirándome desde ahí con ojos tan oscuros que casi parecen negros—. Para que cuando te haga mía duela lo menos posible. ¿Confías en mí?

—Sí —susurro, porque nunca he dicho nada tan verdadero.

Engancha los dedos en la tela de mis bragas y tira hacia abajo, despacio, dándome tiempo para detenerlo si quiero. Pero no quiero. Quiero esto. Lo quiero a él.

Las bragas desaparecen y estoy completamente desnuda delante de él.

Aiden se queda inmóvil durante un segundo. Dos. Tres. Sus ojos me repasan de arriba abajo con una intensidad que me enciende la piel.

—Perfecta —dice—. Eres perfecta.

Y entonces baja la cabeza.

Sus labios se posan en el interior de mi muslo y va subiendo a besos. Despacio. Con una lentitud que es una tortura. Noto su aliento cálido contra la piel. Noto cómo se me tensa cada músculo, expectante.

Y cuando por fin su lengua me toca ahí, el mundo explota.

Es caliente y húmedo y tan intenso que tengo que agarrarme a las sábanas con las dos manos para no salir flotando. Su lengua hace cosas que no sabía que se podían hacer. Círculos. Lamidas largas. Chupando suavemente de una forma que hace que vea estrellas.

—Aiden —gimo su nombre sin poder evitarlo.

—Eso es —dice contra mí y la vibración de su voz añade otra capa de sensación—. Dime lo que sientes.

—Es… es demasiado.

—No es suficiente —responde—. Nunca va a ser suficiente contigo.

Y entonces añade un dedo.

Despacio. Tan despacio que cada centímetro dura una eternidad. Presiona. Estira. Hay una punzada de incomodidad pero su boca sigue trabajando y el placer eclipsa todo lo demás.

—Relájate —murmura—. Déjame entrar.

Y lo hago. Dejo que ese primer dedo se deslice hasta dentro. Dejo que mi cuerpo se acostumbre. Y cuando el placer empieza a crecer otra vez, él añade un segundo.

Esta vez la punzada es más fuerte, pero su boca es implacable: me distrae del malestar con oleadas de placer que me hacen temblar entera.

—Tan apretada —dice con voz ronca—. Tan perfecta. ¿Sabes lo que me estás haciendo?

No puedo responder porque sus dedos se mueven ahora, entrando y saliendo a un ritmo que acumula el placer en mi bajo vientre como una tormenta a punto de estallar.

—He fantaseado con esto —continúa hablando mientras sus dedos me estiran y su lengua traza círculos devastadores—. Desde que te conozco. Cada noche desde que llegaste. Me tocaba pensando en ti. Imaginaba cómo sería tenerte así. Pero la realidad es mil veces mejor que cualquier fantasía.

—Aiden, yo… estoy a punto de…

—Lo sé —dice—. Déjate llevar. Córrete para mí.

Sus dedos se curvan hacia arriba y dan con un punto dentro de mí. Su lengua presiona más fuerte. Y entonces todo se rompe en mil pedazos.

El orgasmo me atraviesa como un rayo. Me arquea sobre la cama. Me hace gritar su nombre tan fuerte que debe de oírme todo el edificio. Me recorren oleadas de placer tan intensas que no puedo pensar. No puedo respirar. Solo puedo sentir.

Aiden me sostiene mientras dura. Sus dedos siguen moviéndose despacio y su boca me acompaña hasta que el último temblor desaparece. Hasta que me quedo laxa sobre su cama, respirando como si acabase de correr un maratón.

Se arrastra hacia arriba y se tumba a mi lado. Su brazo me rodea y me atrae contra su pecho. Noto su corazón latir tan rápido como el mío. Noto su erección contra la cadera, a través de los vaqueros.

Bajo la mano para tocarlo, pero él la detiene.

—Esta noche no —dice con la voz tensa.

—Pero tú…

—Esto era para ti —me interrumpe—. Para prepararte. La próxima vez. Te lo prometo.

—No es justo.

Se ríe. Es un sonido bajo y cálido que me llena de una forma que no esperaba.

—Scarlett, acabas de darme el mejor momento de mi vida —dice —. Ver cómo te corrías. Oír cómo gritabas mi nombre. Eso es más de lo que podría haber pedido.

Me acomoda más contra él. Su brazo me aprieta firme contra su costado.

—Ahora vas a dormir —continúa—. Conmigo. En mi cama. Si solo tengo unas semanas contigo no vas a separarte de mí ni un segundo. ¿Entendido?

Asiento contra su pecho, porque sigo sin fiarme de mi voz.

—Bien —dice, y se le oye la sonrisa en la voz.

Me besa la coronilla. Un beso suave lleno de ternura que contrasta con la intensidad de hace unos minutos. Y mientras me quedo ahí tumbada escuchando su corazón latir bajo mi oreja me doy cuenta de algo.

Este es el lugar más seguro que he conocido nunca.

En sus brazos. En su cama. En su vida.

Aunque sea solo temporal.

Aunque tenga fecha de caducidad.

Este es mi hogar.

Y cuando tenga que irme voy a llevarme este momento conmigo.

Este recuerdo de ser suya del todo aunque solo fuese por una noche.

CAPÍTULO 24

SCARLETT

Han pasado tres días desde que Aiden volvió de casa de Cole y me dijo que iba a coger lo que yo le dejase. Desde que le confesé que era virgen y él me llevó a su cama y me hizo sentir cosas que ni siquiera sabía que existían.

Tres días de despertarme entre sus brazos.

Tres días de tocarnos como si el mundo pudiese acabarse en cualquier momento y necesitásemos memorizar cada centímetro del otro.

Tres días de aprender su cuerpo de la misma forma que él ha aprendido el mío.

Sus manos me han recorrido entera. Su boca ha probado cada palmo de mi piel. He aprendido qué le gusta. Dónde tocar para hacerle gemir. Cómo mover mi lengua para hacerle temblar. He aprendido el sabor salado de su piel cuando suda. El sonido ronco que hace cuando está a punto de correrse. La forma en que dice mi nombre cuando el placer lo desborda.

Y él ha aprendido todo de mí.

Sabe exactamente cómo tocarme para que me arquee. Conoce el punto preciso dentro de mí que me desarma. Ha memorizado cada sonido que hago. Cada forma en que mi cuerpo reacciona a él.

Pero todavía no hemos llegado hasta el final.

Todavía no me ha hecho suya del todo.

Y la espera me está matando.

Cuando me despierto, la cama está vacía a mi lado. El hueco donde dormía Aiden todavía está tibio pero él ya se ha ido. Debe de haber salido temprano para su turno en el parque. Me ha dejado

aquí sola, con las sábanas que huelen a él y el cuerpo todavía vibrando por lo que hicimos anoche.

Me estiro como un gato perezoso y noto la protesta suave de los músculos. Tengo una marca en el cuello que siento sin necesidad de verla en un espejo. Un chupetón que dejó anoche mientras me tenía contra la pared de la ducha con los dedos dentro de mí, haciéndome gritar su nombre hasta que debieron de oírnos los vecinos.

El móvil vibra en la mesita de noche y lo cojo todavía medio dormida.

Aiden: *Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?*

Sonrío antes de poder evitarlo. Sus mensajes siempre hacen eso: convertirme el día en algo mejor solo con unas palabras.

Yo: *Mejor si estuvieses aquí.*

Aiden: *Créeme, yo también preferiría estar ahí. Pero tengo planes para ti esta tarde.*

Yo: *¿Qué tipo de planes?*

Aiden: *Es sorpresa. Prepárate para las cinco. Y ponte algo cómodo.*

Yo: *¿No me vas a decir nada más?*

Aiden: *No. Confía en mí.*

Y lo hago. Confío en él más de lo que he confiado en nadie.

Me levanto de la cama y voy a la ducha intentando no pensar demasiado en qué estará planeando. Aiden ha estado raro estos últimos días. Más atento de lo normal. Me mira de una forma que hace que el corazón me dé un vuelco. Como si estuviese memorizándome, como si supiese que nuestro tiempo se acaba y quisiese grabar cada detalle.

Y supongo que tiene razón.

Me queda poco tiempo antes de tener que volver a Connecticut. Poco tiempo antes de que mi vida deje de ser mía, antes de casarme con un hombre al que no quiero mientras dejo atrás al único que he amado en mi vida.

Pero no puedo pensar en eso ahora.

Ahora solo quiero vivir. Quiero aprovechar cada momento que me queda con Aiden y guardarlo como un tesoro. Para cuando todo esto termine y solo me queden recuerdos.

Paso el día escribiendo aunque las palabras no salen como deberían. Mi mente está demasiado ocupada preguntándose qué tiene planeado Aiden, recordando su boca en mí anoche, anticipando lo que vendrá después.

A las cuatro y media empiezo a arreglarme. Me pongo unos vaqueros y una camiseta sencilla de manga corta. Nada elegante. Un conjunto cómodo, como me ha pedido. Me recojo el pelo en una coleta y me miro en el espejo preguntándome si esto estará bien.

Oigo abrirse la puerta y el corazón me da un salto.

Salgo de la habitación y lo encuentro en el salón con una mochila al hombro y esa sonrisa ladeada que hace que se me olvide respirar.

—Hola, preciosa —dice, y su voz tiene ese tono ronco que siempre aparece cuando me mira así.

—Hola —consigo responder—. ¿Me vas a decir ahora qué vamos a hacer?

—No —responde, divertido, con brillo en los ojos—. Pero vamos a necesitar la camioneta.

No dice nada más. Solo me coge la mano y me guía escaleras abajo hacia donde está aparcada su camioneta. Me abre la puerta del copiloto como un caballero y espera a que me suba antes de rodear la camioneta hasta el lado del conductor.

Arranca el motor y salimos del pueblo. Hacia las montañas que rodean Sunset Valley. Hacia algún lugar que solo él conoce.

—¿Me vas a decir algo? —pregunto después de diez minutos de silencio.

—No —responde, pero su mano encuentra la mía sobre el asiento y entrelaza nuestros dedos—. Solo confía en mí.

—Siempre.

Conduce durante veinte minutos más por carreteras que se vuelven cada vez menos transitadas. Gira por un camino de tierra que serpentea entre árboles hasta que llegamos a un claro que me deja sin aliento.

Es precioso.

Hay una manta extendida en el suelo con cojines esparcidos. Una cesta de picnic a un lado. Un termo que debe de contener algo

caliente. Y flores. Flores silvestres en un tarro de cristal que habrá recogido él mismo.

¿Cuándo ha preparado todo esto?

¿Por qué se ha tomado tantas molestias?

Pero lo que de verdad me cierra la garganta son las vistas.

El claro da directamente al lago que se extiende abajo como un espejo plateado. Las montañas se levantan al otro lado pintadas en tonos de verde y gris. El sol empieza a bajar y lo tiñe todo de dorado. Y el silencio, roto solo por el viento en las hojas, es tan absoluto que casi me oigo el corazón.

—Aiden —susurro, y mi voz se rompe porque esto es demasiado —. No me puedo creer que hayas preparado todo esto.

—Quería preparar algo que fuese especial —dice desde detrás de mí, y se le nota la vulnerabilidad en la voz—. Quería darte algo que recordases.

Me giro hacia él y lo que veo en su expresión hace que tenga que parpadear varias veces para no llorar.

—Es perfecto —digo—. Tú eres perfecto.

Sonríe. Esa sonrisa suave que reserva solo para mí. Y entonces me coge la mano y me guía hacia la manta.

Nos sentamos y él empieza a sacar cosas de la cesta. Sándwiches que se nota que ha comprado en algún sitio, porque Aiden no sabe cocinar. Fruta fresca. Fresas con chocolate que me hacen la boca agua solo de verlas. Galletas que reconozco de la panadería del pueblo. Una botella de vino blanco con dos copas de plástico.

—No es nada del otro mundo —dice mientras sirve el vino—. Pero he pensado que…

—No digas tonterías. Es perfecto —lo interrumpo—. Todo esto.

Comemos despacio, hablando de todo y de nada. Él me cuenta historias de cuando era niño y venía aquí con sus hermanos. Yo le hablo de la novela. Reímos. Bromeamos. Nos tocamos todo el rato, como si no pudiésemos evitarlo.

Y mientras tanto, la tensión va creciendo entre nosotros.

La noto en la forma en que me mira. En cómo se le oscurecen los ojos cada vez que me inclino hacia delante. En cómo se le tensa la

mandíbula cuando me lamo los labios. En cómo su mano aprieta la mía un poco más fuerte cada vez que me río.

Cuando terminamos de comer me tumbo en la manta mirando las nubes que pasan despacio sobre nosotros. Aiden se tumba a mi lado, con el brazo bajo mi cabeza y el cuerpo tan cerca que noto su calor.

—Gracias —digo en voz baja—. Por esto. Por todo.

—No tienes que darme las gracias —responde, y su mano empieza a acariciarme el pelo con movimientos suaves que me hacen cerrar los ojos—. Quería hacer algo especial para ti.

—¿Por qué?

Se queda en silencio durante tanto tiempo que pienso que no va a responder. Pero entonces habla y su voz suena más ronca de lo normal.

—Porque quiero que recuerdes esto —dice—. Quiero que cuando te vayas y todo esto termine tengas algo bueno que recordar. Algo que sea solo nuestro.

Sus palabras se me clavan en el pecho como cuchillos. Porque tiene razón. Esto va a terminar. Y estos recuerdos son todo lo que voy a poder llevarme.

Me giro hacia él y encuentro sus ojos ya mirándome. Hay algo en ellos que hace que el aire desaparezca entre nosotros. Algo oscuro y necesitado y desesperado.

—Aiden —susurro.

Lleva la mano a mi mejilla. Su pulgar me acaricia el labio inferior con una suavidad que contrasta con la intensidad de su mirada.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que de repente su boca está en la mía y estamos besándonos con pasión.

Su lengua busca la mía y el beso se hace más profundo. Más urgente. Más necesitado. Sus manos están en mi pelo. Las mías en su espalda. Me aferro a él como si fuese lo único sólido en un mundo que se desmorona.

Cuando finalmente nos separamos para respirar su frente descansa contra la mía.

—Deberíamos volver —dice con la voz áspera, como si le costase hablar.

Y de repente lo entiendo. Quiere llevarme a casa. A su cama. Seguir con esto en privado.

Pero no quiero eso.

—No —digo, y agarro su camiseta con las dos manos para que no se mueva—. Quiero que sea aquí.

Se queda inmóvil. Porque entiende perfectamente lo que le estoy pidiendo.

—¿Aquí? —repite, sorprendido—. Scarlett, cualquiera podría vernos.

—No va a venir nadie —lo interrumpo—. Has dicho que este sitio es tuyo. Que nadie viene aquí.

—Pero…

—Es perfecto —continúo, y ahora mi voz sale más firme—. La naturaleza. El atardecer. Solo nosotros. No quiero esperar. No quiero volver a un apartamento. Quiero que sea aquí. Bajo el cielo. Con las montañas como testigos. Quiero que sea perfecto. Y esto… esto es perfecto.

Me mira un momento largo. Y se le ve el conflicto en los ojos: la preocupación de que alguien pueda aparecer, el deseo de hacerlo bien, de darme la comodidad de una cama.

Pero entonces la expresión le cambia, como si se rindiese, como si entendiese que esto es lo que quiero de verdad. Que este momento es nuestro y de nadie más.

—¿Estás segura? —pregunta, y le tiembla la voz.

—Completamente.

—Joder —murmura, y entonces me besa otra vez.

Este beso es diferente. Más salvaje. Más desesperado. Como si acabase de romper todas las cadenas que lo contenían.

Sus manos van a mi camiseta y me la sacan por la cabeza sin romper el beso. La tira a un lado y sus dedos dan con el cierre de mi sujetador. Lo suelta con una práctica que ha perfeccionado estos días y esa prenda también desaparece.

El aire fresco me roza la piel desnuda y me estremezco. No de frío, sino de expectación. Su boca baja por mi cuello dejando un rastro de fuego. Chupa el punto sensible bajo mi oreja que hace que gima. Baja por mi clavícula. Llega a mis pechos.

—Tan preciosa —murmura antes de llevarse un pezón a la boca.

La sensación es tan intensa que tengo que agarrarme a sus hombros. Su lengua hace círculos que hacen que cada nervio se encienda. Cuando chupa ligeramente arqueo la espalda buscando más. Su mano encuentra mi otro pecho y lo masajea con la firmeza exacta que me vuelve loca.

—Aiden… —gimo su nombre.

—Eso es —dice contra mi piel—. Déjame oírte. Aquí no hay vecinos. Puedes gritar todo lo que quieras.

La idea hace que algo caliente baje por mi columna. La libertad de no tener que contenerme. De poder dejar que salga cada sonido sin preocuparme de que alguien nos oiga.

Su boca sigue bajando. Por mi vientre. Sus manos van a mis vaqueros y los desabrochan con dedos que tiemblan un poco. Los baja junto con mis bragas en un movimiento y entonces estoy completamente desnuda bajo el cielo abierto.

Se sienta sobre los talones para mirarme y me recorre entera con la mirada, con una intensidad que me manda el calor directo entre las piernas.

—Perfecta —dice con voz ronca—. Tan jodidamente perfecta.

Se quita la camiseta y la tira a un lado. Después los vaqueros. Los boxers. Y entonces está desnudo también. Su erección se alza entre nosotros, dura y lista, y se me seca la boca solo de verla.

Se tumba sobre mí otra vez. Su piel contra la mía crea una fricción que nos hace gemir a los dos. Noto su peso. Su calor. La dureza de su polla contra mi vientre.

—Voy a prepararte —dice bajando la cabeza.

—Ya me has preparado —protesto—. Durante días.

—Quiero asegurarme —responde, y su boca baja al interior de mi muslo.

Esta vez no hay juego lento. Un beso en el interior del muslo, otro más arriba, y su boca llega adonde la necesito. El primer contacto me arquea entera sobre la manta.

Es diferente aquí. Al aire libre. Con el viento moviendo las hojas sobre nosotros. Con los pájaros cantando a lo lejos. Con la luz dorada del atardecer haciendo que todo brille.

Su boca es distinta a las noches en su cuarto: más hambrienta, menos paciente, como si el claro le quitase la contención. Me retuerzo contra la manta y me llevo el puño a la boca por costumbre. Pero entonces recuerdo sus palabras. Aquí puedo gritar. Aquí no hay nadie.

Así que lo hago.

Grito su nombre cuando sus dedos se suman a su boca. Grito más fuerte cuando dan con ese punto exacto que sus manos ya conocen. Grito hasta que el eco me devuelve su nombre desde el otro lado del lago.

—Eso es —dice contra mí—. Quiero oírte. Quiero que las montañas sepan quién te hace sentir así.

Sus palabras me acercan al borde. Y el orgasmo no me golpea como aquella primera noche: se extiende, lento y enorme, como si tuviese todo el cielo para hacerlo. Grito su nombre tan fuerte que los pájaros salen volando de los árboles, y él no se aparta hasta que el último temblor se pierde en la hierba.

Cuando por fin se calman los temblores, sube por mi cuerpo y se coloca entre mis piernas. Su punta presiona contra mi entrada.

—Mírame —dice, y espera hasta que mis ojos encuentran los suyos—. Quiero ver tu cara cuando te haga mía.

Y entonces empuja.

Despacio. Tan despacio que noto cada centímetro. La presión es intensa. Mi cuerpo se estira para acomodarlo. Hay un tirón de dolor cuando me abre más de lo que sus dedos lo han hecho. Un ardor que me hace respirar hondo para no tensarme.

Se detiene cuando solo la punta está dentro.

—Respira —dice con la voz temblorosa—. Solo respira, preciosa.

Respiro. El aire fresco me llena los pulmones. El olor a pino y a tierra y a él se mezcla. Y el dolor empieza a desvanecerse.

—Más —susurro.

Empuja otro centímetro. Después otro. Y entonces hay una punzada aguda que me hace jadear. La barrera se rompe. Mi virginidad desaparece bajo el cielo abierto.

Se queda quieto del todo. Enterrado hasta la base dentro de mí, temblando con el esfuerzo de no moverse. Su frente cae contra la

mía y noto su aliento cálido en los labios.

—Joder —gime—. Tan apretada. Tan perfecta.

El dolor es intenso durante unos segundos. Pero entonces empiezo a acostumbrarme. Mi cuerpo se ajusta. Lo acepta. Y el dolor se transforma en algo más. Una plenitud que me corta la respiración. Una conexión que va más allá de lo físico.

—Puedes moverte —digo al fin.

—¿Estás segura?

—Sí.

Y empieza a moverse. Sale casi del todo antes de volver a entrar. Despacio. Controlado. Cada embestida mide mi reacción. Y con cada una el placer va reemplazando al dolor hasta que solo queda la sensación de estar completa.

—Más rápido —pido.

Y obedece.

Sus embestidas se vuelven más profundas. Más rápidas. El sonido de piel contra piel se mezcla con nuestros gemidos y el viento en los árboles. Es primitivo. Salvaje. Perfecto.

Mis piernas se cierran alrededor de su cintura. Mis manos, en su espalda, notan cómo se le flexionan los músculos con cada movimiento. Las uñas se me clavan en su piel cuando una embestida más profunda que las demás me hace gritar.

—Mírame —dice con voz ronca—. Quiero ver tus ojos.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Tan cerca. Tan intensos. Y hay algo en esa mirada que me para el corazón.

Amor.

Sus embestidas se vuelven más erráticas. Noto cómo se tensa. Cómo está al borde. Y yo también estoy ahí. El placer se me acumula en el bajo vientre como una ola a punto de romper.

—Córrete para mí —dice con la voz desesperada—. Necesito sentirte.

Sus dedos bajan a mi clítoris. Círculos firmes que me empujan al precipicio. Y entonces me deshago. Grito su nombre hacia el cielo. Me contraigo alrededor de él en oleadas que parecen no terminar nunca.

Él embiste tres veces más. Profundas. Duras. Y entonces se queda quieto. Le tiembla el cuerpo. Un gemido ronco le sale de la garganta mientras se corre dentro de mí. Me llena. Me marca. Me hace suya del todo.

Se derrumba sobre mí, aunque sostiene parte de su peso en los antebrazos. Su frente contra la mía. Los dos jadeando. Los dos todavía conectados. La última luz del atardecer lo pinta todo de oro.

—Scarlett —susurra mi nombre como una plegaria.

Y yo quiero decirlo. Quiero decirle que lo amo. Que siempre lo he amado. Que voy a amarlo hasta el día en que muera.

Pero no puedo.

Porque si lo digo entonces tendré que admitir que dejarlo va a matarme. Y todavía no estoy lista para esa realidad.

Así que solo lo beso. Suave. Lento. Pongo en ese beso todo lo que no puedo decir con palabras.

Y él me devuelve el beso de la misma forma, como si me entendiese, como si él también sintiese lo mismo y tampoco pudiese decirlo.

Sale de mí con cuidado y yo hago una mueca por la sensación de vacío que deja. Me besa la frente. Las mejillas. Los labios otra vez. Y entonces se levanta.

—No te muevas —dice.

Va a la mochila que trajo y saca una toalla pequeña. Vuelve y me limpia con una delicadeza que hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Cuando termina se tumba a mi lado y me atrae contra su pecho. Me rodea con el brazo. Con la otra mano me acaricia el pelo.

—Gracias —digo en voz baja—. Por hacer esto perfecto.

—Gracias a ti —responde—. Por confiar en mí. Por darme esto. Por querer que fuese aquí.

Nos quedamos ahí tumbados mientras el sol termina de ponerse. Las estrellas van apareciendo una a una en el cielo que se oscurece. El aire se enfría, pero su calor me mantiene cómoda. Los sonidos de la noche despiertan a nuestro alrededor.

Es perfecto.

Este momento. Este lugar. Este hombre.

Todo es perfecto.

Y cuando dentro de unas semanas tenga que irme y casarme con un hombre al que no amo mientras dejo atrás al único que he amado de verdad, voy a tener esto.

Voy a tener el recuerdo de esta tarde donde me entregué entera. Donde fui suya de todas las formas que importan. Donde el amor fue tan obvio que dolía no decirlo.

Voy a tener esto.

Y va a tener que ser suficiente.

Aunque sé de sobra que nunca lo será.

CAPÍTULO 25

SCARLETT

Desde que nos acostamos juntos en el claro no hemos podido quitarnos las manos de encima.

He aprendido que el deseo no tiene límites cuando se trata de Aiden. Lo hemos hecho en cada rincón posible de este apartamento.

En su cama, claro. Nos despertamos y nos dormimos haciendo el amor. En el sofá, cuando ver una película se convirtió en otra cosa. En la ducha, con el agua cayendo sobre nosotros mientras me tomaba contra los azulejos. En la cocina, sobre la encimera, con la cena olvidada y enfriándose mientras él me hacía gritar su nombre.

Incluso en la estación de bomberos durante una de sus guardias nocturnas. En su habitación allí, con la puerta cerrada y el corazón desbocado por el riesgo de que alguien pudiese oírnos.

No podemos parar.

Y la verdad es que no quiero parar.

Porque cada vez que lo hacemos siento que estoy grabándome el recuerdo en la piel. Memorizo lo que es tenerlo dentro. Cómo suena cuando gime mi nombre. Cómo me mira después, con esa ternura que hace que se me rompa el corazón porque sé que esto va a terminar.

Pero ahora mismo, tumbada en su cama con su camiseta del departamento de bomberos puesta y nada más, todavía puedo fingir que tenemos todo el tiempo del mundo.

Él está a mi lado, con unos pantalones que acaba de ponerse. Sin camiseta. El pecho todavía le sube y le baja acelerado. Una mano me acaricia el pelo con esos movimientos perezosos de después de hacer el amor.

—Deberíamos hacer algo —dice con voz ronca.

—Acabamos de hacer algo —respondo, y no puedo evitar sonreír.

Se ríe. Ese sonido bajo que adoro.

—Me refiero a salir. Comer. Actuar como personas normales que no se pasan todo el día en la cama.

—¿Por qué íbamos a querer hacer eso?

—Porque necesitas comida real. Y porque si seguimos así no voy a poder moverme mañana.

—Mentiroso. Eres bombero. Estás en forma.

—Tú me estás matando, Walton —dice, pero está sonriendo cuando lo dice.

Me giro hacia él y encuentro sus ojos ya mirándome. Hay algo en su expresión que hace que el pecho se me apriete. Algo suave y vulnerable que no suele mostrar.

Y entonces llaman a la puerta del apartamento.

Fuerte. Insistente. Como si quienquiera que fuese no pensase rendirse hasta que abriésemos.

Aiden frunce el ceño.

—¿Quién demonios es?

Se levanta de la cama y camina hacia la puerta. Yo me quedo donde estoy, tirando de su camiseta hacia abajo para cubrirme más, aunque de poco sirve: me llega a mitad del muslo y ahí se acaba.

Oigo sus pasos por el pasillo. Oigo abrirse la puerta. Y entonces escucho su voz, tensa.

—¿Qué haces aquí?

Y después otra voz. Una que hace que el mundo se detenga.

—He venido a buscar a mi prometida.

Julian.

Julian está aquí.

El pánico me arrolla con tanta fuerza que no puedo respirar. Me levanto de la cama tan rápido que casi me caigo. Las piernas apenas me sostienen mientras camino hacia el pasillo. Siento que cada paso me acerca a mi propia ejecución.

Cuando llego al salón, la puerta está abierta. Aiden la bloquea con el cuerpo. Está sin camiseta. Tiene el pelo revuelto por mis manos. Las marcas de mis uñas son visibles en su espalda. Y al otro lado, en el rellano de las escaleras, está Julian con un traje gris impecable.

—Scarlett —dice Julian cuando me ve, y mi nombre sale como hielo.

Aiden se gira en ese momento. Me ve ahí de pie en mitad del salón con solo su camiseta puesta. Con las piernas desnudas. Con el pelo que sé que está hecho un desastre. Y algo en su expresión cambia. Se oscurece.

—Vuelve dentro —dice con una voz que no admite réplica—. Por favor.

—Pero…

—Ahora, Scarlett —repite, y hay tanta tensión en su tono que hace que obedezca sin pensar—. Vístete, por favor. Antes de que pierda la cabeza.

Doy un paso atrás, pero Julian habla antes de que pueda girarme.

—Veo que has estado ocupada —dice con esa calma gélida que es peor que si gritase.

—No te dirijas a ella —gruñe Aiden, y nunca le había oído usar esa voz. Peligrosa. Letal.

—¿Eres consciente de que es mi prometida? —responde Julian con veneno en cada palabra.

Y entonces Aiden se mueve. Solo un paso hacia delante pero es suficiente para que Julian retroceda. Para que entienda que está a punto de cruzar una línea muy peligrosa.

—Eso no te da derecho a mirarla así —dice entre dientes—. No te da derecho a una mierda.

—Aiden —consigo decir, y la voz me sale rota—. Por favor.

Me mira por encima del hombro. Y hay tanta furia y tanto dolor mezclados en su expresión que tengo que tragarme las lágrimas.

—Vístete —repite más suave pero igual de firme—. No voy a dejar que te vea así.

Esta vez lo hago. Me doy la vuelta y vuelvo corriendo a su habitación. Me quito su camiseta con manos que me tiemblan tanto que casi no puedo. Me pongo la ropa interior. Los vaqueros. Mi propia camiseta. Todo tan rápido que apenas puedo pensar.

Cuando vuelvo al salón la tensión no ha bajado ni un ápice. Aiden sigue bloqueando la puerta. Julian sigue en el rellano. Se miran como dos animales a punto de atacarse.

—Julian —digo acercándome despacio—. ¿Qué haces aquí?

—Has dejado de contestar mis llamadas —responde sin apartar los ojos de Aiden—. Has apagado el móvil. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Confiar en que iba a volver cuando dije que iba a volver —contesto, y hay más firmeza en mi voz de la que esperaba.

—¿Confiar? —repite, y ahora sí me mira. Y hay algo oscuro en sus ojos—. ¿Después de encontrarte así? ¿Follando con él?

—No le debes ninguna explicación —me dice Aiden sin girar la cabeza—. No le debes nada.

—Soy su prometido —dice Julian, recalcando cada palabra.

—Un compromiso que ella no eligió —responde Aiden.

Y dios. Acabamos de cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

Julian se queda inmóvil. Me mira ahora solo a mí, con una expresión que deja claro que acaba de confirmar algo que sospechaba.

—¿Se lo has contado? —pregunta con la voz baja y peligrosa.

No respondo. No necesito hacerlo. Mi silencio es respuesta suficiente.

—Necesitamos hablar —dice al fin.

Sus palabras caen entre nosotros como una bomba.

Aiden se tensa tanto que se le marca cada músculo de la espalda bajo la piel. Las manos se le cierran en puños. Y sé que está a un segundo de hacer algo que no va a poder deshacer.

Me muevo rápido. Me coloco entre él y la puerta. Entre él y Julian. Le pongo las manos en el pecho desnudo y noto los golpes salvajes de su corazón.

—Voy abajo a hablar con él —digo mirándolo a los ojos—. Dame diez minutos.

—No —responde al instante—. No vas a bajar sola con ese gilipollas.

—Aiden.

—He dicho que no —repite con voz que no deja espacio para discusión—. Si quieres bajar, bajo contigo. No voy a permitir que pueda hacerte nada.

Nos miramos durante un largo momento. Y puedo ver la batalla en sus ojos. El deseo de protegerme. El miedo de lo que Julian pueda decir. La furia apenas contenida.

—Está bien —digo al fin—. Bajas conmigo.

—Qué tierno —comenta Julian desde el rellano—. ¿Vais a bajar ya o tengo que esperar a que termine vuestra conversación doméstica?

—Una palabra más —dice Aiden con voz letal—. Una sola palabra más y te juro que te doy el puñetazo que te mereces.

Julian sonríe. Es una sonrisa fría que no le llega a los ojos.

—Os doy cinco minutos —dice—. Os espero en mi coche.

Y baja las escaleras sin mirar atrás.

El silencio que deja es ensordecedor.

Aiden sigue mirando hacia donde ha desaparecido, con la mandíbula tan tensa que el músculo le tiembla bajo la piel. Respira demasiado deprisa. Todo su cuerpo vibra de furia contenida.

—Aiden —susurro.

No responde. No se mueve. Solo sigue ahí de pie mirando las escaleras vacías como si pudiese hacer desaparecer a Julian solo con fuerza de voluntad.

—Necesito que respires —continúo, y le cojo la cara con las manos para que me mire—. Por favor.

Sus ojos encuentran los míos. Y hay tanto dolor ahí que tengo que morderme el labio para no llorar.

—No quiero que bajes —dice con voz rota—. No quiero que hables con él. No quiero…

—Lo sé.

—Si te pide que vuelvas…

—No voy a irme —lo interrumpo—. Todavía no. Te lo prometo.

Nos miramos durante un largo momento. Y entonces él asiente. Una vez. Breve.

—Me pongo una camiseta —dice—. Y bajamos juntos.

—Juntos —confirmo.

Entra en su habitación y vuelve en segundos con una camiseta puesta y zapatillas. Me coge la mano y la aprieta tan fuerte que casi duele.

—Juntos —repite.

Y bajamos las escaleras hacia la conversación que ninguno de los dos quiere tener.

Hacia Julian, que espera en su coche.

Hacia las decisiones que van a cambiarlo todo.

Y mientras bajamos, con su mano alrededor de la mía, solo tengo una cosa clara.

No me importa lo que Julian diga.

No me importa lo que exija.

No estoy preparada para dejar a Aiden.

Todavía no.

Aunque ambos sabemos que ese «todavía» tiene fecha de caducidad.

Y se está acercando demasiado rápido.

CAPÍTULO 26

SCARLETT

Bajamos las escaleras con las manos entrelazadas y cada paso nos acerca a algo de lo que no hay vuelta atrás.

Aiden va delante de mí, con la espalda tensa bajo la camiseta que se ha puesto a toda prisa y los dedos apretando los míos con fuerza. Pero no me quejo. Necesito esa sensación para recordarme que Aiden está a mi lado.

Cuando llegamos abajo, Julian está apoyado contra el coche que ha alquilado. Un BMW negro que parece demasiado ostentoso en medio de Sunset Valley. Tiene los brazos cruzados y esa expresión fría que conozco tan bien. La que usa cuando está furioso pero se niega a mostrarlo.

Nos ve llegar y se endereza.

—Scarlett —dice, y mi nombre sale como un reproche—. Esta situación tiene que acabar ahora mismo.

No me da tiempo a responderle porque entonces mi mundo se parte en dos.

La sirena de la estación de bomberos empieza a sonar a nuestra espalda. Es un sonido estridente, agudo, urgente, que corta el aire como un cuchillo. El tipo de alarma que hace que todo el mundo se detenga y mire hacia el parque de bomberos con el corazón en la garganta.

El busca de Aiden vibra en su bolsillo al mismo tiempo. Lo saca con movimientos automáticos que vienen de años de entrenamiento. Mira la pantalla y se queda inmóvil un instante.

—Joder —dice en voz baja.

—¿Qué pasa? —pregunto, y mi voz sale demasiado aguda.

—Hay un incendio forestal —responde sin dejar de mirar el busca —. Código rojo. El bosque cerca de Livingston. Están pidiendo refuerzos de todos los departamentos cercanos.

El estómago se me cierra de golpe.

Código rojo. Eso significa que el incendio es grande, que es peligroso, que la gente puede morir.

—¿Tienes que ir? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Me mira entonces con ternura en los ojos.

—Sí. Tengo que ir.

—Pero…

—Es mi trabajo, Scarlett —dice con voz más suave—. La gente está en peligro. El bosque. Si no lo contenemos se va a extender. Pueblos enteros podrían arder.

Lo sé. Lo entiendo. Pero eso no hace que el terror que me sube por el pecho sea menos real.

—Es peligroso —consigo decir—. Los incendios forestales son…

—Lo sé.

—Podría pasarte algo.

—No va a pasarme nada —responde, y me sujeta la cara entre las manos para obligarme a mirarlo—. Te lo juro. Voy a volver.

—No puedes prometerme eso.

—Sí puedo —dice con una firmeza que no admite discusión—. Voy a volver, Scarlett. Pero ahora tengo que irme. Tengo que proteger la tierra. A la gente.

Las lágrimas empiezan a picar detrás de mis ojos pero las contengo. No puedo derrumbarme ahora. No cuando él tiene que concentrarse en mantenerse vivo.

—Ve al rancho —dice entonces—. A casa de mis padres. No te quedes sola. Por favor.

—Pero…

—Mi madre te acogerá —continúa hablando rápido porque la sirena sigue sonando y el tiempo se está acabando—. Estarás con mi familia. Estarás segura. Por favor, Scarlett. Iré allí en cuanto acabemos.

Asiento porque no confío en que mi voz salga si intento hablar.

Aiden se gira hacia Julian entonces. Y cuando habla, su expresión es letal.

—Cuidado con lo que dices mientras no estoy —dice en voz baja pero cargada de amenaza—. Si me entero de que le has molestado… digamos que no quieres saber lo que sucederá entonces.

Julian abre la boca para responder pero Aiden ya se ha girado: corre hacia la estación y me deja aquí, con el corazón rompiéndose y el miedo cerrándome la garganta.

La estación cobra vida delante de nuestros ojos. Las puertas del garaje empiezan a subir con ese sonido metálico que hace eco en el silencio tenso. Y entonces veo al resto llegando.

Jake aparece primero corriendo desde su casa, que está a solo dos calles. Después Marcus desde el otro lado. Tyler llega en su coche y derrapa en la gravilla. Morrison sale de dentro de la estación.

Y Aiden.

Aiden corre hacia la puerta lateral y desaparece dentro, y yo no puedo hacer nada más que mirar.

La gente empieza a congregarse. Los vecinos salen de sus casas atraídos por la sirena. Algunos con batas de casa, otros descalzos, todos con la misma expresión de preocupación en la cara, porque en Montana los incendios forestales son pesadillas hechas realidad y todos conocen a alguien que perdió su casa, su rancho, su vida.

Una señora mayor se persigna. Un hombre abraza a su mujer. Unos niños miran con los ojos muy abiertos sin entender del todo lo que está pasando, pero sienten el miedo de los adultos.

Y yo me quedo ahí de pie, sin poder moverme, mirando las puertas abiertas de la estación, esperando verlo salir.

Puedo ver movimiento dentro: sombras que se mueven rápido bajo las luces fluorescentes, bomberos uniformándose con la eficiencia de haberlo hecho mil veces. Se ponen los pantalones ignífugos amarillos con rayas reflectantes, las chaquetas pesadas que parecen armaduras, las botas que suenan contra el suelo de cemento, los cascos con viseras.

El camión ruge cuando Morrison enciende el motor. Es un sonido profundo y poderoso que vibra en mi pecho. Las luces rojas

empiezan a girar lanzando sombras danzantes en las paredes de los edificios cercanos. Me llega el olor a diésel del escape.

Y entonces Aiden sale.

Ya no es el hombre que estaba en su cama hace media hora. Ya no es el hombre que me miraba con ternura mientras me acariciaba el pelo. Ahora es un bombero: profesional, concentrado, con el uniforme puesto, el casco bajo el brazo y una expresión de determinación absoluta.

Camina hacia el camión pero se detiene cuando me ve. Sus ojos encuentran los míos a través del espacio que nos separa y durante un segundo ninguno de los dos se mueve.

Y entonces corre hacia mí.

Cruza la distancia en segundos. Me coge la cara con las manos y, antes de que pueda reaccionar, su boca está en la mía.

Me besa como si fuese la última vez. Sus labios se aprietan contra los míos con una urgencia que me deja sin aire. Su lengua encuentra la mía en una caricia desesperada. Sus dedos se hunden en mi pelo y me sostienen en el ángulo exacto que quiere.

Y yo le devuelvo el beso con la misma desesperación: me aferro a su uniforme con manos que tiemblan, lo pruebo, lo memorizo, le ruego al universo que no sea la última vez que hago esto.

Cuando se aparta para respirar, apoya la frente contra la mía.

—Vuelvo pronto —susurra contra mis labios—. Te lo prometo.

Y entonces se va.

Corre hacia el camión y sube de un salto. La puerta se cierra con un golpe metálico que suena como una sentencia. Morrison pisa el acelerador y el camión sale de la estación con la sirena aullando y las luces girando y el motor rugiendo como una bestia que despierta.

Lo veo irse: el camión desaparece por Main Street levantando polvo y las luces rojas se hacen más pequeñas, más distantes, hasta que no son más que puntos rojos en la oscuridad, y después nada.

Se ha ido.

Y no sé si va a volver.

Las lágrimas que he estado conteniendo escapan por fin. Bajan silenciosas y calientes por mis mejillas y no hago nada por

detenerlas. La gente a mi alrededor empieza a dispersarse poco a poco.

—Scarlett.

Su voz me sobresalta. Me había olvidado por completo de Julian hasta que habla detrás de mí. Me giro y lo encuentro ahí de pie con las manos en los bolsillos y una expresión que no sé cómo interpretar. No está furioso. Solo parece… cansado.

—No puedo hablar ahora —digo antes de que pueda empezar—. Lo siento, Julian. De verdad. Pero no puedo.

—Scarlett.

—Necesito que Aiden vuelva sano y salvo —continúo, y mi voz se rompe en la última palabra—. Necesito saber que está bien. Y hasta entonces no puedo pensar en nada más. No puedo hablar de nosotros o del compromiso o de nada. ¿Lo entiendes?

Me mira un largo momento y entonces asiente despacio.

—Como si tuviese otro remedio. ¿Adónde vas? —pregunta cuando me muevo.

—Al rancho Wellington. Con sus padres.

—¿Necesitas que te lleven?

La pregunta me pilla tan desprevenida que tardo un momento en procesar lo que acaba de decir.

—¿Qué?

—He cruzado medio país en avión y conducido las dos últimas horas desde el aeropuerto hasta aquí —dice con un deje que casi suena a humor amargo—. Para descubrir que mi prometida está acostándose con otro hombre. Para verlos besarse delante de mí. Para que ni siquiera puedas hablar conmigo porque estás demasiado preocupada por él.

Hace una pausa y cuando vuelve a hablar su voz es menos irónica.

—Así que voy a llevarte adonde necesites ir. No pienso perderte de vista. Y cuando todo esto acabe, Scarlett, vamos a sentarnos y vamos a aclarar esto. De una vez por todas. Pero ahora mismo… te llevo a ese rancho.

Debería decir que no, buscar otra forma de llegar, no aceptar nada de Julian después de lo que acaba de presenciar.

Pero estoy tan cansada. Tan asustada. Tan rota.

Y solo quiero estar con la familia de Aiden. Con gente que lo conoce, que lo ama, que va a entender este terror que me está comiendo por dentro.

—Vale —digo finalmente—. Gracias.

Subimos a su coche en silencio. El interior huele a cuero caro y ambientador de lujo. Nada que ver con el de Aiden, con sus asientos gastados y ese olor a pino que me relaja.

Julian arranca el motor y sale del aparcamiento con la suavidad de quien lleva años al volante de coches caros. Yo le doy las indicaciones con voz monótona. Gira aquí. Sigue recto. Cinco kilómetros más.

Ninguno de los dos habla durante el trayecto. Él mira la carretera. Yo miro por la ventana hacia las montañas como si pudiera ver el lugar donde se ha desatado el incendio.

Y lo único que puedo hacer es rezar.

Rezar para que vuelva.

Rezar para que esté a salvo.

Rezar para que el universo no sea tan cruel como para quitármelo ahora que por fin sé lo que es tenerlo.

Solo necesito que vuelva.

Por favor.

Solo eso.

Que vuelva a mí.

CAPÍTULO 27

SCARLETT

El rancho Wellington aparece delante de nosotros bañado por la luz dorada de la tarde.

Amo esta casa. He estado aquí decenas de veces.

Pero nunca he venido así.

Nunca he llegado con el corazón en un puño, muerta de miedo. Nunca he necesitado este lugar de la forma en que lo necesito ahora mismo.

Julian apenas ha aparcado cuando la puerta principal se abre y Dorothy sale hacia nosotros. Siempre está atenta a todo. Lleva un delantal sobre los vaqueros y el pelo recogido en una coleta. Debía de estar preparando la cena cuando hemos llegado. Pero lo que más me llama la atención es su expresión cuando me ve bajar del coche: sorpresa, preocupación inmediata.

—Scarlett —dice acercándose rápido—. Cariño, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Y esa pregunta me rompe. Porque me está preguntando con tanto amor si estoy bien y la respuesta es que no. Que no lo estoy en absoluto.

—Aiden —consigo decir, y mi voz se quiebra en su nombre—. Ha habido un incendio. Un incendio forestal grande cerca de Livingston. Han pedido refuerzos de todos los departamentos cercanos y él… él ha tenido que irse.

Dorothy se queda inmóvil un segundo. Veo cómo asimila la información, cómo el miedo le cruza el rostro antes de ocultarlo bajo esa máscara que deben usar todas las madres cuando necesitan ser fuertes.

—¿Cuándo? —pregunta, y su voz sale más tensa de lo normal.

—Hace una hora. Puede que menos. La sirena sonó cuando estábamos… abajo y él tuvo que irse de inmediato.

Dorothy asiente despacio. Me coge de los brazos y me aprieta con firmeza.

—Va a estar bien —dice, aunque le veo en los ojos que ella también tiene miedo—. Mi hijo sabe lo que hace. Va a estar bien.

Quiero creerla. Necesito creerla.

Julian se acerca entonces y Dorothy lo mira con esa expresión evaluadora que le he visto usar cada vez que conoce a alguien nuevo.

—Señora Wellington —dice él con esa voz educada que usa para impresionar—. Soy Julian Vane. Disculpe la intromisión, pero Scarlett quería venir aquí.

—¿Eres su prometido? —lo interrumpe Dorothy.

Julian parpadea, sorprendido de que lo sepa.

—Sí. Pero no se preocupe, voy a buscar un hotel en el pueblo para…

—Tonterías —lo interrumpe otra vez—. Te quedas aquí. No voy a dejar que te vayas a un hotel cuando hay habitaciones de sobra en esta casa.

—No quiero ser una molestia.

—No lo eres —dice Dorothy con firmeza—. Cualquier *amigo* de Scarlett es bienvenido. Y ahora los dos vais a entrar porque me estáis dejando escapar todo el frío de la casa.

No espera respuesta. Se da la vuelta y camina hacia la puerta, sin dejarnos más opción que seguirla.

Entramos en el salón y la calidez me golpea de inmediato. De la cocina llega el olor de algo en el horno. Y la luz entra por las ventanas grandes que dan al valle y lo pinta todo de dorado.

—Siéntate —dice Dorothy señalando el sofá—. Voy a preparar café. Y a llamar a Daniel. Querrá saber lo del incendio.

Desaparece hacia la cocina y me deja sola con Julian. Me siento porque las piernas apenas me sostienen ya. Julian se queda de pie junto a la ventana mirando hacia el valle.

—Es bonito —dice al fin—. El rancho.

No respondo. No puedo hablar de lo bonito que es este lugar cuando en lo único que pienso es en Aiden corriendo hacia el fuego.

Dorothy vuelve con café y galletas recién sacadas del horno. Me pone la taza en las manos y se sienta a mi lado.

—Daniel viene de camino —dice—. Estaba revisando el ganado, pero ya ha terminado. Y voy a llamar a los chicos. Querrán estar aquí.

—No hace falta que…

—Sí hace falta —me interrumpe con suavidad—. Cuando uno de los nuestros está en peligro, la familia se reúne. Así somos los Wellington.

Saca su móvil y empieza a hacer llamadas. Puedo oírla hablar con cada uno de sus hijos, con voz tranquila pero firme, contándoles lo del incendio. Y todos responden lo mismo: que están de camino.

Daniel Wellington llega primero. Es un hombre grande, con el pelo gris y arrugas profundas alrededor de los ojos que hablan de años de trabajo bajo el sol. Me saluda con un abrazo rápido antes de encender la televisión y buscar las noticias.

Y ahí está.

Las imágenes del infierno donde está Aiden ahora mismo.

Las llamas naranjas devoran árboles como si fuesen cerillas; el humo negro sube al cielo en columnas enormes que se ven desde muy lejos. Los helicópteros filman desde arriba y muestran la magnitud del desastre: kilómetros y kilómetros de bosque ardiendo.

—El incendio forestal que comenzó esta mañana cerca de Livingston continúa sin estar bajo control —dice la presentadora con voz seria—. Los equipos de bomberos de cinco condados diferentes están trabajando para contener las llamas antes de que alcancen las zonas residenciales. Las autoridades han ordenado evacuaciones preventivas en dos pueblos cercanos mientras los bomberos luchan contra el fuego que ya ha consumido más de mil hectáreas de bosque…

La voz sigue, pero ya no la escucho. Solo puedo mirar las imágenes, el infierno rojo y naranja, y pensar que Aiden está ahí. En medio de eso.

—Va a estar bien —dice Dorothy a mi lado, pero me aprieta la mano con tanta fuerza que sé que ella también está asustada.

Cole llega poco después con Lauren y Luna. La niña viene corriendo y se lanza a abrazarme sin preguntar nada; solo siente que algo va mal y quiere ayudar de la única forma que sabe. Lauren me abraza después, con su barriga de embarazada apretada contra mí.

—Va a volver —susurra en mi oído—. Aiden siempre vuelve.

Cole saluda a Julian con un apretón de manos que dura demasiado. Como si estuviese midiendo al hombre que es mi prometido. Después se sienta en el brazo del sofá donde está su padre y ambos miran las noticias en silencio.

Liam es el siguiente en llegar. Solo. Tenso. Con esa expresión de alcalde que usa cuando está preocupado pero no quiere que se le note. Me abraza fuerte antes de sentarse en uno de los sillones. Saca su móvil y empieza a escribir. Seguro que está escribiendo al departamento de emergencias para conseguir información que las noticias no están dando.

Henry y Ellie son los siguientes. Ella, embarazada de varios meses ya; él, con esa expresión oscura que siempre tiene pero que se suaviza cuando me ve. Se acerca y me aprieta el hombro sin decir nada. Un gesto simple que significa más que mil palabras.

Sage llega la última con Dominic y los mellizos. Emma y Ethan van directos a por Luna y los tres desaparecen hacia una de las habitaciones de arriba para jugar. Sage corre hacia mí y me estruja entre sus brazos.

—Va a estar bien —dice contra mi pelo—. Mi hermano es demasiado terco para dejar que un incendio lo detenga.

Dominic saluda a Julian con esa cortesía fría de médico acostumbrado a tratar con gente. Se presentan. Intercambian las palabras necesarias. Y después Dominic se sienta junto a Sage sin apartar los ojos de la televisión.

Y así estamos todos, toda la familia Wellington reunida en el salón, mirando las noticias. Esperando.

Dorothy se levanta y va a la cocina. Vuelve con más café y con la cena que había estado preparando. Nadie tiene hambre, pero todos

comen un poco porque ella insiste, porque necesitamos mantener las fuerzas, porque las madres saben que la comida ayuda incluso cuando parece que nada puede hacerlo.

Las horas se arrastran como siglos.

El sol se pone detrás de las montañas y tiñe el cielo de rojo y naranja, colores que se parecen demasiado al fuego que están mostrando en la televisión. La oscuridad llega y con ella más miedo porque ahora Aiden está luchando contra ese infierno en la noche.

A las nueve de la noche hay una actualización. El incendio sigue sin estar controlado pero los equipos están haciendo todo lo posible. No se han registrado heridos por ahora. Esa última frase hace que todos en el salón respiren un poco más tranquilos.

A las diez Luna se queda dormida en el regazo de Lauren. Cole la coge con cuidado y la lleva a una de las habitaciones de arriba. Cuando baja, se sienta junto a su mujer y la abraza. Ella apoya la cabeza en su hombro y cierran los ojos.

A las once Ellie se va a dormir. Henry la acompaña, pero vuelve veinte minutos después. No puede quedarse arriba cuando su hermano está ahí fuera.

Dominic y Sage se van a medianoche con los mellizos, que llevan horas dormidos. Tienen que volver porque mañana hay colegio. Pero Sage me abraza antes de irse y me susurra que la llame si necesito cualquier cosa.

A la una de la madrugada Liam está dormitando en su sillón con el móvil todavía en la mano. Daniel ronca bajito con la cabeza echada hacia atrás. Cole y Lauren están acurrucados juntos en otro sofá. Henry está tumbado en el suelo junto a la chimenea.

Julian se quedó dormido hace una hora en el sillón más alejado.

Solo Dorothy y yo seguimos despiertas, mirando la televisión, donde dan una y otra vez las mismas imágenes del fuego, las mismas actualizaciones que no dicen nada nuevo.

—Deberías intentar dormir —dice ella en voz tan baja que apenas la oigo.

—No puedo.

—Lo sé —responde, y cuando la miro veo lágrimas brillando en sus ojos—. Yo tampoco puedo.

Me coge la mano y la aprieta. Y nos quedamos así: dos mujeres esperando, rezando sin decirlo en voz alta.

A las dos de la madrugada me levanto porque no puedo seguir sentada. Camino hacia la cocina porque no aguanto más con las manos quietas. Dorothy me sigue.

—¿Quieres más café? —pregunta.

—No creo que mi estómago aguante más café.

—Té entonces. Manzanilla. Te ayudará.

Pone agua a hervir y saca dos tazas. Nos quedamos ahí de pie en la cocina en silencio mientras esperamos a que el agua hierva. Y entonces ella habla.

—Lo amas.

No es una pregunta. Es una afirmación.

Me quedo muy quieta. Las palabras se me atascan en la garganta.

—Yo…

—No hace falta que digas nada, cariño —continúa mientras echa las bolsitas de té en las tazas—. Llevo toda la noche contigo. Te he visto. He visto cómo miras esa televisión. He visto cómo te rompes cada vez que muestran esas imágenes. He visto cómo rezas sin darte cuenta.

Las lágrimas que llevo horas conteniendo escapan por fin. Bajan calientes por mis mejillas.

No sé qué responder a eso. No sé si tengo ese valor.

Volvemos al salón con el té caliente en las manos. Las noticias siguen dando las mismas actualizaciones. El incendio sigue sin estar controlado. Los equipos siguen trabajando. No hay noticias de heridos.

Me siento en el sofá y Dorothy se sienta a mi lado. Bebemos el té en silencio mientras el resto de la familia duerme a nuestro alrededor. Y esperamos.

A las cuatro de la madrugada hay una nueva actualización. Han conseguido contener el incendio en el flanco norte. Están ganando terreno. Podría estar bajo control en pocas horas.

Es la primera buena noticia en toda la noche y la presión en el pecho se me afloja un poco.

—¿Ves? —dice Dorothy apretando mi mano—. Te lo dije. Van a volver.

A las seis de la mañana el sol empieza a salir. La luz dorada entra por las ventanas del salón y lo pinta todo de esperanza. Dorothy se levanta y va a preparar café fresco. Esta vez la ayudo porque necesito moverme. Necesito hacer algo.

Estamos en la cocina cuando Daniel aparece en la puerta.

—Hay noticias —dice—. El incendio está casi controlado. Los primeros equipos están empezando a regresar.

El corazón me da un salto tan violento que casi se me cae la taza de las manos.

—¿Aiden?

—Todavía no hay información específica —responde—. Pero es buena señal. Significa que lo peor ha pasado.

Volvemos al salón donde el resto de la familia está despertando. Liam se frota los ojos. Cole se estira con cuidado de no despertar a Lauren. Henry se levanta del suelo con un gemido.

Las noticias confirman lo que Daniel ha dicho. El incendio está prácticamente controlado. Ha sido un trabajo heroico que habrá salvado docenas de casas. Los bomberos están empezando a regresar después de diecinueve horas de lucha continua.

Y entonces esperamos más. Porque saber que está casi terminado no es lo mismo que saber que Aiden está bien, que está vivo, que va a volver.

A las nueve de la mañana Dorothy insiste en que todos comamos algo. Prepara un desayuno enorme que nadie tiene ganas de comer, pero que todos prueban porque ella lo pide: huevos, beicon, tostadas, zumo de naranja. Café tras café tras café.

Julian se despierta y se une a la mesa. Come en silencio y lo observa todo. Siempre observando.

Y entonces, a las diez en punto, oímos el sonido inconfundible de una camioneta acercándose por el camino de grava que lleva al rancho.

Me levanto tan rápido que la silla casi se cae detrás de mí. Corro hacia la ventana con el corazón latiéndome tan fuerte que duele.

Y lo veo.

La camioneta de Aiden aparca frente a la casa y él baja con los movimientos lentos del agotamiento. Lleva el uniforme cubierto de hollín negro, la cara manchada de humo, los ojos rojos, el pelo hecho un desastre.

Pero está vivo.

Está aquí.

Ha vuelto.

No pienso. No puedo pensar. Solo actúo.

Corro hacia la puerta principal. La abro de golpe. Bajo los escalones del porche tan deprisa que casi me tropiezo.

Y me lanzo a sus brazos.

Él me atrapa al vuelo, aunque debe de estar tan cansado que apenas se tiene en pie. Sus brazos se cierran alrededor de mí tan fuerte que me cuesta respirar, pero no me importa. Entierra la cara en mi pelo y lo oigo respirar hondo, como si quisiera aprenderse mi olor.

—Scarlett —dice, y mi nombre suena como una oración.

Y yo lloro.

Lloro como no he llorado en toda la noche. Sollozos que salen de lo más hondo del pecho, donde he estado guardando todo el miedo. Lágrimas que le mojan el uniforme sucio. Me aferro a él como si fuese lo único real en todo el mundo.

—Estás bien —consigo decir entre sollozos—. Estás bien. Estás aquí.

—Te lo prometí —responde con voz ronca por el humo—. Te dije que iba a volver.

—He tenido tanto miedo. Tanto miedo de que te pasase algo. De que el fuego… de que no… —no puedo terminar la frase porque los sollozos me cortan las palabras.

—Estoy bien —dice apretándome más fuerte—. Estoy aquí. No me ha pasado nada.

Nos quedamos así durante un tiempo que no sé medir. Abrazados en medio del jardín, con el sol de la mañana calentándonos, su familia mirando desde el porche y Julian observando desde una ventana.

Pero nada de eso importa.

Solo importa que está vivo, que ha vuelto, que puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho. Que está aquí. Conmigo.

Y en ese momento lo entiendo con una claridad que me atraviesa como un rayo.

No puedo vivir sin este hombre.

No puedo casarme con Julian y fingir que esto no existe. No puedo volver a Connecticut y dejar a Aiden atrás como si estas semanas no hubiesen significado nada. No puedo pasar el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si hubiese sido lo suficientemente valiente como para luchar.

Pero tampoco puedo permitir que mi familia se arruine, ni ser tan egoísta como para anteponer mi felicidad al bienestar de las personas que me criaron, ni ser la razón de que mi padre pierda todo lo que ha construido.

Estoy atrapada entre dos imposibles: entre el amor y el deber, entre lo que quiero y lo que debo.

Y no sé cómo elegir.

Dorothy aparece a nuestro lado entonces y pone la mano en el hombro de Aiden.

—Vamos dentro —dice con esa voz de madre que no admite réplica—. Los dos. Aiden, necesitas comer algo y beber agua antes de caerte redondo.

Nos separamos despacio. Tan despacio que duele. Aiden me mira con una intensidad que no le había visto antes, cruda, desesperada y del todo real.

El resto de su familia se acerca entonces. Cole es el primero en abrazarlo: un abrazo de hermanos que lo dice todo, palmadas en la espalda, alivio palpable. Después Liam, con ese abrazo rápido pero fuerte. Después Henry, que lo retiene más tiempo de lo normal, como si necesitase convencerse de que de verdad ha vuelto.

Su padre es el último. Daniel estrecha a su hijo con ese abrazo que solo dan los padres que han temido perder a un hijo: largo, fuerte, sin palabras porque no hacen falta.

Dorothy espera su turno y cuando finalmente abraza a Aiden puedo ver las lágrimas bajando por sus mejillas aunque está sonriendo.

—Gracias a Dios —susurra—. Gracias a Dios que estás bien.

Y entonces se lo lleva hacia la casa, hacia la cocina, donde sé que lo va a obligar a comer aunque esté demasiado cansado y donde le va a dar agua, café y probablemente un sermón sobre no darle disgustos.

El resto de la familia entra detrás.

Yo me quedo en el jardín un momento más, respirando el aire fresco de la mañana, sintiendo el sol en la cara, intentando encontrar fuerzas para lo que viene después.

Tengo que elegir.

Y sea cual sea la decisión que tome va a destrozarme.

AIDEN

Mi madre me empuja hacia la cocina.

—Siéntate —ordena señalando una silla—. Voy a prepararte algo de comer.

—Mamá, no tengo hambre. Solo estoy destrozado.

—No es una sugerencia —me interrumpe—. Te vas a sentar. Te vas a comer lo que te ponga delante. Y después te vas a ir a dormir. En ese orden.

Obedezco porque estoy demasiado cansado para discutir. Me dejo caer en la silla y apoyo los brazos en la mesa. Podría quedarme dormido aquí mismo si me lo permitiese.

Mi madre pone un plato enorme delante de mí. Huevos revueltos, beicon, tostadas, un vaso grande de agua y una taza de café.

—Come —dice.

Cojo el tenedor aunque mis manos no quieren cooperar. Empiezo a comer de forma mecánica. No saboreo nada. Solo me meto la comida en la boca porque mi madre me está mirando con esos ojos que dicen que no voy a salir de esta cocina hasta que termine.

Se sienta frente a mí y me observa un buen rato sin decir nada. Pero la conozco lo suficiente como para saber que quiere hablar conmigo.

—Scarlett se ha pasado toda la noche sin dormir —dice mi madre —. La he tenido sentada a mi lado en el sofá durante horas mirando

las noticias. Llorando cada vez que mostraban imágenes del fuego. Rezando sin darse cuenta de que lo estaba haciendo en voz alta.

El pecho se me aprieta hasta doler.

—Mamá…

—Esa chica te ama —me interrumpe con voz firme—. Y no me vengas con que solo sois amigos porque sé reconocer el amor cuando lo veo. He pasado toda la noche con ella, Aiden. La he visto romperse pensando que ibas a morir. Y no era miedo de una amiga. Era terror absoluto de alguien que está perdiendo a la persona que más ama en el mundo.

Las palabras me golpean con tanta fuerza que tengo que dejar el tenedor.

—Está prometida —consigo decir.

—Lo sé.

—Va a casarse con ese gilipollas en unos meses.

—Lo sé —repite mi madre—. Pero ¿sabes qué más sé? Que no lo ama. Que ese matrimonio la aterroriza. Que está aquí contigo en lugar de estar con él. Y que si no luchas por ella vas a arrepentirte el resto de tu vida.

—Eso no es lo que me dijiste la última vez.

—La última vez no sabía que vuestro amor era tan fuerte. La última vez pensaba que esa chica quería a su prometido. La última vez yo estaba equivocada, hijo. Esa chica es lo mejor que te ha pasado en la vida y tienes que luchar por ella.

—Lo sé, mamá. Lo único que quiero es que se quede a mi lado.

—Y vas a lograrlo. Lo sé. Igual que sabía que ibas a volver a salvo de ese incendio. Estoy muy orgullosa de ti, hijo.

Termino de comer en silencio, con la compañía de mi madre y con la certeza cada vez mayor de que voy a hacer todo lo posible y lo imposible para que Scarlett se quede conmigo.

Mi madre tiene razón.

Scarlett es lo mejor que me ha pasado en la vida y no voy a permitir que se aleje de mi lado.

CAPÍTULO 28

SCARLETT

Llevo diez minutos dando vueltas por el pasillo en busca del valor para hacer lo que tengo que hacer.

Diez minutos en los que he pasado delante del despacho de Daniel Wellington al menos seis veces. En los que me he detenido frente a la puerta del salón donde está Julian tres veces sin entrar. En los que he intentado ordenar mis pensamientos y encontrar las palabras correctas y convencerme de que esto es lo que debo hacer.

Porque lo es.

Tengo que hablar con Julian. Tengo que proponerle algo. Alguna forma de romper este compromiso sin que el trato con mi padre se vaya al infierno. Alguna manera de salvar a mi familia sin tener que sacrificarme yo.

Tiene que haber una solución.

Tiene que haberla.

Respiro hondo. Una vez. Dos veces. Y por fin me obligo a entrar en el salón.

Julian sigue sentado en el mismo sillón con el móvil en la mano. Lauren está en el sofá hablando en voz baja con Cole. Liam mira las noticias aunque la información sobre el incendio ya no es relevante. Henry se ha quedado dormido en otro sillón.

—Julian —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. ¿Podemos hablar?

Levanta la vista. Me mira un momento largo. Y entonces asiente.

—Por supuesto.

Daniel nos ve acercarnos y se pone de pie.

—Podéis usar mi despacho —dice señalando la puerta—. Tendréis privacidad.

—Gracias —consigo decir.

Cruzo el salón, consciente de que todos me están mirando. Pero no puedo pensar en ellos ahora. Solo puedo pensar en lo que tengo que decir, en las palabras que he estado ensayando durante los últimos diez minutos.

Porque ya no puedo seguir mintiéndome a mí misma y pensando que voy a poder alejarme de Aiden.

Entro en el despacho. Julian me sigue. Cierro la puerta detrás de nosotros y me giro hacia él.

Está de pie junto al escritorio con esa postura impecable que siempre tiene, las manos en los bolsillos, la expresión neutral, esperando a que hable.

—Julian, necesito…

La puerta se abre de golpe.

Aiden está ahí, de pie en el umbral, con la ropa todavía manchada de hollín y una expresión en la cara que nunca le había visto: determinación feroz mezclada con una desesperación que hace que el aire desaparezca de la habitación.

—Scarlett —dice como si le costase respirar—. No quiero que te vayas con él. Te amo.

Me quedo de piedra.

Las palabras me golpean con tanta fuerza que tengo que apoyarme contra el escritorio para no caerme. El corazón se me dispara. La garganta se me cierra.

¿Es esto un sueño?

—Te amo —repite dando un paso dentro del despacho. Clava los ojos en los míos con una intensidad que borra todo lo demás—. Llevo años amándote. Desde que te conocí en el centro de escritura. Desde la primera vez que me hiciste reír. Te convertiste en la persona más importante de mi vida sin que me diese cuenta de que estaba pasando.

Da otro paso. Más cerca.

—Y no quiero que te cases con él —continúa, y su voz tiembla un poco, pero no se detiene—. No puedo quedarme callado viéndote casarte con otro hombre cuando lo único que quiero es estar

contigo. Cuando lo único que he querido durante años es poder decirte esto.

Se detiene a un metro de mí. Tan cerca que puedo ver cómo le tiemblan las manos. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Dame una oportunidad —dice, y ahora su voz sale más suave. Más vulnerable—. Solo eso. Una oportunidad de demostrarte que puedo hacerte feliz. Que puedo ser suficiente para ti aunque no tenga mansiones ni dinero ni nada de lo que él puede ofrecerte. Dame una oportunidad, Scarlett. Por favor.

Me escuecen los ojos por las lágrimas, pero no puedo dejarlas caer. No ahora. No todavía.

—Aiden —consigo decir, y mi voz sale rota—. Yo… he traído a Julian aquí para proponerle algo.

Me giro hacia Julian entonces. Necesito explicarme. Necesito que ambos entiendan lo que estaba intentando hacer.

—Quería proponerle un acuerdo —continúo—. Sobre cómo podríamos no casarnos, pero que el trato con mi padre siguiese adelante de todas formas. Necesito que encontremos alguna manera de salvar a mi familia de la ruina sin tener que sacrificarme yo. Porque no puedo —mi voz se quiebra— no puedo casarme contigo, Julian. No cuando amo a otra persona. Pero tampoco puedo permitir que el trato entre nuestras familias se rompa. No puedo dejar que mi familia se arruine.

El silencio que sigue a mis palabras es tan absoluto que puedo oír mi propio corazón latiendo.

Y entonces Julian habla.

—Qué patético —dice con voz fría. Gélida.

Me quedo mirándolo, incapaz de asimilar lo que acaba de decir.

—¿El qué?

—Todo esto —continúa con ese tono de superioridad que tan bien conozco—. Este numerito dramático. Tú intentando salvar a tu familia. Él declarándose como si estuviésemos en una película romántica barata. Es patético.

Da un paso hacia mí con una expresión que me pone tensa.

—Y completamente innecesario —añade—. Porque no es verdad lo de la ruina.

Las palabras caen entre nosotros como una bomba.

—¿Qué? —susurro.

—No sé qué te ha contado tu padre, Scarlett —dice Julian con una voz que destila condescendencia—. Pero Walton Legacy Group no está al borde de la quiebra. Ni siquiera cerca. De hecho, según los últimos informes financieros que revisé hace tres meses, vuestros negocios están más que sanos. Ganancias récord en los últimos trimestres. Expansión exitosa en tres mercados nuevos. Cartera de inversiones impresionante.

No puedo respirar ni pensar. Solo puedo mirarlo mientras continúa destrozando todo lo que creía saber.

—Tu padre te mintió —dice con esa frialdad que hace que cada palabra sea un cuchillo—. Te manipuló para conseguir una fusión que quería. No porque la necesitase para sobrevivir, sino porque la quería para expandirse más. Para hacerse más poderoso. Y tú fuiste lo suficientemente ingenua como para creerte su historia de sacrificio familiar.

Ya no puedo contener las lágrimas: se me derraman, calientes, mientras trato de digerir sus palabras.

Mi padre me ha mentido.

Todo este tiempo.

Me hizo creer que no tenía elección. Que tenía que salvar a la familia. Que era mi deber. Mi responsabilidad. Mi obligación.

Y era mentira.

Todo era mentira.

—¿Lo sabías? —pregunto, y me sale una voz que apenas reconozco—. ¿Sabías que me estaba mintiendo?

—Por supuesto que lo sabía —responde Julian como si fuese obvio—. Revisé toda la documentación financiera hace meses. Soy muchas cosas, Scarlett, pero no soy idiota. Claro que me di cuenta de que tu padre te estaba usando.

—¿Y no me dijiste nada? —la furia empieza a reemplazar al shock —. ¿Sabías que me estaban manipulando y no dijiste una palabra?

—No era asunto mío —dice encogiéndose de hombros—. Era un acuerdo entre tú y tu familia. Di por hecho que sabías la verdad y que te limitabas a interpretar el papel que te habían asignado. No imaginé que fueses tan ingenua como para creerte el cuento completo.

Aiden se mueve entonces. Da un paso hacia Julian con los puños apretados y una expresión que da miedo.

—Cuidado con cómo le hablas —dice en voz baja y peligrosa.

Julian lo mira casi con aburrimiento.

—O qué —responde con desdén—. ¿Vas a pegarme? Por favor. No seas tan predecible.

Se ajusta los puños de la camisa con esa precisión ensayada durante años. Y cuando vuelve a hablar, su voz es todavía más fría.

—Francamente —dice mirándome a los ojos—, no me interesa en absoluto casarme contigo ahora. Viendo este amor tan empalagoso que os profesáis el uno al otro, sería humillante para mí. Si nos casásemos acabaríamos en todas las revistas porque vosotros dos no seríais capaces de disimular ni un segundo lo que sentís. Te pasarías el día suspirando por él. Él se pasaría el día mirándote con ojos de cachorro abandonado. Y yo acabaría siendo el cornudo público del que todos se compadecen.

Se dirige hacia la puerta con esa elegancia fría que nunca pierde.

—La imagen es lo primero en nuestro mundo —dice sin girarse—. Y no pienso arruinar la mía por un matrimonio condenado desde el principio. Así que considera el compromiso roto, Scarlett. Tu padre tendrá que encontrar otra forma de conseguir lo que quiere. Que, como ya he dejado claro, no necesita.

Abre la puerta. Se detiene. Y me mira por última vez con su expresión de superioridad de siempre.

—Espero que valga la pena —dice—. Lo que sea que tengáis. Porque acabas de perder a tu familia por él. Y en unos meses, cuando la novedad desaparezca y te des cuenta de lo que has sacrificado, no vengas suplicando.

Y se marcha.

Sus pasos se alejan por el pasillo. Oigo voces en el salón, despedidas educadas; después, el sonido de la puerta principal, el

motor de su coche, las ruedas sobre la grava.

Y entonces se hace el silencio.

¿Qué va a pasar a partir de ahora?

CAPÍTULO 29

SCARLETT

Aiden y yo nos quedamos de pie en el despacho, sin movernos, sin hablar. El silencio que Julian ha dejado atrás es tan pesado que casi lo siento contra la piel.

Pero no es un silencio incómodo.

Es otra cosa: un silencio cargado de todo lo que acabamos de descubrir, de todo lo que ha cambiado en los últimos diez minutos.

Mi padre me ha mentido. Me ha manipulado y me ha usado como una pieza de ajedrez en un juego que yo ni siquiera sabía que estábamos jugando.

Pero Julian ha roto el compromiso.

Soy libre.

Y Aiden me ama.

Aiden. Me. Ama.

Lo miro y él ya me está mirando. Hay en sus ojos una expresión que nunca le había visto: cruda, vulnerable, tan real que se me corta la respiración.

—Scarlett —dice, suave, como si tuviese miedo de que me rompa si habla más alto—. ¿Estás bien?

Y de repente me río.

Es una risa pequeña y casi histérica, pero risa al fin y al cabo. Porque, con todo lo que acaba de pasar, la pregunta es tan absurda que no puedo evitarlo.

—No lo sé —respondo con honestidad—. Acabo de descubrir que mi padre me ha estado mintiendo durante semanas. Que me iba a casar por nada. Que todo este sacrificio era innecesario. Y Julian acaba de romper el compromiso después de llamar empalagoso a nuestro amor.

Hago una pausa. Respiro. Siento cómo el peso que he llevado durante tanto tiempo empieza a quitárseme de encima.

—Pero también acabo de descubrir que soy libre —continúo, y ahora mi voz sale más firme—. Y que tú me amas.

Aiden da un paso hacia mí. Después otro. Hasta que está tan cerca que puedo sentir su calor.

—Te amo —repite como si necesitase decirlo otra vez para convencerse de que es real—. Llevo años amándote. Y ahora que ya te lo he dicho no voy a parar de decírtelo.

Levanta las manos hacia mi cara, pero se detiene a centímetros de tocarme, como si todavía no pudiese creer que tiene permiso.

—¿Puedo…? —empieza a preguntar.

No le dejo terminar. Cruzo la distancia que nos separa y uno mi boca a la suya en un beso que dice todo lo que no he podido decir todavía.

Te amo. Te elijo. Te quiero.

Aiden gime contra mi boca y por fin me sostiene la cara entre las manos, como si fuese algo precioso. El beso se hace más profundo, más urgente, más hambriento, como si los dos estuviésemos intentando compensar años de no hacer esto.

Alguien toca la puerta.

Nos separamos tan de golpe que casi pierdo el equilibrio. Aiden me sostiene con las manos en la cintura y ambos miramos hacia la puerta como si nos hubiesen pillado haciendo algo prohibido.

—¿Se puede? —pregunta Cole desde el otro lado.

—Adelante —responde Aiden con la voz áspera.

Cole abre la puerta y entra con esa expresión de sheriff que usa cuando está evaluando una situación. Nos mira a los dos un momento largo. Aiden, que no me ha soltado la cintura; yo, con las mejillas encendidas y los labios hinchados. Y la expresión de Cole se suaviza.

—Julian se acaba de ir —dice—. ¿Está todo bien?

—Está todo perfecto —respondo antes de que Aiden pueda hacerlo.

Cole levanta una ceja, pero no dice nada del hecho evidente de que nos estábamos besando hace dos segundos. En cambio, mira a

su hermano y su expresión se tiñe de preocupación.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —pregunta.

Aiden se pasa una mano por el pelo en un gesto que, como he aprendido, significa que está cansado o frustrado o las dos cosas.

—No lo sé. ¿Hace treinta y seis horas?

—Mentira —dice Cole, tajante—. Llevas despierto más tiempo que eso. Puedo verlo en tu cara.

Y tiene razón. Ahora que lo miro de verdad, veo el agotamiento grabado en cada línea de su cara. Los ojos rojos del humo y de no dormir. Lo rígido que se mantiene, como si tuviese miedo de caerse en cuanto se relaje.

Aiden abre la boca para protestar pero en ese momento se tambalea. Solo un poco. Apenas nada. Pero es suficiente para que mi instinto protector se active como un resorte.

—Necesitas dormir —digo con firmeza—. Ahora.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —lo interrumpo—. Acabas de pasar diecinueve horas luchando contra un incendio. Después has conducido hasta aquí. Después has entrado en ese despacho y me has dicho que me amas delante de mi prometido. Y ahora estás a punto de caerte redondo en mitad del despacho de tu padre.

Cole se ríe. Es un sonido bajo y divertido.

—Me cae bien —dice mirando a su hermano—. Tiene razón. Necesitas dormir antes de que mamá te vea así y te mate.

—Pero Scarlett y yo tenemos que hablar.

—Podéis hablar después de dormir —lo interrumpe Cole—. De hecho, voy a avisar a mamá ahora mismo para que te obligue porque sé que no me vas a hacer caso a mí.

—Ni se te ocurra.

Pero Cole ya se ha ido. Y medio minuto después Dorothy entra por la puerta con esa expresión de madre que significa que no piensa ceder.

—Aiden Christopher Wellington —dice—. Me acaban de decir que estás a punto de desmayarte.

—Estoy bien, mamá.

—No me mientas —lo interrumpe—. Te conozco desde que naciste. Sé exactamente cuándo estás mintiendo. Y ahora mismo estás mintiendo.

Se cruza de brazos y nos mira a los dos.

—Los dos os vais a la antigua habitación de Aiden ahora mismo —ordena sin dejar lugar a discusión—. Vais a dormir. Y cuando despertéis voy a alimentaros como es debido. ¿Entendido?

—Pero tengo que llevar a Scarlett de vuelta al apartamento.

—No vas a conducir en ese estado —zanja Dorothy—. Te vas a quedar aquí. Los dos. En tu antigua habitación. Y no quiero oír ni una palabra más al respecto.

Aiden me mira como buscando apoyo pero yo niego con la cabeza.

—Tu madre tiene razón —digo—. Necesitas dormir. Cuando hayas descansado podemos hablar de todo. Pero no voy a permitir que estés despierto ni un segundo más.

Su expresión se suaviza cuando digo eso, como si el que me importe lo suficiente como para obligarlo a descansar significase algo importante.

—Vale —cede—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que te quedes conmigo —responde, y la vulnerabilidad de su voz me aprieta el pecho—. No me voy a separar de ti. Así que, si quieres que duerma, duermes conmigo.

A Dorothy se le escapa algo muy parecido a una risa ahogada. Cole sonríe sin disimulo. Y yo no puedo más que asentir, porque la idea de separarme de él ahora me parece imposible.

—No querría estar en ningún otro sitio —digo.

Aiden sonríe entonces. Esa sonrisa enorme que le ilumina toda la cara y le quita cinco años de encima. Extiende la mano hacia mí y cuando la cojo entrelaza nuestros dedos con firmeza.

—Vamos —dice tirando de mí con suavidad hacia la puerta.

Seguimos a Dorothy por el pasillo y subimos las escaleras hacia la segunda planta. Ella abre una puerta al final del pasillo y entramos en lo que es, a todas luces, la habitación de la infancia de Aiden.

Hay pósteres de equipos de fútbol americano en las paredes, trofeos alineados en una estantería y una cama individual que se queda demasiado pequeña para el hombre que es ahora. Pero está impecable y huele a sábanas limpias. Dorothy debe de cambiarlas cada poco aunque su hijo no viva aquí desde hace años.

—Descansad —dice Dorothy desde la puerta—. Os avisaré cuando la cena esté lista. Y si no os despertáis, os dejaré dormir: os hace más falta que la cena.

—Gracias, mamá —dice Aiden con voz cansada.

Dorothy sonríe. Nos observa a los dos un momento, con una expresión que me dice que sabe muy bien lo que está pasando. Que lo ha sabido desde antes de que nosotros mismos lo supiésemos.

—Cuidaos —dice al fin. Cierra la puerta tras ella y nos deja solos.

Aiden se deja caer en la cama con un gemido de alivio. Se quita las botas y la ropa con movimientos torpes y después se tumba de espaldas con los ojos ya cerrándose.

—Ven aquí —dice extendiendo un brazo hacia mí.

Me quito los zapatos y me meto en la cama a su lado. Es estrecha. Apenas cabemos los dos. Pero cuando me acurruco contra su costado, con la cabeza en su pecho y su brazo rodeándome, todo encaja.

—Tenemos que hablar —murmura contra mi pelo—. Sobre tu padre. Sobre Julian. Sobre qué viene ahora.

—Lo sé —respondo—. Pero no ahora. Ahora tienes que dormir. Y cuando despiertes hablamos de todo. Te lo prometo.

—¿Te vas a quedar? —pregunta, y por su voz sé que necesita oírlo.

—No me voy a ir a ninguna parte —aseguro—. Estoy justo donde quiero estar.

Siento cómo se relaja contra mí. Cómo el agotamiento acaba venciéndolo. Su respiración se vuelve más lenta. Más profunda. Y en cuestión de minutos está dormido.

Yo me quedo despierta un poco más, escuchando su corazón bajo mi oreja, sintiendo cómo su pecho sube y baja con cada respiración, memorizando este momento.

Porque todo ha cambiado.

Y no sé qué viene después. No sé cómo voy a enfrentarme a mi padre. No sé cómo vamos a construir una vida cuando lo más seguro es que mi familia me repudie por esto.

Pero sé una cosa con absoluta certeza.

Voy a luchar por esto. Por él. Por nosotros.

Y con ese pensamiento me dejo llevar por el sueño.

Me despierto despacio, como si nadase hacia la superficie desde aguas muy profundas.

La luz entra por la ventana, pero es diferente. No es la luz suave de la tarde: es más brillante, más clara.

¿Cuánto tiempo hemos dormido?

Me muevo un poco y el brazo alrededor de mi cintura se aprieta. Aiden. Todavía dormido. Me sujeta como si temiese que desaparezca si me suelta.

Lo miro y encuentro sus ojos ya abiertos mirándome.

—Hola —dice con la voz ronca por el sueño.

—Hola —respondo.

Nos quedamos así un momento, solo mirándonos. Y entonces él sonríe. Esa sonrisa suave que reserva solo para mí.

—Te amo —dice como si fuese lo más fácil del mundo.

Y noto cómo me rompo y me recompongo al mismo tiempo. Porque puedo decírselo. Por fin puedo decir las palabras que he estado guardando durante años.

—Yo también te amo —digo, y mi voz se quiebra—. Siempre te he amado. No sabes el alivio que siento por poder decírtelo por fin.

Aiden se incorpora tan rápido que casi me tira de la cama. Me coge la cara entre las manos y me mira con una intensidad que me deja muda.

—¿Lo dices de verdad? Cásate conmigo, Scarlett —pide.

Las palabras caen entre nosotros como una bomba.

—¿Qué?

—Cásate conmigo —repite con más firmeza—. Sé que es rápido. Sé que tu compromiso acaba de romperse. Pero no me importa. Te

amo. Y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Así que cásate conmigo, Scarlett. Por favor. No quiero que te alejes de mi lado nunca más. Somos perfectos el uno para el otro.

Se me saltan las lágrimas antes de que pueda detenerlas.

—No voy a volver con mi familia —digo—. Voy a quedarme aquí. Contigo. Porque te amo más que a nada en el mundo.

—¿Eso es un sí? —pregunta con una esperanza que me parte el corazón.

—Es un sí —confirmo—. Sí quiero casarme contigo. Sí quiero pasar el resto de mi vida contigo. Sí a todo.

Y entonces me besa.

Es diferente esta vez. No hay urgencia. No hay miedo. Solo hay amor. Puro, simple, real.

Cuando nos separamos para respirar, apoya la frente en la mía.

—Te amo tanto —susurra—. No sabes cuánto tiempo he esperado para poder decir eso.

—Yo también —respondo—. Y ahora no voy a parar de decírtelo.

Me saca la camiseta por la cabeza con movimientos lentos. Después el sujetador. Luego me quita todo lo demás hasta que estoy desnuda debajo de él.

—Eres preciosa —dice mirándome con una intensidad que me sonroja—. Tan jodidamente preciosa.

Se quita los calzoncillos. Y entonces nos lo tomamos con calma: exploramos, tocamos, redescubrimos lo que ya conocíamos pero que ahora es distinto.

Porque ahora sabemos que nos amamos.

Ahora sabemos que esto es para siempre.

Cuando al fin se hunde dentro de mí, gemimos a la vez. Es distinto: más hondo, más verdadero. Como si nuestros cuerpos estuviesen diciendo lo que nuestras bocas llevan años callando.

Nos movemos juntos, despacio al principio, saboreando cada sensación, cada gemido, cada respiración compartida.

—Te amo —dice contra mis labios.

—Te amo —respondo.

Y lo repetimos como un mantra mientras nos deshacemos juntos.

Después nos quedamos tumbados, enredados el uno en el otro, sudorosos, saciados, completos.

—Esto es el principio —dice Aiden contra mi pelo—. De nuestra vida juntos.

—Lo sé —respondo—. Y no puedo esperar.

Porque tenemos que enfrentarnos a mi padre. Tenemos que lidiar con las consecuencias. Tenemos que construir una vida desde cero.

Pero lo haremos juntos.

Y eso es todo lo que necesito.

CAPÍTULO 30

SCARLETT

Una semana después estoy de pie en la cocina del apartamento de Aiden viendo cómo prepara café.

Nuestro apartamento, me corrijo. Porque ahora es nuestro. Mis cosas están mezcladas con las suyas: mi ropa en su armario, mis libros en su estantería, mi vida enredada con la suya de una forma que lo vuelve todo más real.

Ha sido la mejor semana de mi vida.

Y también la más aterradora. Porque sé que hay algo que tengo que hacer, algo que no dejo de posponer y que no puedo seguir evitando durante más tiempo.

Ambos lo sabemos.

—Necesito ir a Connecticut —digo de repente, y las palabras salen más firmes de lo que me siento.

Aiden se gira hacia mí con la cafetera en la mano. Me mira un momento largo sin decir nada. Y entonces asiente despacio, como si hubiese estado esperando que dijese eso.

—¿Cuándo? —pregunta, sin más.

—Hoy. Ahora. Antes de que pierda el valor.

Deja la cafetera en la encimera y viene hacia mí. Me sostiene la cara con una ternura que me derrite.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta.

—¿Vendrías?

—Scarlett —dice casi dolido—. Iría contigo al fin del mundo si me lo pidieses. Por supuesto que voy a ir a Connecticut.

—No necesito que entres conmigo —me apresuro a aclarar—. No necesito que hables con mi padre. Solo necesito saber que estás cerca. Que estás ahí. Que cuando salga no voy a estar sola.

—Entonces estaré ahí —promete—. Todo el tiempo que necesites. Solo déjame arreglar los turnos con Morrison.

—Yo voy comprando los billetes de avión.

Y así, cuatro horas después, estamos en un avión hacia Connecticut. Aiden ha conseguido que alguien cubra su turno. Ha hecho la maleta en diez minutos. No ha preguntado nada más. Solo ha dicho que sí y me ha cogido la mano y no la ha soltado desde entonces.

El vuelo se me pasa en una bruma de nubes y ansiedad que me cierra el estómago. Aiden me sostiene la mano todo el tiempo. No dice nada. Solo está ahí. Sólido. Real. Mío.

Cuando aterrizamos alquilamos un coche y conduzco hacia la casa de mis padres con las manos apretando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Aiden pone la mano sobre la mía en el cambio de marchas y ese gesto me ayuda a respirar.

La mansión aparece delante de nosotros igual que siempre. Grande. Imponente. Fría. Todo lo contrario al apartamento pequeño y acogedor que ahora llamo hogar.

Aparco frente a la entrada principal. Apago el motor. Y me quedo ahí sentada mirando la casa donde crecí como si fuese la primera vez que la veo.

—¿Estás bien? —pregunta Aiden en voz baja.

—No lo sé —respondo con honestidad—. Pero tengo que hacer esto.

—Lo sé.

—¿Me esperarás?

—Hasta que vuelvas —promete—. Y si tardas demasiado entro a buscarte.

Sonrío a pesar del miedo que me está cerrando la garganta. Me inclino hacia él y lo beso con suavidad, con amor, con gratitud por ser justo lo que necesito.

—Vuelvo pronto —susurro contra sus labios.

—Estaré aquí.

Bajo del coche antes de que pueda arrepentirme. Camino hacia la puerta principal con pasos más decididos de lo que me siento. La puerta se abre antes de que pueda tocar el timbre. Roberts, el

mayordomo que lleva trabajando para mi familia desde que tengo uso de razón, me mira con una sorpresa que esconde enseguida bajo la máscara profesional.

—Señorita Walton —dice con ese tono formal que siempre ha usado—. No sabíamos que vendría.

—No lo sabían —confirmo—. ¿Están mis padres en casa?

—Su padre está en el despacho. Su madre en el salón.

—Gracias, Roberts.

Entro y el olor familiar me golpea: flores frescas, cera de muebles y ese perfume caro que mi madre usa siempre. Pero ya no huele a hogar. Parece un museo: frío, impecable, vacío.

Camino hacia el despacho de mi padre con el corazón latiéndome tan fuerte que lo oigo en los oídos. Cada paso me acerca a algo inevitable, a algo que va a cambiarlo todo para siempre.

Me detengo frente a la puerta. Respiro hondo. Una vez. Dos veces. Y entonces toco.

—Adelante —dice la voz de mi padre desde dentro.

Abro la puerta y entro. Mi padre está sentado detrás de su escritorio enorme con papeles esparcidos delante de él igual que siempre. Levanta la vista y la sorpresa le cruza la cara un segundo antes de que la oculte.

—Scarlett —dice poniéndose de pie—. No esperaba verte.

—Lo sé.

Mi madre aparece en la puerta detrás de mí. Roberts debe haberle dicho que estaba aquí. Entra en el despacho con su elegancia estudiada de costumbre y se queda de pie junto a mi padre, como hace siempre. Un frente unido.

—Hija —dice, sorprendida pero educada—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a deciros algo —respondo, y me obligo a mantener la voz firme—. Ya no voy a ser vuestra marioneta.

Se hace un silencio tan absoluto que oigo hasta el sonido del reloj en la pared.

—¿Perdona? —dice mi padre por fin.

—Me mentiste —continúo mirándolo a los ojos—. Sobre la empresa. Sobre la supuesta ruina. Me hiciste creer que tenía que casarme con Julian para salvar a la familia. Me manipulaste. Me

usaste como una pieza de ajedrez. Es demasiado mezquino incluso viniendo de ti, papá.

—Scarlett, no lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente —lo interrumpo—. Entiendo que querías una fusión para expandirte más. Para hacerte más poderoso. Y que decidiste que yo era el precio perfecto. Pero ya no lo soy. Ya no voy a dejar que controles mi vida.

Mi padre se pone rojo. Veo cómo la furia le va subiendo por el cuello.

—No sabes lo que estás haciendo —dice subiendo la voz—. Sé que no te quieres casar por él. Pero ese bombero de pueblo no tiene nada que ofrecerte. ¿Crees que vas a ser feliz viviendo en un pueblucho? ¿Sin dinero? ¿Sin tu familia?

—Sí —respondo sin dudar—. Creo que voy a ser más feliz de lo que he sido nunca.

—No vas a recibir ni un duro de mí —dice, y ahora está gritando —. Ni un solo duro. ¿Me oyes? Estás sola. Completamente sola.

—No lo necesito —digo con una calma que contrasta con sus gritos—. Puedo ganar mi propio dinero. Soy escritora. Soy inteligente. Soy capaz. Y voy a salir adelante sin ti.

—¡Eres una niña mimada que no sabe nada del mundo real! —grita más fuerte—. ¡En seis meses vas a venir llorando pidiendo que te dejemos volver! ¡Y no vas a ser bienvenida!

La puerta del despacho se abre de golpe.

Aiden está ahí, de pie en el umbral, con una expresión que da miedo: furia pura y contenida que le vibra en todo el cuerpo.

—No se le ocurra tratarla así —dice en voz baja, letal.

Mi padre se gira hacia él con los ojos entrecerrados.

—¿Quién demonios eres tú?

—Soy su prometido —responde Aiden entrando en el despacho—. Y no voy a quedarme fuera escuchando cómo grita a la mujer que amo.

—Ah —dice mi padre, destilando desprecio en cada palabra—. El bombero. El que no tiene nada que ofrecerle excepto una vida mediocre.

—Tiene razón —dice Aiden, y la respuesta me sorprende tanto que me giro a mirarlo—. No tengo mansiones. No tengo un imperio. No tengo millones en el banco. Lo único que tengo es un apartamento sobre un parque de bomberos y un sueldo que me da para vivir.

Hace una pausa, sin apartar los ojos de mi padre.

—Pero lo que sí tengo —continúa con más aplomo— es la certeza absoluta de que a Scarlett no le va a faltar de nada. No solo porque yo voy a darle absolutamente todo lo que tengo. Cada céntimo. Cada segundo de mi tiempo. Cada latido de mi corazón. Sino porque, aunque usted por lo visto no se ha dado cuenta, Scarlett es una mujer trabajadora e inteligente que va a llegar tan lejos en la vida como ella desee.

Se acerca más. Imponente a pesar de que mi padre es mucho mayor.

—Es escritora —dice—. Y una jodidamente buena. Va a publicar libros que la gente va a amar. Va a construir una carrera con su propio talento. Va a demostrarle a todo el mundo lo brillante que es. Y lo va a hacer sin su dinero. Sin su apellido. Sin usted.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Mi padre nos mira a los dos con una expresión difícil de leer: furia mezclada con algo muy parecido a la sorpresa.

—Fuera de mi casa —dice al fin, con la voz helada—. Los dos. Y no volváis nunca.

—No teníamos intención de hacerlo —respondo.

Me giro hacia mi madre que ha estado en silencio todo este tiempo. Tiene lágrimas en los ojos, pero no dice nada. No me defiende. No me pide que me quede. Solo se queda quieta, dejando que mi padre tome todas las decisiones, como ha hecho siempre.

—Adiós, mamá —digo en voz baja.

Y entonces me giro y salgo del despacho sin mirar atrás.

Aiden me sigue. Oigo sus pasos detrás de mí mientras cruzo el vestíbulo. Bajo las escaleras de la entrada. Camino hacia el coche.

Cuando llego me detengo. Respiro el aire fresco, que huele muy distinto del de Montana. Y me doy la vuelta para mirar la mansión una última vez.

Aiden se coloca a mi lado. Me coge la mano y la aprieta.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —respondo, y me sorprende darme cuenta de que es verdad —. Estoy bien. Me siento libre.

—Libre —repite, y se le nota la sonrisa en la voz.

—Vámonos a casa —digo, y me vuelvo hacia él.

—¿A Montana?

—Adonde tú estés —corrijo—. Ese es mi hogar.

Me besa entonces. Ahí en medio del camino de entrada de la mansión donde crecí. Me besa sin importarle quién nos vea, como si no existiese nada excepto esto. Nosotros.

Y al separarnos, deja la frente apoyada en la mía.

—Te amo —dice—. Y vamos a construir una vida juntos que va a ser mejor que todo lo que esto —señala la mansión— podría haberte dado.

—Lo sé —respondo—. Porque ya lo es.

Subimos al coche y Aiden arranca el motor. Salimos por el camino de entrada y dejamos atrás la mansión, mi antigua vida, todo lo que un día pensé que necesitaba.

Y mientras conducimos hacia el aeropuerto, con la mano de Aiden en la mía y el futuro esperándonos, me doy cuenta de algo.

Por primera vez en mi vida soy completamente libre.

Libre para amar a quien quiero. Libre para vivir como quiero. Libre para ser quien soy de verdad.

Y eso vale más que todo el dinero del mundo.

EPÍLOGO

SCARLETT

La casa Wellington está llena de vida la tarde del sábado.

Puedo oír las voces antes de que Aiden y yo lleguemos siquiera a la puerta. Risas. Gritos de niños jugando. El sonido de la música saliendo por las ventanas abiertas. Y cuando entramos al jardín trasero la escena que nos recibe hace que algo en mi pecho se apriete de una forma que es dolorosa y hermosa al mismo tiempo.

Toda la familia está aquí.

Cole está junto a la parrilla con Lauren a su lado. Ella tiene una mano en su barriga abultada que crece con su segundo hijo mientras Luna corre alrededor del jardín persiguiendo a Emma y Ethan. Los tres gritan con esa alegría sin filtros que solo tienen los niños cuando están completamente felices.

Liam está sentado en una de las mesas del jardín con Iris acurrucada a su lado. Ella lleva uno de esos vestidos largos y fluidos que tanto le gustan y se está riendo por algo que Sage acaba de decir. Liam la mira con una expresión que todavía me sorprende ver en el alcalde siempre serio de Sunset Valley. Como si ella fuese lo único que importa en el mundo.

Sage está sentada en el regazo de Dominic en otra silla. Él tiene los brazos alrededor de su cintura y la barbilla apoyada en su hombro mientras ella habla animadamente con Iris. Y aunque Dominic mantiene esa expresión seria de siempre hay algo suave en cómo la sostiene que dice más que mil palabras.

Henry y Ellie están bajo uno de los árboles. Ellie tiene una mano apoyada en su barriga redondeada. Su hijo creciendo dentro de ella, a solo unas semanas de nacer. Henry está inclinado sobre ella con una mano en su espalda y la otra acariciando suavemente la curva

de su vientre. Y la forma en que la mira. Como si no pudiese creer su suerte. Como si todavía estuviese esperando despertar de este sueño. Hace que me derrita.

Dorothy está sacando más comida de la casa con la ayuda de Daniel que lleva una bandeja enorme. Cuando nos ve su cara entera se ilumina.

—¡Ya están aquí! —anuncia, y todas las cabezas se giran hacia nosotros.

Y de repente estoy siendo abrazada por todos lados.

Luna llega primera. Se lanza contra mis piernas con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio.

—¡Tía Scarlett! —grita—. ¡Mamá dice que te vas de viaje!

Me agacho para quedar a su altura y le aparto un mechón de pelo que se le ha escapado de la coleta.

—Así es, cariño. Voy a irme un mes con tu tío Aiden.

Sus ojos se abren enormes.

—¿Un mes entero? —pregunta sorprendida—. ¿Me vas a traer algún regalo?

Me rio.

—Por supuesto —prometo cogiéndole las manos—. Te voy a traer algo muy bonito de cada sitio que visitemos. ¿Vale?

Luna asiente y la abrazo muy fuerte.

Cuando me aparto Luna está sonriendo feliz. Sale corriendo hacia donde Emma y Ethan la están esperando para seguir jugando.

Lauren se acerca entonces. Su barriga llega antes que ella y me río mientras la abrazo con cuidado de no aplastar al bebé que crece dentro.

—Vas a vivir tu aventura —dice cuando nos separamos, y hay algo en su voz que me dice que entiende exactamente lo que significa esto para mí—. Vas a escribir experiencias reales en lugar de solo imaginarlas.

—Gracias —digo, emocionada.

Estoy encantada de ser parte de esta familia que me ha acogido como si siempre hubiese pertenecido aquí.

Cole se acerca después de ella. Me abraza brevemente pero con fuerza.

—Cuídate —dice—. Y si mi hermano no te trata como la reina que eres me llamas y voy a patearlo.

—Cole —protesto riendo.

—Lo digo en serio —insiste mirando a Aiden por encima de mi hombro—. La cuidas. ¿Entendido?

—Siempre —responde Aiden sin dudar.

Iris es la siguiente. Me abraza con ese entusiasmo que la caracteriza y puedo oler el pachulí y la vainilla que siempre la acompañan.

—¡Es tan romántico! —dice cuando se aparta—. Un mes en una autocaravana sin destino. Es como algo sacado de una película.

Saca algo de su bolso enorme. Un puñado de cristales atados con hilo dorado.

—Para el viaje —explica poniéndolos en mi mano—. Cuarzo rosa para el amor. Amatista para la protección. Citrino para la aventura. Y labradorita para la transformación.

—Iris —empiezo pero me detiene con un gesto.

—No discutas. Los necesitas. El universo me lo ha dicho.

Liam aparece detrás de ella con esa expresión de diversión que siempre tiene cuando Iris hace estas cosas. Me abraza también y cuando se aparta hay algo serio en su expresión.

—Eres buena para él —dice en voz baja para que solo yo pueda oírlo—. Le haces feliz de una forma que nunca había visto. Gracias por eso.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Porque vienen de Liam. El hermano mayor. El protector. El que lleva el peso de toda la familia en sus hombros.

—Él me hace feliz a mí —respondo simplemente.

—Lo sé —dice sonriendo—. Se nota.

Sage llega corriendo y prácticamente me tira al suelo con su abrazo.

—¡Os voy a echar tanto de menos! —dice contra mi hombro—. Pero estoy tan feliz por ti. Vas a vivir todas esas aventuras locas que siempre has querido. Y después vas a escribir sobre ellas y va a ser increíble.

—Gracias por creer en mí —digo cuando nos separamos.

—Siempre —responde—. Ahora ve y sé libre. Y tráenos historias maravillosas.

Dominic me da la mano en un gesto formal, pero hay calidez en sus ojos cuando habla.

—Buen viaje —dice simplemente—. Y buena suerte con el libro.

Emma y Ethan aparecen entonces tirando de mi mano.

—¿Nos vais a escribir? —pregunta Emma.

—Claro que sí —prometo—. Os vamos a mandar postales de cada sitio que visitemos.

—¿Incluso si vais a sitios aburridos? —pregunta Ethan con su lógica aplastante.

—Incluso de los sitios aburridos —confirmo riendo.

Henry y Ellie se acercan los últimos y nos abrazan a los dos con calidez.

Dorothy llega entonces. Y cuando me abraza empiezo a llorar sin poder evitarlo. Porque esta mujer me ha acogido como a una hija desde el primer día. Me ha alimentado. Me ha escuchado. Me ha dado cariño sin condiciones. Me ha dado la familia que nunca tuve.

—Gracias —susurro contra su hombro—. Por todo. Por acogerme. Por quererme. Por hacerme sentir que pertenezco aquí.

—Siempre has pertenecido aquí, cariño —dice apartándose para mirarme a los ojos—. Desde el momento en que Aiden te trajo a casa supe que eras especial. Que eras la indicada para él. Y tenía razón.

Se gira entonces hacia Aiden que está siendo abrazado por su padre.

—Cuídala —dice con voz que es maternal pero también tiene un toque de advertencia—. Y cuídate tú también. No hagas locuras.

—Mamá, soy bombero —responde Aiden—. Las locuras son mi trabajo.

—No me hagas reír —dice Dorothy pero está sonriendo—. Sabes a lo que me refiero. Sed cuidadosos. Y llamad de vez en cuando para que sepa que estáis vivos.

—Lo haremos —prometo.

Daniel se acerca entonces. Me da la mano con ese apretón firme que habla de años de trabajo duro y responsabilidad. Pero hay algo

suave en sus ojos cuando habla.

—Bienvenida a la familia, Scarlett —dice simplemente—. Oficialmente.

Y esas palabras significan más de lo que probablemente él sabe. Porque vengo de una familia donde el apellido lo era todo. Donde el dinero era poder. Donde el amor era condicional.

Y aquí estoy. Siendo bienvenida a una familia donde lo único que importa es el amor. Donde me aceptan no por mi apellido sino por quien soy. Donde pertenezco no porque tenga dinero sino porque amo a uno de los suyos.

—Gracias —consigo decir, aunque la voz me sale rota.

Nos quedamos ahí durante las siguientes horas. Comiendo. Riendo. Contando historias. Los niños juegan. Los adultos beben cerveza y vino. Dorothy saca plato tras plato como si tuviese miedo de que no sea suficiente.

Y durante todo el tiempo soy consciente de que esto es una despedida. No permanente. Pero una despedida de todas formas. Un mes es mucho tiempo. Y aunque sé que voy a volver parte de mí tiene miedo de que algo cambie mientras estoy fuera.

Cuando el sol empieza a ponerse Dorothy insiste en tomar una foto. Todos juntos. La familia Wellington completa más las parejas y los niños. Una familia enorme y ruidosa y caótica y perfecta.

Nos apretamos todos en el porche. Los adultos atrás. Los niños delante. Luna entre Lauren y Cole. Emma y Ethan junto a Sage y Dominic. Ellie con una mano sobre su barriga junto a Henry. Y yo entre Aiden y Dorothy.

—¡Todos sonreíd! —grita Dorothy desde donde ha colocado la cámara en un trípode con temporizador.

Corre para unirse a nosotros justo cuando el flash se dispara. Y sé sin tener que ver la foto que va a ser perfecta. Porque captura algo real. Algo precioso. Algo que vale más que todo el dinero que dejé atrás en Connecticut.

Cuando llega el momento de irnos todos nos acompañan hasta la autocaravana que hemos aparcado en el camino de entrada. Es blanca con rayas azules. No muy grande pero suficiente para dos personas que van a vivir en ella durante un mes. Aiden la alquiló

hace una semana y la ha estado preparando desde entonces. Cargando provisiones. Revisando que todo funcione. Planificando posibles rutas aunque sabemos que no vamos a seguir ninguna.

La idea es exactamente esa. No tener plan. Conducir sin destino. Parar donde nos llame la atención. Dormir donde nos pille la noche. Hacer todas las cosas locas que están en esa lista que hicimos hace un tiempo. Vivir en lugar de solo existir.

Nos despedimos de todos y luego subimos a la autocaravana. Aiden sube después de mí. Se sienta en el asiento del conductor y arranca el motor. El sonido llena el silencio que se ha instalado sobre todos.

Bajo la ventanilla y todos se acercan.

—¡Os queremos! —grita Sage.

—¡Volved pronto! —añade Iris.

—¡Conducid con cuidado! —dice Dorothy.

—¡Traedme algo bonito! —grita Luna.

Aiden pone la autocaravana en marcha. Empezamos a alejarnos despacio por el camino de grava. Los niños corren detrás durante unos metros. Agitando las manos. Gritando despedidas.

Los veo haciéndose más pequeños por el espejo retrovisor. Mi familia. La familia que elegí. La familia que me eligió a mí. Y aunque sé que es solo un mes. Aunque sé que voy a volver. Parte de mí ya los echa de menos.

Aiden coge mi mano sobre el asiento sin apartar los ojos de la carretera. La aprieta fuerte.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —respondo—. Muy emocionada.

—¿Lista para la aventura?

—Lista —confirmo—. ¿A dónde vamos primero?

Se ríe. Ese sonido que adoro.

—No lo sé. Esa es la idea, ¿no? No tener ningún plan. Ningún destino. Solo nosotros y la carretera.

—Solo nosotros y la carretera —repito, y las palabras se sienten como una promesa.

Salimos de Sunset Valley mientras el sol se pone detrás de las montañas pintando el cielo de naranja y rosa y dorado. La carretera

se extiende delante de nosotros vacía y llena de posibilidades al mismo tiempo.

Aiden enciende la radio y una canción que no conozco llena la autocaravana. Bajo la ventanilla y dejo que el viento me despeine el pelo. El aire huele a pino y a libertad y a futuro.

Y mientras conducimos alejándonos del pueblo que se ha convertido en mi hogar me doy cuenta de algo que hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

He pasado toda mi vida buscando un lugar donde pertenecer. Una casa que se sintiese como un hogar. Una familia que me aceptase por quien soy en lugar de por lo que puedo darles.

Y finalmente lo he encontrado.

No en una mansión de Connecticut con su frialdad y su perfección artificial. Sino en un pueblo pequeño de Montana. En una familia ruidosa y caótica que me acogió sin hacer preguntas. En un hombre que me ama no por mi apellido o mi dinero sino por quien soy cuando dejo de fingir.

Mi hogar no es un lugar.

Es Aiden sosteniendo mi mano mientras conducimos hacia ninguna parte. Es saber que cuando volvamos dentro de un mes vamos a ser recibidos con abrazos y comida casera y amor incondicional. Es tener una familia que me va a echar de menos mientras estoy fuera y va a celebrarlo cuando vuelva.

Eso es hogar.

Y por primera vez en mi vida puedo experimentarlo.

—Te amo —digo girándome hacia Aiden.

Me mira durante un segundo antes de devolver los ojos a la carretera. Pero puedo ver la sonrisa que se forma en sus labios.

—Te amo —responde—. Ahora y siempre.

Y mientras conducimos hacia el horizonte con el sol poniéndose a nuestra espalda y todo el futuro extendiéndose delante de nosotros sé con absoluta certeza que esto es solo el principio.

El principio de nuestra aventura.

El principio de nuestra vida juntos.

El principio de todo lo que siempre soñé, pero nunca me atreví a pedir.

Y no puedo esperar a ver qué viene después.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿TE ATREVES A CONOCER A ROYCE?

¿Qué haces cuando la mujer perfecta, la única capaz de colarse bajo tu piel, resulta estar prometida con tu propio hermano?

Mi boda con Drake Harris es un acuerdo entre mejores amigos. Un favor mutuo sin sentimientos. Lo que no estaba en el contrato era **Royce Harris**, su hermano mayor: frío, arrogante y devastadoramente atractivo. Y ahora, por petición de Drake, tengo que escribir las memorias de su hermano. Voy a pasar semanas encerrada con Royce, fingiendo que no se me corta la respiración cada vez que levanta la vista hacia mí.

Hannah Gray no debería existir en mi mundo. Llevo años construyendo mi imperio hotelero sin permitir que nadie se acerque lo suficiente para hacerme daño, y entonces aparece ella, del brazo de mi hermano, con esa sonrisa que lo desordena todo. Es la prometida de Drake. Es intocable. Ojalá pudiese convencerme de eso.

Una biografía que se convierte en un trabajo demasiado íntimo. Un compromiso que empieza a sentirse como una condena. Y un deseo prohibido capaz de consumirlos a ambos.

«Mi Jefe Irresistible» es el quinto libro de la serie **Jefes Insoportables**, donde los hombres más poderosos de Manhattan se encuentran tras las puertas del exclusivo club **El Círculo**. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/